

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 10
Julio-Septiembre 2008

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

MONOGRÁFICO SOBRE NARRATIVA ERÓTICA

• Ensayo

"La misteriosa desaparición de la Marquesita de Loria" de José Donoso: faz y antifaz del erotismo, por Lilian Elphick
Sedución, erotismo y amor en "Travesuras de la niña mala" de Mario Vargas Llosa, por Luis Quintana

• Relato

La felicidad, por Sandro Cohen
Contártelo, Adela, por Lorenzo Silva
Los placeres de la Ilustración, por José Luis Muñoz
Piedras, por Alice Velázquez-Bellot
Tríptico, por Gonzalo Lizardo
Pregunta retórica, por Rafael Ballesteros Díaz
Microtrilogía erótica, por Salvador Gutiérrez Solís
Herida de hembra, por Diego Fonseca
Manos, por Ana Alcolea
Atadido fervoroso para impregnar un cuerpo, por CNP
Nawa shibari, por Paula Lapido
Final feliz, por Javier Delgado
Erótica IV, por Fernando Sánchez Calvo
Después de un cuento de Boris Vian, por Pepe Cervera
Amor hinchable, por Javier Puche
Voyeur, por Purificación Menaya
El ángel de L'orangerie, por Gemma Pellicer
No marques las horas, por Mónica Gutiérrez Sancho y Andrés Felipe Gómez Shool

Un mal día, por María Dubón
Preguntas y respuestas, por Carlos Manzano
Preludio y fuga, Carlos Arnal
Su aliento sobre mi espalda, por Elena Casero
Jenny o el vacío ético, por Salvador Alario Bataller
El roce de unos pechos de mujer, por Pedro M. Martínez Corada
Arthur, por Wilco Johnson
Amaranto, por Luis Emel Topogenario
Julia, por Carlos Frühbeck
Je t'aime mais non plus, por Sonia Fides
Ángel de Atocha, por Antonio Toribios
Dentro de las páginas del tiempo, por Soledad Acedo
Muñeca triste, por María Aixa Sanz
Tu cuerpo resplandeciente, por Carlos González Zambrano
Pornografía, por Antonio Báez Rodríguez
Libro del estremecimiento, por Ana Muñoz de la Torre
Oscuro deseo, por Patricia de Souza

• Novela

El Camino de Santiago (capítulo), por Francis Novoa Ferry
La orgía de Flipp (capítulo de *Viaje por las ramas*), por Román Piña
Suspiro azul (fragmento de capítulo), por Sandra Becerril Robledo
La cara oculta de la luna (fragmento de capítulo), por Carmen Santos

• Narradores

Marco Tulio Aguilera

• Reseñas

"Guapa de cara" de Rafael Reig, por Eugenio Sánchez Bravo
"El teatro de Sabbath" de Philip Roth, por Javier Avilés
"La huella del bisonte" de Héctor Torres, por Jorge Gómez Jiménez
"Nueve semanas y media" de Elisabeth Mc Nelly, por C. Martín

• Miradas

La erótica de la máquina, por Miguel Esquirol Ríos
Escribir el sexo: ¿asignatura pendiente?, por Blanca Vázquez
Literatura erótica, por María Dubón

• Novedades editoriales

Colaboradores: Soledad Acedo Bueno - Marco Tulio Aguilera - María Aixa Sanz - Ana Alcolea - Salvador Alario Bataller - Carlos Arnal - Javier Avilés - Antonio Báez Rodríguez - Rafael Ballesteros Díaz - Sandra Becerril - Elena Casero - Pepe Cervera - Sandro Cohen - Javier Delgado - María Dubón - Lilian Elphick - Luis Emel Topogenario - Miguel Esquirol Ríos - Sonia Fides - Diego Fonseca - Carlos Frühbeck - Jorge Gómez Jiménez - Andrés Felipe Gómez Shool - Carlos González Zambrano - Mónica Gutiérrez Sancho - Salvador Gutiérrez Solís - Wilco Johnson - Paula Lapido - Gonzalo Lizardo - C. Martín - Pedro M. Martínez Corada - Purificación Menada - José Luis Muñoz - Ana Muñoz de la Torre - Francis Novoa Terry - Cristina Núñez Pereira - Edgar Onofre - Gemma Pellicer - Román Piña - Javier Puche - Luis Quintana - Eugenio Sánchez Bravo - Fernando Sánchez Calvo - Carmen Santos - Lorenzo Silva - Patricia de Souza - Antonio Toribios - Blanca Vázquez - Alice Velázquez-Bellot

Narrativas cumple diez números. No es una cifra abrumadora, pero a nosotros al menos nos satisface enormemente. Este proyecto literario, que surgió ya hace más de dos años al amparo de las nuevas tecnologías digitales, poco a poco se ha ido haciendo un hueco en la cada vez más densa e intrincada selva digital sin perder su naturaleza originaria. Nunca hemos pretendido superar ningún reto ni alcanzar hitos históricos. Nuestra apuesta, por el contrario, ha sido simple y clara: la literatura en castellano. Nos hemos especializado en una de sus múltiples expresiones, la narrativa, y lo hemos hecho tratando de ofrecer desde el principio toda su pluralidad. Ni los nombres ni los temas han sido relevantes a la hora de guiar nuestro esfuerzo. Lo único importante, lo verdaderamente determinante, ha sido la calidad y el talento, las ideas frescas y los enfoques originales. Y en esto, sobre quien debe caer toda la responsabilidad sin duda alguna es sobre nuestros colaboradores. Ellos han sido los que en definitiva han hecho realidad cada número. A ellos, por tanto, queremos dedicar este monográfico sobre narrativa erótica, un número especial donde hemos intentado dar cabida a todas las visiones y enfoques que puedan darse hoy en día sobre este género. Cada autor ha abordado el tema como mejor ha entendido, dando lugar a una combinación de miradas tan extensa como apasionante (tantas como respuestas pudieran encontrarse a la pregunta: ¿qué es el erotismo?). La libertad de creación ha sido, en este sentido, fundamental. Y el resultado creemos que ha merecido la pena. Solo nos queda dar las gracias a todos los que han hecho posible estos diez números de **Narrativas**.

SUMARIO - núm 10

<i>“La misteriosa desaparición de la Marquesita de Loria” de José Donoso: faz y antifaz del erotismo, por Lilian Elphick</i>	3	<i>El roce de unos pechos de mujer, por Pedro M. Martínez Corada</i>	86
<i>Seducción, erotismo y amor en “Travesuras de la niña mala” de Mario Vargas Llosa, por Luis Quintana</i>	13	<i>Arthur, por Wilco Johnson</i>	87
<i>La felicidad, por Sandro Cohen</i>	20	<i>Amaranto, por Luis Emel Topogenario</i>	89
<i>Contártelo, Adela, por Lorenzo Silva</i>	24	<i>Julia, por Carlos Frühbeck</i>	90
<i>Los placeres de la ilustración, por José Luis Muñoz</i>	26	<i>Je t’aime mais non plus, por Sonia Fides</i>	94
<i>Piedras, por Alice Velázquez-Bellot</i>	30	<i>Ángel de Atocha, por Antonio Toribios</i>	98
<i>Tríptico, por Gonzalo Lizardo</i>	32	<i>Dentro de las páginas del tiempo, por S. Acedo</i>	100
<i>Pregunta retórica, por Rafael Ballesteros Díaz</i>	34	<i>Muñeca triste, por María Aixa Sanz</i>	102
<i>Microtrilogía erótica, por Salvador Gutiérrez Solís</i>	35	<i>Tu cuerpo resplandeciente, por C. Glez. Zambrano</i>	104
<i>Herida de hembra, por Diego Fonseca</i>	37	<i>Pornografía, por Antonio Báez Rodríguez</i>	106
<i>Manos, por Ana Alcolea</i>	39	<i>Libro del estremecimiento, por A. Muñoz de la Torre</i>	108
<i>Atadido fervoroso para impregnar un cuerpo, por CNP</i>	41	<i>Oscuro deseo, por Patricia de Souza</i>	109
<i>Nava shibari, por Paula Lapido</i>	42	<i>El camino de Santiago, por Francis Novoa Terry</i>	111
<i>Final feliz, por Javier Delgado</i>	47	<i>La orgía de Flipp, por Román Piña</i>	113
<i>Erótica IV, por Fernando Sánchez Calvo</i>	53	<i>Suspiro azul, por Sandra Becerril Robledo</i>	118
<i>Después de un cuento de Boris Vian, por P. Cervera</i>	55	<i>La cara oculta de la luna, por Carmen Santos</i>	119
<i>Amor hinchable, por Javier Puche</i>	57	<i>Narradores: Marco Tulio Aguilera</i>	122
<i>Voyeur, por Purificación Menaya</i>	61	<i>“Guapa de cara” de Rafael Reig, por Eugenio Sánchez Bravo</i>	130
<i>El ángel de l’Orangerie, por Gemma Pellicer</i>	64	<i>“El teatro de Sabbath” de Philip Roth, por J. Avilés</i>	132
<i>No marques las horas, por Mónica Gutiérrez Sancho y Andrés Felipe Gómez Shool</i>	65	<i>“La buella del bisonte” de Héctor Torres, por Jorge Gómez Jiménez</i>	134
<i>Un mal día, por María Dubón</i>	69	<i>“Nueve semanas y media” de Elisabeth Mc Nelly, por C. Martín</i>	135
<i>Preguntas y respuestas, por Carlos Manzano</i>	71	<i>La erótica de la máquina, por Miguel Esquirol</i>	136
<i>Preludio y fuga, por Carlos Arnal</i>	76	<i>Escribir el sexo: ¿asignatura pendiente?, por B. Vázquez</i>	137
<i>Su aliento sobre mi espalda, por Elena Casero</i>	80	<i>Literatura erótica, por María Dubón</i>	139
<i>Jenny o el vacío ético, por Salvador Alario Bataller</i>	82	<i>Novedades editoriales</i>	140

LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE LA MARQUESITA DE LORIA, DE JOSÉ DONOSO: FAZ Y ANTIFAZ DEL EROTISMO

por Lilian Elphick

“Arenas dije y nada dije sino las cinco letras de su nombre,
nada sino sus sílabas errantes que la brisa mueve
como peces muertos un mar seco que el mar a secas
le quitara a dentelladas,
y arrastrada por corrientes de viento o de agua, girando a veces
como un trompo ciego,
la arena se va del mundo, se va al mundo, la llevan y la traen
y regresa concubina a acostarse bajo el polvo,
tapa siempre mal clavada del ataúd del suelo,
y la tierra la traga haciéndola rodar a su tibieza
donde los que se aman esperan abrazados
bajo esa gris piel ajena que un soplo desharía.”

El amor desenterrado y otros poemas. Jorge Enrique Adoum

INTRODUCCIÓN

La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria, de José Donoso¹ fue publicada el año 1980. El mismo autor señala en una entrevista que esta novela –que surge después de *Casa de Campo*–, se plantea como texto «alegre, rápido y fácil»:

«No sé si realmente *La Marquesita*... está tan lejana de mis otras novelas. Yo creo que si se comienza a ver, aparecen en ella una serie de temas que están en otras narraciones. Pero en todo caso es distinta, claro. Supongo que tiene varios orígenes. Uno es la necesidad de búsqueda, de ensayo. A medida que pasan los años uno se va dando cuenta de sus propios trucos y hay un temor de envejecer y repetirse, a pesar que en definitiva son los temas los que lo eligen a uno, no al revés. Por otra parte, me asaltó una especie de «aburrimiento» de las escrituras como *Casa de Campo*. Quería hacer algo alegre, rápido, fácil...»²

Es natural el temor de Donoso a repetir las estructuras de *El obsceno pájaro*... o de la misma *Casa de Campo*; natural también el deseo de divertirse con ese «goce de la escritura», parodiando el género erótico y recreando la historia en los años veinte en Madrid. Sin embargo, y como Donoso acota, *La misteriosa desaparición*..., no se aleja tanto de sus otras creaciones. El juego de máscaras y situaciones carnavalescas nuevamente aparecen aquí con una fuerza única: la del erotismo:

«–Pero ¿por qué elegir precisamente un tema erótico, una novela erótica...?»

–Yo había leído bastantes revistas españolas de los años 20. En su tiempo era literatura de primer orden, pero ahora es curiosamente caduca, nadie la lee. Los cuentos y novelas que aparecían en esas revistas eran conservadas en las partes más altas de la biblioteca por nuestros padres. Tenían un valor literario que hoy día todo el mundo despreciaría. Mi idea fue hacer una parodia de ese estilo erótico que a ratos fue desinhibido, fuerte. Me interesaba recuperar el estilo del Madrid de los años 20 y además divertirme, tener el goce de la escritura, después de novelas tanto tiempo trabajadas y sufridas. En todo caso la crítica coincidió en que la novela tenía su encanto y que había ahí la creación de un mundo que no

¹ José Donoso. *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*. 1998. Alfaguara, Santiago de Chile.

² Juan Andrés Piña. José Donoso. Un año después del retorno. (Entrevista encontrada en Letras de Chile)

se escapa a otras narraciones mías.»

En general, para Donoso la literatura es un arte de hechicería. Carlos Franz lo cita en su ensayo *¿Artista o profesional? El caso de José Donoso. (Apuntes para una poética donosiana)*:

«Su tentación verdadera es suprimir la distinción forma/contenido. Y volverlas una sola cosa: pura forma. Donoso: «Inventar un idioma, una forma, con el fin de efectuar el acto de hechicería de hacer una literatura que no aclare nada, que no explique, sino que sea ella misma pregunta y respuesta, indagación y resultado, verdugo y víctima, disfraz y disfrazado».

Es decir, Donoso sueña inventar una forma que no cubre, ni muestra, sino que *es* lo que disfraza. O como dice en otra parte: «Materia y forma: que la greda y la mano que la modela lleguen a ser una y la misma cosa». Creo que cada escritor artista suscribiría el intento.» (Franz. 2000:272)

Al decir de Georges Bataille, el erotismo es «[...] un desequilibrio en el cual el ser se cuestiona a sí mismo, conscientemente. En cierto sentido, el ser se pierde objetivamente, pero entonces el sujeto se identifica con el objeto que se pierde. Si hace falta, puedo decir que, en el erotismo, YO me pierdo». (Bataille. 2000:35).

Con respecto al carnaval y lo grotesco, Bajtín señala que el tema de la máscara es el «más complejo y lleno de sentido de la cultura popular. La máscara expresa la alegría de las sucesiones y reencarnaciones, la alegre relatividad y la negación de la identidad y del sentido único, la negación de la estúpida autoidentificación y coincidencia consigo mismo: la máscara es una expresión de las transferencias, de las metamorfosis, de la violación de las fronteras naturales, de la ridiculización, de los sobrenombres; la máscara encarna el principio del juego de la vida, establece una relación entre la realidad y la imagen individual».

Bajtín agrega que la parodia y la caricatura son derivados de la máscara. Lo grotesco se manifiesta a través de ésta. Bajtín se refiere a la parodia como a un recurso carnavalesco que implica hacer ingresar al doble del discurso para coronarlo y destronarlo a la vez, y es así como puede entenderse la parodia erótica, pues corona a su modelo a la vez que lo destrona superándolo. (Bajtín.1989: 41-42).

Lo fantástico implica un quebrantamiento de las leyes del mundo donde se mueve el hombre, sean éstas de causalidad, de espacio o de tiempo.

Para Todorov, sin embargo, la significación de lo fantástico radica en el lector, quien, en última instancia decide si lo que ha advertido se origina en un mundo que es o no es nuestro universo. En este sentido, la incertidumbre que experimenta un lector en torno a la naturaleza de un fenómeno constituye el fundamento de lo fantástico.

Ahora bien, dicho fenómeno, si el lector lo explica por las leyes de nuestra realidad, será extraño; pero, si por el contrario, él admite la necesidad de nuevas leyes para aclararlo, será maravilloso. De ahí que pueda afirmarse que lo fantástico sirve como línea divisoria entre lo extraño y lo maravilloso.

La creación lúdica de *La misteriosa desaparición...* (de ahora en adelante MDM), en tanto festín del lenguaje, trata el tema erótico desde el desplazamiento, precisamente desde el desequilibrio plantado por Bataille. Es la intención de este trabajo ver cómo se realiza la fractura del mundo de Blanca, desde el entorno erótico a un espacio netamente fantástico. El viaje de Blanca hacia *lo otro* posibilita la desligazón del cliché y la parodia erótica en la figura femenina de la protagonista. Los demás personajes –sobre todo los femeninos– no tendrán este destino, su modo de vida será la máscara sobre la máscara, prefigurándose así un mundo abigarrado, pero inauténtico y vacío, repetición *ad nauseam*, según las palabras del narrador en MDM.

AMBIGÜEDAD MISTERIOSA

Desde su título, la novela predispone al lector(a) a un misterio que no alcanza a ser un enigma,

según la clasificación de Jolles: «[...] un enigma sin solución no es tal». (Jolles.1972:120), pues la misteriosa desaparición de Blanca es paradójica: ella se esfuma o es fagocitada junto a Luna por el parque, como espacio ominoso. Nadie resuelve este misterio en la novela porque a nadie le interesa hacerlo. Recordemos que Blanca usa una Baby Browning, una pistolita femenina, casi de juguete, para defenderse. Se oye un balazo. No sabemos qué fue lo que realmente ocurrió; ¿de quién se defiende Blanca? Todas estas interrogantes quedan abiertas. MDM no es novela policial (no hay crimen comprobable); el único personaje testigo de la desaparición de Blanca es el chofer Mario, quien tuvo un intercambio sexual con ella, mientras Luna oficiaba de *voyeur*. Mario no cuenta la historia, la cuenta el narrador y su voz es desconfiable:

«Lo único que sus ojos vieron unos pasos más allá de donde terminaba la luz de los focos del coche, fue la diminuta Baby Browning dorada con empuñadura de nácar. La recogió, montó en el Isotta-Fraschini para ir a toda velocidad al puesto de policía más cercano, donde contó lo que el autor de esta historia acaba de relatar en este capítulo y que está a punto de terminar : pero no habló del perro gris.» (p.161). (Mi subrayado).

El autor de esta historia trabaja con ambigüedades, dice que a Mario **le pareció** ver una sombra feroz, un monstruo que ataca a Blanca. Cuando oye el disparo su reacción es inverosímil:

«—Brava! —exclamó el mecánico con admiración por la sangre fría de la señora marquesa.» (p.161).

Mario es un personaje plano, una caricatura de hombre: *«...alto, fornido, un joven romanaccio de nariz quebrada y mandíbula cuadrada; con los brazos potentes y las piernas apretadas dentro de las polainas...»* (p.157). La descripción de hombre viril y fuerte, que puede proteger a su patrona de los peligros de la noche, no se condice con la interjección «Brava!» Aquí se nota el juego de este autor que domina, es amo y señor, de una historia que, para Myrna Solotorevsky, es engañosa, y que va «oscilando entre dos géneros: uno, el erótico, al que aparenta pertenecer hasta bastante avanzado el relato y otro, el fantástico, que destrona al primero y otorga su unidad a la novela.» (Solotorevsky. 1988: 81).

Para Philip Swanson el capítulo de Mario «en cierto sentido contiene instrucciones que refuerzan la autoridad del narrador al seguir a un recopilador sereno y superior al mismo tiempo, y sin embargo, rompe su realismo documental, pone en duda su carácter popular.

El narrador está en conflicto con los sucesos narrados y revela su ansiedad: sugiere la historia de Blanca, que es lo que produce la incomodidad textual. El rasgo esencial de la historia de Blanca es el desplazamiento de su búsqueda sexual, material, expresada como búsqueda de conocimiento, de sensación y vinculación con el placer que acompaña al poder, por medio de su contrario, es decir, del rechazo.» (Swanson. 1997: 207).

La ambigüedad que brota desde la mirada irónica y paródica del narrador se instala como verdadero eje de la novela, desplazando lo misterioso hacia un plano que imita y a la vez destruye lo folletinesco. En la antigüedad la palabra 'misterio' no significaba algo misterioso, desconocido o extraño, sino que aludía a una gnosis o una sabiduría oculta que no debía profanarse divulgándose a las masas.

BLANCA, FANTASMA DEL PLACER

¿Quién es Blanca? El narrador la sitúa en el ámbito de los seres privilegiados, al más puro estilo de los cuentos de hadas: *«...por ser bella, lo sabía muy bien, tenía derecho a lo mejor en todo.»* (p.13). Sin embargo, esta belleza durará poco, la «*exótica flor*» (p.14) deseada por Paquito, no tiene la cualidad atemporal de las heroínas de los *märchen*: *«los acogedores diplomáticos que no se daban cuenta de que corrían el riesgo de perder una hija.»* (p.14). Y la pérdida será irreversible. No hay restitución del orden, hay instauración de *otro* orden.

Blanca busca lo que las negras de su Nicaragua natal le dijeron que buscara. La pequeña niña que no

podía dormir porque la luna no salía o su desilusión al ver el mar, después de todo lo que las sirvientas le habían dicho, va moldeándose en esta misma dirección insatisfecha, fantasmal e incorpórea, a pesar de la recarga de su imagen. Blanca es una mujer joven, ociosa e ignorante, dedicada desde la infancia a la auto-gratificación. Ha sido educada por las negras del trópico y por las monjas de Madrid. Es vista como el fruto prohibido del nuevo mundo, proveniente de un país socialmente inestable. El luto que viste, después de la súbita muerte de Paquito, es uno de los tantos disfraces que ella ostentará: «...*cargada de crespones y las manos protegidas por un manguito de piel de mono...*» (p.39). Pero –a nivel metafórico– desde siempre Blanca ha vestido de negro, que es la ausencia de color, igual que el blanco. Las sirvientas –que poseen el verdadero misterio o saber mágico de las cartas del Tarot e historias– le anuncian su destino de mujer-objeto del deseo y mártir a la vez: ...«*los que se encariñan conmigo, sufren.*» (p.69);

«...*Todos la querían desnudar, tocar, acariciar su piel, morder su maravillosa carne.*» (p.41).

Al contrario de lo que plantea Solotorevsky en cuanto a la «eliminación de la angustia en las diferentes transgresiones cometidas por la marquesita» (Solotorevsky.1988:82), se estima que la situación de Blanca, a medida que transgrede su cuerpo con el cuerpo de los otros, en la búsqueda obsesiva del placer, es cada vez más angustiosa hasta dar el salto final. Angustia es lo angosto, la estrechez. Pues bien, el placer de Blanca se va angostando. Después del primer encuentro con Almanza, caracterizado por la violencia sexual (insultos, rasgadura de vestidos, sofocación intencional, sexo duro, etc.), la reflexión de Blanca es la siguiente: «...*una versión perfectamente satisfactoria del infinito.*» (p.77). Cuando aparece el perro Luna, esta versión se convierte en ensayo, en algo que *aún* no es lo definitivo: «*Porque, a pesar del placer, todo había sido un ensayo. Igual que con Paquito. Igual que con Don Mamerto.*» (p.82) (Mis subrayados).

Blanca es una hoja en blanco, vacía, que espera ser llenada, garabateada por la circunstancia hiperbólica³. Para ella «*todo era claro y previsible, incluso la desilusión, y por lo tanto, manejable.*» (p.40). En esta actitud fantasmal, de redundancia por vacío, de frivolidad evanescente, la encontrará el perro Luna que fracturará su mundo, haciéndola perderse en el eros que Bataille denomina ‘sagrado’.⁴

Como dice Alicia Borinsky, Blanca y Luna se pertenecen:

«El perro libera a Blanca cuando “se dio cuenta de que Blanca se disolvía en el primer espasmo de la noche”. La voluptuosidad y el placer de Blanca en ser arrasada por el poder de Luna son evidentes. [...] La novela ha cambiado de signo, convirtiéndose en el recuento de la relación entre Blanca y Luna. Entre luna y su epíteto.» (Borinsky. 1994: 998).

Luna destruye toda la ornamentación del mundo de Blanca, ejerce su poder animal marcando el territorio que ahora es suyo (orina y defeca), desgarrar los suntuosos cortinajes, vuelca los objetos de plata y bronce, es decir se deshace de todo ese resplandor inauténtico, lo que no tiene un verdadero valor, porque representa la mascarada pomposa del viejo mundo. Luna vendría a ser la parte animal de Blanca, esa que ella reprimió cuando niña. La transgresión del perro se vincula a los consecutivos actos de transgresión de Blanca: Ir en tenida de tenis a El Bilbaíno con Archibaldo, el pintor, o sacarse el sombrero cuando pasea con él; cortarse el pelo, no *à la garçon*, sino que a tijeretazos; andar por la calle con los vestidos desgarrados, y finalmente, perderse en la noche junto a Luna, fusión de lo femenino con lo animal y lo natural, también con el plano inconsciente.

El simbolismo de la luna es amplísimo y está muy relacionado con la mujer:

«Cuando se sobrepuso el sentido patriarcal al matriarcal, se dio carácter femenino a la luna y masculino al sol. La hierogamia, generalmente extendida como matrimonio del cielo y la

³ “El hombre es sinecdómicamente concebido como pene y este último adquiere omnipotencia.” (Solotorevsky. 1988 : 83)

⁴ “El erotismo sagrado es la vivencia de la angustia y la superación de ella a través de la disolución de la individualidad en el encuentro de los factores de la operación erótica.” (Baeza. 2003: 415).

tierra, puede aparecer también como bodas del sol y de la luna. Es posible asimismo la coincidencia en el misterio de la resurrección (primavera tras el invierno, florecer tras la helada, renacer del sol después de las tinieblas de la noche, pero también “luna nueva” y creciente). La luna no sólo mide y determina los períodos, sino que también los unifica a través de su acción (luna, aguas, lluvias, fecundidad de la mujer, de los animales y de la vegetación). Pero, por encima de todo, es el ser que no permanece siempre idéntico a sí mismo, sino que experimenta modificaciones “dolorosas” en forma de círculo clara y continuamente observable.» (Cirlot.2003: 290).

Blanca, como el satélite, experimenta una modificación. No sabemos si muere, sólo desaparece, mientras el perro (el otro Luna) permanece en el tiempo, fiel a Archibaldo y Charo. El eje erótico da paso a un eje fantástico. Así, la parodia se anula. La historia de Blanca y Luna pasa a formar parte de una leyenda cómica (Inicio del Capítulo 8: «*Todavía corre por Madrid la leyenda...*»⁵ (p.148).), según el criterio de Sypher en *Los significados de la comedia*:

«...hemos sido forzados a admitir que el absurdo, más que nunca, es inherente a la existencia humana; es decir, lo irracional, lo inexplicable, lo sorprendente, el sin sentido –en otras palabras, lo cómico. Una de las evidencias de lo absurdo es la “disociación de la sensibilidad”, con la consiguiente falta de relación entre un sentimiento y otro...» (Sypher. 2004: 3).

Después de la desaparición de Blanca, entre los objetos encontrados está el reloj y un zapato. El tiempo cronológico ya no es necesario, menos los zapatos. Blanca se convierte así en una anti-Cenicienta, destronando de paso el final feliz del cuento de hadas.

«La tragedia necesita una visión más singular que la comedia, porque la percepción cómica sólo se da cuando adoptamos una visión doble –es decir, una visión humana– de nosotros mismos, una perspectiva por incongruencia. Entonces tomamos parte en ese antiguo ritual que es un Debate y un Carnaval, un Sacrificio y una Fiesta.» (Sypher.2004:35).

PERSONAJES DEL VIEJO MUNDO

Los varones

Paquito Loria es pura máscara y disfraz. Su potencia sexual sólo aflora frente a lo prohibido, lo peligroso, y en contadas ocasiones (en la ópera, mientras su madre juega bridge, por ejemplo). Su impotencia es el anuncio de su propia muerte disfrazada de Ícaro: «¿*Para qué, si no soy capaz de volar?*» (p.33). A este Ícaro degradado las alas no se le derriten con el sol, se le llueven, y muere de difteria dos días después del miércoles de carnaval. El disfraz lo repleta de vitalidad masculina, pero «*pierde su coronita de laureles sobredorados con purpurina*» (p.34), claro aviso de una derrota mayor.

Paquito es la caricatura de un joven agotado: «*flaco, pálido, de tez transparente*» (p.13), también educado en un internado de curas donde aprendió las artes masturbatorias. Para él, Blanca representa lo exótico y lo permitido: «*...el satinado de sus lindos brazos de criolla o la ligereza de su talle libre de ballenas...*» (p.13).

Sin embargo, el narrador asocia a Paquito con la luna, otorgándole una ambigüedad sexual: «*...con su pobre cuerpo frío como la luna junto al de ella en el lecho frente al espejo...*» (p.42); «*lampiño*» (p.48).

Almanza, al contrario, es el estereotipo del macho arribista y ambicioso. Es un parásito holgazán que se alimenta de las sobras de Casilda. Es el «*sportman familiar*» y el «*perito en las lides del amor.*» (p.71) y el narrador lo ridiculiza cuando Blanca lo visita: «*Almanza, vestido con un pijama*

⁵ La leyenda para Jolles “ha adquirido el significado de una narración no acreditada históricamente. [...] Visto según la Historia, la leyenda “se convierte en algo inverosímil, dudoso y, finalmente, contrario a la verdad.” Op.cit. Pp.62-63.

de cosaco de raso violeta, pero llevando una especie de horrible antifaz que le aplastaba los bigotes, entreabrió la puerta.» (p.72) Para él, Blanca es la «americana de mierda» (p.76) que merece ser violada.

Archibaldo, de todos los personajes masculinos, es el más natural, aunque igual se cubre con el disfraz de retratista de la aristocracia española y a la vez cubre a su perro Luna, que «iba vestido de la más acariciable **franela gris** clara que lo enfundaba entero, incluso aquella parte que era feo ver...» (p.65) Blanca asocia el agua gris-limón del lago con los ojos del pintor y con los de Luna, aunque más tarde ella se da cuenta de que los ojos de Archibaldo son negros, sólo porque «se los había enviado de regalo a ella con su perro.» (p.101). (Mi subrayado).⁶

Las damas

Casilda Loria y Tere Castillo representan lo racista, lo grotesco y antinatural de un continente degradado, aunque hay en ellas un proceso de transgresión y liberación dada con la homosexualidad, ironizada finamente por el narrador que opta por darles un final de cuento de hadas (*felices, muchos años*). Se aprecia cómo ellas abandonan Madrid (una villa) para vivir en París (la capital del mundo): «Allí ambas amigas envejecieron juntas, felices, sin jamás perder el dejo andaluz en su francés tan peculiar; ambas vestidas con trajes sastre de **franela gris**, con el pelo cortado à la garçon aun muchos años después de que ese peinado pasara de moda, llevando zapatos de taco plano, corbata y boina vasca...» (p.164). Es decir, se masculinizan. (Mi subrayado).

Similar final tienen Archibaldo y Charo (*muchos hijos, gran y fiel perro gris*), que acatan las normas sociales con su feliz matrimonio.

LOS ESPACIOS

Como en otras novelas, Donoso muestra dos espacios físicos y socio-culturales, contrastándolos. Para Pablo Catalán, el relato donosiano incluye un mundo enmascarado y otro por desenmascarar:

«En la obra donosiana el mundo es representado como lo que enmascara y disfraza y a la vez como lo que en el seno del proceso narrativo debe ser desenmascarado, aquello a lo que se debe quitar el disfraz. Si el vínculo entre los personajes, el espacio y el tiempo lleva una máscara, eso se debe a que la realidad ya no es simplemente natural sino histórica.

El mundo tal como se representa en la obra de Donoso es una lucha entre estas dos dimensiones: un mundo enmascarado y un mundo desenmascarado, real y verdadero. Dos dimensiones de un mismo mundo, dimensiones contiguas, superpuestas, imbricadas o entrelazadas en una confusión que aparenta el caos. La línea es el elemento primordial de la representación del mundo en la medida en que la obra donosiana propone un mundo organizado por un sistema de lindes y delimitaciones.

El mundo representado es entonces, si se le redujera a su más puro diseño, por no decir a su esencia, un complejo de líneas que sirven para indicar los límites, las fronteras, los umbrales. Solidarios del espacio y del tiempo que el relato les da, los personajes son, desde este punto de vista, el producto y a la vez los productores de ese espacio-tiempo. Los personajes son los puntos desde los cuales nacen y se desenvuelven las líneas que ellos producen.

La representación del mundo es el agenciamiento de espacio y de tiempo en un sistema

⁶ «Archibaldo también decepciona a la joven marquesa pues ésta sospecha que tiene relaciones amorosas con Tere Castillo, que frecuenta también el taller del pintor. Blanca relega al pintor a un papel de simple servidor que le está pintando el retrato de Paquito. Blanca se aleja de él pero se queda con Luna, sin quien ya no puede vivir. Archibaldo no es «persona», a lo más es una simple impostura. Toda su aparente fuerza reside en su perro Luna; separado de Luna el pintor vuelve a convertirse en un ser cualquiera incapaz de vivir el misterio erótico; su único deseo –parece intuirse– es el de transformarse en un amante convencional, que sueña con el matrimonio y la paternidad. Esto explica su fin». (Pablo Catalán. 2004. *Cartografía de José Donoso*. Santiago, Frasis Editores. P. 128.

jerarquizado de comportamientos, de distribución y disposición de lugares, de emplazamientos y posiciones donde los seres tienen quizás no un sentido, pero al menos una función». (Catalán. 2004: 27-28).

«En este relato [MDM] se encuentra también un sistema binario, bipolar, constituido por dos grandes configuraciones: Europa y América Latina. Se abre una fisura fértil en el suelo de la diégesis, una dimensión histórica. España, configuración dominante, y Nicaragua, configuración si no dominada al menos en posición de subordinación. Esta bipolaridad subsume una serie de conjuntos entre los cuales el más elemental es el de amos y sirvientes. Se encuentra también de manera muy clara un tipo de personaje donosiano condenado a cumplir con un destino mediocre, pero personaje que a pesar de eso se codea con las altas esferas sociales». (Catalán.2004:124).

Blanca transita rápidamente de la América tropical al Madrid de los años veinte, de la barbarie a la civilización: «...*todo había sido tan fácil como descartar un huipil a favor de una túnica de Paul Poiret.*» (p.11), «*Toda dama civilizada, como ella lo era ahora.*» (p.11). (Mi subrayado). En Madrid, Blanca accede a la ópera que escenifica el mundo como representación y máscara. En *Lohengrin* de Wagner, Ortruda y Telramondo son malos, mientras que Elsa es buena y rubia. La actriz que hace el papel de Elsa es la Velázquez, una española de pelo negro, ala de cuervo, que provoca la confusión de la ingenua madre de Blanca. El cisne de cartón piedra de la ópera se contrapone al cisne negro (¿patito feo?) que Blanca ve en el estanque de El Retiro, entre tantos cisnes blancos, y que asocia con su viudez.

Para Cirlot, el cisne tiene un sentido simbólico de gran complejidad:

«El cisne estaba consagrado a Apolo como dios de la música, por la mítica creencia de que, poco antes de morir, cantaba dulcemente. [...] La casi totalidad de sentidos simbólicos conciernen al cisne blanco, ave de Venus, por lo cual dice Bachelard que, en poesía y literatura, es una imagen de la mujer desnuda: la desnudez permitida, la blancura inmaculada y permitida. Sin embargo, el mismo autor, profundizando más en el mito del cisne, reconoce en él su hermafroditismo, pues es masculino en cuanto a la acción y por su largo cuello de carácter fálico sin duda, y femenino por el cuerpo redondeado y sedoso. Por todo ello, la imagen del cisne se refiere siempre a la realización suprema de un deseo, a lo cual alude su supuesto canto (símbolo del placer que muere en sí mismo). Este mismo sentido ambivalente del cisne había sido conocido por los alquimistas, por lo cual lo identificaban con el “Mercurio filosófico”, el centro místico y la unión de los contrarios, significado que corresponde en absoluto a su valor como arquetipo. [...] Así como el caballo es el animal solar diurno, el cisne era el que tiraba de la barca del dios Sol a través a través de las olas durante la noche. [...] Es evidente que la leyenda de Lohengrin se halla en relación con este mito.» (Cirlot.2004: 137-138).

Blanca, vinculada al cisne, a la luna y al perro, no sería un ser totalmente femenino, sino que estaría signada por la ambigüedad sexual heredada de su propia tierra misteriosa y pletórica:

«*Ella, hay que reconocerlo, dotada de esa pasmosa vocación para las perversiones que suele darse aparejada con la ternura de las hembras del trópico...*» (p.29). (Mi subrayado).

En el estereotipo de los géneros sexuales, la perversión puede relacionarse a lo masculino, y la ternura a lo femenino. Esta mixtura genera lo obsceno, que es lo ‘sucio’, pero también lo que está fuera de escena, lo desplazado.

Es importante señalar que la unión sexual (Archibaldo y Blanca) es descrita por el narrador como un «*maravilloso animal bicéfalo y bisexuado del placer compartido.*» (p.109).

Con respecto a la relación amo-sirviente, que desencadena dos espacios diferentes dentro del mundo español, hay que destacar la historia del clan de los Mamertos. Cuando muere Mamerto Sosa, el viejo notario, todas las mujeres asisten al funeral «*vestidas de un negro tan estricto como si se tratara de un miembro de la familia.*» (p.59) (Mi subrayado). En este «como» se establece

inmediatamente la diferencia entre patronos y lacayos, y el cinismo de ese luto que viene a confirmar una vez más la frivolidad del mundo. Los Mamertos son «*todos diminutos, todos amarillentos, y todos, sin duda, incondicionales de Blanca, ahora dueña de los bienes de la casa de Loria.*» (p.59). El servilismo («consuelo» a Blanca) de don Mamerto lo lleva a la muerte, y Blanca comprueba este servilismo *ad eternum* revisando al niño en pañales, uno más del clan, que incluirá, obviamente, el favor sexual. Sirvientes también son Almanza y Casilda: «...*si seguían vigilándola se proponía liquidar todos sus bienes y comprar medio Nicaragua para explotarlo a su gusto...*» (p.63). Sin embargo, Blanca también es sierva. Leonidas Morales en su libro *Novela Chilena Contemporánea. José Donoso y Diamela Eltit*, revisa la relación patrón-sirviente en *El obscuro pájaro...* y en *El lugar sin límites*: «...no son polos independientes o autónomos, o implicados en una sola dirección, sino que mantienen entre sí una relación de implicación recíproca. O sea, sin “señor” no hay “siervo”, y al revés, sin “siervo” no hay “señor”. Hablando del “señor”, por ejemplo, dice Hegel: es “un ser para sí que sólo es para sí por medio de otro (el siervo)”» (Morales. 2004. 66).

Esta cita se puede extrapolar a las relaciones de poder en MDM, sobre todo la establecida entre Blanca y Luna. Este perro, que no es el mismo perro de Archibaldo y Charo, ejerce todo su poder sexual y mágico a través de la mirada: «*Lentamente, sin dejar de mirarla como si quisiera someter a la pobre Blanca a su hipnosis...*» (p.116). (Mi subrayado). El estereotipo del perro incondicionalmente fiel y servil se invierte, generando así la sumisión de Blanca (le da comida, goza con él, le teme, permite la destrucción tanto de los objetos como de sí misma) y su descentramiento del espacio madrileño. Luna representa al Nuevo Mundo, caracterizado como *coincidentia oppositorum*⁷. Metafóricamente, Blanca vuelve a su origen, a esa luna del Caribe: «*Se empezaron a contar cosas. Ella hablaba de Nicaragua. ¿Por qué de Nicaragua, pensó al avanzar en su relato, que no le gustaba nada, siendo tan feliz aquí en Madrid?*» (p.110). (Mi subrayado). La ironía del narrador atrapa y confunde al lector una vez más. Cuando Blanca tiene esta conversación con Archibaldo no es «tan feliz». El triángulo amoroso Blanca-Archibaldo-Luna pronto se romperá, como señala Catalán en la nota al pie de página N° 6.

CONCLUSIONES

El eje de la novela es la ambigüedad, tanto en personajes como en el mundo representado. La imagen de la mujer está degradada como objeto puramente sexual que objetiviza otros cuerpos, como máscara sin identidad o con una identidad ambigua. Se trata de mujeres fatales, tontas, ociosas y bellas. Los hombres oscilan entre la impotencia y la potencia sexual, entre lo meramente macho y lo femenino delicado. Con respecto a lo sexual, las imágenes están hiperbolizadas, constatándose así el carácter paródico de lo erótico. Algunas situaciones tienden a la comicidad (muerte ‘feliz’ de Mamerto, la historia de Blanca convertida en leyenda, el paseo de Tere Castillo como una bandera roja y amarilla, etc.), estimulando más el tono irónico del narrador que confunde constantemente al lector(a).

En el juego de transgresiones, la mayor transgresión es la situación límite que lleva a Blanca a otro territorio, siguiendo el análisis de Pablo Catalán:

«Cualesquiera sean los otros niveles de lectura posible de este texto, el *relato* ofrece a la joven marquesa un signo —el perro Luna— que va a ser el medio que permite traspasar el mundo en el cual vive y hacer a la vez correr el flujo, y hacerlo correr en los territorios oscuros de las mujeres hechiceras de su infancia. El mundo convencional, el de las líneas duras parece estar siempre ahí, intacto, inalterable. Pero no es sino una impresión porque el signo “perro” continúa presente (“penando”, diríamos) en la ciudad. Insisto en esta idea

⁷ “...Numerosas creencias que implican la *coincidentia oppositorum* revelan la nostalgia de un paraíso perdido, la nostalgia de un estado paradójico en el cual los contrarios coexisten y donde la multiplicidad compone los aspectos de una misteriosa unidad.” Mircea Eliade. 1961. *Mitos, sueños y misterios*. Compañía General Fabril Editora, Bs.As. Pp.155-156.

según la cual el personaje en fuga —siguiendo a Deleuze y Guattari— se vacía sin vaciarse realmente. Esto quiere decir que el personaje en fuga o, mejor aún, el personaje-fuga, entra en un territorio diferente, otro, donde puede, donde debe volver a inventar códigos y en el peor de los casos volverse hacia antiguos códigos o, tercera eventualidad, hacer de su fuga un abandono del mundo dado, huir hacia la muerte». (Catalán.2004:185).

Lo erótico da paso a lo fantástico, entendido como el quebrantamiento de las leyes del mundo, según Todorov. Para Myrna Solotorevsky en lo fantástico reside la ambigüedad:

«El trabajo textual desplegado por MDM nos ha conducido desde un género paraliterario —el erótico— hasta un género que podríamos estimar como literario por excelencia —el fantástico— en cuanto a que la esencia de este último supone la ambigüedad, siendo ésta una de las categorías que nos ha permitido diferenciar el fenómeno literario del paraliterario.» (Solotorevsky.1988:90).

Sin embargo, la ambigüedad, como se vio en el análisis, se despliega tanto en lo paraliterario como en lo literario.

Blanca, protagonista de la novela, está maculada por la insatisfacción sexual. Ésta funciona como síntoma, ya que la insatisfacción ‘real’ es de corte existencial, provocada por el transplante cultural. El castigo a esta huida, que proviene mágicamente del espacio americano tropical (macumba, vudú, u otro tipo de manifestaciones no cristianas), será el regreso a este espacio, pero en forma vacía. La protagonista, en este estado, ya no será más Blanca, será la nada americana, representando así la faz de un continente en estado primigenio.

© Lilian Elphick

BREVE NOTA DE LA AUTORA:

Asistí al taller literario de Pepe Donoso hace muchas lunas atrás; fue una temporada de aprendizaje. Pepe nos enseñó a apreciar la literatura y a trabajar duro. En algún momento me preguntó si había leído a los rusos. Para él eran importantísimos Dostoievsky, Gogol, Chejov, Tolstoi. A lo más había leído a Chejov, pero le mentí y le dije que no sólo había leído a los rusos sino también el *Ulysses* de Joyce en inglés. Había que ser un genio para leer el *Ulysses* entero sin caer en aceleraciones y otras pasiones derivadas de la prosa joyciana. Seguro que no me creyó. Lo verdadero era que había leído casi todas las novelas y cuentos de Pepe, pero callé, pensando en el gran Sí de Molly Bloom. Un sí a la vida, al amor, a la literatura. Un sí a Pepe Donoso, gran escritor y un maestro de ojos dulces.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- BAEZA, Ana María. “Bataille/Irigaray. Del uno al dos, ¿cuánto me quieres?” 2003. *Anuario de postgrado*. – no. 5 (2003), p. 401-421. Universidad de Chile.
- BAJTIN, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. 1989. Madrid, Alianza Editorial.
- BATAILLE, Georges. *El Erotismo*. 2000. Barcelona, Tusquets.
- BORINSKY, Alicia. “José Donoso: El otro coloquio de los perros”. 1994. *Revista Iberoamericana* Vol.LX , N° 168-169 (jul/dic).

- CATALÁN, Pablo. *Cartografía de José Donoso. Un juego de espacios. Un arte de los límites*. 2004. Santiago, Frasis Editores.
- CIRLOT, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. 2003. España, Ediciones Siruela.
- DONOSO, José. *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*. 1998. Santiago de Chile, Alfaguara.
- ELIADE, Mircea. *Mitos, sueños y misterios*. 1961. Bs.As , Compañía General Fabril Editora.
- FRANZ, Carlos. “¿Artista o profesional? El caso de José Donoso. (Apuntes para una poética donosiana).” 2000. *Estudios Públicos*, 80.
- JOLLES, André. *Las formas simples*. 1972. Santiago, Universitaria.
- MORALES, Leonidas. *Novela Chilena Contemporánea. Donoso y Eltit*. 2004. Santiago, Cuarto Propio.
- PIÑA, Juan Andrés. *José Donoso. Un año después del retorno*. (Entrevista encontrada en *Letras de Chile*).
- SOLOTOREVSKY, Myrna. * *José Donoso: incursiones en su producción novelesca*. 1983. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.
* *Literatura. Paraliteratura. Puig, Borges, Donoso, Cortázar, Vargas Llosa*. 1988. Madrid, Hispamérica.
- SWANSON, Philip. “Coitus interruptus: Donoso, el post boom y La misteriosa desaparición de la Marquesita de Loria.” 1997. En: *Donoso: 70 años. Coloquio Internacional de Escritores y Académicos*. Santiago de Chile, Ministerio de Educación, Departamento de Programas Culturales: Universidad de Chile, Departamento de Literatura.
- SYPHER, Wylie. *Los significados de la comedia*. 2004. Traducción, notas e ilustraciones de Luis Vaisman. Departamento de Literatura, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- TODOROV, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*. 1974. Bs.As., Tiempo Contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- AHUMADA, Haydée. “La galería de mujeres en *Coronación*. Entre la diferencia y el estereotipo”. 1995. *Revista Chilena de Literatura*, N° 46. Universidad de Chile.
- BALLESTEROS, Isolina. “La función de las máscaras en *Tres novelitas burguesas* de José Donoso.” 1994. *Revista Iberoamericana*. Vol. LX N° 168-169 (jul/dic).
- MARTÍNEZ BONATI, Félix. “El sentido histórico de algunas transformaciones del arte narrativo.” 1995. *Revista Chilena de Literatura* N° 47. Universidad de Chile.
- VALENZUELA, Luisa. “De la Manuela a la Marquesita. El escritor custodiado (o no) por los perros del deseo”. 1994. *Revista Iberoamericana*. Vol. LX N° 168-169 (jul/dic).

La autora:

Lilian Elphick (1959, Santiago de Chile). Ha publicado *La última canción de Maggie Alcázar* (Cuentos, 1990), *El otro afuera* (Cuentos, 2002), *Ojo Travieso* (Microcuentos, 2007). Es directora de talleres literarios y editora de la página web de la corporación Letras de Chile (www.letrasdechile.cl). Blog: <http://lilielphick.blogspot.com>.

SEDUCCIÓN, EROTISMO Y AMOR EN *TRAVESURAS DE LA NIÑA MALA*, DE MARIO VARGAS LLOSA

por Luis Quintana Tejera

Parece de antemano imposible o, por lo menos, difícil de asumir en un mundo que día a día se vuelve más escéptico, que el narrador de esta novela encare no sólo el tema del amor, sino también el del erotismo y la seducción de una manera tan peculiarmente interconectada que no puedan separarse –al menos radicalmente– uno de los otros.

He planteado el orden de los temas de la siguiente manera: «Seducción, erotismo y amor». Esto acontece con Otilia –personaje principal de la novela– en quien prevalece la necesidad de seducir primero, entregarse luego a un erotismo que es para ella tentativo y gradual, para concluir –no en todos los casos, posiblemente sólo en uno– inmersa en una forma peculiar del amor que ella profesa por el protagonista de la novela.

Ricardo y Lily, Ricardo y Arlette por mencionar tan solo dos de los momentos cíclicos que reúnen a los antagonistas en esa lucha irrefrenable que sostienen y mediante la cual desean: uno, aferrarse y eternizar el momento y, la otra, intentar un acercamiento del cual no está convencida, en tanto que una voz interior le grita que algo hay para descubrir que ella aún no ha percibido claramente.

Observemos en primera instancia el motivo poético de la seducción. Cuando Arlette –segundo rostro simbólico de Otilia– llega a París, el focalizador interno fijo graba tres o cuatro características de la personalidad de la joven que van más allá de meros atributos individuales para anclar en una manera de ser no totalmente preconcebida, pero que delinea rasgos implícitos de una personalidad carismática para el amor y el sexo.

Ella tiene una silueta graciosa, una piel cálida y, a pesar de la vestimenta en extremo sencilla y algo grotesca que llevaba, hay una señal que puede percibirse más allá de esos vestidos, se halla ese toque femenino expresado en la manera de caminar y moverse, aunado al modo de fruncir sus gruesos labios cuando habla de temas no del todo trascendentes.

Y ella no es una actriz consciente de su papel, es más bien alguien que desempeña un rol que desconoce en lo inmediato y que conoce mediatamente a la perfección cuando su experiencia le permite ver y palpar los resultados que alcanza.

Dicho de otro modo, se trata de una mujer capaz de atrapar en las redes de sus movimientos seductores al más prevenido. Teje su tela con los materiales que la madre naturaleza le ha dado; captura a su víctima y se sienta a devorarla pausadamente; se deleita y sufre a la vez, porque sabe que muchas veces las cosas le salen muy bien, pero en otras ocasiones no sucede así.

Otro atributo que radica también en la cara son sus ojos oscuros y expresivos; diría más bien, ojos equívocamente expresivos y simbólicamente oscuros; no pasamos por alto la referencia racial que se indica en el negro de sus ojos, pero quiero detenerme en la sugerencia que está implícita en ellos. Al igual que el Tabaré de Zorrilla con sus ojos azules representaba la unión forzada de dos culturas, también la niña mala con sus ojos oscuros alegoriza la unión de una mujer tipológica, casi podríamos decir «común y corriente», con otro tipo menos común y nada corriente; me refiero a la fémina que se ha formado en la escuela de la necesidad y la búsqueda y que ha moldeado en esta misma escuela una personalidad que atrapa, subyuga y erotiza. Su magia consiste precisamente en no contar con sortilegio alguno, a no ser su capacidad innata para envolver a la víctima y alimentarse gradualmente de ella.

Además, sus ojos envían muchos mensajes simultáneos que aluden a su «estar en el mundo», a su

necesidad de ser tenida en cuenta, a la gracia implícita de su juventud tentadora, a su requerimiento constante de búsqueda; en fin, a mucho más que confunde y atonta bajo el manto de la seducción a la víctima propiciatoria, la cual se deja engañar por el carácter equívoco de esa mirada y por la ternura aparente que a la menor provocación se vuelve ferocidad que destruye. Me atrevo a decir que es una mirada a la que no hay que responder con otra mirada si no se quiere correr el riesgo de perder la paz espiritual y el desahogo que da –muchas veces así sucede– la inocencia de una vida no comprometida con las apariencias que el amor ofrece.

El narrador focalizador interno fijo¹ señala: «Sigue manando de ella esa picardía que yo recordaba muy bien.»²

Al reconocerla, Ricardo ve en esta mujer los atributos eternos de una fémica de quien podría decirse también en voz paralela a la de Dostoievski: «¡Qué bella es! Si fuera buena todo se habría salvado»³. Es más, todavía se puede decir, porque la niña mala no ha caído aún en el hondo abismo axiológico que por sus acciones posteriores le tendrá reservado el destino.

Inclusive podemos llegar a pensar que esa misma picardía –inherente al personaje– podría ser una manera válida de rescatarla de la ruindad moral que la aguarda. Pero Otilia prefiere valerse de esa «picardía» con otros fines completamente ajenos a una escala moral determinada; prefiere utilizarla como anzuelo eficaz para atrapar y corromper al hombre en turno.

Deseo detenerme un momento en el concepto de «corrupción» que es también inseparable del personaje. Mediante la ruta equívoca de la seducción ella procede a llevar a cabo la cuidadosa tarea de la perversión del otro. En Ricardo el proceso se cumple de manera progresiva y puntual. No de forma total, porque no llega al extremo de arruinarlo físicamente mediante algún contagio inherente a los riesgos constantes de connivencia carnal con hombres tan diversos; pero alcanza –creo que esto es más terrible que lo otro– un grado de acción pervertidora en términos espiritualmente morbosos. La corrupción de Ricardo se ofrece en cifras de obsesiva dependencia y degradación; de una manera de sometimiento consciente y al mismo tiempo inconsciente a esa mujer que paulatinamente lo arroja en el abismo de su propia soledad, dejándolo únicamente con la posibilidad de relatar su historia, esto es, «contarla a ella» al mismo tiempo que se «contará a sí mismo» y –por este camino– volverá a vivir, a la manera de Eneas⁴ y de Francisca⁵, el horror de reiterar algo que sólo se desea olvidar.

Pero el olvido representaría paz en ese mundo convulsionado e inquieto de Ricardo y, del mismo modo que en el infierno dantesco no puede haber reposo para aquellos que han pecado, aquí tampoco se concibe al sosiego como una forma de alcanzar la redención espiritual.

En cada uno de los reencuentros que siguen y que pautan la relación entre Ricardo y la niña mala, podremos ver de qué manera el niño bueno es seducido de renovada forma, mientras el erotismo se impone también con igual carácter para llegar finalmente a lo que denomino «amor» en el contexto de este análisis.

Veamos el proceso.

1.- Con Lily, la chilena, existe tan solo el deslumbramiento de un joven, casi un niño. La seducción podrá contemplarse aquí en términos neoplatónicos con un alcance de espiritual inocencia. La ausencia de los cuerpos nos autoriza a detenernos sólo en las almas y Lily es ya una «niña» que busca deslumbrar. Sabemos que Ricardo se enamora y no es correspondido. Cuando se separan, ella ya lo ha inoculado con el veneno del amor mediante el hábil proceso que sabe manejar con acierto a pesar de su total inexperiencia en este terreno.

2.- Con Arlette los términos cambian, porque la «guerrillera» representa ya la típica pragmática que

¹ Cfr. Gérard Genette. *Figuras III*, trad. de Carlos Manzano, Barcelona, Lumen, 1989, capítulo 4

² Mario Vargas Llosa. *Travesuras de la niña mala*, México, Alfaguara, 2006, p. 32

³ Cfr. Fiodor Dostoievski. *Obra completa*, México, Aguilar, 1991, tomo II

⁴ Virgilio. *Eneida*, trad. Miguel Antonio Caro, Buenos Aires, Sopena, 1979

⁵ Dante Alighieri. *La Divina Comedia*, 16ª. edición, México, Espasa Calpe, 1987 [Col. Austral # 1056], canto V

acompañará en lo sucesivo a la asunción de los diferentes rostros aparentes que ella lleva. Es guerrillera para poder viajar, al mismo tiempo que manifiesta una total indiferencia hacia la causa política que supuestamente tendría que defender; por ello cuando se enfrenta al hecho inminente de tener que ir a Cuba con fines de entrenamiento guerrillero, le pedirá a Ricardo Somocurcio que la libere de este duro compromiso. Antes de hacerlo se entrega a él con fría indiferencia. Mientras Ricardo cree tocar las nubes en la vivencia primera del erotismo, ella está usando este mismo erotismo como herramienta de seducción. La joven continúa moviéndose en términos de conquista, mientras él cae en la trampa de la sensualidad. La indiferencia de la mujer que usa su cuerpo es símbolo y trasunto de un corazón implacable que no vacila ante nada para alcanzar sus aspiraciones. En fin, la camarada Arlette abandonada por Ricardo en su intento por evadir la responsabilidad cubana se volverá amante del conocido comandante Chacón, hombre de confianza del propio Fidel Castro. El escritor que está detrás del narrador dirige un cierto guiño picaresco al lector cuando la propia niña mala se cuelga en las filas de la revolución castrista. La pluma de Vargas Llosa no pierde su carácter implacable que todo buen escritor comprometido con sus creencias, supuestamente debe tener.

3.- En la UNESCO se reencuentra con la niña mala quien ahora es y se llama Madame Robert Arnoux. Esta nueva y vieja mujer le reprocha lo que ella considera una traición y, sin lugar a duda alguna, Ricardo piensa que él pudo haber estado entre sus brazos en lugar del comandante Chacón. El factor «casualidad» guía los pasos de la niña mala, mientras el niño bueno se mueve como si fuera una marioneta a su alrededor. En este presente ella lo acompaña más que nunca: «De lunes a vienes desde la salida de sus clases hasta las cuatro o cinco de la tarde»⁶. Ahora lo seduce por el camino del apoyo constante y le ayuda a amueblar el nuevo departamento. En este espacio es cuando hacen el amor por segunda vez y en donde también el erotismo aparece enmarcado en un contexto vanamente sexual y sigue siendo el apéndice inútil de la seducción: «Como la vez anterior, se dejó acariciar con total pasividad y escuchó callada, fingiendo una exagerada atención o como si no oyera nada y pensara en otras cosas»⁷.

Los pasos del erotismo con Madame Arnoux son significativos en el marco del análisis, porque ambos descubren algo nuevo. Ella sigue siendo fría y calculadora, aunque ahora me da la impresión de que mientras se entrega a la tarea de seducción, nuevamente está ensayando diferentes caminos que le permitirán no sólo sellar los lazos que la unen a Ricardo –situación ya por demás consolidada– sino también prepararse para las renovadas lides de «amor» que la aguardan. Ella sabe mejor que nadie que no es posible quedarse mucho tiempo con el niño bueno y precisamente por ello le dice entre otras muchas aseveraciones: «–Si sólo te tuviera como amante a ti, andaría como una pordiosera, pichiruchi»⁸.

Y el propio Ricardo razona en voz alta en uno de los tantos monólogos que caracterizan la manera de expresión de un focalizador interno fijo: «Estaba seguro que la querría siempre, para mi dicha y también para mi desdicha»⁹. A pesar de que reconoce el grado de su desazón, creo que no lo asume totalmente. Decía Genette que otra de las características de la autodiégesis consiste en lo que él denomina «la restricción de campo»¹⁰ y esto se observa inclusive cuando el protagonista dice saber algo, pero aún así continúa actuando como si no lo hubiera asumido o, al menos, como si lo hubiera asumido parcialmente.

Otro aspecto digno de resaltarse tiene que ver con el proceso de aprendizaje al que Ricardo está sometido en los diferentes encuentros sexuales con la niña mala. Ella conoce que puede guiar con excelencia al niño bueno por los truculentos caminos del sexo; al hacerlo estará reafirmando su propia personalidad y, al mismo tiempo, deleitándose en esa capacitación erótica de la cual hace gala en un marco de seducción semejante.

⁶ Mario Vargas Llosa. *Op. Cit.*, p. 66

⁷ *Idem*

⁸ *Ibidem*, p. 73

⁹ *Ibidem*, p. 79

¹⁰ Gérard Genette. *Op. Cit.*, capítulo 4

Veamos algunos ejemplos:

1. «Hazme venir, primero [...] con tu boca»
2. «No te vayas a venir todavía»
3. «Me gusta sentirme irrigada» (p. 67).¹¹

Ante tales expresiones huelgan los comentarios, aunque sigo sosteniendo que la palabra erotizada del escritor sabe hablar muy bien este lenguaje.

Y el improvisado alumno de tal enseñanza individual goza de acuerdo con la guía que su «maestra» le da; a pesar de lo anterior, continúan quedando en él serias dudas que lo conducen a sostener entre otras cosas:

«Hablaba con tanta frialdad que no parecía una muchacha haciendo el amor, sino un médico que formula una descripción técnica y ajena al placer». (p. 67).

He aquí una especie de desdoblamiento de Otilia que Ricardo desvela con acierto. Parece tener la extraña capacidad de estar al mismo tiempo en dos lugares diferentes: como amante llena de frialdad y como médico que explica lo que en términos físicos sucede.

Esta última situación revela y esconde a igual tiempo, la verdadera capacidad de esta mujer para participar como espectadora y actriz, en enfermiza situación personal que, por un lado la aleja del compromiso y, por otro, la obliga a ofrecer su cuerpo que mecánicamente se contorsiona bajo el influjo del amor.

4.- La cuarta faceta que reviste la picardía de esta mujer será dada por el disfraz que le proporciona Mrs. Richardson, la esposa de un hombre de origen mexicano que se pavonea como gran señor en el entorno de las caballerizas elegantes que se hallan a unos quilómetros de Londres. Dice el narrador que se reencuentra con ella: «En una nueva encarnación de su mudable personalidad»¹². De este modo los cambios continúan operándose y se vuelve a dar el retorno de la mujer que respondiendo a un inequívoco contexto dionisiaco nace y renace de un modo impostergablemente cíclico.

Como podemos constatar, los espacios han ido cambiando paulatinamente, porque primero fue el barrio de Miraflores en Perú, luego París-Cuba en impensable asociación de lugares tan distintos social, política y económicamente hablando; en seguida, París nuevamente en el contexto internacionalmente culto que proporciona la UNESCO y, ahora, –en esta cuarta etapa– es Newmarket en Inglaterra en donde el ambiente relajado y al mismo tiempo distinguido de los caballos purasangre y sus dueños orgullosos, permiten que la niña mala continúe entregada a sus fechorías sin que ni el erotismo ni el amor la hayan conmovido todavía.

Ella se muestra ahora esquivada como nunca con Ricardo y él llega a convencerse –se equivoca otra vez– que Otilia ya no lo buscará por tratarse él de «un testigo incómodo». Dos días después el protagonista recibe la llamada telefónica de la niña mala quien le dice que se han de ver al día siguiente a las tres en el Russell Hotel. Será este sitio el lugar de encuentro de varios viernes. En el segundo de estos viernes se lleva a cabo –en términos de análisis lo digo– el descubrimiento del erotismo por parte de la incansable mujer que da nombre a esta novela y, al mismo tiempo, ambos entablan un diálogo revelador acerca de los lazos que hasta ese momento los han unido.

En cuanto al primer aspecto, ella se satisface como nunca antes lo había hecho. Aunque el encuentro comienza con aquella frivolidad de: «–Ten cuidado –me instruyó–. No me vayas a arrugar la ropa»¹³, éste continúa de un modo diferente; a medida que los cuerpos se buscan y se unen va *in crescendo* el placer de la fémica, que ahora, por fin, se vuelve consciente y –a su modo– gozosa.

Primero ella le recuerda a Ricardo la satisfacción oral que sus labios siempre le han dado y algunas expresiones del narrador dan cuenta de algo nuevo que ha descubierto:

¹¹ Mario Vargas Llosa. *Op. Cit.*, p. 67

¹² *Ibidem*, p. 113.

¹³ *Ibidem*, p. 126.

1. «Sentí que comenzaba [...] a concentrarse totalmente, con esa intensidad que yo no había visto nunca en ninguna mujer».
2. (Concentrarse) «en ese placer suyo, solitario, personal, egoísta, que mis labios habían aprendido a darle».
3. «La sentí humedecerse y vibrar».
4. «Pero qué delicioso y exaltante era sentirla ronroneando, meciéndose, sumida en el vértigo del deseo»¹⁴. (p. 127).

He ahí el placer egoístamente generoso que la mujer le proporciona. Mientras ofrenda su cuerpo vibra bajo el impulso de su deseo.

En lo que tiene que ver con el segundo aspecto –el diálogo revelador– la conversación entablada en los descansos del amor, versa precisamente en torno a un pedido de Ricardo, quien desea oír una vez al menos que ella diga que lo quiere y agrega al respecto: «Aunque no sea cierto, dímelo. Quiero saber cómo suena, siquiera una vez»¹⁵.

Son los dos antagonistas enfrentados ahora en torno al controvertido tema del amor y su manifestación mediante la palabra. Ella ha recibido de la boca y de los labios del amante el máximo placer que su sexo le dicta. Él quiere oír de esos otros labios el vocablo mágico del amor; aunque no sea cierto, pero desea escucharlo una vez al menos. Ella consuela su sexo con proximidades reales en donde unos labios no dicen palabras, pero convocan al goce mayor. Él ofrece sus oídos para escuchar por fin la declaración tantas veces postergada; pero la niña mala continúa prolongando los momentos. Es éste otro modo de la seducción que consiste en no darlo todo cuando se lo piden, sino alargar los plazos que cuando finalmente lleguen serán más placenteros como le decía Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe¹⁶.

Y dando una vuelta de tuerca que realmente llama la atención, la niña mala le ofrece un discurso en donde si bien aún no aparece el tema del «querer», sí emerge con una fuerza poderosa el motivo de la sinceridad:

«Yo nunca he dicho “te quiero” “te amo” sintiéndolo de verdad. A nadie. Sólo he dicho estas cosas de a mentira. Porque yo nunca he querido a nadie, Ricardito. Les he mentado a todos, siempre. Creo que el único hombre al que nunca le he mentado en la cama has sido tú»¹⁷.

Y a pesar de la restricción del campo semántico que primero afirma: «El único hombre al que nunca le he mentado» y luego limita: «en la cama», ya constituye un progreso enorme que Ricardo Somocurcio pueda escuchar esta confesión de una mujer desgarrada por el tedio y la búsqueda insaciable. Y a pesar de la ironía explícita en aquellas palabras del protagonista: «–Vaya, viniendo de ti, eso es toda una declaración de amor»¹⁸, pienso que la niña mala ha dado el paso de la seducción al erotismo primero y, luego, de este mismo erotismo está a punto de dar el gran salto hacia el territorio del amor.

No se atreve a decir las palabras mágicas, porque éstas implican compromiso y porque mediante ellas podría arriesgar los alcances económicos y sociales que hasta la fecha ha logrado.

No obstante todo lo anterior, Ricardo se pregunta: «¿Llegó a quererme un poco en aquellos dos años?»¹⁹.

En fin, el protagonista vuelve a perder a la niña mala, a la inconcebible Otilia, cuando desaparece de su vida Mrs. Richardson. Este nombre vano y frívolo había ocultado por un período al personaje femenino que –tiempo después– reaparecerá por quinta ocasión bajo otra apariencia diferente.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 126-127

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ Wolfgang Goethe. *Fausto*, trad. de U.S.L., México, Origen, 1985

¹⁷ Mario Vargas Llosa. *Op. Cit.*, p. 127

¹⁸ *Idem*

¹⁹ Mario Vargas Llosa. *Op. Cit.*, p. 133

5.- Se volverá a encontrar con la niña mala bajo la premisa de que ella era como un fuego fatuo «que aparecía y desaparecía de mi vida [...], incendiándola de felicidad por cortos períodos, y, después, dejándola seca, estéril, vacunada contra cualquier otro entusiasmo de amor»²⁰. Los movimientos que marcan los cambios son evidentes y el agudo contraste entre el fuego que es indicio inequívoco de felicidad momentánea y la condición yerma e inútil en que se sumerge después, no hace más que destacar la condición de víctima en que el protagonista se transforma cada vez que es abandonado por la insólita mujer.

Vistiendo su quinta máscara se presentará ahora como la mujer de un japonés llamado Fukuda; en este momento de mi análisis arriesgo una interpretación; en la página 159, el narrador consigna que ha terminado la dictadura militar en el Perú y en la página 161 reaparece la niña mala en los brazos de este japonés de dudosa condición moral que somete a la pobre mujer a vejaciones inmundas y condiciones infrahumanas inconfesables. ¿Acaso no está sucediendo hoy la reclamación que un gobierno democrático del Perú le hace al antiguo dictador? Ese antiguo tirano de origen y mirada oriental, ¿no convoca acaso a la reflexión que toda América Latina hace actualmente? No lo puedo asegurar, pero dada la condición políticamente comprometida de Mario Vargas Llosa, autor, lo veo como otro de los tantos guiños al lector.

Kuriko se comporta con mayor espontaneidad y, a diferencia de ocasiones anteriores, toma abiertamente a Ricardo como su confidente. Harán el amor en un sitio elegante y exótico llamado Château Meguru, lugar que revela el nuevo estatus de la mujer. Ella se ha acostumbrado ya al erotismo que practica con el protagonista y aunque le preocupa la técnica sexual, igual descubre en él una ternura que la conmueve con renovados bríos.

Pero no todo es como aparenta ser. En este incesante juego de mentiras y verdades, emerge la falsedad más grande que tenía preparada para el niño bueno la controvertida Kuriko. Usa a su amante de una forma despreciable y cruel. Se entrega a él ante la mirada encubierta y furtiva de Fukuda que –desde las sombras– atisbaba.

En este momento Ricardo se siente rebajado, insospechablemente ultrajado y, abandona el lugar con rabia y desesperación.

Ha perdido a Kuriko y cuando vuelve a encontrarla será sólo una sombra marchita y ultrajada.

Ricardo se entera de qué manera el japonés la sometía a toda clase de vejaciones, guiado por el espíritu corrupto –mensajero de muerte– que lo caracteriza en el devenir de la novela y que nos autoriza a recordar nuevamente al personaje de la vida real que fue presidente-dictador en Perú.

6.- La última mutación de Otilia es, posiblemente, el único disfraz que en realidad adquiere características de verosímil. Ella se convertirá, por fin, en la esposa de Ricardo Somocurcio, pero para que este acontecimiento se lleve a cabo es necesario observar otros hechos que de manera paulatina se producirán. En este momento del relato los temas de la seducción y el erotismo han pasado a un plano definitivamente secundario debido a la condición física y anímica de la niña mala; pero el motivo del amor parece alcanzar su etapa máxima –con todas las excepciones al respecto– cuando la niña mala baja los brazos y confiesa sus sentimientos apenas unos días antes de morir. Los acontecimientos mencionados incluyen aquellas intensas semanas en que la niña mala se repone bajo los cuidados atentos del eterno enamorado. Pero luego, ésta abandona nuevamente para dejar a Ricardo solo y para orillar al intento de suicidio en el Sena. Tiempo después la niña mala cambia de idea y retorna al lado de Ricardo. Posteriormente, ella vuelve a partir sin dejar de confesarle antes que está harta de la mediocridad en que vive. Desesperadamente el protagonista decide rehacer su vida en brazos de Marcella, uno de los pocos amores de Ricardo a excepción de Otilia. Luego, como un intenso devenir incesante, la niña mala retorna tan solo para morir en brazos del único individuo que nunca pudo olvidarla. Le exige dos condiciones: que deje a Marcella y se venga a vivir con ella y que le firme unos papeles, mediante los cuales lo hará heredero de su propiedad. Es en este momento cuando la niña mala confiesa aquello de: «Desde que supe que

²⁰ *Ibidem*, p. 153

estabas con ella me estoy muriendo de celos a poquitos.»²¹ Es éste, un paso importante para definir, en el marco de nuestro análisis, una apertura diferente de Otilia. No queremos caer en la ingenuidad de pensar que ella por fin está enamorada; más bien pienso que se trata de un enorme despecho y de que no quiere admitir que Ricardo se pueda haber enamorado de otra mujer; pero en lo más hondo de este proceder arraiga ya el reconocimiento final de su cariño cuando le dice a Ricardo: «Todavía no me has dicho que me quieres más que a esa hippy, niño bueno»

Conclusiones

Resulta innegable que en el desarrollo del análisis llevado a cabo en el presente ensayo se ha querido subrayar la idea del proceso que se cumple en el devenir del relato en torno a las llamadas «travesuras de la niña mala». Elegimos como motivos destacados los tres aspectos que aparecen en el título –seducción, erotismo y amor– los cuales se cumplen en ambos antagonistas de modo diverso, pero innegablemente cíclico. En la niña mala prevalece la noción seductora que resulta expresada en las diferentes facetas de su comportamiento y el protagonista emerge como una víctima de esta seducción. El erotismo se cumple en etapas también, en las cuales Otilia «educa» a Ricardo hasta convertirlo en un adicto al sexo, mejor dicho, un adicto a su cuerpo de hembra tentadora. En cuanto al tema del amor, el comportamiento de ambos antagonistas difiere: Ricardo vive en el primer encuentro el deslumbramiento que posteriormente lo conducirá de manera gradual al erotismo, el cual definitivamente anclará en el amor que de forma innegable deposita en la niña mala. Ella –quedó suficientemente explicado en el texto– descubre en brazos de Ricardo, primero al erotismo y, finalmente al amor. No está de más advertir que la interpretación de estos conceptos pasará por el cernidor de conciencias que representan tanto uno como la otra. Otilia y Ricardo constituyen dos maneras diversas de vivir, dos formas distintas de búsqueda. Ambos resultan unidos para siempre cuando ya el tiempo ha pasado y la muerte se cierne sobre la fémica. A Ricardo le tocará narrar esta historia de locos amores dionisiacos en el bien entendido que cuando la novela concluye la diégesis que se promete contar ya ha sido narrada.

© Luis Quintana Tejera

* * *

BIBLIOGRAFÍA:

- ALIGHIERI, Dante. *La Divina Comedia*, 16ª. edición, México, Espasa Calpe, 1987 [Col. Austral # 1056]
- DOSTOIEVSKI, Fiodor. *Obra completa*, México, Aguilar, 1991
- GENETTE, Gérard. *Figuras III*, trad. de Carlos Manzano de Frutos, Barcelona, Lumen, 1989
- GOETHE, Wolfgang. *Fausto*, trad. de U.S.L., México, Origen, 1985
- VARGAS LLOSA, Mario. *Travesuras de la niña mala*, México, Alfaguara, 2006
- VIRGILIO. *Eneida*, trad. Miguel Antonio Caro, Buenos Aires, Sopena, 1979

El autor:

Luis Quintana Tejera. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1, CONACYT, México. Miembro Numerario de la Red Cervantina Internacional. Página web: www.luisquintanatejera.com.mx

²¹ *Idem*

LA FELICIDAD

por Sandro Cohen

Para ser celoso se necesitan buenos pulmones
Fortunata y Jacinta. Benito Pérez Galdós

The walls of this hotel are paper thin
Leonard Cohen

Cuando llegué, ella no estaba. Había un hueco en la cama, una leve oquedad cubierta por la sábana color ocre que apenas reflejaba los primeros atisbos de un sol que sólo podía entrar en la recámara gracias al edificio contiguo, cuyo muro de concreto daba al este y cuyos vidrios enormes empezaban a reflejar cada amanecer antes de las siete de la mañana en verano, y lo dirigía a la única ventana que nos comunicaba con el mundo de fuera sin tener que traspasar la puerta.

Yo corría en las madrugadas –me levantaba entre las cuatro y las seis de la mañana– y me hacía a la idea de que ella, dormida, me imaginaba en los lugares por donde yo pasaba: Avenida de los Insurgentes, Paseo de la Reforma, la estatua de la Cibeles en la colonia Condesa, la calle Horacio en Polanco, Campos Eliseos, Mahatma Gandhi, Patriotismo, Universidad... Según yo, aun dormida, ella haría cálculos mentales de tiempo contra distancia: *Hace 20 minutos que salió. Entonces, ya estará atravesando Mariano Escobedo para tomar Euler...* Correr en la ciudad a oscuras, apenas iluminada por unos cuantos arbotantes que sólo funcionan a medias cuando no están completamente apagadas –descompuestas, olvidadas por la ciudad y quienes hacen que ésta funcione, aunque sea a medias–, es algo que pocas personas experimentan o desean contar entre sus experiencias. Todo se ve diferente, todo *es* diferente. No importa cuántas veces uno haya pasado por la misma calle y visto idénticas casas y tiendas y anuncios. Cuando uno recorre esos lugares aparecen otras casas, otras tiendas y otros anuncios. Desde luego que el paisaje es más atractivo de noche cuando no hay nadie, cuando sólo transitan unos cuantos taxis, camiones de basura y los últimos despistados que van saliendo de algún antro. De vez en cuando puede verse a aquellos que deben estar en su trabajo antes de las siete y apenas pueden abrir los ojos lo suficiente como para meterse a la combi que los llevará a otra combi, y después a otra hasta que descienden, entumecidos ante un sol que los ciega y que los coge desprevenidos.

«Correr en la ciudad a oscuras, apenas iluminada por unos cuantos arbotantes que sólo funcionan a medias cuando no están completamente apagadas –descompuestas, olvidadas por la ciudad y quienes hacen que ésta funcione, aunque sea a medias–, es algo que pocas personas experimentan o desean contar entre sus experiencias. Todo se ve diferente, todo es diferente.»

Éste no es problema para quien corre de madrugada y se fija en cómo el cielo va adquiriendo color poco a poco. Primero un morado intenso, apenas visible, que va cediendo a un azul oscuro con destellos rosáceos que van poblando el horizonte oriental. La profundidad del color se va aligerando mientras se esparce hacia el occidente. Lo último que aparece es el sol, pero para entonces no hace falta: se ve todo perfectamente.

Los pájaros empiezan a desperezarse unos 15 minutos antes de la primera luz. Siempre trato de escuchar al primero, de ser *consciente* de estar escuchando al primero, aquel que lanza una especie de graznido, tal vez feliz por ser el que inaugura el día. Luego son dos y cinco y quince... Dentro de unos minutos se ha levantado una cacofonía sólo comparable con el tráfico de la avenida Revolución a las seis de la tarde. Treinta minutos después, sin embargo, las aves se han calmado y suelo estar de regreso, con ganas de bañarme y salir de nuevo, vestido de civil, y no como el corredor nocturno que imagina que lo imaginan. Pero esa mañana, cuando volví, ella no estaba.

Puse las manos en el hueco que había dejado en la cama. Estaba aún tibia. En la almohada podía oler su cabello. De repente me sentí débil, como si la sangre se me hubiera drenado tan rápidamente como

el agua de un lavabo cuando se le quita el tapón. Me senté donde ella misma había estado. Cayó mi cabeza justo en el hueco que había dejado la suya, y el resto de mi cuerpo se acomodó solo, tal vez por la memoria que tiene de su propia cama, y no supe más.

La subida no es lo que más cuesta sino lo que más gozo. Camino de tierra compacta. Verdor a ambos lados. Palmeras. El mar puede olerse. No está lejos. De vez en cuando se ve una casa un poco retirada del camino. Unos 25 metros, no más. Algunas casitas están junto la terracería. Ahí suelen vender cerveza, refrescos... no hay nada abierto a estas horas. Apenas va a amanecer a mis espaldas, tal vez dentro de cinco minutos. El camino se ve perfectamente con esta luna llena. El piso, mezcla de piedras y arena, refleja su luz generosamente. Aquí no hace falta ningún alumbrado más que aquel que llena la bóveda que me cubre con una red de estrellas cuya incontabilidad sólo me hace sonreír. *estoy absolutamente solo. El mundo está abajo, y yo, entre las estrellas.* Y de súbito siento que no es cierto. Que me observan, que cuchichean, que se burlan..., pero eso no es posible, no en *este* sueño, *porque esto es un sueño*, quiero convencerme. Los veo. *¿De dónde salieron? ¿Cómo se metieron aquí?* Me ven de reojo. Están tomando cerveza, fuman. Veo, fugazmente –no sé cómo– la espalda de ella. Sólo su espalda. Camina, da vuelta a la derecha, tiene prisa. No trae ropa. Desaparece. *¿Estoy en la ciudad? ¿Ella está aquí?* Desciendo más en el sueño y me interno al monte y la subida continúa, ahora más empinada, serpenteando entre palmeras y arbustos. La tierra está cada vez más apisonada y me permite mejor tracción. No tengo prisa y empiezo a sentir una felicidad plena, tanto que de pronto sospecho

«Se sienta en la taza y orina largamente, pues no le gusta interrumpir el sueño y se aguanta todo lo que puede. Mientras sale el líquido, recuerda lo que ha soñado. A veces se ríe sola.»

que no la merezco. Me parece hueca. *¿Por qué?*, me pregunto mientras intento rescatar sus últimos jirones que se van deslizando por entre los dedos de mi conciencia. *Falso, falso* –argumento para mí mismo–. *Merezco todo: la merezco a ella, merezco estas estrellas, el canto de estas aves.* Tanto me concentro en combatir esta repentina depresión –en recuperar aquella felicidad aunque se hubiera teñido de ojos ajenos, de risas que no comprendo, de miradas ajenas sobre la espalda de ella–, que levanto la vista y veo los primeros reflejos de la luz del día. Respiro con más tranquilidad. Nacen los verdes donde van disipándose el gris y negro. El

camino sube y es el placer más intenso: percibo el sudor que baja por mis sienes, mi cuello; siento cómo va mojando mi playera que, al tener contacto con la brisa, me refresca y me impulsa a seguir adelante, hacia arriba. Y de nuevo percibo un peso dentro de mi pecho a la altura del corazón. Me cuesta más trabajo respirar pero sigo. Veo mi casa a unos 150 metros, *pero no es mi casa porque esto es un sueño, y de todas maneras es mi casa.* Está casi en la cima. Empiezo a respirar con cada vez más fuerza para poder continuar. No me desplazo con rapidez aunque mantengo la misma velocidad constante, siempre hacia arriba, hacia la construcción de madera pintada de blanco de donde proviene la pesadez, que es como un imán que me atrae contra mi voluntad. *ya no quiero subir.* no deseo ver lo que sucede ahí, encontrarme con quienes están tomando cerveza, riéndose a las siete de la mañana, con este calor, con ella. Me niego a escuchar cómo se ríe, ver dónde la besan, con qué ternura o brusquedad recorren las manos su espalda, con qué destreza le abren las piernas. Pero tengo que saber a qué huele su placer; oír sus gritos, cómo jala aire para soltarlo en ráfagas; ver sus caderas subir y bajar encima de ellos rápida, repetida y con un desenfreno tan espléndido que produce un chasquido líquido cada vez que sus nalgas chocan gozosamente contra el pubis del primero y el abdomen del segundo. *Tengo que llegar... para saborear a plenitud mi desgracia.*

A ella no le gusta levantarse temprano. Prefiere la noche, el silencio de los dormidos. Lo aprovecha para hacer lo que desea, sobre todo leer los periódicos o aquellos libros que no tuvo tiempo siquiera de abrir cuando era más joven, cuando estudiaba, cuando tenía que atender a niños, preparar su ropa, el almuerzo que llevarían a la escuela al otro día. Por eso no suele salir de la cama hasta bien entrada la mañana, las nueve, las diez, a veces a las once. Antes de levantarse, no importa la hora, cumple con su rito: primero se estira completamente para quedarse atravesada. así, su cabeza cuelga de la cama y su cabello se esparce por el piso. Permanece en esta posición durante unos 10 ó 15 minutos. A veces vuelve a quedarse dormida. Después se levanta lentamente y se pone una camisa de franela, grande, de hombre, y camina hasta el baño. Se sienta en la taza y orina largamente, pues no le gusta interrumpir el sueño y se aguanta todo lo que puede. Mientras sale el líquido, recuerda lo que ha soñado. A veces se ríe sola. Tiene sueños ocurrentes, imposibles, divertidos, amorales (ella, con sonrisa pícaro, los llama

cochinos). Hace el amor con un hombre guapísimo, por ejemplo, y resulta que es su padre. Despierta sobre la tasa del escusado, se preocupa durante unos segundos pero vuelve a cerrar los ojos y recuerda que eso es sólo un símbolo. *Una siempre termina acostándose con el padre, el que nos protege, que nos da de comer.* Y sueña que acaricia un pubis limpiísimo de mujer, perfectamente rasurado. Sobresale uno de los labios mayores. El otro está casi escondido. La orilla del que se ve es de color oscuro, pero de inmediato, hacia dentro, se vuelve de un color rosáceo encendido, seductor. Recorre la mano por la entrepierna de la mujer y ésta se abre más. Acerca su boca al pubis. Con la nariz siente la suavidad del *mons veneris*, huele la extraña dulzura que emana, que ni es dulce –*ni extraña*, piensa–, pero que invita. Acumula saliva en la boca y extiende la lengua. La pone justo en el nacimiento de la apertura, y con cuatro movimientos rápidos, la mete y percibe la maravillosa carnosidad viscosa. Se siente mojada, hinchada, y recuerda que está orinando. Le falta todavía... Está volando pecho a tierra, cada vez más alto. *¿Pero dónde he dejado el coche –se pregunta–. Sé que debe de estar por aquí.* Va aterrizando en posición de sentada. Se pone de pie. Se da vuelta y el hombre está con ella en la cama. Toma su erección con la mano izquierda y siente su dureza, pero la piel es suave, tan suave como la de un bebé, y la idea –la comparación– le parece curiosa, la inquieta. No puede ver la cara del hombre, o tal vez no tiene. No importa. Ve el falo y sólo quiere contemplarlo, las venas que lo recorren, la gota que sale apenas de su orificio. Ahora quiere tomarla con sus labios, succionarla, y al tocarla, su lengua está dentro de los labios rosáceos de la mujer. Se retraen y la carne interior se llena, se expande mientras aquélla se agita leve, espasmódicamente hacia arriba y hacia abajo. Ella coloca toda su boca sobre la vagina abierta y abraza a la mujer por la cintura, ejerciendo aun más presión sobre sus propios labios, los de su boca enteramente mojada por el chorro limpio y tibio que sale desde dentro de la mujer. Le sabe a néctar, a leche, y empieza a sentirse más libre, como si flotara...

Caen las últimas gotas de orina pero no se mueve. Siente la humedad en sus vellos y piensa que debería rasurarse, que le gusta la sensación. Extiende la mano con los ojos cerrados y coge un tramo de papel del rollo que está enfrente de ella. Lo lleva hasta el lugar de donde salió todo aquello que durante la noche se había acumulado. Presiona el papel contra su vello, contra su pubis. Siente lo mojado, pero no sólo es orina. No retira la mano. Al contrario. Presiona un poco. Sonríe. Recuerda, y durante algunos segundos se sumerge en la memoria de su sueño que se estira como un camino que desaparece justo antes de tocar el horizonte.

Se seca. Suelta el papel. Se levanta al mismo tiempo que acciona la palanca del escusado.

Llego hasta la casa. En el sueño es de dos pisos. Hay dos hombres sentados en unas sillas y un tumbón en el piso superior, que es una especie de veranda. Lo sé aunque, por el ángulo, sólo puedo ver sus cabezas. Ellos no me ven de frente. Ella está sentada sobre una mesa junto al barandal, con las piernas hacia adentro. Trae camiseta y calzones de hombre. Está sudada. Toma cerveza. Sonríe. La camiseta no tiene mangas sino agujeros por donde salen los brazos. Sus pechos se asoman. Los pezones están erectos, pues la camiseta está húmeda –por la cerveza, el sudor– y se levantan con la brisa, la misma que sentí tal vez un kilómetro hacia abajo. Sonríe. Está divirtiéndose. Me ve y, haciendo brindis, levanta la botella de cerveza Corona. Grande. Una *caguama*. Vuelve a sonreír. Gira el cuerpo y levanta la pierna izquierda para colocar la planta de su pie encima del barandal. *¿Quiénes son esos hombres?* Siguen riéndose, aun más desde que he llegado. Apenas están vestidos. *¿De dónde vienen? ¿Son de este sueño, del otro? ¿Son el mismo?* Me vuelve la duda y de nuevo siento la misma sensación de presión en el pecho. Ella levanta la otra pierna y se vuelve hacia mí. Está sentada con ambos pies contra el barandal y tiene las rodillas levantadas al aire, las piernas abiertas, los pies casi juntos. Como el calzón le queda grande, se ve su vello púbico, y durante un segundo veo su vagina. Se empina un poco de cerveza. Me mira, sonriente, acá abajo, y hace un ademán para invitarme a subir, de nuevo como si dijera *¡salud!*, y me quedo viendo su camiseta, sus pechos que se levantan cada vez que respira. Con la mano derecha, su mano libre, se toca la panza tentativamente, y la deja caer hacia abajo. Toma su pubis y lo aprieta. Estoy debajo de ella y dentro de mi sueño quiero que se orine. *¿Pero quiénes son esos hombres? ¿Por qué están con mi mujer? ¿Qué hicieron con ella? ¿Le habrá gustado? ¿Gozó con*

«Está sentada con ambos pies contra el barandal y tiene las rodillas levantadas al aire, las piernas abiertas, los pies casi juntos. Como el calzón le queda grande, se ve su vello púbico, y durante un segundo veo su vagina.»

ellos? Veo su cara. Sonríe directamente arriba de mí. Se pone de pie a la orilla. Con dos dedos abre sus labios presionándolos ligeramente y estirando la piel hacia atrás. saca la cadera, cierra los ojos y empieza a soltar el chorro. Es poco al principio pero luego se forma un pequeño arco al atravesar el azul pálido del cielo y el verdor de las palmeras lejanas. Se abre y se ensancha. Observo en cámara lenta, fascinado y con reverencia, cómo descienden las gotas desde el cielo –ella– hasta la tierra. El mar está a mis espaldas. Se levanta una parvada de aves casi transparentes que se iluminan con los primeros rayos. Me llega un olor salado y fresco a la vez, el olor del mar –de ella– al mismo tiempo que el estruendo de los pájaros silencia lo demás. El sol está por encima del horizonte y convierte en oro todo lo que veo. Quiero estar ahí, con ella, en ella, por ella, para ella, contra ella. Me arrimo. Siento su espalda contra mi pecho, sus nalgas en mi cintura. Con una pierna rodeo las suyas. Son las cuatro y media de la madrugada. Abro los ojos de golpe.

«De memoria recorro los tres pasos hacia el baño. Sigue cayendo el chorro con fuerza y vigor. La veo sobre la taza. Tiene los ojos cerrados. Tomo su cara entre mis manos y abre los ojos. Me da la impresión de que sigue dormida, de que está soñando. En sus pupilas la veo: sus pechos al aire, sin camiseta.»

Voy corriendo por la calle de Gutenberg. Faltan poco más de ocho kilómetros. Empiezo a recordar que antes de salir había soñado que ella no estaba y me invade una sensación de desamparo. Ocho kilómetros. Empiezo a correr más rápidamente. Seis, hotel Marqués, Presidente... Cuatro, Reforma y Gandhi... Tres, la Diana... Un kilómetro y medio, la Bolsa de Valores... Quinientos metros, la Ribera de San Cosme... Acelero a lo máximo para el último arrancón. Escucho un portazo, pisadas, cuchicheos. Doblo la esquina. Llego. No veo nada. Tal vez un borrón debajo de una lámpara que parpadea antes de apagarse. Van a dar las siete de la mañana. Se asoma un

fragmento de sol por encima de los volcanes. Estoy jalando todo el aire que puedo, y no es suficiente. Me detengo ante las escaleras. Empiezo a subir los cuatro pisos. Vuelo. Abro la puerta. Tiemblo, me calmo, vuelvo a temblar, me acerco a la puerta, tiemblo de nuevo, me calmo, giro la manilla, tiemblo. Apenas empieza a amanecer de lleno y entra la luz reflejada por el muro de cristal. Ella no está. Hay una leve oquedad cubierta por la sabana color ocre. El silencio se rompe sólo con el sonido de un chorro que va cayendo. *Se habrá metido al baño a orinar, pero es muy temprano.* Toco la almohada. Aún está tibia. Levanto la vista y la luz reflejada del muro de vidrio me pega de lleno en la cara. Cierro los ojos pero me ha deslumbrado. Doy media vuelta y, cegado, camino a tientas hacia la puerta de la recámara. Busco la manija. No la encuentro porque la puerta está abierta. De memoria recorro los tres pasos hacia el baño. Sigue cayendo el chorro con fuerza y vigor. La veo sobre la taza. Tiene los ojos cerrados. Tomo su cara entre mis manos y abre los ojos. Me da la impresión de que sigue dormida, de que está soñando. En sus pupilas la veo: sus pechos al aire, sin camiseta. Escucho, sobre el mar, los pájaros que, todos juntos y *en crescendo*, graznan y cantan y chillan. Los veo claramente en sus ojos. Levantan el vuelo y pasan por encima de la casa donde está ella, encima de donde me encuentro en el camino de terracería. Me acerco más y ella se pone de pie y hace el calzón a un lado. Con dos dedos abre sus labios presionándolos ligeramente y estirando la piel hacia atrás. Saca la cadera, cierra los ojos y empieza a soltar el chorro. Veo cómo descienden las gotas. Se levanta una parvada de aves casi transparentes, atravesadas por los primeros rayos. Todo lo que veo se convierte en oro. Quiero estar ahí, con ella, en ella, por ella, para ella, contra ella. De pronto siento un desvanecimiento y me invade una extraña felicidad –que no es precisamente *felicidad*, pienso dentro de mí, desde dentro de ese lugar en donde estoy, o que no *siempre* es felicidad, *que es algo que va y viene, que sube y baja*, y que *no es extraña*, sigo pensando, porque *esto lo he sentido antes*. Desciende una presión sobre mis párpados, algo que me va empujando cada vez más profundamente. *Felicidad* –y cuando escucho la palabra, su eco se va esparciendo en círculos concéntricos, como cuando cae una hoja a la superficie quieta de un lago– *es sentir todo el dolor de golpe, para luego soltarlo, volver a casa, despertar...*

© Sandro Cohen

El autor:

Sandro Cohen es poeta, narrador, editor y crítico literario. Recientemente apareció su obra poética reunida bajo el título *Desde el principio*. Imparte cátedra en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, en el Departamento de Humanidades

CONTÁRTELO, ADELA

por Lorenzo Silva

Necesito contártelo, Adela, aunque tal vez no puedas, aunque tal vez no quieras saberlo. Necesito decirte cómo ha sucedido esta historia que me resisto a creer verdadera, que aún no sé si no estaré soñando.

Vino a mí. No habría podido ser de otro modo. Tú sabes que yo no busco ni buscaría, que mi pacto con la vida, después de lo que nos sucedió, se basaba en no esperar nada y conformarme con que nada viniera. Pero un día, mientras yo andaba a otras cosas, ella acudió.

La primera vez la vi en invierno. Y no te diré que no me atrajo. Pero lo hizo como corresponde que atraigan a un hombre en la cincuentena, y bastante consciente de sus limitaciones de cuerpo y espíritu, las veinteañeras vistosas que se cruza por la calle. La consideré como un ente abstracto, más como una proyección de la idea de belleza que como una belleza tangible. No sólo no me planteé poseerla; ni siquiera lo deseé, porque uno sólo desea realmente las cosas por las que está dispuesto a hacer algún sacrificio, y yo por ella, en aquel momento, no habría arrojado la más mínima alteración de mi ordenada rutina.

Sólo puedo apuntarte una mínima perturbación, algo que la hiciera singular. Aquel primer encuentro sucedió en una situación poco propicia, en un pasillo, donde su hermana, una de las secretarias, me la presentó mientras yo estaba apurado por otras cuestiones. No creo que la conversación, un simple intercambio de cortesías, durase más de un par de minutos. Pero ella se las arregló para que su mirada se me quedase grabada en la memoria. No estoy acostumbrado a que una mujer que podría ser mi hija me mire de arriba abajo sin ningún recato.

Lo achaqué a alguna clase de rareza, o a una impertinencia que en modo alguno creí necesario reprimir; cuando los años avanzan, uno aprende a no sentirse afectado por la insolencia de los jóvenes. Y supongo que la habría olvidado por completo al cabo de pocos días, de no haber sido porque una semana después recibí en mi casa una carta.

Mi dirección particular, según me contó luego, la encontró a través de su hermana, aprovechando un descuido suyo otro día que fue a recogerla a la oficina. Luego, simplemente, escribió la carta y me la mandó. Un acto que habría podido ser intrascendente. Imaginemos que la carta hubiera sido un anónimo amenazante. O un anónimo mordaz. O un anónimo ofensivo. La habría roto en mil pedazos y me habría olvidado de ella, como he hecho siempre con esa clase de mensajes, sin consecuencia hasta la fecha. Pero no, la carta no era anónima. Se identificaba con su nombre, Nathalie y, por si yo no la recordaba, me indicaba de quién era hermana y cuándo nos habíamos visto. Tras algunas consideraciones sobre mi persona y la impresión que le había causado, me proponía sin mayores circunloquios que nos acostáramos juntos.

«La primera vez la vi en invierno. Y no te diré que no me atrajo. Pero lo hizo como corresponde que atraigan a un hombre en la cincuentena, y bastante consciente de sus limitaciones de cuerpo y espíritu, las veinteañeras vistosas que se cruza por la calle.»

Al estupor, como en mí es habitual, sucedió el análisis, al que me apliqué con rigor y sin aspavientos. Podía ser una burla, en cuyo caso lo mejor que podía hacer era ignorarla. Podía ser una oferta seria, en cuyo caso, concluí tras una breve reflexión, debía ignorarla igualmente. No tenía sentido atenderla, y tampoco reaccionar con ira. Era evidente que su hermana le había facilitado ciertas informaciones sobre mí, sobre mi vida y mis circunstancias, y entonces todavía podía sospechar que le hubiera dado mi dirección privada. Pero ni siquiera en caso de que así fuera juzgué útil aplicar ningún castigo. No se puede evitar que la existencia de uno alimente la murmuración ajena, ni cabe impedir que otros tengan acceso a informaciones que uno preferiría mantener reservadas. Nada de eso es grave si no plantea un peligro preciso. No lo percibí en Nathalie, y preferí archivarla como a una lunática demasiado audaz. Pero hice algo que admito incoherente: guardé la carta.

Por qué la guardé, creo que empecé a comprenderlo al recibir la segunda misiva. En ella, mi correspondiente recuperaba una frase que ya había utilizado en la primera, una frase que es cierto que podía parecer una banalidad, incluso una cursilería, pero que no sé por qué escogí leer como una prueba de perspicacia: «Ese desierto limpio y triste que asoma en tu mirada pide a gritos ser habitado». Cuando me tropecé de nuevo con esas palabras, me quedé pensativo. Pero, una vez más, nada hice. Y tal y como había hecho con la primera, guardé la carta.

En los meses siguientes continuaron llegando cartas que leí y guardé sin darles nunca respuesta. La oferta se renovaba en todas (junto a un número de teléfono móvil, siempre el mismo), y en cada una Nathalie me iba contando cosas de su vida, de sus emociones, de sus deseos, incluso de sus melancolías. En resumen, deduzco ahora: se iba construyendo ante mí, sin conocernos ni encontrarnos, como la mujer que esperaba que un día me atrajera tanto como para hacerme sucumbir.

La llamé un día de verano. No me preguntes por qué. No sé si fue simple curiosidad, o cansancio de aquel ritual neurótico, o si de un golpe se juntó una dosis de deseo y otra de imprudencia, las necesarias para aceptar una cita con la hermana de una empleada bajo premisas cuando menos inconvenientes. Nathalie atendió nerviosa el teléfono. Aceptó sin rechistar el lugar y la hora que, casi autoritario, dispuse.

Ése fue mi último acto de poder sobre ella. Porque cuando la encontré, en el lugar estipulado, esperándome aunque yo llegaba con algún minuto de antelación, me causó una conmoción bajo la que todavía me encuentro. Llevaba unos pantalones ceñidos, los hombros descubiertos y una blusa de poco escote, pero lo bastante ajustada como para hacerme sentir el poderío de aquellos pechos que la llenaban hasta comprometer sus costuras. Desde el primer momento, y aunque se la veía insegura e inquieta, el fulgor amarillo de sus ojos se expuso sin pudor a mi escrutinio, y aún más desembarazada se mostró a la hora de hablar de sus sentimientos, sus ensoñaciones, sus fantasías.

Aquella tarde no pasó nada. Quiero decir, ni siquiera la rocé. Pero los dos supimos que la próxima vez que volviéramos a vernos tendríamos que arrojarnos el uno en brazos del otro. Así lo constatamos, en una extraña y ardiente conversación telefónica que tuvimos al otro día.

«Y volvimos a vernos. Esta vez ella vino escotada, y con falda, y mis manos tardaron poco en pasearse por sus muslos y buscar acomodo entre sus copiosos pechos de color bronce. Fue entonces cuando le dije, como una broma, que tenía piel de árabe, y ella me respondió que también donde no se veía, y que si quería comprobarlo.»

Y volvimos a vernos. Esta vez ella vino escotada, y con falda, y mis manos tardaron poco en pasearse por sus muslos y buscar acomodo entre sus copiosos pechos de color bronce. Fue entonces cuando le dije, como una broma, que tenía piel de árabe, y ella me respondió que también donde no se veía, y que si quería comprobarlo. Temí el momento de encontrarme desnudo ante ella, después de tantos meses de onanismo compensatorio. Pero cuando desabroché su sujetador y sus pezones oscuros se ofrecieron a mis labios, cuando bajé su tanga gris y su sexo moreno me llamó como la madre de todos los abismos, sentí que mi miembro se afirmaba con una rotundidad antigua y desconocida.

Y así sigue, un mes después, cada vez que su boca ansiosa lo recibe, cada vez que sediento busca él su vientre. La vida es así de excéntrica, Adela: cuando ya no toca, allí donde no debía, viene y estalla.

Aunque estés muerta, espero que lo comprendas. No tengo más remedio que amarla, porque sigo siendo un trozo de vida, absurdo y desvalido. Un trozo de vida que, pase lo que pase, te añora siempre.

© Lorenzo Silva

El autor:

Lorenzo Silva (Madrid, 1966). Ganó el premio Nadal 2000 con *El alquimista impaciente*. En 1997 quedó finalista del mismo premio con *La flaqueza del bolchevique*. Es autor también de algunas obras para el público juvenil (*Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia*; *El cazador del desierto* y *La lluvia de París*), de las novelas *Noviembre sin violetas*, *La sustancia interior*, *El urinario*, *El lejano país de los estanques* (Premio Ojo Crítico, 1998), *El ángel oculto* y *El nombre de los nuestros*, y del libro de viajes *Del Rif al Yebala*. *Carta Blanca* ha sido galardonado con el Premio Primavera de Novela 2004. Página web: <http://www.lorenzo-silva.com>

LOS PLACERES DE LA ILUSTRACIÓN

por José Luis Muñoz

Los duques de Chandom arribaron al castillo a media tarde. No era la primera vez que se dejaban caer por la mansión. La última fue en primavera, y esta visita, la de otoño, iba a ser la cuarta con que obsequiaban a mis señores, los marqueses de Bellevue. La duquesa, por nombre Louissette, era una mujer bella, pese a que la juventud había quedado atrás, de porte grácil y andares felinos. El duque, por nombre Amadeo, era, por el contrario, un personaje vulgar, mal me está el decirlo, al que nadie, a primera vista, otorgaría unos orígenes aristocráticos, ya que parecía más un palafrenero que un verdadero noble; bajo, rechoncho y colorado, se decía que por catar los vinos que producían sus setecientas hectáreas de garnacha de la hacienda de Chandom, se cuestionaba hasta su nobleza y hay quién le hacía hijo de una ama de llaves rolliza y mofletuda que tuvo a su servicio, en el sentido más amplio de la palabra, su padre hasta la muerte. Malas lenguas, que siempre hay y resultan especialmente venenosas en esas esferas, decían de él que era un asiduo visitante de prostíbulos, en cuyos lechos había contraído un sinfín de enfermedades venéreas, que conocía por su nombre de pila a todas las meretrices de la región, y que de entre ellas había sacado a Louissette, la más viciosa de ellas, una cocotte capaz de saciar los ardores de cincuenta varones en una sola noche y que ahora ostentaba el pomposo título de duquesa de Chandom.

–Los marqueses os esperan. Síganme, por favor.

Les precedí por los pasillos de palacio, por las escaleras de mármol de Carrara y por la enorme suite de los marqueses. Oí tras de mí el torpe andar del orondo duque contrapunteado por el fru-fru excitante del vestido de su joven y hermosa esposa.

–Los duques de Chandom –anuncié.

Los marqueses de Bellevue, a cuyo servicio llevaba quien cuenta esta historia más de quince años, eran gente aristocrática de verdad, engolados ambos, con más hacienda que dinero, con más servidumbre que comodidades, realistas acérrimos en una época en que la monarquía comenzaba a desmoronarse, seguidores de Richelieu, y por ello más monárquicos que el propio Rey, a quien adoraban pese a que nunca les dispensó sus favores a excepción de una montería que celebró en la heredad y a la que acudió el monarca y parte de la Corte. Michelle, la marquesa, era una oronda mujer cuyas abundantes carnes mal cuadraban con sus ajustados vestidos. Se pasaba dos horas al día empolvándose la cara y probándose pelucas de su ingente colección –más de doscientas– antes de quedar medianamente satisfecha de su aspecto físico, lo que motivaba que su doncella Mariette estuviera más tiempo con ella que atendiendo a su esposo el campesino Henrius. En cuanto al marqués de Bellavue era suave y femenino como un melocotón, tan joven que el vello aún no había cuajado en su rostro, y tan inquieto como un joven potro, de tal modo que nunca tenía bastante en lo que a asuntos de cama se refiere y requería casi a diario los servicios de la joven Mariette, la camarera, hija bastarda, según malas lenguas, de su padre con una lavandera de Sant Louis, más famosa por su belleza y sus protuberantes tetas que por su pulcritud, lo que convertía a la bella camarera en hermana y sierva del marqués al mismo tiempo, sin que ninguna de ambas circunstancias frenara el irreprimible apetito carnal de mi amo.

–Balthazar.

–Diga, mi señor.

Estaba en pie, en la suite, próximo a la mesa de caoba con incrustaciones de ámbar tras la que el marqués había permanecido sentado y de la que se levantaba. Obvia el decir que los recién llegados se habían presentado, habían intercambiado distantes saludos con sus anfitriones, besado manos, esbozado reverencias, y que el duque se había acomodado en una chaise longue que pasaba por ser la pieza más preciada del palacio, regalo de cierto príncipe italiano que pernoctó en el castillo y obtuvo los favores de la marquesa, mientras madame Louissette, me resisto llamar condesa a una simple meretriz,

paseaba por la estancia con la excusa de ver los múltiples grabados eróticos que colgaban de sus paredes, pero con la taimada intención de deleitar, o provocar, con sus andares de potra en celo.

–Pon el champagne en la fresquera y tráenos media docena de ostras.

Mi oficio es callar y obedecer, cifro en la reserva mi continuidad al servicio de los marqueses que me contrataron cuando apenas era un mozalbete que no sabía sonarse las narices. En diecisiete años al servicio de los señores de Bellevue he visto de todo, desde duelos a espada en el jardín que rodea la finca que, afortunadamente, eran a primera sangre, hasta citas secretas de mi señor con todo tipo de criadas, meretrices y campesinas en el pabellón de caza reservado al animal femenino más que a otra especie cinegética.

Cuando regresé con las bandejas de ostras el clima en la suite de mis amos era más distendido. Mi señora se había desprendido de su peluca y lucía una cabellera salvaje y rubia, que yo apenas había vislumbrado con anterioridad, habíase aflojado el corpiño, que al parecer apretaba sus carnes, y se abanicaba tratando de aliviar el calor que envolvía su cuerpo. El marqués, para no ser menos, también se había aligerado de ropa, desprendiéndose del zapato derecho, de la molesta gorguera y del fajín, que yacía en el suelo. Con el pie descalzo, cubierto con media blanca, que ceñía su pierna hasta bien entrado el contorneado muslo, acariciaba la entepierna de la marquesa, que reía con satisfacción y cerraba los muslos para evitar una huida.

–Baltazar –dijo con cierto fastidio al verme entrar–. Ofrece ostras a nuestros amigos y vete. Vuelve cuando te llame.

Me retiré a la cocina. Y allí esperé, en compañía de madame Nouvelle, la cocinera arlesiana, la mujer más gorda que haya visto jamás, cuyos pantagruélicos pechos encorsetados y rollizos muslos constituían la mejor carta de presentación de sus cualidades culinarias. Madame Nouvelle, mademoiselle si atendemos a que no se había desposado aún y pocas posibilidades tenía de hacerlo si no conseguía conquistar al posible marido por el estómago, tenía cierta fijación por mí, lo que, dicho sea de paso, no me molestaba pues colmaba con generosidad mi libido cuando estaba en su punto más alto en algún rincón de la cocina, actividades sexuales que ejercitábamos sin muchos miramientos mientras los pucheros borboteaban con sus guisos.

Cuando entré por segunda vez en la suite la situación era muy distendida. Los músicos de la orquesta de cámara del palacio, cuatro empelucados y afeminados efebos, frotaban los arcos de los violines interpretando una melodía de Albinoni, circunstancia que al parecer había animado al marqués a desnudarse por completo y a la marquesa a abatirse entre sus piernas abiertas, por lo que su cabeza privaba la visión de sus vergüenzas. El duque, animado sin duda por la lubricidad del espectáculo, se había bajado las calzas –sólo las calzas pues la peluca estaba en su sitio, la gorguera continuaba ciñéndole el cuello y los polvos no habían marchado de su rostro– y miembro viril en mano se aproximaba a la distraída marquesa cuyo pompis se agitaba al ritmo de sus labios sobre el glande de su esposo.

–Balthazar –me dijo el marqués, cerrando los ojos y sufriendo, al parecer una convulsión de placer–. Trae patés para mis invitados y una botella de champagne.

La cocina estaba en la planta primera del castillo. Debía bajar cuatro tramos de escaleras, pasar por el hall, torcer a la derecha, luego a la izquierda y enfrentarme a la temible e insaciable madame de Nouvelle.

–Paté y tostadas. Y copas de champagne. ¡Y quietas las manos!

Cuando regresé a la suite la situación era otra. Los músicos seguían rascando sus violines, aunque ahora Vivaldi era el afortunado que había sustituido a Albinoni. El marqués yacía en la chaise longue, divertido al parecer por el espectáculo que tenía lugar ante sus ojos, y el duque, sin perder la compostura, arremetía con firmeza contra la grupa de la marquesa a quien parecía deleitarle mucho el asunto a juzgar por los gemidos que salían de su boca y la retahíla de obscenidades que murmuraban sus trémulos labios. No era la primera vez que veía las nalgas de mi ama, tan grandes que diez manos serían pocas para cubrirlas, pero rosadas y suaves como las de una niña, demasiado grandes como para ser bellas si nos atenemos a los modelos estéticos clásicos, aunque en el terreno de los placeres del sexo la estética se sacrifica siempre en aras de la práctica y pocas cosas son comparables al placer que propor-

ciona un buen culo embestido por una verga, y para que reciba ese calificativo deben darse las circunstancias de que sea grande, sobre todo redondo, que las nalgas sean prominentes con respecto a la espalda, y que el surco sea prieto para cuando el ariete consiga abrirse paso entre semejantes lomas e insertar un dardo de amor en el profundo valle que esconden, el placer sea completo.

–El paté, mis señores.

Dejé la bandeja con las tostadas, el paté de oca, el champagne y las copas. Descorché la botella con gran explosión. Escancié el líquido espumoso en cada una de las alargadas copas. Llevé las copas hasta los invitados. El marqués, desnudo, empezaba a tener una segunda erección refocilado por el arte de montura con que el invitado obsequiaba a su esposa. La hermosa duquesa Louise, presa de gran ardor, se había desabrochado el corpiño y se amasaba ella misma sus tetas cuando yo le ofrecí su copa. El duque no estaba para champagne y me hizo un gesto de que me llevara su copa. En cuanto a la marquesa no se la veía, sepultada por la falda, sólo se la oía, y de qué manera, mugidos entrecortados por suspiros y protestas que no eran otra cosa que acicates para que su amante no medrara.

No me fui hasta que no vi acabar aquella faena. El estoque del duque entraba hasta el fondo en el bosque húmedo y rubio de mi señora que se le abría como una ostra, como las que se acababan de comer, o sorber, y al que se llegaba con dificultad por la posición, abriéndose paso por entre los montículos de carne del culo que enrojecían por la refriega y aleteaban como si dotados de vida estuvieran. Unos gemidos, agudos los de ella, sordos los de él, me indicaron que estaba asistiendo a la culminación. El duque, rojo todo él, como cuando se tomaba más de una copa de vino de su cosecha, y como si fuera a explotar, se encabritó y empezó a descargar entre los dos glúteos, regando hasta la inundación el monte de Venus de la marquesa. No está bien el decirlo, pero confieso que de tanta actividad amorosa que invadía la estancia, mi miembro se iba poniendo otra vez duro e iba a precisar del alivio presto de madame Nouvelle si la puerta apetitosa y lubricada de mi ama, por mí tan deseada, me era vedada.

–Balthazar.

–Decidme, señor.

Me sonrojé. El amo acababa de descubrir mi deseo, que se hacía patente bajo mi calzón, y ya me imaginaba yo una docena de azotes para calmar mi libido. Me llamó con un gesto, para no ser oído.

«De puntillas me acerqué a aquel pálido y hermoso culo que aún permanecía alzado esperando alguna propina y, bajándome el calzón, me encajé presto en él. Aquella flor de pétalos rosáceos estaba tan lubricada por los humores propios y ajenos que la parte más dura y excitada de mi cuerpo desapareció en su interior sin esfuerzo, como tragada.»

–Andad con ella. Os espera. Y no digáis quién sois. Ensartadla hasta el fondo. Si ella no se da cuenta del cambio no seré yo quien os recrimine la acción. Andad, plebeyo, a hundir vuestro servicial ariete en esa sima de postín y tened el privilegio de fundir vuestro licor de siervo con el nuestro de aristócratas.

De puntillas me acerqué a aquel pálido y hermoso culo que aún permanecía alzado esperando alguna propina y, bajándome el calzón, me encajé presto en él. Aquella flor de pétalos rosáceos estaba tan lubricada por los humores propios y ajenos que la parte más dura y excitada de mi cuerpo desapareció en su interior sin esfuerzo, como tragada. Ella sólo gimió, sin moverse, y acertó a balbucir mientras agitaba el trasero.

–¿Más aún, mi cielo?–con un tono de gozosa incredulidad.

La monté con discreta pasión. Hubiera deseado morder aquel portentoso culo que cabalgaba, haber metido mi mano por el corpiño y palpado los suaves senos nacarados de mi señora, o besado sus labios, pero me contuve y me limité lidiarla lo mejor que pude. Me excitaba el saberme un intruso en jardín ajeno, el estar amando por mediación de otros, del duque, del marqués, de ser el amante anónimo y de que ella no se diera cuenta y me aceptara, o quizá sí lo supiera y le diera igual mientras mi ariete le proporcionara placer. Tenía un hermoso culo redondo como un mundo, me decía, mientras lo manoseaba en toda su extensión y lo separaba y juntaba, mientras lo exploraba con mi apéndice voraz cada vez que éste, peligrosamente, se encabritaba y amenazaba con acabar la función. Entré una y otra

vez en aquel jardín abierto y rubio que se cerraba sobre mi miembro como la boca de una ameba, para no dejarla escapar, hasta que no pude aguantar más y escancié mi licor en silencio, no fuera que mis gemidos me traicionaran y el misterio de la coyunda fuera desvelado y mi espalda sufriera el rigor de los trallazos. La mantuve en su interior mientras me vaciaba, apretándome a su culo, y no salí de ella hasta no sentirla seca y vacía, yerma y floja. Regresé a la cocina con un tembleque en las piernas, y entrando en ella me senté en el banco a descansar.

–¿Qué te ocurre? –preguntó la cocinera alsaciana.

–Acabo de cabalgar a la marquesa –dije, con entusiasmo– Tiene un monte de venus hermoso y un culo soberbio. Es una gran mujer.

Cuando me llamaron para que sirviera los postres la situación en la suite era, por decirlo de alguna manera, comprometida, por cuanto el sexto mandamiento de la Iglesia Católica era conculcado por todos los allí presentes. Louissette desnuda, haciendo honor a su fama de experta meretriz, retozaba con los cuatro músicos, que habían abandonado libreas e instrumentos para hacerla gozar de todas las formas posibles. Eran cuatro músicos bien armados que ejercían igual virtuosismo con sus instrumentos de cuerdas como con las barras rígidas y velludas que les colgaban de la entrepierna y desafiaban arrogantes las leyes de Newton. En la chaise longue yacía la marquesa, tal como Dios la trajo al mundo, con sus grandes pechos vencidos a ambos lados de su torso y los muslos abiertos, ya sin falda, ni enaguas ni medias ni zapatos, tan desnuda como una ninfa rescatada de las aguas de un río por una banda de faunos. El marqués, arrodillado, hundía la lengua en su raja y besaba sus labios venales mientras con sus manos erizaba los pezones de las areolas.

–Balthazar –me dijo el marqués en una de sus descansos–, sácate las calzas.

Obedecí. No podía negarme. Quedé desnudo en medio de la suite, con mis vergüenzas al aire, esperando el último capricho de mi señor.

El marqués dejó al duque la continuación de su trabajo, tarea a la que éste se entregó primero con la lengua para pasar después a taladrarla con la verga, se acercó a mí, me ciñó la cintura con su brazo y me besó en la boca. Mi inicial sorpresa dio paso a una extraña sensación en la que se mezclaba el temor hacia lo desconocido con una reprimida sensación de placer.

–Habéis cabalgado a mi esposa. Todos la cabalgan. Después del duque serán los músicos los que darán cuenta de ella si Louissette no los exprime demasiado. Miradla, qué cara de felicidad y éxtasis.

Y mientras me hablaba me acariciaba el pecho y me tomaba la polla con su mano, y mi polla, contra mi deseo, comenzó a endurecerse de forma terrible, y más se endureció cuando su mano izquierda me palpó el culo.

–Ahora os toca recompensarme de alguna manera –me dijo obligándome a hincarme de rodillas ante él.

Me encontré con su ariete en los labios y hube de abrir la boca para dejar que se acomodara en ella. Me di cuenta entonces de que mi anónima y clandestina coyunda con la marquesa tenía su precio, que la aristocracia no daba nunca nada gratis y estuve a su servicio hasta que lo sentí llegar como una especie de maremoto. No sería sincero si dijera que hubiera preferido una veintena de latigazos a esa afrenta.

© José Luis Muñoz

El autor:

José Luis Muñoz (Salamanca, España, 1951). Desde el año 1953 reside en Barcelona. Inicia su carrera literaria en 1985. Ha ganado los premios Tigre Juan, Azorín, Ateneo de Albacete y La Odisea de novela, y el Playboy de narraciones eróticas, y figura entre los finalistas en los premios Ateneo de Valladolid, Café Iruña, La Sonrisa Vertical, Alfa 7, Novedades de México. Ha publicado las novelas *El cadáver bajo el jardín* y *Barcelona negra* en la colección Etiqueta Negra de Júcar, *El barroco* (Plaza Janés) y *La casa del sueño* (Laia-Alfa 7), así como relatos en la revista Playboy. Acaba de publicar *El mal absoluto* (Algaida), Premio de Novela Ciudad de Badajoz Próximamente el realizador catalán Jordi Cadena rodará la película *Frágil*, inspirada en su primera novela publicada *El cadáver bajo el jardín*. Blog: <http://lasoledadelcorredordefondo.blogspot.com>

PIEDRAS

por Alice Velázquez-Bellot

A Silvia H de Urtubey
Por su paciencia y consejos

Se cuenta que en el pueblo chico de Cailluco los niños nacían debajo de las piedras.

En cuanto alguien alcanzaba la edad madura, según ellos, y deseaba ser autor de un niño, se presentaba al anciano más respetado del pueblo, cerca del arroyo y justificaba su decisión. Luego, después de una ceremonia de purificación en el agua viva, recibía la piedra negra redonda con la que golpearía a las otras más grandes que se encontraban dispersas en la meseta al final del pueblo y además un cubo de agua fresca y una manta que envolvía y ataba a su cintura.

Ese parque de piedras gruesas coloridas y de formas disparatadas con olor a humano estaba cargado de poderes secretos y creadores. Al rozarlas con la piedra negra respondían según sus fisuras, su temperamento, el calor, la lluvia o el viento. Algunas tintineaban, otras gruñían o tartamudeaban, unas pocas no respondían y las demás producían melopeas bajitas que cosquilleaban los dedos o los oídos del autor. La tradición mandaba que el solicitante, solo y al atardecer, golpease hasta que el canto de una roca lo envolviera de complacencia. Contaba solamente con el plazo de una noche y si su alma no latía al unísono con la roca, debía esperar hasta que el próximo viento tibio navegara entre ellas para despartarlas. Pero si llegaba a vibrar de felicidad, ahí nomás se sentaba contra ella a esperar la aurora.

A eso de las primeras luces, los llantos cortitos del bienvenido aparecen. El prohijador con latidos retumbones, inclina con esfuerzo la piedra y con manos tiernas extrae al recién nacido. Sopla livianamente sobre el rostro, el niño redondea la boquita, bosteza largamente, respira el aire transparente y aspira la vida. Lo lava con el agua del cubo, lo cubre con la manta mullida y ya envuelto, lo lleva a su casa donde la comunidad en fiesta los espera. Con cantos, caricias, mimos y admiraciones, alumbrados por fogatas quisquillosas, le asignan un nombre según la sonrisita: Brillante, Dulce, Trino, Felicidad, Luces, Reina de los Ángeles, Azuquita.

Esos niños no acarrean culpas ni antepasados ni memoria ni ombligo. Traen alma, sentimientos, son dóciles y sus creadores abnegados. Las filiaciones pertenecen solamente a la memoria de la tierra y al reconocimiento que se tienen entre ellos.

Un día, antes de la llegada de los meses de luz corta, se dibujó en el aire un cielo ominoso que no tardó en exhibir sus intenciones. Los pueblerinos tuvieron justo el tiempo de cerrar la puerta detrás de sí, cuando a la trepidación de los truenos le siguieron rayos rabiosos. Uno detrás de otro se descargaban sobre las piedras y uno detrás de otro agrietaban la meseta. Las ráfagas cada vez más ruidosas apresuraban su camino de ida y vuelta entre cielo y piedras, seguramente para no olvidar ninguna y machacarlas mejor. En el aire, en todas direcciones, colgaban pedazos trizados que al caer rebotaban solamente dos veces. La lluvia, que hasta ahora había enmudecido y que parecía condenada a no participar, rompió repentinamente el conjuro. Y a partir de ese momento la cosa empeoró. Por la pendiente del otro lado de la meseta, el torrente de pedruscos y barro arrastró sin piedad árboles, nidos, plantas, matorrales, animales desamparados y los depositó en el bajo del valle.

Dos días duró el infierno.

Sin embargo, ocurrió un milagro inesperado: el arroyo manso del pueblo apenas engrosó.

Poco a poco la tormenta se retiró y poco a poco la paz aplastó a los cailluqueses ahora náufragos de rocas. Frente a esa desolación, horas pasaron antes de que consiguieran salir de sus casas. Finalmente, a plena luz, mudos, sumisos, y como de común acuerdo se dirigieron a las laderas de la meseta. Sin perder tiempo organizaron numerosas y largas colas de niños, mujeres y hombres que subían restos de piedras y los amontonaban penosamente en los lugares mágicos de lo alto. Los montones crecían sin pausa perturbando la monotonía de la planicie. Una vez terminada la obra «simulacro», así citada en

un fragmento de documentos encontrados, renació la esperanza de vida. Los escuchadores de rocas volvieron a lo del anciano, subieron a la meseta, deambularon entre los montones y golpearon. En cuanto creían percibir un susurro, la gratitud era tal que noche tras noche permanecían en cuclillas o de pie al lado de ese cuerpo artificial. Por ahí, dormitando soñaban con las nuevas viditas, con los bullidos, las fiestas. Pero se sucedieron vientos y más vientos sin que ningún eco transpirara de las piedras ni ninguna almita se asomara.

Esos escombros eran mudos, descarnados, sin esplendor. Muertos.

Ese primer intento probó la determinación de ese pueblo desconcertado. Por eso, perseguidos por las sonrisitas de los bautismos y reuniendo toda la tristeza en sus manos, durante siete atardeceres reemplazaron los escombros por los árboles frondosos que habían quedado en el valle. La llanura yerma, se vistió con nuevos ropajes. Pasaron semanas y meses hasta que las raíces se hermanaron con la tierra y hasta que los lugareños regresaran y se tumbaran al lado de los árboles. Pero, esta vez, para seducir mejor la venida de una almita, se bañaron con perfumes brillantes y subieron de a dos. Tal era la fragancia pegada a sus pasos que se podían seguir sin equivocación los innumerables y desorganizados rastros. Día tras día, juntos y con euforia golpeaban y golpeaban los troncos sin herirlos, eso sí. Con las yemas de los dedos los acariciaban, les suplicaban rozando los labios sobre los troncos rugosos, y prometían quién sabe qué por una pronta respuesta. Cada luz nueva era angustia, nostalgia, lágrimas. Todo en vano.

A medianoche de un día sin luna llena, todos los ya bendecidos por el anciano, extenuados ahora, decidieron encontrarse arriba. Se acomodaron de rodillas, con la cabeza inclinada entre las manos y suando gotas ininterrumpidas suplicaron al unísono con voz bajita a los poderes creadores para que despierten y a los espíritus para que les sea devuelta la tradición.

Los lamentos de esas almas en pena fueron tan dolorosos que el cielo se apiadó y sin tardar acudió un mensajero de manos bellas y rasgos afilados. El ángel acostumbrado ya a temblores y desvanecimientos de los que visita se presentó humildemente y les pidió: «Déjenme que les estreche la mano». Ninguno osó pararse por temor a trastabillar del susto. Con alivio, con terror, modestos, humildes, casi sin respirar, levantaron apenas la cabeza y estiraron lentamente el brazo hasta alcanzar los dedos finos. Cuando la aparición terminó la rueda, se elevó de tal manera que todos podían verlo. Carraspeó suavemente y con cadencia angelical anunció: «En poco tiempo Cailluco morirá definitivamente». Hizo una pausa antes de subir la voz y de dar este consejo: «Abandonen estas tierras. Busquen nuevas piedras vivas.»

Los observó sonriente uno por uno durante la nueva pausa y conmovido por esos rostros que solicitaban amparo y esperanza agregó: «Los niños nacerán como en el pasado, sí, pero aquí nunca más». En ese momento el grito bienaventurado de un pájaro solitario retumbó en el silencio y el ángel desapareció secretamente. Ante esa soledad y atroz evidencia, ateridos de miedo, los paisanos apoyaron las manos callosas en el suelo, se enderezaron a duras penas, pero bajaron en un santiamén. En la confusión algunos perdieron las zapatillas, otros las mantas y por ahí alguno hasta la camisa. Despertaron a todo el pueblo y contaron lo sucedido.

Así fue como, en cuanto se asomó el primer sol humilde del día siguiente, los lugareños más aguerridos emprendieron la marcha de la vida prometiendo enviar de sus noticias.

A pesar de que el tiempo ha borrado casi todas las huellas, sabemos gracias a nuestras pesquisas más diligentes y a los documentos desterrados y descifrados de excavaciones arqueológicas realizadas en el antiguo Cailluco, que aquellos hombres peregrinaron por nuestras tierras sin hartarse ni fatigarse. Y por inverosímil que parezca, podemos afirmar que hoy, aquí, entre nosotros, el tiempo de su tradición e ilusión, de sus largas fiestas y de la procreación de los niños sin ombligo había vuelto.

© Alice Velázquez-Bellot

La autora:

Alice Velázquez-Bellot ha realizado estudios universitarios en Argentina y Francia. Es Licenciada en Filología Hispánica y Doctora en Literatura Francesa. Actualmente es profesora en la Universidad de Darmstadt (Alemania). Ha publicado artículos y relatos en revistas argentinas y españolas.

TRÍPTICO

por Gonzalo Lizardo

I

–Te tardaste siglos en regresar, niña. Ahora sí, habla, no te quedes callada, por favor.

–¿Qué quieres que diga? Si me hubieras pedido hacer el amor, para eso tengo muchas respuestas... Me agarraste con la guardia baja.

–Vaya, qué interesante. ¿Qué me hubieras dicho si te hubiera pedido *eso*?

–*Eso* no lo sabrás nunca. Ahora menos que nunca.

–Ja, ja, qué mala onda. Pues entonces sólo dime que no, o dame una cachetada, o simplemente discúlpame, y yo retiro mi propuesta, pero no te sulfures, niña.

–No es eso, no estoy molesta, tonto. Eso es lo grave, que me halagas, y en el fondo me gustaría hacerlo, pero me da miedo, vergüenza, no sé... A ver, sólo dime una cosa, ¿se lo has propuesto a alguien más?, ¿por qué pensaste en mí y no en tu novia?, ¿puedo confiar en ti, podemos confiar en ella?

–A ver, paso por paso. No, no se lo he propuesto a nadie más. Anoche me invitaron a realizar un mural fotográfico, todo el día estuve pensando varias posibilidades, pero sólo hoy, al encontrarme contigo aquí en el café, resolví el rompecabezas. Tú me diste la idea, es justo que te invite. Sólo tú tienes el cuerpo ideal para ello: un cuerpo que teme ser observado, no por pudor, sino porque la caricia del ojo ajeno lo hace estremecerse...

–¡No digas esas cosas, maldito!, no me gusta ruborizarme así, en público.

–Pues entonces vayamos a un lugar privado para platicar con más confianza.

–¿Ves lo que te digo? Eres un perverso, aunque pongas esa sonrisa de inocente. No, mejor respóndeme ahora mismo. ¿En qué consiste exactamente el proyecto?

–Puede ser tan perverso o inocente como tú lo quieras ver. Para mí, es algo casi clínico: se trata de tomar quinientos *close ups* de tu cuerpo desnudo, centímetro a centímetro, de tal manera que con las imágenes resultantes pueda armar, como un rompecabezas, una sola imagen: sería como desollar tu piel y extenderla sobre el muro. No te preocupes: después de todo, no seré yo quien te mire, sino la cámara... Incluso podrías cubrirte el rostro con una máscara ciega, para que no me mires.

–Sí, es interesante la idea. No sé si me atreva, traigo la cabeza hecha una tormenta, no sabes cómo. Y no por mí, sino por él, por mi novio. Y necesito ir al baño, a pensar en ello, sí, y pídemme una cerveza mientras regreso; no, no tardo, te juro que no me tardo.

II

–Vaya que te tardaste en regresar, querido. Ahora sí, habla, que no te voy a comer.

–¿Qué quieres que diga? Si me hubieras pedido ir a un hotel, sabría qué decir... Pero eso no, eso nunca: me agarraste con la guardia baja.

–Vaya, qué interesante. ¿Qué me hubieras dicho si te hubiera pedido *eso*?

–No te lo diré. Lo dejo a tu imaginación.

–Yo no haría *eso*: mi imaginación siempre responde que sí a todos mis deseos.

–Y por lo tanto supones que los demás debemos hacer lo mismo. Mira, no creas que me hago el difícil. En el fondo me gustaría hacerlo, tienes un cuerpo hermoso, y todo eso, pero me da miedo tu iniciativa, me siento como un títere... A ver, sólo respóndeme, ¿se lo has propuesto a alguien más? Cualquiera

otro pagaría por hacer *eso* que me pides... además, conozco a tu novio...

—No, no se lo he propuesto a nadie más. Anoche me invitaron a realizar una instalación que hablara sobre mi propia obra, y todo el día estuve dándole vueltas al asunto en vano. Sólo cuando entré al café y vi cómo me devorabas con los ojos y la forma en que los escondías cuando te reconocí, me cayó el veinte. Tienes la mirada ideal para ayudarme en mi proyecto, porque eres demasiado tímido, demasiado pudoroso y me encantaría provocarte. No es fácil encontrar a un hombre así en esta ciudad, y mucho menos mi novio.

—Maldita sea: no te había reconocido, por eso te miré así.

—Pues finge entonces que no me conoces y acepta mi propuesta. Además, ya me has visto desnuda en mis propias fotos. ¿A poco no lo sabías?

—¿Ves lo que te digo? No necesitas de mi ayuda, en realidad, por eso me suena tan perverso. Pero cuéntame, ¿en qué consiste exactamente el proyecto?

—Puede ser tan perverso o inocente como tú quieras. Para mí, es una especie de confesión: se trata de que tomes quinientos *close ups* de mi cuerpo desnudo, centímetro a centímetro, mientras una cámara automática va registrando segundo a segundo cómo me tomas esas fotos: sería como diseccionar el proceso creativo y mostrarlo como una obra en sí misma. No te preocupes: después de todo, no serás tú quien me mire, sino la cámara... Incluso podrías cubrirme el rostro con una máscara ciega, para que no me veas.

—No lo sé, es buena la idea, y te agradezco que me lo hayas propuesto, pero tengo miedo de las consecuencias, no por mí, sino por mi novia. Nomás de pensarlo me pongo... digamos que nervioso. Voy al baño, ¿ok? Y pídemme una cerveza mientras regreso.

III

—Ya pensaba que no volvías, amor. Ahora sí, cuéntame, no me dejes con la duda.

—¿Qué te puedo contar? No me rechazó, pero tampoco dijo que sí. Dijo que iba al baño y no volvió. Confío en que me hable por teléfono para confirmar, o para explicarse. ¿Y a ti, cómo te fue?

—Igual. Están hechos el uno para el otro, no cabe duda. Aunque lo mismo han de pensar sobre nosotros.

—Eso, si llegan a contarse lo que les pasó. ¿Tú crees que lo guarden en secreto?

—No lo sé, Todo depende. Si cualquiera de los dos acepta, lo hará a escondidas del otro, o tal vez no. Si alguno de los dos rechaza, tal vez sienta remordimientos y se lo cuente al otro, o tal vez no. Son muchas las posibilidades, eso me emociona: las combinaciones, porque algunas de ellas pueden ser peligrosas, ¿no crees?

—Sí, pero vale la pena arriesgarse: sería genial que los dos aceptaran: imagínate, los dos creyendo que están contigo o conmigo, sin saberlo. Lo de la máscara ciega me pareció genial. Eso sí, hay que planear muy bien cómo organizamos la sesión, va a ser muy delicado mantenerlo todo bajo control.

—¿Pero qué tal si los dos nos mandan al averno? Tenemos que cumplir con el proyecto, sea como sea. Contigo o con él, o conmigo o con ella, o sin ellos.

—Ese es el riesgo y la fortuna de todo *performance*, corazón: aunque salga mal, estuvo bien: ¿o te daría mucha hueva que lo hiciéramos entre los dos, como siempre?

—Ja, ja, claro que no. Nomás de pensarlo ya se me erizaron los vellos...

—¿En serio? Eso me gusta, cariño, pero no te adelantes, aplaca esas manos, que nos están viendo. ¿Fue tu teléfono el que sonó, o fue el mío?

—Creo que fue el tuyo. Pero no contestes, no ahora: vamos al baño, ándale, al cabo que no nos tardamos.

—¿Cómo crees? Deja contesto. Presiento que son buenas noticias, ¿no lo crees?

—Sí, seguramente lo son, claro que sí.

© Gonzalo Lizardo

El autor:

Gonzalo Lizardo (Zacatecas, 1965) es narrador, ensayista e investigador literario. Ha publicado recientemente dos novelas: *Jaque perpetuo* (Era/Conaculta, 2005) y *Corazón de mierda* (Era/Conaculta, 2007). Doctor en letras por la Universidad de Guadalajara, y miembro del Sistema Nacional de Creadores (2006-2009)

* * *

Relato

PREGUNTA RETÓRICA

por Rafael Ballesteros Díaz

Me detengo en la puerta al verme reflejado en el cristal. Miro a ambos lados por si alguien me ve entrar.

Entro con aire despistado como quien lo hace por primera vez.

Baja la escalera. Sonríe discreta. Me invita a quitarme ropa y a ponerme cómodo; me indica la estancia. Será sólo un momento.

Desaparece tras la puerta del baño. La oigo asearse.

Vuelve preparada y dispuesta.

Lo de siempre, supongo... pregunta sin preguntar.

La dejo hacer. Sus manos son suaves y firmes; ágiles y precisas; cuidadosas e infalibles.

Veo su reflejo en el espejo: sube, baja, gira; ve, mira, escudriña; me habla con voz dulce; preguntas cortas, directas, concretas, ineludibles.

Observa, estudia, vuelve a la carga. Es detallista, concienzuda; adivina mis pensamientos y deseos y se anticipa a mis temores.

Termina. Se aleja en la penumbra. Me relajo y reposo un rato mientras recupero el tono y la respiración.

Me cobra con la misma sonrisa cómplice del principio.

Salgo. Miro a ambos lados pero ya no temo que me vean salir.

Reviso de reojo mi reflejo en el cristal de la puerta; tiene razón: su corte pelo me favorece.

© Rafael Ballesteros Díaz

El autor:

Rafael Ballesteros Díaz (Zaragoza, España). Editor digital. El proyecto original fue *Ediciones Digitales* (www.desequilibros.com), pero con la aparición de los blogs he derivado gran parte de la actividad de la página hacia el blog Desequilibros: <http://desequilibros.blogspot.com>, que me sirve para los mismos fines y, además, me permite contribuir a la difusión de la cultura. También he puesto en marcha una red social, la Red DesEquiLIBROS (<http://desequilibros.ning.com>), para que los autores que lo deseen puedan disfrutar de un espacio expositivo y de publicación propios, además de la posibilidad de interactuar directamente con otros autores.

MICROTRILOGÍA ERÓTICA

por Salvador Gutiérrez Solís

AMOR EN ROJO ¹

Juan, aún cansado, y sudado, le dijo a Irene:

–Creo que deberíamos intentar algo nuevo, no sé, probar otras experiencias que nos impidan caer en la rutina...

Tras dos segundos de un silencio premeditado, Irene buscó –y encontró– con una mirada oblicua las manchas del mantel, el desorden de la cocina, los cristales en el suelo...

–Yo creo que no corremos ese riesgo, que somos una pareja divertida, o ¿es que ya te has cansado de mí?

Juan, tragó saliva, y se dejó hipnotizar, una vez más, por el esmalte de uñas de Irene. «Es tan verde como la hierba», pensó y calló.

–Nunca me cansaré de ti... más bien, todo lo contrario. Tengo miedo de que tú lo hagas. Lo temo...

Irene arqueó las cejas como una malvada institutriz suiza de cuento –animado de producción japonesa–.

–Mientras me aguantes, no temas nada.

–Lo aguantaré todo –dijo Juan. Mentía, el corazón le latía asustado, recordando otros momentos similares, cercanos en el tiempo.

–¿Podrías aguantarlo hoy? –preguntó Irene, entregada de nuevo al juego.

Juan tragó saliva, pero ya no se dejó hipnotizar por el esmalte verde hierba de sus uñas.

–Creo que sí... –respondió sin convicción.

Y jugaron de nuevo, hasta que ella dijo basta.

Entonces, medio asfixiada, contenta, borracha de adrenalina, buscó –y encontró– con esa mirada oblicua las manchas del mantel, el desorden de la cocina, los cristales en el suelo y la sangre de Juan corriendo en dirección a la puerta. Decepcionada, abandonó el apartamento sin decir adiós.

Y decidió no volver a utilizar ese verde para las uñas, ni ese corpiño de cuero que le escocía el pecho, ni unos cuchillos tan rudimentarios, ni un apartamento tan hortera. Y también decidió Sandra no volverse a llamar Irene, ni buscar a sus amantes en bares de carretera.

AMOR EN NEGRO ²

Una pareja se pierde tras los primeros arbustos. La «O» del fluorescente parpadea cada pocos segundos. Conforme recortan la distancia, los tres ocupantes del automóvil escuchan los compases de una balada romántica. Julio Iglesias canta «La vida sigue igual».

Entran en el local. Un hombre barrigón, con bigote, con la corbata anudada en la frente, sobre la barra, entre dos mulatas celulíticas, imita a Julio Iglesias. Otras cinco prostitutas tratan de encontrar un cliente en las mesas. La chica se adelanta a sus amigos y examina a las mujeres. ¿Cuál te gusta? Pregunta. La respuesta es el dedo que señala una rubia madura y apretada que aparece por el fondo, junto a la diana de los dardos.

No quieren una habitación. Eso os va a costar quince mil; aceptan. Avanzan por el camino de tierra tres kilómetros más, entran en un silo abandonado, donde una hoguera devora las que fueron vigas del techo. La rubia madura comienza a masajear la entrepierna de los muchachos.

–Daría lo que fuera por tener unas tetas así –dice la chica.

–Tócalas –dice la rubia.

–¿Cómo te llamas? –pregunta el muchacho de las espinillas.

¹ De *Jugadores y coleccionistas*; Editorial Plurabelle, 2004

² De *La fiebre del mercurio*; Diputación de Córdoba, 2001

–Como tú quieras llamarme.
–Te llamaré Sandra, yo tuve una novia que se llamaba Sandra.
–Seguro que tu novia no sabía hacer esto.
La rubia madura cierra los ojos y abre la boca.

Cuando todos jadean, desnudos sobre la paja del suelo, la mujer rubia descubre la pistola del muchacho mal afeitado. La acaricia y la besa.

–Juguemos a hacernos daño.

AMOR EN VERDE ³

Un buen día, doña Carolina Lineros, Lina para los amigos, pintó la casa de verde. Las paredes de un verde acuoso y las ventanas de un verde ortiga. Los muebles del salón, estilo remordimiento, y los de la cocina, y los del estudio, y los de la salita, y las camas y el inodoro, todo, hasta el flexo de opositor olvidado en el baúl, lo pintó de verde. Finalizada la tarea, Lina se sentó en el centro del recibidor, en una silla estilo agonía, debajo de una lata de pintura, verde, por supuesto, que había colgado del gancho de la lámpara. Ató una cuerda al asa de la lata de pintura, que llevó hasta el pomo de la puerta. Cinco minutos antes de que su esposo, el doctor Enrique Bermudo, regresara del hospital, Lina se introdujo un embudo en la boca, inclinó la lata y comenzó a tragar la pintura que desde el techo le caía.

Abrió la puerta Enrique Bermudo, tiró de la cuerda, y toda la pintura verde que quedaba en la lata cayó sobre la cabeza de Lina. Ya estaba muerta, pero consiguió hacer creer a su marido que él había sido el responsable. Llegó la policía, y los curiosos, y los primeros familiares. Enrique lloraba sobre la mesa de la cocina, manchado de verdes.

El inspector le preguntó: –¿tiene usted alguna de idea de por qué su mujer ha hecho esto?

–No... –respondió Enrique Bermudo. Al secarse las lágrimas de los ojos se los pintó de verde, al igual que la frente, y los primeros pelos del flequillo.

Frente a su mujer muerta y verde, viendo como la introducían en una bolsa de plástico, Enrique Bermudo recordó la última discusión, la noche anterior. Antes de marchar para la guardia, Lina histérica, borracha y despeinada, le gritó: –¡hijoputa, te crees que no me sé de todos tus lios en el hospital, que te has tirado a todas las enfermeras de la segunda planta! ¡Lo sabe todo el mundo, y yo no soy tonta! ¡Ves una bata verde y te vuelves un pollaloca, aquí te pilla y aquí te mato! ¡Enrique, te lo advierto, vas a conseguir que el verde me mate, lo vas a conseguir, y no te exagero!

Enrique Bermudo, más manchado, más verde, buscó al inspector que antes le había preguntado, y le dijo: –señor inspector, deténgame, creo que yo la he matado.

© Salvador Gutiérrez Solís

El autor:

Salvador Gutiérrez Solís posee un extenso currículum narrativo que comenzó en el año 1996 con la publicación de su primera novela, *Dictando al cojo* (Premio Universidad de Sevilla). A ésta siguieron *La sonrisa de Lucía* (1997), *El color de la sangre* (1998), Premio Juan Valera, y *La novela de un novelista malaleche* (1999), finalista en el Premio Nacional de la Crítica. En 2000 publica *El coleccionista* (Círculo de Lectores), y en 2001 *La fiebre del mercurio* y *Spin Off*, divertida sátira sobre el mundo de la televisión. En 2003 el autor cordobés publica *Más de cien bestias atrapadas en un punto*. En *Jugadores y coleccionistas* (2004), compila cuentos, novelas cortas y microcuentos. En noviembre de 2005, la Fundación José Manuel Lara edita *El sentimiento cautivo* (finalista en el Premio Fernando Lara de novela 2003 y del Andalucía de la Crítica 2006). En septiembre de 2006, Gutiérrez Solís recupera al *novelista malaleche*, en *El batallón de los perdedores*. En abril de 2007 publica su primera biografía, *Barnaby Conrad, una pasión española* (Fundación José Manuel Lara). Y en septiembre de ese mismo año, 2007, publica la tercera entrega de la saga *malaleche*, *Guadalajara 2006* (Editorial Berenice). La obra de Salvador Gutiérrez Solís se puede encontrar en decenas de antologías. Ha sido traducido a varios idiomas. Ejerce la crítica literaria en diferentes publicaciones y es articulista en *El Día de Córdoba* (Grupo Joly). Página web: www.casadosolis.com.

³ De *La novela de un novelista malaleche*; DVD Ediciones, 1999

HERIDA DE HEMBRA

por Diego Fonseca

Ahora que te tengo frente a mí, desnuda y palpitante, comprendo que la historia ha hecho su labor. Siglos de vida sobre el planeta han dado forma a cada contorno de nuestros cuerpos.

Recorrer el tuyo es el principio de mi deseo. Su culminación, tu muerte orgásmica. Amarte es sólo una excusa.

Aun recuerdo cuando decidí quebrar lanzas con el mundo. Tú, una mujer adulta y acalorada; yo, un adolescente afiebrado.

Desde el instante en que desperté al cielo no tuve ojos más que para tus largas piernas, tus pechos aun voluptuosos, la languidez de una mirada azul y esas manos descarnadamente finas.

Las curvas de tu cuerpo eran meandros en los que deseaba perderme sin mapa estelar ni sextante. Mi aventura era el aroma a sándalo de tu piel, era deshebrarte el cabello, peinarlo y recogerlo suspirando a tu espalda.

Hasta entonces tú no sabías de mí. Quiero decir, no habías reparado en mi joven carne trémula. Sólo era un muchacho en crecimiento, un adonis intocable.

Pero sucedió aquella tarde. Mis padres habían viajado y saqué provecho de la ausencia. Crucé la calle y entré sin golpear a tu casa de viuda. Tenía quince años.

Me saludaste como siempre, sin darme otra atención que tu sonrisa limpia. Hasta ese momento yo era el mismo niño que día tras día jugaba en la calle, en el patio de su casa y hasta en el jardín de la tuya.

Fue en esos años que me enamoré de tí. Durante aquella ternura, mi madre me regañaba pues destrozaba tus dalias y camelias a pelotazos. Tú, en cambio, me dejabas hacer. Siempre me dejabas hacer. Y, sin quererlo, esa confianza y vecindad iba construyendo los cimientos de mi amor.

Dejarme hacer. Eso fue lo que siempre esperé de ti, y es lo que esa tarde me permitiste.

Primero debí convencerte. Debía salvar la fosa abisal de nuestras edades. Para mi fortuna, el tiempo estuvo de mi lado.

Me senté a la mesa en tu cocina y bebí el té que me ofreciste. Comí lentamente un *scone* de moras y esperé a que tú también ocuparas tu silla. Entonces te tomé de la mano y confesé mi pasión:

–Desde que tengo memoria de cemento fresco, te amo.

Te reíste. Cómo no ibas a hacerlo si para tí era un mocosito gracioso. Ni siquiera insolente: divertido. Creías que practicaba contigo mis declaraciones a las álgidas jovencitas que me revoloteaban en la escuela con su desarrollo frutal, senitos de melocotón rosado y culitos de sandía.

Pero yo insistí. Me tomó dos horas explicarte los principios de mi devoción y durante esas mismas dos horas estuviste a punto de dejarme, irritada e impulsiva.

Ambos no somos de rendirnos fácilmente y el forcejeo continuó. Debí perseguirte por toda la casa, ampliando mis argumentos, justificando al corazón, desarmando una resistencia que, lo reconozco ahora, fue heroica.

Tres horas más tarde había logrado vencer tus temores.

Descansabas entonces en mi regazo y ya no estábamos en la cocina, sino en el antiguo sofá de la sala, regalo de tu esposo muerto. Tu esposo. Fue tocando la cuerda sensible de su remembranza como desmembré tu armadura.

Todos sabíamos que tras su trágica muerte te habías hundido en una depresión cadavérica. Estabas

desconsolada y temíamos por tu estabilidad mental.

Te tomó tiempo pero te repusiste. Sí, ya no fuiste igual. Ya no reías con brío ni eras la jovialidad encarnada. Te habías replegado, taciturna y gastada. Kilos de antidepressivos hicieron un mal trabajo sobre mente y carne.

Algunos te creían alelada, pero mi familia nunca lo vio así. Yo, sobre todo. Siempre te pensé propietaria de una ternura infantil que había sobrepuesto y vencido la adolescencia y la madurez de la mujer adulta, una dulzura que se preservó mientras yo crecía y me agravaba.

Cuando aun estábamos en la cocina, cuando había obtenido otra vez tu permiso para acercarme y tomarte de las manos, hablándote suavemente arrastré al presente tu vida entera junto al que fue tu hombre.

Elegí cada palabra, te hice llorar de amor.

Ahora sé que fue una frase, una sola, única e irreplicable, la que abrió tu pecho definitivamente.

–Yo soy él –te dije–. Mírame y reconócame.

Y me miraste y, por supuesto, me reconociste. La locura del amor habló por ti: yo era él.

No dije más. Corriste a mis brazos y flaqueaste. Tus piernas se doblaron incapaces de sostener un apasionamiento al que tus músculos se desacostumbraron. Te aferré con todas mis fuerzas y entonces ví tu boca entreabierta y me dejé ir. Nadé un instante en tus ojos de profundidad oceánica. Y te besé.

Fue primero con suavidad, después con fruición y finalmente con deseo pleno.

Como siempre, me dejabas hacer. Había conquistado mi derecho perpetuo a actuar con total libertad. Sofocada por los recuerdos, ciega de amor y deseo, casi sin conocimiento por el abrazo de la pasión, entregaste tu anatomía caduca a mi fortaleza juvenil. Te tomé en mis brazos y te llevé a la sala, adonde te desnudé despaciosamente, disfrutando cada momento.

Primero los zapatos, que se deslizaron por tus pies apenas asidos por mis manos de algodón. Luego tu collar y los aretes, que quité rodeando tu cuello con pequeños besos silenciosos.

Llegué a tu vestido. Cada botón se rindió a mis manos como si fuese yo un tallador experto. Uno por uno parecían deshacerse como terrones en un líquido cálido.

Luego fui por el brassiere y por las bragas. Acompañé su retiro repartiendo suspiros por todo tu cuerpo, dándote cosquillas con la punta de mi nariz, oyendo la cabalgata sin compás de tu corazón y tu respiración encrespada. Un mundo enteramente silencioso rodeaba mi jadeo.

Miré tus labios. Rojos, aun delineados por el labial color piel. Miré tus ojos, agónicamente entregados al cielo.

Me acerqué a tu rostro y recordé a Cortázar. El juego de los cíclopes, ¿recuerdas? Te gustaba que tu marido lo recitase mientras te hacía el amor. Por supuesto que lo sé: yo los espiaba por el ventanal en las tardes de verano.

Ahora que poso mi índice bajo tu nariz me asalta el Capítulo 7 de *Rayuela*: «Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera...»

Te estremeces. Te revuelves en el sofá. Oh Dios, cómo amabas a ese hombre, cómo bebías sus palabras sopladas al oído mientras dejabas a las manos asfaltarte el cuerpo. Como yo ahora, que transito con el límite de la yema de mis dedos cada milímetro de tu piel, cada surco de tu rostro, los pechos secos recostados, el vientre hundido, tus piernas de mujer vivida y esa deseada y aun tibia herida de hembra en el sur de tus territorios.

«Me acerqué a tu rostro y recordé a Cortázar. El juego de los cíclopes, ¿recuerdas? Te gustaba que tu marido lo recitase mientras te hacía el amor. Por supuesto que lo sé: yo los espiaba por el ventanal en las tardes de verano.»

Te siento tan vital y te amo tanto que me toma segundos desnudarme y lanzarme sobre ti para fundir la adolescencia de mi piel y las décadas de tu epidermis.

Oh, mujer de mis sueños.

Te penetro con delicadeza, como vi que él hacía.

Oh, mi dulce viuda.

Voy hasta tus labios, me hundo en tu boca.

Oh, mi amante imposible.

Me recito a mí mismo: «...Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella».

Oh, madre de mi padre.

Acabo. Largo, profundo, gimiendo dentro de tí. «Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua».

Oh, abuela.

© **Diego Fonseca**

El autor:

Diego Fonseca. Nació en Las Varillas, Córdoba (Argentina), en junio de 1970. Es escritor, periodista y comunicador. Cursó estudios en Argentina, México, España y Costa Rica. Ha sido editor de las revistas *AméricaEconomía* y *Mercado* y consultor editorial de diversos medios latinoamericanos y organismos multilaterales. Escribe para las revistas *Expansión*, *Gatopardo* y *BNA* y es analista de Safe-Democracy Foundation. Es autor cinco novelas y numerosos cuentos y relatos que comenzó a publicar este año en su blog personal: "El gemelo malvado" (<http://www.elgemelomalvado.com>). Diego ha vivido largo tiempo en Argentina y México y es un profundo conocedor de América Latina. Reside en Estados Unidos, donde trabaja en una novela de no-ficción y una blogo-novela.

* * *

Relato

MANOS

por **Ana Alcolea**

Ella se fija en sus manos blancas mientras él hace el examen. Sus dedos largos y finos agarran el bolígrafo que se desliza sobre el papel, y lo va rellenado de letras escritas en negro.

Son las mismas manos que esa noche han acariciado su rostro y su cuello durante el sueño. Unas manos que ella imagina suaves, sin callosidades, y proclives a las más deseadas caricias.

Hace pocos meses que da clase también en la Universidad. Sus alumnos siempre habían sido demasiado jóvenes, y no los miraba más que como a chiquillos púberes. No la excitaban. Le parecía que todavía estaban sin hacer. Prefería hombres con experiencia en sus manos.

Pero esa noche, por primera vez, ha soñado con uno de sus estudiantes. Un chico que no es ni guapo ni feo, ni fuerte ni enclenque. Un chico del montón, con el pelo muy corto. A ella le gustan con el pelo más largo y ondulado, para poder meter sus dedos entre el cabello, acariciarlo y luego, lentamente, ir bajando hasta el cuello.

El chico lleva gafas. A ella le gustan los hombres con gafas. Se las quitan siempre para entrar en faena, así no ven bien sus arrugas incipientes, ni la piel de naranja de sus muslos. Ni la raya de sus canas, si no le ha dado tiempo a teñirse.

Esa noche él le ha tocado el rostro con sus manos y la ha besado. Primero las mejillas, luego la frente. Por fin la boca. Esa boca en la que aún no se ha inyectado bótox ni silicona, y que trata cada noche con cremas para que se mantenga voluminosa y carnal. Es la parte que más le gusta de sí misma. La única que no ha envejecido. La maquilla cuidadosamente cada mañana con barras hidratantes y muy caras. Sabe que los hombres la consideran «una boca jugosa». Lo piensan así los que la han probado, los que aún no lo han hecho, y los que nunca lo harán.

Al menos, a ella le gusta pensarlo así.

Intenta desviar la mirada de las manos del chico y busca un número de teléfono en su agenda de piel azul. Encuentra las flores de color violeta que recogió del suelo una tarde en el parque. Aquella tarde paseaba con quien al día siguiente, por fin, se convirtió en su amante. Se acuerda de sus besos mientras mira las manos del chico empuñando el bolígrafo. Recuerda las suyas agarrando con torpeza el miembro de su amado, y cómo él le sugirió nuevas caricias que le hicieron dejar la vida entera entre su boca y sus manos. Porque ella era lista y aprendía pronto.

El chico se lleva la mano a la boca y acerca el bolígrafo a sus labios. Ella sigue recordando la primera tarde de sexo con su amante, aquella tarde en la que, por unas horas, inundó su vida de belleza infinita.

Vuelve a pensar en el sueño de la noche anterior. El chico le besa la boca con miedo, sin atreverse a más. Ella no se permite avanzar ni siquiera en sueños.

Abre un libro de poemas y empieza a leer para intentar pensar en otra cosa.

El chico mueve la mano sobre el papel y piensa en que ojalá las palabras de aquel poema se pudieran tocar. El bolígrafo danza entre sus dedos y mira a la profesora que lee un libro mientras los alumnos se examinan. Ve sus párpados agachados sobre el libro y recuerda que esa noche ha soñado que sus labios recorrían aquella piel una y otra vez. El bolígrafo entre sus dedos le lleva al momento en que despertó excitado por la imagen de aquella mujer desnuda entre sus brazos, y vació su deseo entre las manos. No le costó terminar. En el sueño, ella lo besaba después de lamer su dedo impregnado en mermelada. Sus besos sabían a naranja. Luego, él pintaba el cuerpo de ella con crema de chocolate que recogía después, muy despacio, con su lengua, para adentrarse en rincones escondidos hasta hacerla temblar. Los dos llegaban al final al mismo tiempo. Ella en la imaginación de él. Él en su habitación de estudiante.

Suena el timbre que señala el final de la clase. El chico termina el examen en el mismo instante en que ella levanta los ojos del libro. Ella no se atreve a mirarlo. Él deja los papeles sobre su mesa y sale del aula sin decir nada, ni siquiera con la mirada.

Ella recoge todo en una carpeta y se marcha a su casa. Por el camino siente hambre y entra en el supermercado.

Cuando sale, en su bolso lleva una caja de bombones franceses con sabor a naranja.

© Ana Alcolea

La autora:

Ana Alcolea nació en Zaragoza (España) en 1962. Es licenciada en Filología Hispánica y Diplomada en Filología Inglesa. Desde 1986 es profesora de secundaria y ha ejercido en diversos institutos de Zaragoza, Cantabria y Madrid. Ha publicado ediciones didácticas de obras de teatro y numerosos artículos sobre la enseñanza de la Lengua y la Literatura, sobre el mito de don Juan y sobre la poesía de Góngora. Ha publicado *El medallón perdido* (2001), *El retrato de Carlota* (2003) y *Donde aprenden a volar las gaviotas* (2007), las tres en la colección "Espacio Abierto", de la editorial Anaya.

ATADIJO FERVOROSO PARA IMPREGNAR UN CUERPO

por CNP

Rodeada de mundo y malditamente enhebrada en su entorno, me miraba siempre horadante y negra al fondo de los ojos. Odalisca en impermeable, todo tramo hasta su improbable inocencia se me antojaba largo; toda brecha entre sus dientes y mi ahínco, criminal. Había cierta rabia en nuestra forma de requisar al otro de todo alrededor. Se nos quedaba estrecho el laico devenir de la raza y, trepadores del hambre, nos asilvestraba la sangre el enfrentamiento continuo con la presencia del otro. Necesitábamos secuestrar el espacio empañado entre los dos por las cosas ya creadas.

La primera vez que escapamos, colegiales, de nuestra fatigosa permanencia entre lo ajeno, ella vino hecha un manojito de miedo ante tanta vecindad inesperada. Ganada al albedrío del deseo, pero incierta frente a la realidad innegociable de aquel cuarto, se atusó a mí, tierna como una comunión, rebrotando un poquito de temblor en cada gesto. Venía tímida y dudosa como un gato inexperto, desconocida de sí, pero dispuesta a desperdigar su brillo inmaculado por toda mi espora. Se me acercaba somera, con cara de placentera lejanía. Cuando parecía que ya se iba a destemplar y me rozaba el bies de la paciencia con la sola voluntad de darme un beso, se fruncía de nuevo en su linaje y renunciaba al avance conquistado.

Por fin se dejó alisar el pavor estruendoso de su cuerpo, y empezó a desperezarse de la ropa, torpemente, confinándome al fulgor intermitente de su ritmo desceñido. Poco a poco fue apareciendo la helada redondez de los huesos, el aire acostado entre su espalda, su muy poquita curva descendida y los dos golpes aquietados del pecho, como dos puñaditos de aplomo; era un cuerpo venial y plenilúnico; una pequeña rabia le repulía los poros y pendía por su sombra, magnética y danzante, como un rito que le apretaría la piel contra el latido. Era poca la ley de su desnudez, natural y confusa, sigilosa en el contubernio poco pactado de la carne con su inocencia.

Tardosa como un domingo, fue desgajando la letanía cansada de su vergüenza; le nació un baile de aceite por los hombros de la alegría banal con que, vértice a vértice, la venció su propia sinrazón de mujer lista para el envío. Por el instinto terrible de ir a dárseme en piezas, se me combaba, nerviosa, entre los brazos, sin premeditación. Capitulada de ojos, desbordante de piel. Y una mota de luz brincaba cerca de su filo, como queriendo traérmela en espirales.

Invicta de su forma, se englorió contra mí, fierecilla como una correa, sortilega en cada dedo suyo que me arrumbaba la ropa como un enojo. Sentía la nube arracimada de su aliento aventándome la entrepíel; la adivinanza de su resalto paseante asentaba el turbio espacio entre los dos, lleno ya del resumen de habernos tentado. Lentamente, izada sobre la poca conciencia de su desnudez, fortuita y entrevista, fue imponiéndome las manos en archipiélagos, desvestigiando la poca montura de lana que aún me quedaba por librar. Peleó el cinturón, atruhanado contra mí, torcaz como su cuero. Fueron cayendo, después, jericós de poco cauce frente al abanico pasional de sus atisbos, los pantalones, atrapados de impaciencia resbalosa; y luego, el débil palio de algodón con sus huéspedes embatidos de sangre soterrada.

Quedamos al paio, indefensos ante la más empapada oriundez. Ella, beneplácita, se dejaba aletear entre mis dedos; se acercaba, naricilla tarquina, y olía en mis manos la inmediata promesa de anidarla; su cuerpo esbozaba un ansia de oscurecerse contra mí. La sentía ahoyarse, inevitable, si yo volarrozaba, emigrante y cenital, cada recodo suyo. Risalinda y muy niña, se me regalaba fácil, desdoblada en plumaje y espuma, en paz y marea, en ofrenda y nada.

Yo, estuario de poco enclave, oscilado ya hacia el último valor, buscaba toda su latitud. Silbante y enlatigado, entre el vaho arañadamente compartido, quería bordarle una urgencia de última herejía. Y entonces ella, sibilina y cautiva de su propio ímpetu, se me hurtaba a los labios, desmadejaba el cuerpo en contra de la proa y me obligaba a sus manos, virtudes a flor de penitencia, vástagas sus

caricias como heridas. Y yo caía, pendular, bajo el compás peligrosamente incierto de su golondrinaje al raso.

Mucho era el desorden de piel por debajo de la piel cuando nos enraizamos entre el otro. Ella manoteaba el aire jadeado, buscando un hueco para hundírseme a jirones y encajar entre mí su permanencia intuida. Fiordo abajo, intermitente, yo me nublabo como un toro cada vez que la notaba cernerse en su altivez, limpia y más tensa en cada ruego. Después me volvía cierto nuevamente, bajo su habilidad de odiamarme espíritu y carne, de dejarme asediarla para recriminarme, luego, con un chasquido fatal de sus piernas, la imprudencia apretada de mi modo de campear por ella.

En ese tiempo de asirnos, necesarios, lejos ya de todo suelo, éramos recíprocos y hostiles; ella se fingía dama de un solo envite, yo, animal capaz de todas las violencias; ella se engalernaba, un imperio para matarme le florecía abrupto en el puño; yo asumido y desgavillado, me quejaba como un barco sordo en mitad de su noche. Ella se enreiciaba, vela contra tormentas; resistía, con destreza y tensión afirmadas, cada empeño de traerla hasta mi envés. Yo, para engargolarla y recibirla, veneno y furia me volvía, ceguera de hombre que olvida los contornos.

Ella me prendía, yo la empuñaba; ella sitiada, yo envillanado; ella expósita, yo asilo; yo trababa, ella yacía; ella me apresaba; yo me dejaba abatir; ella muelle, yo ondular; ella alzada, yo blandiéndola; ella apretaba, yo me dejaba tomar; ella más avivada, yo más incitador; yo me arrojaba hasta sus lindes, ella cedía en retenerse; yo arrebató, ella delirio a colofones; ella polvareda, yo borrasca y marejada; ella arco, arco por fin, arco leve, casi arco, arco que apenas respira, arco desde las puntas de los dedos, arco ya para nada, arco olvidado de sí, arco inútil, arco por toda la sábana. Yo venablo para ir a por ella y ella mordida al cabo de tanto denuedo; manzanales los dos; ella, abolida; yo, espino aún por sazonar. Y al fin, yo ya último trazo, retal, golpe para quedar baldío, rejón que se cierra hasta siempre, rejón que remata, rejón que se hunde, que se desprende, que ocurre, sobreviene, suelta, amaina y remuere.

Potros desalentados sobre el piélagó bondadoso de las sábanas, quedamos amadrinados y distintos, envueltos en la destemplanza de aquel nuevo abandono hasta entonces ficticio. La quietud entre ambos era corrediza y el silencio, un viaje a la anterior memoria. Y entonces, sarracena de todos mis desiertos, extendió la breve mano sobre los umbrales, logró la mía, piedra agazapada, y la conquistó con el socaire improvisado de su leve bondad. Entre la firmeza casirrozada del cuarto sigue suspendido su gesto, descartando la nada entre nosotros, y la estela del vendaval en que aquella tarde nos apresamos.

© CNP

La autora:

CNP es un colectivo de escritores anónimos que trabajan con máquinas Olivetti y Underwood en un sótano de una céntrica calle de Madrid. Como tapadera a sus actividades fingen ser una imponente mujer de 26 años que escribe un blog llamado Espacio sobre Literatura y se perfuma con Hermés.

* * *

Relato

NAWA SHIBARI

por Paula Lapido

Lambert entra en la sala. Lleva puesta una gabardina beige y manosea la edición vespertina de Le Monde. El local está atestado y solo quedan un par de mesas libres. En el escenario hay un diván de terciopelo estilo imperio en el que está recostada una mujer oriental, vestida con una bata de seda negra. Tiene las muñecas atadas y, sin embargo, se las arregla para sujetar entre las palmas de las

manos un cuenco de té humeante. La cuerda es roja, como su pintalabios. Al otro extremo del diván, sus pies asoman bajo la bata, colocados uno encima del otro. Lambert se sienta en la mesa de la última fila. Un camarero le sigue y deja una taza de café junto a él. Ella le mira mientras bebe el té caliente y, al sentir sus ojos, Lambert se yergue en su asiento. En el escenario el maestro hace una reverencia y un hombre con traje negro aplaude. Otro le sigue con la mirada a la vez que se atusa el bigote. En una esquina oscura está sentado un tercero que lleva un antifaz en la cara y se oculta entre las sombras.

Lambert enrolla el periódico y bebe un trago de café. Está frío. Mira a su alrededor. Las ventanas que dan a Saint André des Arts están cubiertas con cortinas tupidas y las lámparas de cristal esmaltado iluminan tenuemente las mesas. En el escenario, el maestro recoge una larga madeja de cuerda roja. Pronuncia una orden en japonés y ella se levanta del diván para volverse de espaldas al público. La bata de seda tiene bordado un dragón en hilo de oro. El maestro le desata las manos. Ella se quita la bata. Un murmullo surge entre las mesas. Primero el hombre de bigote, luego el del traje negro; el del antifaz carraspea. Lambert se inclina hacia delante. Ella está desnuda, salvo por un corsé de cuerda roja que rodea su vientre desde la cadera hasta el cuello. La soga cruza su torso y aprisiona sus pechos por arriba y por abajo, se anuda bajo el cuello y lo ciñe con varias vueltas. Por debajo del ombligo, baja hasta su pubis lampiño, donde forma un nudo que se pierde entre sus piernas y se cierra con el corsé. De su cintura cuelga el resto de la cuerda, una cola hecha de cuatro cabos rojos.

El maestro exclama una orden con tono autoritario y ella baja la cabeza y se aproxima a él a pasos pequeños. El maestro le ata los brazos a la espalda; primero las muñecas, luego los codos. Hace un nudo entre las manos y tira del cabo restante haciendo que ella avance a trompicones. Del techo cuelga un gancho. El maestro traba en él las cuerdas del corsé y tira hasta que ella queda de puntillas en el suelo. Sus labios se han convertido en una línea muy fina, pero todavía roja, como la cuerda. Lambert está sentado en el borde de la silla y la tinta del periódico le mancha las manos. Ella mira a su alrededor, fija los ojos en cada uno de los espectadores. Lambert sigue su mirada. El hombre de bigote está sonriendo y se pasa la lengua por los labios. El del traje negro se afloja el nudo de la corbata. Del hombre del antifaz solo se ve su mano que sostiene un cigarro, y el humo. Lambert está sudando. Ella alza la barbilla. Desde el fondo de la sala se escuchan sus gemidos. El maestro toma otra cuerda. Le ata la rodilla con círculos perfectos, lanza el sobrante al aire y lo sujeta a otro gancho. Ella está ahora de puntillas sobre un solo pie. Abre y cierra la boca pero apenas puede moverse. Se muerde los labios hasta hacerse sangre. El maestro toma el último trozo de cuerda que cuelga de sus manos, lo pasa entre sus piernas y entre los dedos del pie que está en el aire. Rodea el tobillo y deja caer el resto del cabo, que roza el suelo. Donde la cuerda se junta con la piel, ésta palpita: en los brazos, el muslo, el cuello, entre sus piernas. Ella tiene los ojos cerrados y no puede evitar una lágrima que se desliza despacio, recorriendo cada centímetro hasta su mejilla, llevándose el maquillaje negro de sus párpados. Sin embargo Lambert ve que sonrío. Nadie lo ve pero ella sonrío, durante apenas un instante. El maestro se aparta con una reverencia. El hombre del bigote aplaude de nuevo y el del traje negro le secunda. El hombre del antifaz exhala una bocanada de humo. Lambert se aprieta las rodillas con las manos.

Los aplausos duran solo unos segundos y después el público vuelve al silencio. El maestro se retira al fondo del escenario, donde apenas hay luz, pero ella permanece en primer plano, mirando a los espectadores de nuevo, uno por uno. Ninguno de ellos parpadea. Las mejillas del hombre del bigote están enrojecidas. El hombre del traje negro, en la mesa de al lado, sonrío. El hombre del antifaz deja caer la ceniza en el suelo. Lambert coge la taza con una mano temblorosa y bebe el último sorbo de café frío. Una gota le resbala por la barbilla hasta caer sobre la camisa. Durante un momento, recorre el tejido paralela a la línea de botones.

El maestro da un paso y se hace visible de nuevo. Hace una reverencia y, sin esperar ninguna respuesta por parte del público, empieza a soltar las cuerdas. Solo le deja las muñecas atadas. Después pronuncia una orden y ella se acerca al hombre del bigote. El maestro hace una seña y el hombre, como si lo hubiera hecho muchas veces, toma el extremo de la cuerda y la desata. Ella cae a sus pies y le acaricia las rodillas con sus dedos delgados. El hombre del bigote le tiende la cuerda al maestro mientras se humedece los labios. Lambert estira el cuello para ver qué sucede pero desde su asiento al final de la sala solo distingue un mechón de pelo negro y un pie desnudo sobre el suelo de

tarima. El maestro da una palmada y ella se levanta. Une las manos a la altura del pecho, hace una reverencia y ambos suben de nuevo al escenario para inclinarse ante el público. Después ella vuelve a ponerse la bata de seda. El maestro recoge las cuerdas del suelo y las enrolla con cuidado. El hombre del antifaz se levanta y abandona la sala. Entra un camarero con delantal blanco hasta los pies y abre las cortinas. Fuera es de noche.

Lambert se queda sentado en su mesa mientras entran otros clientes, se sientan y piden café y vino. En el escenario el maestro termina de recoger las cuerdas y se acerca al camarero. Hablan en voz baja y unos billetes cambian de manos. Ella se recoge el pelo en un moño y lo sujeta con dos agujas de color marfil. En un gramófono, cerca de la barra, la voz dulzona de Édith Piaf empieza a cantar «T'es beau, tu sais». Lambert se levanta de la silla frotándose las manos pegajosas. Ella recoge el cuenco del té del suelo. El hombre del traje negro se le acerca y le hace un gesto para que se siente en su mesa, pero ella le hace una reverencia mientras retrocede a pasos pequeños. Él insiste, eleva el volumen de su voz. Ella pronuncia una negativa con gesto tirante y le da la espalda. Baja del escenario. El hombre del bigote sacude la cabeza, se pone el sombrero y se marcha. Ella camina hacia la mesa de la última fila. Lambert observa las marcas de la cuerda en sus muñecas mientras vuelve a sentarse. Levanta la mano para hacerle una seña al camarero pero ella se la coge y la pone de nuevo sobre la mesa. Recorre el dorso con una uña larga pintada de negro, al principio como una caricia, pero poco a poco va hundiendo la uña en la carne hasta que Lambert se revuelve y aparta la mano. La piel está herida y sangra como los labios de ella, que sonríe.

–Nawa shibari –dice–. Mañana. Ven.

Pone una tarjeta sobre la mesa y la arrastra con un dedo hacia Lambert. Después se marcha. Lambert se limpia la herida con un pañuelo. Lee la tarjeta, que huele a té negro y a jazmín. Llama al camarero y pide un coñac, que se bebe de un trago. Al cabo de un rato, las manos dejan de temblarle.

* * *

Lambert camina por la acera con un ejemplar de *Le Monde* bajo el brazo. Cada pocos metros se detiene bajo una cornisa y saca la tarjeta del bolsillo. Lluvia y los adoquines están resbaladizos. La tarjeta está casi desecha y las letras desvaídas, pero Lambert vuelve a leer la dirección. Mira la placa de la calle y consulta el reloj, aunque la luz es tan escasa que a duras penas puede distinguir los números. De pronto las farolas se encienden. Lambert se sube el cuello de la gabardina y sigue andando. Un giro a la derecha, otro a la izquierda. La puerta de la casa es de madera oscura. Está abierta y da paso a un largo corredor. Lambert lo cruza y sube las escaleras hasta el segundo piso. Llama al timbre. Ella le abre. Lleva puesta una bata de seda roja y tiene el pelo suelto. Está descalza. Su piel no tiene marcas.

Le conduce hasta el salón, donde hay un sofá de piel, una silla de madera y una pequeña mesa con una tetera y tres tazas. Las cuerdas rojas están enrolladas sobre un aparador. Del techo cuelgan media docena de ganchos, bajo los cuales se extiende una alfombra persa de seda. Lambert toma asiento en la silla mientras ella se reclina en el sofá, como en el café. Sobre la piel oscura del asiento sus pies se ven más amarillos.

El maestro entra en el salón. Lleva un traje gris que parece cortado a medida y zapatos negros. Se acerca a Lambert y le dirige una reverencia. Luego extiende la mano y le hace un gesto para que le siga. Lambert se levanta. El maestro le muestra las cuerdas, que tienen el grosor de un dedo y la flexibilidad del cabello. El maestro habla. Ella deja el sofá y se aproxima hasta detenerse sobre la alfombra de seda. Lambert sujeta la cuerda en sus manos mientras ella se quita la bata y la deposita sobre el aparador. Su piel se ve más cetrina y sus labios más pálidos. No levanta la mirada, la dirige hacia el suelo, hacia la alfombra, donde los pies de Lambert parecen el doble de grandes que los de ella. El maestro desenrolla la cuerda que Lambert sostiene. Ella levanta los brazos.

–*Shinju* –dice el maestro.

Entonces el maestro coge las manos de Lambert y poco a poco, con lentitud, va rodeando los pechos de ella. No le permite tocarla, solo sostener la cuerda. Hace un nudo y luego pasa otra cuerda por

encima, debajo de las axilas. El maestro da un paso atrás y le deja solo. Lambert repite el primer nudo y el maestro asiente en silencio. Pone una nueva cuerda en sus manos y le indica cómo pasarla bajo las otras. Lambert reproduce sus gestos sobre la piel de ella. El maestro se acerca y ahora estira con delicadeza, como temiendo hacerle daño. Los pechos de ella van quedando estrangulados, enrojecidos y la piel se tensa. Lambert no puede evitarlo y extiende la mano para tocar un pezón rojo como una cereza.

–*Sakuranbo* –dice el maestro interrumpiéndole.

Toma la siguiente cuerda y rodea la cintura de ella por encima del ombligo. Lambert observa el movimiento pausado de sus manos cetrinas. Cada vuelta recorre la forma de las costillas y, entre vuelta y vuelta, no queda un centímetro de piel visible. El maestro hace un nudo con lentitud, repitiendo cada paso dos veces. Pronuncia una orden y ella abre las piernas. Entonces entrega la cuerda a Lambert, que la desliza entre los muslos delgados rozando la piel caliente con el dorso de la mano. Ella suspira. Lambert ata la cuerda por la espalda con un gran nudo y lo envuelve con la palma de la mano. La espalda de ella se curva cuando retuerce el nudo. Con la siguiente vuelta, la cuerda se clava en la piel y ella empieza a respirar con dificultad. Lambert roza la piel tensa y enrojecida con las yemas de los dedos y deja en ella una marca blanca. Una gota de sudor le resbala por la sien, cae paralela hacia el pómulo. Desciende hasta la comisura de sus labios entreabiertos y se cuela en su boca. Él la recoge con la lengua y traga. Ella abre y cierra las manos. Sus labios tensos se separan y parecen curvarse hacia arriba en un amago de sonrisa que se deshace tan rápido como ha aparecido.

–*Karada*.

El maestro susurra la palabra al oído de Lambert, que se sobresalta y retrocede. Se frota las manos en la camisa mientras toma aire y su vientre se hincha. El pelo lacio se le pega a la frente. El maestro le tiende otra cuerda. Después se acerca a ella y la sujeta por la barbilla con una mano que parece de cuero. Lambert acerca la cuerda a su boca y ella abre los labios. Un hilo de saliva le cae por la comisura y resbala hacia el cuello. Lambert lo recoge con la yema de un dedo. Se miran a los ojos. Ella atrapa la cuerda entre los dientes y aprieta las mandíbulas hasta que los labios se le vuelven blancos. El maestro hace un nudo en forma de lazo a la altura de la nuca. Lambert le quita la cuerda de las manos para enrollarla en las piernas y los tobillos de ella, que gime. El maestro asiente y sonríe. Ella tiene ahora todo el cuerpo aprisionado por cuerdas. Parpadea una y otra vez, rápido, con espasmos.

Lambert mira hacia el aparador, donde queda una última cuerda. La coge y empieza a caminar en círculos alrededor de ella. Cada vez que da un paso fuera de la alfombra de seda, resuena en la habitación el eco de su pisada. Con el siguiente, su huella queda marcada sobre el tejido de colores. Cuando se detiene, los únicos sonidos que se escuchan son su respiración densa y los gemidos de ella. Entonces Lambert le pasa la cuerda bajo el nudo de la nuca y entre los brazos. Sopesa los dos extremos mientras observa los ganchos del techo. Mete los dedos bajo los nudos en la espalda. Quedan aprisionados entre la carne y la soga cuando ella inspira. Cuando espira, Lambert mete más la mano hasta que el sudor de su palma se mezcla con el de ella. La piel está caliente y rugosa por las marcas de la fibra. Los dedos de Lambert palpitan con el pulso acelerado, apretados por la cuerda, hasta que la mano resbala. Lambert coge los cabos sueltos y trata de colgarlos de uno de los ganchos del techo. Falla. Recoge la cuerda del suelo. Vuelve a lanzarla. Con cada intento, a ella se le escapa un sollozo. Cuando la soga pasa por el gancho, Lambert la recoge. Tira con las dos manos a la vez que dobla las rodillas. Ella se eleva del suelo, sujeta por la nuca y la cintura. Aúlla y muerde la cuerda. La orina le resbala por los muslos y gotea sobre la alfombra de seda dejando pequeñas manchas oscuras. Lambert jadea y una vena azul verdoso se le marca en el cuello. Palpita al mismo ritmo que sus tirones mientras la soga le quema la piel.

El gancho en el techo cruje y se desprende. Ella grita y la cuerda resbala de las manos de Lambert. Una lluvia de polvo de escayola se precipita sobre sus ojos, cegándole. Los dos caen al suelo.

Se oye un rumor de gramófono que viene de algún piso cercano. La voz de Édith Piaf cantando «Non, je ne regrette rien» vibra en las paredes. Lambert se incorpora y deja caer la cuerda. El cuerpo de ella está desmadejado sobre la alfombra persa, con el cuello torcido en un gesto imposible. No se mueve. Lambert se aparta e intenta levantarse pero, cuanto más patalea, más se enredan sus piernas

en la soga roja. Se detiene. Una gota de sangre cae de su labio inferior y se precipita sobre la madera. Recorre una veta negra haciendo zigzag hasta ir a parar a la juntura entre dos tablas. Se cuele por el orificio y se pierde. Lambert parpadea. Se levanta apoyándose en las palmas de las manos y desenreda la cuerda de sus tobillos. Le ha dejado marcas por debajo de la ropa. En el suelo, sobre la alfombra, ella tiene los ojos oscuros inyectados en sangre y los labios pálidos entreabiertos. Con el cuello torcido hacia atrás, parece extender un brazo hacia él. Los dedos de su mano casi tocan la punta del zapato de Lambert, que se aparta. Édith Piaf entona «rien de rien» con un trémolo. Lambert mira a su alrededor pero solo ve su gabardina doblada sobre la silla y la mesita del té, ahora vacía. El maestro ha desaparecido.

La lámpara del techo se balancea. Lambert se pasa la mano por la cara y la palma queda manchada de sangre. Camina hacia atrás sin dejar de mirar el cuerpo de ella y las marcas de la cuerda amoratándose sobre su piel. Recorre el pasillo. Abre la puerta. En las escaleras la voz de Édith Piaf resuena como en una sala de conciertos. Lambert baja los escalones de dos en dos. Tropieza y cae contra la pared, pero se levanta como un resorte. Sale. En la calle no se escucha la música. Los adoquines están húmedos. Lambert corre.

* * *

Sobre el Pont des Arts, varias parejas se abrazan, a pocos metros unas de otras. Lambert camina por el centro del puente. Se detiene. El río baja rápido y silencioso. Un joven delgado vestido con traje de pana aprieta a una chica menuda y morena contra la barandilla. Tiene la cara hundida en su escote. Ella vuelve la cabeza hacia Lambert. La pintura roja de sus labios está corrida y mancha su mejilla. La joven enreda los dedos en el pelo de su amante, y entre los mechones rubios deja ver sus uñas pintadas de negro.

Lambert ve a lo lejos las caras iluminadas del Pont Neuf con sus ojos saltones y sus bocas retorcidas. Echa a andar por la orilla del río. Solo se oye el ruido de sus pasos.

Llega hasta la Place Saint-Michel y se deja caer junto a la fuente. Mete la cabeza en el agua. Uno de los dragones de alas curvadas vomita un chorro que le golpea en la nuca una y otra vez. Lambert saca la cabeza y deja que caiga sobre su cara. Tose, traga agua. Se aparta y mientras jadea para recobrar el aliento mira la estatua gris del dragón. El agua sucia que salpica dentro y fuera de la fuente tiene el color del té cargado. En el suelo, las páginas de un ejemplar de Le Monde se revuelven, empapadas. Lambert se levanta y lo recoge. Las manos se le manchan de tinta. Empieza a caminar.

Cuando Lambert entra de nuevo en la casa, el gramófono y Édith Piaf están en silencio. Sube las escaleras. La puerta del apartamento está abierta. No hay luz en el pasillo pero al fondo del corredor se ve el salón iluminado. Lambert avanza hasta detenerse bajo el dintel. Sobre la mesita hay una tetera humeante y dos cuencos. La alfombra persa está extendida con sus flecos perfectamente alineados. Hay un hueco en la escayola del techo. El maestro lleva el mismo traje gris y los mismos zapatos negros. Hace una leve inclinación de cabeza. Lambert observa sus manos oscuras y las venas marcadas en el dorso, que palpitan. Las manos de Lambert tiemblan, lo mismo que sus brazos y su torso empapado. La camisa se le pega al cuerpo y deja entrever la sombra del vello y la curva de las costillas.

El maestro se acerca al aparador y coge un rollo de cuerda. Lambert se quita los zapatos, la camisa y el resto de la ropa. Lo deja todo en el suelo, en un pequeño montón y, encima, el periódico mojado. Desnudo, camina hacia el maestro hasta que sus pies tocan la alfombra de seda. El maestro desenrolla la cuerda y exclama una orden. Lambert extiende los brazos.

© Paula Lapido

La autora:

Paula Lapido (Madrid, España. 1975). Licenciada en C.C. Físicas, trabaja en el mundo informático y toca varios instrumentos musicales. Escribe una columna quincenal en www.sincolumna.com llamada "Escupitajos de erudición" y es la autora de un libro de relatos todavía inédito y de otros proyectos literarios actualmente en curso.

FINAL FELIZ

por Javier Delgado

I

Los últimos golpes contra las rocas fueron muy dolorosos. Sangraba. Sin gafas, apenas reconocía nada a su alrededor, sólo colores fuertes, olores penetrantes, la luminosidad cenital de aquel paraje. Con sus manos sanguinolentas, rebozadas en una capa de polvo terroso, se tocó la cara, restregó sus palmas contra la piel herida de la frente, manchó por completo su cabeza. Estaría irreconocible, acaso monstruoso. Latidos por todo el cuerpo le informaban de que todo él se había hinchado. Pasó un tiempo sintiendo cómo aumentaba la hinchazón en todos sus miembros. El tacto era ya una quimera: su piel recibía extrañas señales de la realidad. Estaba todo tan desenfocado en sus ojos como a lo largo de todo su cuerpo. Incluso el dolor, los dolores, estaban desenfocados, irreconocibles, sólo lejanamente parecidos a los que había conocido en su vida. Era ya incapaz de calcular el tiempo que llevaba dedicado a esta investigación psicósomática. Todo él había sido siempre absolutamente psicósomático: primero con la clásica *pe* inicial, después con esa ridícula *ese* moderna que, en cualquier caso, no parecía variar mucho el sentido de su mal, de sus males. De niño ya le decían que todo era cosa de nervios. Hacía muchos años que supo que, en realidad, la vida entera de un ser vivo era cosa de nervios, así que aquella afirmación le pareció tan insidiosa y mendaz de niño como de adulto. En cualquier caso, prefería que lo suyo fuese psicósomático, con la *p* de los griegos.

Algo en movimiento hizo sombra junto a él. Le pareció que le hablaba una voz ronca, desgarrada, irritante, molestísima. Aun en su estado podía haber cosas que hicieran su sensibilidad, como esa voz. No entendía nada. Como si junto a su cara hiciera ruido un motor averiado. Y ese motor olía espantosamente. Un poco más de aquel aliento y vomitó. Vomitar multiplicó inconmensurablemente su sensación total de dolor. Y aquella voz y aquella presencia y aquel hedor seguían junto a él. Entonces recordó su plan. Y sobreponiéndose a todo musitó:

—¿Me deja que se la chupe?

«Más que grito aquello fue un graznido, seguido de una carcajada rasposa haciéndose paso entre un montón de mucosidad apelmazada. La sombra de aquel ser, al parecer humano, se movía frente a sus ojos, pegada a esa misma tierra que los cegaba y de la que recibía frescor.»

Se hizo un silencio casi total. Pájaros o alimañas o movimiento de raíces o agua burbujeante entraban en su cerebro por sus oídos, como un alambre, removían allí dentro y lo destrozaban todo. De aquel casi silencio surgió de nuevo el ruido del motor, el hedor de aquel aliento. Le estaban preguntando algo. Era una pregunta o una exclamación. No ver los signos de puntuación tiene eso: que muchas veces dudas si quieren saber algo, te insultan o te riñen. En este caso parecía que ambas tres cosas a la vez. Hizo acopio de valor, si eso era valor, y repitió:

—¿Me deja que se la chupe?

Más que grito aquello fue un graznido, seguido de una carcajada rasposa haciéndose paso entre un montón de mucosidad apelmazada. La sombra de aquel ser, al parecer humano, se movía frente a sus ojos, pegada a esa misma tierra que los cegaba y de la que recibía frescor. Cuando cayó allí abajo era mediodía, de eso estaba seguro. Así que habían pasado suficientes horas como para que esa tierra calcinada se enfriase. ¿O era él mismo quien emitía el frío? No. Era un frío con sabor a tierra y a roca y a plantas silvestres. No era un frío suyo sino de la tierra. Comenzaba el anochecer.

De repente, entendió algo de lo que le decían. Algo así como:

—¡Animal! ¿Eso quieres? ¿Eso quieres? ¡Y tal como estás! ¡Animal más que animal!

Había más jocosidad que otra cosa, le pareció, en el tono. Así que a lo mejor era posible... La voz siguió, ahora girando a su alrededor. No sentía sus pasos, ni el movimiento de su cuerpo, sólo el

movimiento de su voz. Se le cerraban los ojos y deseaba dormir. Tiritaba. La sangre, su sangre, le empapaba viscosa y fría. No tenía mucho tiempo. Insistió, cambiando la persona del verbo: un acercamiento acaso necesario.

—¿Me dejas que te la chupe?

—¡Animal! ¡Mira que eres animal!

Pero unas manos enormes, duras y rasposas cogían su cabeza mientras algo se le acercaba como titubeando, a trompicones, a los ojos, a la nariz, a la mejilla izquierda, por fin a la boca. Era un miembro viril, un pene, un carajo, una polla. Y estaba entre sus labios, cálida y suave. Parecía mentira que aquella polla tan apetecible perteneciese al mismo hombre cuya voy y cuyo aliento espantaban. Su polla no. Rezumaba una humedad perfumada en la que se distrajo un rato, besando lentamente un glande desnudo, un capullo abierto a la noche. Luego lo atrajo hacia su lengua con sus labios ardientes. Dentro de su boca, entre la lengua y el paladar, aquello era un bocado exquisito, cuyo deleite hizo que sus entrañas temblaran en la más absoluta intimidad de su ser. Cuando quiso darse cuenta tenía la garganta llenándose de semen, que tragó con voracidad. Ese licor caliente le infundía vida. Lloró de placer y de agradecimiento. En medio de un dolor terrible y de una confusión casi total, beber esa mamada resultaba lo más parecido a recibir analgésicos, medicinas, limpieza, cuidados, una cama, sábanas suavísimas y almohada en la que reposar una cabeza que amenazaba con ocupar, en su hinchazón, todo el espacio, todo, machacando contra los confines del universo todo lo creado, animal, vegetal o mineral, ciudades, utensilios, vehículos, personas de toda raza y condición, incluida la persona a la que perteneciera la polla que aún mantenía, ya relajada y tierna, dentro de su boca. Nunca había sido tan feliz. Al menos no con esa felicidad que contrastaba radicalmente con el dolor y la desesperación que se apoderaban de su cuerpo y de su espíritu.

«Pero unas manos enormes, duras y rasposas cogían su cabeza mientras algo se le acercaba como titubeando, a trompicones, a los ojos, a la nariz, a la mejilla izquierda, por fin a la boca. Era un miembro viril, un pene, un carajo, una polla.»

—¡Lo que hay que hacer!, escuchó entre tinieblas.

Despertó, si eso fue despertar, sobre unas pajas pringosas, bajo una manta cuartelera. Tiritaba febril. ¡Ah, lo inevitablemente psicósomático!

Una luz amarilla, mortecina, hacía una penumbra casi inescrutable. Cerró los ojos. Si durmió, volvió a despertar, y esta vez con aquella bebida pastosa que le extasiaba bajándole por la garganta. Lamió sus propios labios. Seguramente volvió a quedarse dormido. No

sabía ya cuántas veces había despertado para gustar de aquel elixir. Agua y semen fue su dieta durante algunos días. Después se incorporó a ella un poco, muy poco de pan. Cada mañana el borracho aquel empujaba su cuerpo hacia un lado y cambiaba la paja y añadía hojas de periódicos. El hombre también se ocupaba de limpiar su cuerpo de sangre, suciedad y excrementos. Percibía, en sus bruscos pero exactos movimientos, algo parecido a la compasión. Y en él mismo sintió crecer la confianza: agua, pan, semen, confianza y descanso fueron proporcionándole un revivir que nunca se hubiese atrevido a esperar.

Su intento de suicidio, pues, había fallado. Vivía. En condiciones indudablemente extrañas, pero vivía. No había conseguido su propósito, y eso a ratos le mortificaba. En el interior de su interior, el deseo de la muerte no se había extinguido.

—¿Pero no estás mejor vivo, pedazo de animal? ¡La única forma de estar es estar vivo! ¡Morir! ¡A qué viene eso! ¿No te hubieras perdido alguna cosa interesante?

Al decir esto último su tono cambió y también su expresión, que se hizo francamente amistosa y pícaro.

—¡Pedazo de animal!

Aquellas dos palabras, saliendo de entre sus barbas sucias apestosas a mal vino, sonaban agradables y cariñosas. Sus ojos chispeaban, sus manos temblorosas adquirían vida propia y expresaban a su manera otros mensajes para otra conversación acaso venidera, o tal vez imposible. Su enormidad física no podía evitar que pareciese a menudo mucho más pequeño. Eso se debía seguramente a su

forma de andar y, en general, de moverse y, sobre todo, a su gesticulación. En plena perorata parecía incluso rejuvenecer. ¿O no era tan mayor como parecía cuando estaba callado y quieto, cuando se alejaba o quedaba dormido? Ni él ni el otro se habían dicho sus nombres respectivos. Él, para sus adentros había bautizado al bruto Robinsón. Y a sí mismo se había dado el nombre de Viernes. Eso le divertía. ¿Quién era el más náufrago allí, el más civilizado, el más ingenioso? Y en definitiva, ¿quién tomaba en sus manos el destino de ambos?

Pasaron varios días entre cuidados diversos. Su caída por el barranco había sido una enormidad. Mantuvo fija en su mente una ilusión. Eso también le curaba. En cuanto pudo moverse con alguna soltura, se lo pidió:

—¿Me podrías dar por el culo?

Robinsón le miró sopesando su propuesta. Decididamente aquel suicida estaba obsesionado con el sexo. ¿Qué coño había sido su vida? Estuvo a punto de sacarle a tortazos de su covacha y hacerle alejarse de allí para siempre. Un escalofrío de placer, sin embargo, le advirtió de lo equivocada que sería esa medida. ¡Le daría por el culo todo lo que quisiera! ¡Vaya que sí! ¡Sí señor! ¿Fue ya en ese mismo momento cuando se le ocurrió la idea? Ni él mismo hubiera sabido decirlo. Pero lo cierto fue que mientras empalaba en su miembro a aquella especie de pelele desmadejado sí estaba pensando en su plan.

Viernes recibió la primera embestida con una mezcla explosiva de placer y dolor. Una felicísima sensación de tal intensidad que perdió el conocimiento y se desmayó. Cuando volvió en sí, pesaroso de haberse perdido el resto de la historia, preguntó:

—¿Puedes hacerlo otra vez?

Deseaba sentir la segunda parte: deseaba con todas sus fuerzas recibir el fiero calor del movimiento y el húmedo calor de la eyaculación.

—¡No hay inconveniente!, respondió entre risas Robinsón. Se había dado cuenta del desmayo del otro y creía entender su nueva petición.

Ahora sí que vivía Viernes la ilusión de su vida: la certeza física de recibir un cuerpo en el suyo, la entrada y entrega de otro cuerpo en su interior. El placer de mamarla era un placer aproximado a este otro, con diferencia muchísimo mejor. ¡Tenía dentro de sí a otro cuerpo! ¡Alguien admitía entrar en él, confiar una parte de su cuerpo al interior invisible del suyo! ¡Y no era una parte cualquiera! No, especialmente, tratándose de la de Robinsón.

«Robinsón le miró sopesando su propuesta. Decididamente aquel suicida estaba obsesionado con el sexo. ¿Qué coño había sido su vida? Estuvo a punto de sacarle a tortazos de su covacha y hacerle alejarse de allí para siempre. Un escalofrío de placer, sin embargo, le advirtió de lo equivocada que sería esa medida.»

Pocos días después supo de los planes del bruto. Se enteró de sopetón y apenas le costó un instante rechazar la escasa negativa que aquello provocaba en su interior.

El primer día fueron cinco los que le dieron sus pollas a mamar y después se las metieron por el culo. Su estado, poco a poco, se elevó hasta el éxtasis físico y espiritual. ¡Lloraba y reía de felicidad!

Robinsón cobraba por sus servicios a una clientela enfebrecida y ruidosa que comenzaba temprano a presentarse a la puerta. El bruto, que por aquel gesto ya no se lo pareció tanto, puso un horario para su explotación. Al menos era calculador: demasiada tarea podía acabar demasiado pronto con el negocio. Un negocio del que realmente se beneficiaban ambos, no sólo porque cada uno recibía lo que deseaba: uno el dinero y otro el placer, sino porque Robinsón invertía buena parte de las ganancias en mejoras de la chabola y en comodidades para los dos: ropa, comida, tabaco y mejor alcohol. No, no era propiamente un energúmeno aquel bruto. A partir de entonces sus respectivas personalidades comenzaron a resultar más que interesantes a los dos. Uno y otro se espiaban. Uno y otro dejaban caer preguntas. Interesados el uno en el otro, sus vidas cambiaron. A partir de entonces no eran sólo portadores de un pasado. El futuro de cada uno de ellos les preocupaba también a los dos.

II

A Viernes, al principio, le resultaba incómodo y difícil dar noticias de su vida. No tanto por el oyente sino por él mismo: no quería escucharse narrar nada sobre él, no deseaba en absoluto verse-las con sus recuerdos. Su pasado le había llevado al suicidio. No estaba por revivirlo, ni aunque fuese por la palabra, otra vez. Por su parte, Robinsón veía en su propia tendencia a la confesión biográfica una tentación a rechazar. Ambos, sin embargo, escuchaban una semejante voz interior: ¿por qué no aprovechar para desahogar de una vez por todas las penas de su corazón? Urgido por la necesidad que le crecía de dar carpetazo al asunto, que le angustiaba y le parecía que estaba creando un mal ambiente, interponiéndose entre ambos, Viernes, con tono académico:

—Propongo que no nos contemos nada de nuestras vidas. Mejor hablamos de lo que hubiéramos querido hacer con ellas. O historias que pudieron sucedernos, o sencillamente suceder. Cosas de un pasado y de un futuro inventados. ¿No te parece mejor?

A Viernes le sorprendió la facilidad con la que Robinsón comprendió su propuesta y la rapidez con la que aceptó. Este bruto no es tan bruto, pensó. Robinsón, por su parte, no daba crédito a sus oídos: ¡era lo que siempre había deseado y procurado hacer! ¡Y ahora venía ese pedazo de idiota vicioso y sentimental y se lo planteaba sin más ni más!

—Abuelo, pensó. Abuelo, estás perdiendo reflejos. ¡Esa propuesta la tenía que haber hecho yo! Pero se animó previendo una experiencia divertida.

A partir de aquellos días del inicio de sus charlas su relación experimentó notables cambios, en general positivos. Su grado de intimidad había subido hasta límites difíciles de sobrellevar entre dos personas, porque a la intimidad con la que compartían el presente en aquella casucha se sumaba el compartir esos momentos especialmente significativos de su imaginación.

Así lo hicieron desde entonces, con toda naturalidad. En su mutuo espiarse, más de una vez se vieron el uno al otro escuchando alguna de esas historias sumidos en un gesto de intenso dolor. Eso les producía una extraña emoción que procuraban ocultar como hacían con todo.

A partir de aquellos días del inicio de sus charlas su relación experimentó notables cambios, en general positivos. Su grado de intimidad había subido hasta límites difíciles de sobrellevar entre dos personas, porque a la intimidad con la que compartían el presente en aquella casucha se sumaba el compartir

esos momentos especialmente significativos de su imaginación. Y este segundo compartir influía cada vez más en el primero: el pasado de sus vidas estaba de nuevo ahí en medio, con todo su peso, pero no exhibido a la mirada de nadie. En ambos casos habían deseado romper radicalmente con él, ocultárselo incluso a ellos mismos, sepultarlos en un silencio semejante al olvido ya que olvidar propiamente no lo habían podido conseguir. Contarse aquellas historias resolvía en parte el problema. ¿O no?

Se lanzaron a la aventura sin reparar en sus consecuencias. Cedieron a su necesidad de comunicación y esa necesidad contrastaba frontalmente con su necesidad de silencio y olvido. Desearon la máxima confianza mutua y no vieron hasta qué punto había crecido en ellos a lo largo de sus vidas una desconfianza radical. Hasta hacía muy poco el plan de Viernes había sido acabar con todo suicidándose, y el plan de Robinsón acabar con todos viviendo totalmente aislado. ¿Qué sueños de felicidad obnubilaron sus mentes y les pusieron uno frente a otro como hermanos del alma, dispuestos a la vida, a la vida en compañía y a la confesión de sus más ocultos deseos y temores secretos? Habían llegado, cada uno de ellos, a conclusiones correctas sobre el sentido de sus acciones. ¿Qué desmoronó sus edificaciones, defensas y murallas? ¿Fue el amor? Y si no, ¿qué otra fuerza pudo ser tan fuerte como para transformar por completo su existencia? No queda más remedio que observar los hechos que sucedieron a partir de entonces para poder llegar a alguna conclusión.

Hasta ahora lo único que podemos sacar en claro es que nada era igual en sus vidas desde que la casualidad quiso que se encontraran y algo (aún no sabemos qué, si es que lo podemos llegar a saber algún día) hizo que aquel hombre solitario y embrutecido accediera a los ruegos de aquel frágil moribundo cuyo único deseo inmediatamente anterior había sido acabar rápidamente con su vida.

Mamarla, dar por el culo, dejársela chupar, abrir el culo a una polla, ¿pueden suponer tanto en la vida de dos hombres que rondan la cincuentena?

Un día, en pleno éxtasis, el suicida exclamó con una conmovedora voz:

–¡Robinsón!

El otro, al escucharle aquel nombre, ralentizó sus empujes y le preguntó:

–¡Quién es ese Robinsón! Su tono le sorprendió a él mismo: ¡había celos y desconfianza en su voz!

–Robinsón eres tú. Eres tú. Mi Robinsón, mi amor...

–¡Y tú serás mi Viernes! ¡No me jodas! Y estallando en carcajadas hundió repetida y contundentemente su miembro en el agujero de su amigo. ¡Nunca se había corrido tan alegremente!

Viernes también reía, pero quedamente. Su felicidad corporal y la risa del otro le hacía sentirse como enamorado, o mejor dicho enamorada, porque fue como enamorada como se sintió. Con los ojos cerrados se vio a sí mismo en femenino. No se trataba de la apariencia física, ni siquiera de su identidad. La generosa leche de su amante iluminaba en sus entrañas recovecos del alma que nunca presintió. El bruto, al eyacular como una fiera, cayó sobre aquel cuerpo pequeño y suave. Lo abrazó cuidadosamente, lo apretó contra el suyo y lo meció murmurando gravemente una canción. Había algo de maternal en su gesto, y lo supo. Y se sintió bien.

–Mi Viernes...

–Mi Robinsón...

«El bruto, al eyacular como una fiera, cayó sobre aquel cuerpo pequeño y suave. Lo abrazó cuidadosamente, lo apretó contra el suyo y lo meció murmurando gravemente una canción. Había algo de maternal en su gesto, y lo supo. Y se sintió bien»

Cuando sobrevinieran las primeras crisis siempre podrían recurrir a la escena de aquel día. Recordarla les infundiría serenidad, confianza y amor.

III

–Vamos a reducir el número de visitas. Dos o tres al día serán suficientes. Y si quieren más, ¡que paguen más! ¡Vamos a desplumarles! ¡Atajo de tarados! Y luego... Luego ya veremos. Robinsón pensó que estaba hablando más de la cuenta.

–¿Quieres decir que nos iremos de aquí?

Pero ya se había cerrado ese grifo de Robinsón. Bebió un gran vaso de vino, paso sus manos por su hirsuta barba empapada. Tomó aliento y volvió a lo de sus locuras. Mientras le escuchaba, Viernes no dejaba de pensar en la sutileza mental de aquel aparente bruto, en su viva inteligencia y en su escurridiza identidad. ¿Quién era su Robinsón?

Éste, percibiendo los pensamientos de Viernes, se lanzó a una narración sobre sus locuras en la que mezclaba verdades, mentiras, fantasías e historias ajenas con una facilidad que le hacía sentirse francamente astuto. ¿Por qué aquel idiota lujurioso y sentimental no le había bautizado Ulises? Pero se acordó de Polifemo y se entristeció. Las historias se podían vivir y contar de tantas maneras... Cualquiera sabía cómo se veía a sí mismo ese Viernes preguntón. Lo cierto es que hubiera sido más esperable que le hubiera bautizado a él con ese nombre y se hubiera reservado para sí mismo el de Robinsón. Puestos a ello, él se sentía más Viernes, pero sin embargo...

Para quitar tensión, Robinsón propuso un primer juego:

–¿Qué haríamos si los yanquis invadieran nuestro país?

–Organizaría un grupo guerrillero, por supuesto al margen de cualquier organización establecida. Nosotros iríamos por nuestro lado, matando yanquis.

–Pues yo me pondría inmediatamente a las órdenes del ejército de ocupación.

–¡No! ¡Es broma!

–¡En serio! Para qué andarse con tontadas. ¡Desde el principio, con el seguro vencedor!

–¡Colaboracionista!

–¡Por supuesto! ¡A qué me voy a jugar el pellejo por los cafres de este maldito país! La invasión, su triunfo, traería cambios sociales y culturales importantes. ¡Lo que necesitamos hace algunos siglos!

–Para eso no había que haber luchado contra Napoleón.

–¡Otra equivocación muy propia! Te traen la civilización y te pones a dar cristazos y navajazos... Pero hombre, señores, ¡aprovechen la ocasión!

–Yo para lo que aprovecharía la ocasión sería para cargarme a los caciques locales. Entre col y col, lechuga. Y eso educaría al pueblo: sabrían que al perro del hortelano también hay que darle matarile.

–Como tú quieras. A mí eso también me convendría. ¡Menos competencia, más puestos libres para yo y los míos!

–¿Tú tendrías los tuyos? No me imaginaba...

–Es una forma de hablar. Me refiero a la gente sensata que aspiráramos al reparto de poder.

–¡Pero sería un poder extranjero, invasor!

«Éste, percibiendo los pensamientos de Viernes, se lanzó a una narración sobre sus locuras en la que mezclaba verdades, mentiras, fantasías e historias ajenas con una facilidad que le hacía sentirse francamente astuto. ¿Por qué aquel idiota lujurioso y sentimental no le había bautizado Ulises? Pero se acordó de Polifemo y se entristeció. Las historias se podían vivir y contar de tantas maneras...»

–¡Precisamente! ¡Mejor que mejor! ¿Para qué quiero que me mande un cafre nacional. Para eso es mejor contar con cafres de más altos vuelos, con más experiencia, más poder...

–Yo tendría que luchar también contra ti, en ese caso.

–¡Pues claro! Y eso le daría más gracia e interés al asunto. Porque cuando los yanquis ganaran y yo mandara con ellos te buscaría para nombrarte jefe de la guerrilla antiyanqui. ¡Y nos divertiríamos muchísimo más! Yo pasándote informes secretos. Tú obteniendo gloriosas victorias. ¡Ah! Va a ser

una nueva vida muy estimulante.

–Se trataba de un futurible. ¿Sabes lo que es un futurible, Robinsón?

–Querido Viernes. Hace tiempo que yo mismo no soy sino un futurible, al margen de las reglas del espacio y del tiempo. Y además un futurible sostenible. ¡Creerás que soy un memo!

–Perdón. Perdón. Vas de rudo hombre de las nieves y así nunca sabe uno a qué atenerse.

–¡Eh, eh, eh! ¡Cuidadito, muchacho! Quedamos en que no hablaríamos en serio de nosotros.

Y así siguieron durante algún tiempo durante el que creyeron ser felices. Poco a poco se dieron cuenta de que una vez iniciado el diálogo entre ellos sería mucho más difícil la convivencia. Desesperado, un día Viernes decidió que aquello se le hacía insufrible y marchó hacia un barranco, ilusionado con la idea de matarse de un salto. Y si no lo conseguía, quizás encontrase a otro tío que se la dejara chupar sin más...

© Javier Delgado

El autor:

Javier Delgado (Zaragoza, España. 1953) Bibliotecario, escritor e investigador de Arte. Ha publicado los libros de poesía *Zaragoza Marina* (1982 y 2005) y *El peso del humo* (1987), así como las obras de narrativa *Érase una vez una niña* (1988), *María* (1992), *Memoria vencida* (1992) y tetralogía *Regalo a los amigos: I. Cada vez infancia* (1996) y *II. Jardines infinitos* (2000).

ERÓTICA IV

por Fernando Sánchez Calvo

Anduve acostándome con ella sólo los días que libraba. Durante un tiempo. No demasiado ni tampoco muy distante a esta fecha. Sólo los días en los que no estaba de servicio porque, cada vez que me besaba, cada vez que la succión llamaba al labio, era desaparecer el riego sanguíneo y agrietarse mis comisuras para después, con leve e incisiva progresión, hacer de lo rosa morado, de lo morado malva, de lo malva anemia. Es por eso que la veía de semana en semana, hasta que recuperaba el nivel recomendado de hematíes por parcela corporal o hasta que consolidaba un tiro con la escopeta de papá en mamá. Nunca fui a hacer daño, simplemente dirigía el cañón hacia el brazo, hacia cualquiera de las dos piernas de las que mi madre ya no se servía. Después, y aprovechando el calor del disparo, yo mismo restregaba la herida por mi boca, mis pómulos, aunque sólo fuera para disimular el tono céreo de los maniqués que iba adquiriendo el mentón con el paso de las citas. Pocas veces se me olvidaba pedir perdón a mamá y creo que nunca caí en el descuido de dejarme la bala incrustada en su muslo.

–Hijo mío, si yo encantada te ayudo, pero de nada te sirve llevar la sangre por fuera. Eso siempre va por dentro.

–¿Y qué quieres? Para una vez a la semana que la veo, tendré que ir presentable.

–Dile que no sea sí.

–¿Y qué quieres si es de ese modo?

–Pues que a ver si puede tener otras maneras, que el amor puede ser muy bonito si dos quieren.

Pero era mi obligación disimular delante de aquella mujer que esa misma mujer estaba acabando conmigo, aunque en el momento de la cita la sangre de mamá ya estuviese reseca y aquello no parecieran más que brotes de tempera ocre adheridos a mi cara. Aunque aquello careciera de lógica.

Pero era volver a aquella casa y quitarse uno la gorra, la placa, el uniforme, para esperar. Sin preámbulos y desde el mismo momento en el que uno solicitaba el portero automático, ella ya dejaba la puerta de entrada abierta. Ya la iba intuyendo, no había ascensor en el bloque y sí muchas escaleras y, sin embargo, ya desde el primer piso la iba intuyendo, ya sabía que ella estaba sentada donde se había sentado en otras ocasiones. Llegaba cansado y, no obstante, no era eso lo que más me aturdí, sino el entrar en aquella casa, penetrar en aquel salón y yo mismo, por imperativo categórico, quitarme la gorra, la placa, el uniforme. Era entonces (o un segundo antes) cuando ella se levantaba y, sin dar pábulo a la seducción, aplastaba con su lengua mis labios y se abría paso entre mis dientes. Si ofrecía resistencia, siempre perdía algún que otro incisivo en la lucha, las encías adquirían la presión de los neumáticos. Me dijo esa vez mientras frisaban sus dedos, riendo, mi rostro:

–Aprovecha más a tu madre. Es ridículo que la desperdicies de este modo. Este maquillaje está bien para un niño pero, ¿para ti?

Después terminaba de reventarme los dientes y su lengua, en mi boca, su lengua, en mi boca, pasaba como un tren eléctrico, como un consolador de dos metros, como Bin Laden por Estados Unidos. Las muelas, el paladar, restos de otras mujeres, la sombra de las cuerdas vocales, los sublinguales menores, el músculo masetero, cada pared lateral y sus llagas, cada nervio que ataba mi lengua al suelo: todo acababa arrasado. En la tregua, escasas gotas de sangre pendían de la úvula, el esmalte de los dientes languidecía entre las papilas gustativas. En la tregua, ella misma se concedía un descanso mínimo y, al instante, forzaba mi maltrecha boca con los dedos hasta estirarla lo suficiente con el fin de introducir sus propios labios en mí y, mediante el arte de la succión, limpiar todo aquello que había destrozado con anterioridad. Me prometí varias veces no repetir la experiencia

pero, si existía el amor, era eso, así que yo, irremediable, volvía a casa medio desmayado, medio enamorado, para acabar consolidando otro disparo o pasando el cuchillo por mi madre y maquillar de nuevo, de ese modo, este rostro cada día más albo.

Por su parte mi mamá, afligida y consternada (me consta que no por ella sino por la identidad de su hijo), seguía sin aprobar dicha relación:

–Hijo mío. Ven: siéntate. Esa niña no te conviene.

–¿Y qué quieres que haga yo, mamá?

–Si ya lo sé, hijo mío, si no debe de ser mala, pero un poco posesiva sí. Yo creo que, cuanto antes te la quites de en medio, mejor.

–Vale, mamá, estupendo. ¿Y qué hago?

–Las balas que me sueles reservar, guárdatelas para ella.

–NO estarás diciendo, mamá...

–Sí, hijo. Mátala, anda: mátala.

Acaté a decisión. Aunque no estuviera de servicio, solía acudir a su casa de uniforme sólo porque ella así me lo pedía. Aquella noche me compuse simplemente de unos pantalones vaqueros y una camisa. Llamé al portero (ella ya me estaba esperando antes de solicitarla). Había estado preparando el día previo con el único de mis amigos que había acabado sus estudios universitarios ciertas referencias culturales que me pudieran ayudar a dar por concluida, con buena educación, aquella pesadilla. Subía las escaleras, penetré en su casa, aprehendí su salón y, con los ojos cerrados, invocando a mi memoria, le dije:

–No habrá más Salomé atormentada que cercene a Juan Bautista.

Rectifiqué:

–NO habrá más Holofernes ajusticiados por Judith.

Mejoré la comparación:

–Se acabó la niña Chole, azote de veranos y marqueses.

Creo que no entendió lo profundo del mensaje. Yo tampoco, de modo que solventé mis dudas, como siempre, recurriendo a poner por imagen a mamá

Sí hijo

Mátala

andamátala

y a continuación le hice saber:

–Voy a acabar contigo. Me lo ha pedido mi madre y creo que tiene razón. Lo siento.

La tiré por la terraza. NO, mejor: la maté a piropos. No, no es creíble. Mejor es que murió dentro de la nevera, hallada por mis compañeros dos días después de mi estancia. Tampoco es buena. Murió de pena y soledad porque nadie la visitaba. Murió de amor. Murió ahorcada, violada por dos intrusos cuyos motivos para la entrada en su piso aún se desconocen, murió tras dos años de larga enfermedad, murió crucificada en la pared. Murió reventada a disparos.

Llegué a mi casa. Se me pidió acercarme y sentarme entre sus piernas, paralizadas, sus piernas. Se me preguntó si lo había hecho y yo contesté que sí, que ya estaba, tal como se quería, y que a partir de ahora ya no sufriría más por ella y, por extensión, ya no sufrirías más tú mamá, ya no sufrirás tampoco tú, mamá, porque ya la he matado, porque hice lo que me pediste, y eso que ahora no siento nada, mamá, estoy bien, no es tan raro matar a alguien pero sí extraño, mamá, si supieras, si lo hubieras visto: la sangre por las paredes, por el sofá, lamiendo la alfombra, penetrando en los ceniceros, decorando la salida del DVD. Si lo hubieras visto, mamá, se me durmió la sangre en la camisa mientras en su cuerpo no paraba de bullir la sangre. Si lo hubieras visto.

–NO llores, hijo mío.

–Mamá.

–NO llores. Ya ha pasado todo. NO llores. Ya ha pasado todo. Daniel, mírame.

–La he matado, mamá, la he matado.

–No llores, mírame.

Y esbozando una sonrisa en su rostro, sin aquel impulso pero con la misma persistencia, se abrió paso entre mis dientes, las encías adquirieron la presión de un neumático y su lengua pasó por mi boca como un tren eléctrico, como un grupo de antidisturbios, mientras yo me abandonaba, desistía, ya cansado de sufrir ya, cansado de luchar.

© Fernando Sánchez Calvo

El autor:

Fernando Sánchez Calvo (Madrid, 1981). Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado el libro de relatos *Muertes de andar por casa* (El Gaviero, 2007).

* * *

Relato

DESPUÉS DE UN CUENTO DE BORIS VIAN

por Pepe Cervera

Me llamo Lisette Cachou y vivo con Denis, un morenazo vistoso de ojos rufos, en un piso alto que da sobre una de las tantas callejas inmediatas a la Place du Tertre. Hasta hace un par de semanas trabajaba en el restaurante Groneil, en Ville-d'Avray, un pueblecito de la región de Picardie. A Denis le desagradaba mi oficio de camarera. Todo el día rodeada por tantos hombres alimenta los malos pensamientos; propicia, como afirma Denis, citando a François Mauriac, los conflictos entre la carne y el espíritu. Ya ya. Cuentos chinos. No tengo el gusto de conocer a ese tal Mauriac, ni quiero. Y la verdad, creo que con todo ese rollo que se gastaba, Denis no tenía otra obsesión que alejarme de Etienne Pample, más conocido como el Mago del Siam¹, cliente asiduo del restaurante y con quien no hace mucho tiempo tuve... ¿cómo lo diría? ejem ejem... No es que una sea un pendón, ojo, pero tampoco está la cosa como para ir desaprovechando ocasiones. A ver. Lo que se tengan que comer los gusanos que lo disfruten los humanos. (*guiñando un ojo*) De vez en cuando no está nada mal darle gusto al cuerpo. Una tiene su vida y su forma particular de vivirla. Y eso Denis no lo entiende. Por mucho que se lo explique no le entra en la cabeza. No hay forma, oye. Tuvimos

¹ No se trata del país asiático, sino de determinada modalidad del juego de bolos.

nuestros más y nuestros menos al respecto, hasta que una noche de plenilunio, paseando por el bosque de las Supuestas Quietudes, me deje convencer para abandonarlo todo y venirmos a París. (con resignación, un poco falsa, si se quiere) ¡Ay! Denis es muy celoso. Me quiere sólo para él. Es muy ardiente también. Esta noche, sin ir más lejos, me lo ha hecho tres veces seguidas antes de quedarse dormido. Y ayer otras tres. Y el otro. Y el de más allá. (con un agobio fingido, casi, más bien, con vanidad) ¡Pufff! No para. Ya lo hemos hecho en todos los rincones del apartamento, en todas las posturas, por todos los rincones de mi cuerpo. Tengo el sexo ardiendo y el culo roto. Mi lengua es un estropajo. Ya no puedo más. No sé ni la hora que es ni el día en que vivo. No me da tregua. En cuanto me descuido ¡hala! Y a mi me pierde, la verdad. Sin embargo soy de las que piensa que hay tiempo para todo y un momento para cada cosa. No hace falta estar ahí todo el santo día, dale que te pego. No es preciso demostrar nada, que parece que estemos compitiendo. Pero él ni caso, apenas me muevo que abre los ojos. Como ahora, por ejemplo. Ni siquiera he llegado a encender la luz y ya se ha incorporado. Me mira. Huele algo en el aire: Flujo, semen seco, sudor. Y su miembro vuelve a ponerse tieso. (suspirando) Ahhh. Otra vez. Rígido y descomunal. Parece estar orgulloso de esa bestia desproporcionada. (otro suspiro, lujurioso esta vez) Ahhh. Mi mirada no consigue evitarlo. Observo cautivada el color amaratado de su carne. Toda esa carne... (saboreando, con la boca hecha agua) mmm... Viene hacia mí con torpeza, como si resultara agotador arrastrar ese exceso de lastre. Se encarama sobre mi cuerpo, se sienta a horcajadas, encima de mi pecho, y rápidamente se lo cojo entre mis manos. Siento un temblor, una brusca palpitación en ese miembro que se amotina entre mis dedos. Luego, muy despacio, desciende hasta poner su cabeza entre mis muslos. Noto sus labios, la calidez de su aliento, sus lengüetazos. Contengo mi respiración y un brusco escalofrío sacude mi cuerpo. Entonces me abro y le pido que me tome. Lo exijo. Ahora. ¡Tómame! ¡¿A qué esperas?! Y creo volverme loca cuando me penetra muy despacio, tanteando hasta donde puede llegar sin lastimarme. Me abrazo muy fuerte a su pecho. Me abro más, mucho más. Me abro toda y él embiste con fuerza y me llega hasta la garganta. Pienso que esta vez no soy capaz de soportarlo, que me falta el aire. Es doloroso, no digo que no, pero aun así me niego a soltarlo. Muy pronto comienzo a sentir los primeros síntomas de un desvanecimiento y me cojo más fuerte a su cintura. Mis manos se agarran con la misma desesperación con que un naufrago se afianza a una tabla. Es como un hierro al rojo lo que me hurga las entrañas. El dolor es inmenso. ¿Y el grito? El grito parece el mugido de un toro herido con el descabello. Me sorprende, ese grito. Todavía tardo unos segundos en advertir que ese bramido agónico me pertenece. Y gimo. (gimiendo) Ahh. Al principio igual que un cachorro abandonado y enseguida como un lobo aullando a la manada una noche con luna llena. Resoplo y me detengo. Para Denis... para, para, por favor. Toso. Mi cuerpo se relaja, se viene al fondo como un peso muerto. Vuelvo a toser, ya satisfecha, pendiente tan sólo de las palpitaciones menguantes del orgasmo. Con los ojos cerrados cuento hasta que todo acaba. 1, 2, 3, 4...5....6.....7..... Los ojos cerrados. Ahora sí que ya estoy rota. Definitivamente. Me acurruco bajo las sábanas. Bostezo. Necesito dormir. Dormir un día, dos, una semana entera. Pero Denis no parece dispuesto a consentirlo. Va y viene por el cuarto, nervioso, armando mucho escándalo. Lo escucho y durante un momento pienso en los motivos que nos llevan a tomar ciertas decisiones. Puede que no haya sido tan buena idea dejarme arrastrar por él. Ya me lo advirtió Boris Vian, otro de los clientes del Groneil que parecía conocerlo a fondo, incluso convirtió a Denis en personaje de uno de sus cuentos, allá por el 1947. No te lées con Denis, decía. Deja a Denis con sus cosas, su afición a la mecánica, sus paseos por el bosque. Déjalo. Denis no te conviene. Te volverá loca. Pero yo digo ¿y quién no está loco hoy día? Boris. Quién no lo está. Si a poco que hurgues en el placer es inevitable percibir el olor de la locura. Oigo ladrar a Denis. Lo miro. Lo miro fijamente. Y un cegador destello procedente de sus ojos me dice que basta con mirarlos para convencerme de que existe algo de hombre en ese cuerpo de lobo.

© Pepe Cervera

El autor:

Pepe Cervera. (Alfajar, Valencia. 1965). Ha publicado un libro de prosa poética titulado *Tessella* (1991) y un volumen en el que ha reunido 14 relatos, *El tacto de un billete falso* (2007). Sus cuentos han sido incluidos en revistas de literatura como *Renacimiento*, *El Coloquio de los Perros* o *Narrativas*. Blog: <http://eltactodeunbilletefalso.blogspot.com/>

AMOR HINCHABLE

por Javier Puche

Ser inmensamente gordo no resulta fácil para nadie. Y menos aún para Máximo, el protagonista de esta insólita historia, que fue ignorado desde su nacimiento por todos los hombres y mujeres del mundo. Ni siquiera sus propios padres lo aceptaron nunca, dejándolo huérfano a edad muy temprana. Los pormenores de su educación, a cargo de cierto sacerdote nihilista, no interesan demasiado ahora. Baste decir que nuestro gordo creció en el más completo y minucioso desamparo existencial. Ninguna mano acarició jamás su enorme cabeza, ni siquiera por error o compasión. Tampoco sus orondos mofletes recibieron bajo ninguna circunstancia el contacto fugaz de unos labios. En la calle, por transitada que estuviera, siempre disponía de suficiente espacio para caminar, pues la gente se iba apartando con recelo a su paso. Y en el autobús, nadie se sentaba junto a él, quizá por miedo a que explotara de repente.

Máximo pronto vio claro que el exceso de grasa lo condenaba a la soledad extrema, por lo que decidió someterse a una rigurosa dieta de adelgazamiento. Tras consultar los mejores libros de nutrición, sustituyó la bollería industrial por el brócoli, y comenzó a desinflarse muy despacio, como un viejo balón abandonado. A fuerza de tenaz sacrificio, en pocos años redujo considerablemente el volumen de su cuerpo, hasta el punto de permitirse albergar la ilusión de encajarlo algún día en el estrecho espejo del armario, donde nunca pudo reflejarse del todo. Motivado por este propósito, hizo abdominales y flexiones sin descanso, y dio tres veces la vuelta al mundo pedaleando frenéticamente en su bicicleta estática.

Una mañana descubrió que su rostro era capaz de sonreír: la báscula marcaba por vez primera una cifra razonable. Y el espejo del armario corroboraba en silencio la hazaña devolviéndole una imagen completa de sí mismo. Había dejado de ser gordo. Al fin podría incorporarse sin obstáculos a la desdenosa realidad.

«Una mañana descubrió que su rostro era capaz de sonreír: la báscula marcaba por vez primera una cifra razonable. Y el espejo del armario corroboraba en silencio la hazaña devolviéndole una imagen completa de sí mismo. Había dejado de ser gordo.»

Invadido por la euforia, destruyó su ordenador a martillazos. Ya no tendría que recurrir a Internet para mendigar calor humano ni para encargarse la comida o la ropa (siempre detestó que su escuálido sastre le tomara medidas, y también que la insolente cajera del supermercado no se esforzara nunca en disimular su perplejidad e indignación al verlo aproximarse trabajosamente con sus dos carritos rebosantes de comida). Acto seguido, arrojó el televisor por la ventana, deleitándose con el estrépito de su impacto. Atrás quedó para siempre la tristeza de anhelar sin remisión aquellas bellezas inaccesibles que presentaban el telediario nocturno. Atrás quedó asimismo el vejatorio placer de masturbarse entre sollozos contemplando de cerca a las fulgurantes azafatas de aquellos concursos demenciales que tanto daño le causaban. Para inmortalizar su nuevo aspecto se hizo una risueña fotografía, quedando levemente aturdido por el resplandor del flash. Luego vació en su estómago una botella de ginebra. Sin pensarlo dos veces, sin pensarlo siquiera una vez, se puso a toda prisa su mejor traje y salió de casa dando un portazo glorioso. Todos debían saber de inmediato que su nuevo nombre era Max y que el mundo le pertenecía.

Como el lector atento habrá adivinado, Max tardó muy poco en regresar cabizbajo a su madriguera. Quizá tres minutos, cinco a lo sumo, el tiempo necesario para advertir que jamás lograría fácilmente la aprobación ajena, máxime vistiendo un traje de Máximo, superior en veintisiete tallas a la suya recién adquirida. Un traje bastante sucio además, pues en otro tiempo Máximo acostumbraba a ponerse para cocinar sofisticadas cenas de etiqueta que, una vez listas y convenientemente anegadas de inverosímiles salsas, ingería en silencio frente al televisor. Frente al mismo televisor, por cierto, que Max arrojara por la ventana en líneas precedentes y a cuyo estrepitoso impacto no fue ajeno el vecindario, que prefirió quedarse al margen del asunto.

Antes de considerar ulteriores movimientos y sin desprenderse aún del holgadísimo traje, Max se acostó un rato para intentar reponerse de las risas con que los transeúntes habían estrangulado su entusiasmo. Presagió entonces futuras salidas al exterior, futuras tentativas de éxito social, que invariablemente iban seguidas por la correspondiente humillación pública, feroz y unánime. De súbito, una tormenta de rencor le estalló en la garganta. Nadie merecía semejante condena. Tras gritar angustiosamente, Max perdió el conocimiento, quedando a merced de la más devastadora actividad onírica.

Horas después, fue arrojado a la vigilia con un hambre atroz. Por fortuna, no tuvo que moverse de la cama para alcanzar el teléfono. Le bastó con extender un poco su trémula mano. Bañado en sudor, marcó febrilmente el número del centro comercial más próximo y con voz infrahumana encargó toneladas de comida, especificando su urgencia por recibirla. También solicitó que incluyeran en su pedido un ordenador portátil y un televisor de plasma (la inagotable herencia familiar le permitía excesos de esta índole). Y así fue como Max se transformó de nuevo en Máximo. Cinco días le bastaron para volver a inflar con su grasa aquel maldito traje.

Ojalá este preámbulo biográfico, necesariamente incompleto, haya servido para que el paciente lector pueda juzgar con indulgencia y ternura los hechos que siguen.

«El sol incendiaba el cielo cuando le entregaron a Sally una semana después. La muñeca iba dentro de un descomunal ataúd, cuidadosamente envuelta en papel de celofán fucsia. Junto a su muslo derecho (tierno, colosal, voluptuoso) había un mando a distancia, así como un breve manual de instrucciones.»

El primero de ellos sucedió cuando Máximo celebraba su trigésimo aniversario dormitando mórbidamente en el sofá, junto a tres cajas de pizza vacías. Los anuncios nocturnos de tele-tienda le proporcionaban un benéfico sopor, cercano al suicidio. Por eso tardó tanto en comprender lo que pretendía venderle aquel amable locutor oriental rodeado de hieráticas azafatas semidesnudas. Le resultó muy chocante que ninguna gesticulara o parpadeara siquiera, pese a que el oriental no cesaba de manipularlas con cierto descaro. Máximo subió el volumen del televisor y el de su asombro al comprobar que estaba viendo un anuncio pornográfico:

aquellas inmóviles azafatas no eran sino *sex dolls*, solícitas muñecas hinchables capaces de complacer al varón más exigente. Según el oriental, su producto presentaba una innovadora virtud: no existían en el mundo dos muñecas iguales, pues cada *sex doll* había sido diseñada por un equipo de expertos para ofrecer un aspecto único e irrepetible, garantizando así al usuario la tranquilizadora sensación de pertenencia exclusiva que una vulgar novia de carne y hueso nunca podría darle. Además, todo aquel comprador que pagase al contado recibiría en su domicilio, sin coste adicional alguno, un elegante ataúd fabricado a medida para que, en caso de fallecimiento, pudiese yacer con su muñeca durante toda la eternidad.

Máximo permaneció ajeno a esta insondable cháchara, pues una de las muñecas, no muy agraciada por cierto, había capturado por completo su atención, hipnotizándolo. La criatura se llamaba Sally, aparentaba unos 13 años y era descomunal. Una suerte de nínfula obesa. Máximo tuvo que incorporarse para captar con mayor nitidez aquel prodigio de plástico. Tragando saliva, comenzó a proferir exabruptos con voz entrecortada. Fue entonces cuando el oriental se acercó a Sally. Al parecer, era la única muñeca del conjunto dotada de un dispositivo que le permitía engordar o adelgazar a voluntad del usuario. Como demostración, el oriental la infló y desinfló en repetidas ocasiones bajo la atenta mirada de Máximo, que reptaba boquiabierto hacia el televisor.

Por fin había encontrado a su alma gemela.

El sol incendiaba el cielo cuando le entregaron a Sally una semana después. La muñeca iba dentro de un descomunal ataúd, cuidadosamente envuelta en papel de celofán fucsia. Junto a su muslo derecho (tierno, colosal, voluptuoso) había un mando a distancia, así como un breve manual de instrucciones.

Al conectarla, Sally saludó cordialmente a Máximo.

—Hola, querido.

Tenía una voz sensual y acogedora, quizá no demasiado acorde con su aspecto cándido. A continuación, la muñeca añadió:

–Eres muy apuesto.

Tras ruborizarse, Máximo se puso las gafas y consultó emocionado el manual de instrucciones. Por lo visto, Sally estaba programada para entablar conversación en múltiples contextos e incluso en diferentes lenguas. El capítulo 12 describía con detalle su repertorio verbal:

Modo 1: Fórmulas de saludo y despedida.

Modo 2: Conversación cordial para el desayuno.

Modo 3: Diálogo romántico.

Modo 4: Insinuaciones eróticas.

Modo 5: Gemidos y exabruptos.

Modo 6: Ronquido leve.

Modo 7: Conversación premenstrual.

Modo 8: Disertaciones en otros idiomas.

Modo 9: Elogios diversos.

Modo 10: Preguntas inquisidoras.

Modo 11: Reproches varios.

Máximo cerró de inmediato el manual, puso a Sally en Modo 5 y se fundió con ella en un beso apasionado e interminable que le dejó las gafas destrozadas.

Por razones de cortesía, pues a nadie le interesa la felicidad ajena, omitiremos la descripción pormenorizada del volcánico romance que durante diez años mantuvieron Máximo y Sally (en caso de que el paciente lector no tolere las elipsis, tiene permiso para insertar en este párrafo cualquier historia de amor convencional que conozca).

Pero la dicha no fue perpetua.

Un gélido invierno, el oscuro pájaro de la rutina construyó su nido en mitad del salón y ya no hubo forma de expulsarlo. Alarmado, Máximo hizo cuanto pudo por avivar la menguante hoguera del deseo (compró a Sally vestidos de colegiala, la sacó a pasear por el jardín, le propuso matrimonio, quemó incienso, adquirió un jacuzzi), pero sus tentativas fueron vanas: el amor se estaba desinflando sin remedio. Y no sólo metafóricamente, pues Sally había comenzado a perder volumen a causa de un fallo en su mecanismo. De nada sirvió que Máximo pulsara con todas sus fuerzas, durante horas, el botón que antaño la engordaba en cuestión de segundos. Víctima de la ira, acabó por arrojar el mando a distancia contra la pared, rompiéndolo en mil pedazos. Aquel fue sin duda un gesto imprudente, pues desencadenó la demencia de Sally, cuyas conversaciones se tornaron menos sensatas a partir de entonces. En concreto, su desvarío adoptó el siguiente esquema cotidiano, prácticamente invariable: por la mañana, se limitaba a incluir leves incongruencias en su discurso habitual, pequeños errores de concordancia o de sentido que no resultaban en exceso alarmantes («Cariño, ayer te querré mucho»); pero al caer la tarde, comenzaba a hablar directamente en otro idioma, provocando en Máximo la más profunda aflicción. Nuestro protagonista constató por enésima vez que los dioses lo detestaban. Un invisible puñal de hielo se le clavó para siempre en mitad del gigantesco abdomen.

Paradójicamente, la tristeza le abrió el apetito y empezó a engordar como nunca, duplicando en cuestión de semanas su tamaño ordinario. La comida era el único refugio donde podía guarecerse del frío que le congelaba el alma. Sin duda, resultaba dramático que Máximo engordara mientras

«Paradójicamente, la tristeza le abrió el apetito y empezó a engordar como nunca, duplicando en cuestión de semanas su tamaño ordinario. La comida era el único refugio donde podía guarecerse del frío que le congelaba el alma.»

Sally lentamente enflaquecía. Lo cierto es que ambos se aproximaban a la extinción por caminos opuestos, alejándose entre sí de manera inexorable. Llegó un momento en que Máximo no pudo ya ponerse ni uno solo de sus trajes, pues todos le quedaban cruelmente pequeños. Fue entonces cuando empezó a vagar desnudo por la casa, como un inmenso animal herido.

Sin motivo aparente (tal vez para cancelar el tiempo) retomó con desidia los hábitos que le caracterizaban justo antes de conocer a la evanescente Sally, más de diez años atrás. Entre ellos se encontraba Internet, esa luminosa ciudad portátil donde en ocasiones había logrado trabar conversación con amables mujeres sin rostro. Pero Máximo ya no era el mismo de antaño. Algo estaba roto en su interior (ahora tenía mirada de sonámbulo o de zombi, los ojos desvanecidos). Por eso permaneció impasible la noche que una tal Luz, habitante del canal *Amores Intrépidos*, le confesó nerviosa que se estaba enamorando de él. He aquí un fragmento de la inesperada declaración:

Luz: Nunca me había pasado esto. Y pensé que ya nunca me pasaría.

Max: Apenas me conoces. Sólo llevamos tres noches hablando.

Luz: Eso no invalida lo que siento. Necesito verte.

«Diez minutos antes de la cita, se levantó trabajosamente del sofá, y arrastró su cuerpo desnudo hasta la puerta, cerrándola con llave desde dentro. Su decisión era firme: jamás saldría de casa.»

Como respuesta, Máximo le envió la foto de Max, su estilizado y efímero álgter ego. Era la única imagen suya que poseía, la única prueba tangible de que alguna vez existió aquel sujeto. Ella se deshizo en elogios.

Luz: Pero no me basta. Quiero verte en persona. ¿Qué tal hoy a las 12?

Max: Por mi bien

Tras convenir el lugar de encuentro (un parque cercano) Máximo desconectó Internet y fue al dormitorio, donde Sally descansaba escuálida. Al sentirlo entrar, la muñeca tuvo un acceso de transitoria lucidez: «¿Se puede saber qué estabas haciendo?», preguntó con suspicacia. Máximo la cubrió tiernamente con la sábana y respondió: «Nada cariño, sólo jugaba un rato con el ordenador». Acto seguido le dio un beso, mirando de soslayo el reloj de la mesita. Las once menos cuarto. Pensó que Luz quizá se estuviera arreglando en ese instante. Nostálgico, buscó vestigios de Max en el espejo del armario, pero su pobre amigo yacía sepultado bajo toneladas de grasa, sin posibilidad alguna de regreso. A continuación encargó por teléfono una pizza familiar, que le trajeron de inmediato y que devoró con frenesí ante el televisor.

Diez minutos antes de la cita, se levantó trabajosamente del sofá, y arrastró su cuerpo desnudo hasta la puerta, cerrándola con llave desde dentro. Su decisión era firme: jamás saldría de casa. No estaba dispuesto a tolerar nuevas ignominias (en su mente se proyectaba, una vez tras otra, la ficticia imagen de Luz huyendo despavorida al verlo). Con objeto de neutralizar el resentimiento que empezaba a agitarle las entrañas, ingirió una conciliadora botella de vodka. Automáticamente, la paz sobrevino. Y también la idea de perpetuar dicha paz. Máximo recordó entonces el atractivo ataúd que le entregaron al comprar a Sally. Tambaleándose, fue al desván con el propósito de introducirse en el féretro y alcanzar la paz definitiva. Pero como había engordado en exceso, el ataúd lo rechazó (ya no era de su talla). Esto agotó su paciencia.

Justo antes de arrojarle por el balcón, se preguntó si la muerte también lo rechazaría.

© Javier Puche

El autor:

Javier Puche (Málaga, 1974) es Licenciado en Filología Hispánica. También posee estudios de Filosofía y de Música. Completa su formación en la Escuela Contemporánea de Humanidades (Madrid), donde obtiene un Máster en Creación Literaria. Ha trabajado como corrector de textos, como crítico musical y como guionista de televisión. Sus cuentos han sido publicados en diversas revistas y antologías. Recientemente, ha resultado ganador del I Premio de Relato Breve ECH. Blog, *Puerta Falsa*: <http://puerta-falsa.blogspot.com>

VOYEUR

por Purificación Menaya

Acababa de ducharse. El vapor inundaba el cuarto de baño y había empañado el espejo. Las gotas resbalaban por su piel y eran absorbidas por la toalla. Así, seca, desnuda y en zapatillas, tomó el secador de pelo del armario, lo enchufó y dirigió un pistoletazo de aire caliente al espejo. Abrió de ese modo un boquete circular en el que podía verse el rostro. Normalmente no hubiera desempañado más, le bastaba con esa ventanita para verse la cara y arreglarse el pelo. Cuando uno va deprisa, los días de trabajo, no hay tiempo para contemplaciones, pero hoy era sábado y quería echar un vistazo a su cuerpo, así que retiró todo el vapor que ocultaba su reflejo. Hacía tiempo que no se miraba así, con detenimiento y cuando se vio desnuda frente al espejo, extendiéndose la crema hidratante, sintió un placer hedonista, como si no fuera ella misma quien estuviera viéndose, sino alguien desconocido, un secreto amante que admiraba su cuerpo levemente bronceado, siguiendo con la mirada el recorrido de los largos brazos hasta el vientre, los senos con sus pezones, la parte superior del pecho, el cuello, las piernas masajeadas que no cabían en el espejo y que sus manos alargaban aún más hasta los pies.

Se atrevió a guiñarle el ojo con picardía a ese amante desconocido e imaginario del espejo, gesto que la habría hecho sonrojar en el acto si el amante hubiera existido de verdad. Pero en la soledad de su cuarto de baño podía arrojar de su cuerpo la timidez y el pudor, y exhibir una sensualidad que cualquier hombre hubiese deseado al instante. Salió del baño y fue a vestirse al dormitorio.

El armario se hallaba junto a la ventana y aunque muchas veces se le pasaba por la cabeza que quizá alguien podría verla desnuda, jamás tomaba la molestia de vestirse en otro rincón de la habitación, o de bajar la persiana o de al menos correr las cortinas para velar su silueta. La casa de enfrente estaba lo suficientemente cerca como para que alguien pudiera verla y los suficientemente lejos como para que el detalle que percibiera el mirón fuera mínimo y por tanto, que no mereciera la pena preocuparse por ello. Además, aquellas casas siempre le habían parecido ventanas de ojos cerrados, a veces se preguntaba quién habitaría en ellas y qué vidas llevarían, porque solo en contadas ocasiones había visto a alguien asomado a ellas y por ello se le antojaban más montañas de paisaje urbano que verdaderos hogares de personas. De todos modos, no podía negar que alguien habría tras esos cristales, pero ese alguien no le conocía y el anonimato destierra, como por arte de magia, la vergüenza. Uno no se atreve a desnudarse delante de sus compañeros de trabajo, pero cuando los que te rodean no saben ni tu nombre, ni tu pasado, ni tus circunstancias, no pueden cotillear a tus espaldas, y eliminado eso, el qué dirán, el pudor es más fácil de alejar de nuestro pensamiento.

Y sin embargo tenía la sensación de que alguien la estaba observando, igual que le había ocurrido en el cuarto de baño un momento antes. Miró por la ventana y no vio a nadie: no había un viejo verde tras unos enormes prismáticos, ni un jovencito imberbe deleitándose con su figura, ni un niño que quiere hacerse mayor y trata de descubrir el misterio de las mujeres... Solo las ventanas la miraban con sus ojos ciegos, velados por las cataratas de las cortinas, ninguna sombra se adivinaba al trasluz de ellas.

De todos modos quería terminar de vestirse deprisa, para acabar con aquella escena nudista cuanto antes. Pero era imposible, sentía como si alguien le estuviera acariciando conforme iba poniéndose la ropa: una lengua jugueteando con el lóbulo de su oreja donde ensartaba el pendiente, esa misma lengua le lamía la piel bajo el cuello de cisne del jersey, y unos labios descendían hasta el pecho para convertirse en besos que cosquilleaban los pezones, una nariz con su cálido aliento marcaba una línea recta hasta alcanzar el ombligo, donde los labios lo rodeaban en un círculo perfecto bajo el jersey de lana y, continuando el descenso, esos mismos labios se reunían con unos dedos que acariciaban su pubis bajo la presión de la braga recién colocada y una palma llena de ternura recogía la redondez de su culo, y la locura de más besos en los pies mientras se ponía los calcetines, y una mano acariciando la pierna por la que ascendía el pantalón vaquero, y unos dedos perdiéndose en la

cara interior de los muslos en unas cosquillas irresistibles que terminaban en sus labios vaginales besados y lameteados. Todo muy sensual y ralentizado, con la certeza de que el deseo se despertaba con la caricia sabiamente alargada en aquel lugar donde producía un placer más intenso, como si esos labios, esas manos, conocieran cada resorte secreto de su cuerpo y lo hubieran amado durante mucho tiempo. Así acabó vestida y abandonada sobre la cama, pero con el deseo de estar desnuda, con ansias de masturbarse, pero de verdad... Y así lo hizo, se desabrochó el botón del pantalón e introdujo la mano dentro de la braga, se acarició el clítoris ya sobreexcitado y alcanzó ese orgasmo que esperaba escondido entre sus piernas, deseoso de liberarse como una corriente viva que se descargaba por todo el cuerpo jadeante.

Cerró los ojos y se adormeció unos instantes: el cuerpo relajado, desparramado sobre la cama sin ninguna prisa por volver al movimiento. Cuando al cabo de un rato consiguió recomponer su conciencia dentro de su cabeza, tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse de la cama. Miró con cierto pudor a la casa de enfrente y pensó que cualquiera podría haberla visto. Pero de nuevo la tranquilizaron las ventanas desiertas y la distancia que las separaba de su propia ventana.

Se abrochó el pantalón y se subió la cremallera. Tenía ganas de salir de casa, ni siquiera perdió tiempo en desayunar, quería huir de la mirada de aquel que la estaba vigilando en su propia casa. Abrió la ventana para decidir si cogía una prenda de más abrigo, pero no, hacía un día precioso, soleado y claro, un día de otoño que merecía la pena pasar al aire libre.

La calle la recibió con alegría, la gente iba atareada a sus quehaceres y ella no tenía ninguna obligación, salvo encontrar un sitio donde desayunar. Se había propuesto que aquel sábado fuera un día de completo asueto, no quería cocinar, no quería limpiar, solo pensaba disfrutar de cada instante. Entró primero en el quiosco de la esquina a comprar el periódico. El dueño la saludó jovialmente, como era su costumbre con los clientes habituales, le pidió el periódico, comentaron el buen tiempo que hacía esa mañana... Todo iba cumpliéndose según el rito acostumbrado y sin embargo cuando le pagó, el hombre le devolvió el cambio con una sonrisa peculiar, una sonrisa que

«Y sin embargo tenía la sensación de que alguien la estaba observando, igual que le había ocurrido en el cuarto de baño un momento antes. Miró por la ventana y no vio a nadie: no había un viejo verde tras unos enormes prismáticos, ni un jovencito imberbe deleitándose con su figura, ni un niño que quiere hacerse mayor y trata de descubrir el misterio de las mujeres...»

ella interpretó como cargada de malicia. Pensó que aquel hombre era el que la había estado contemplando delante de su ventana, y se sonrojó, bajó la cabeza al sentir el rubor en sus mejillas y salió de la tienda aprisa, con un adiós que solo escuchó su cuello de cisne. Pero una vez fuera de la papelería se dio cuenta de que aquella idea no tenía en qué sustentarse. ¿Cómo iba él a verle desde la tienda, a ras de la calle, si su casa estaba enfrente, sí, pero siete pisos más arriba? Se rió de sí misma y de su ingenuidad, de su propia imaginación desbordada. Y se encaminó hacia el parque con el periódico bajo el brazo, pero de repente la sonrisa desapareció de sus labios porque volvió a notar que un hombre la estaba observando. Se volvió en redondo, miró hacia la papelería, nadie había asomado a la puerta, el escaparate forrado de revistas y juguetes impedía ver el interior y por tanto nadie podía mirarla desde dentro tampoco, sin embargo tenía la espantosa certeza de que alguien la estaba mirando y que continuaba haciéndolo. Había otros hombres en la calle, pero todos pasaron a su lado con indiferencia. ¿Y si fuera una mujer?, se preguntó. No, estaba segura de que era un hombre, ¿o quizá deseaba que fuera un hombre? Dudó de aquella extraña percepción, se convenció de que eran imaginaciones suyas... Dio media vuelta y dirigió sus pasos pisando con fuerza la acera hacia el parque, con decisión, había tomado la determinación de sentarse, desayunar, abrir el periódico y sumergirse en su lectura para olvidarse de todas aquellas tonterías. Eligió la terraza del bar de la entrada, una mesa al calor del sol otoñal, cerca de la fuente; pidió un café y un bollo. Mientras esperaba contempló los edificios que rodeaban el parque y la sensación de estar vigilada volvió a atraparla. Nadie había asomado a las ventanas ni detrás de ellas, pero las ventanas miraban, los mirones acechaban, un hombre la desnudaba con los ojos y quería acariciarla de nuevo. Abrió el periódico con manos torpes y temblorosas y trató de refugiarse detrás de él, pero ni siquiera ese ancho parapeto de papel le protegía de esa mirada, que traspasaba incluso el papel.

Engulló el bollo y se bebió el café con leche en un periquete. Pagó la consumición y comenzó el paseo por el parque. Respiró hondo y el aire le acarició los pulmones, fresco, insuflándole un agradable chorro de vida. Hacía tiempo que no paseaba así, sin prisa, sin rumbo, caminar por el mero hecho de sentir el movimiento de su cuerpo, no por tener que trasladarse a algún lado con las carreteras de siempre. Pero ahora sentía otra prisa detrás de sí, en la nuca, alguien que la perseguía y que la angustiaba. Cada tres o cuatro pasos se volvía para comprobar quién estaba tras ella y descubría hombres lejanos pero siempre distintos, eso quería decir que nadie la seguía o que ese alguien sabía camuflarse muy bien. Porque sí, tenía la seguridad de que ese hombre que la había visto desnuda en su casa ahora le estaba siguiendo.

¿Y si le seguía, qué? Si realmente estaba interesado en ella, en algún momento tendría que acercarse y buscar algún pretexto para presentarse y entonces, ella, ¿qué haría? No quería ni pensarlo, porque si le había visto en su casa desnuda, si la había acariciado con la mirada mientras se vestía, si la había contemplado mientras se masturbaba y gozaba, ¿no era demasiada intimidad compartida, pero solo en un sentido, de ella a él pero nada de él a ella? Él estaba oculto y eso la molestaba, porque en cualquier momento podía aparecer ante ella y él sabría quién era ella pero ella no tenía ni idea de cómo podía ser él, aunque se imaginaba a un hombre de mediana edad, alto, con algunas canas en las sienes, el rostro delgado, los hombros atrás en una complexión no demasiado fuerte... Es estúpido tratar de imaginar a alguien que no existe más que en tu cabeza, se dijo en un raptó de realidad, cuando escuchó cantar a un pájaro en el árbol y el sol le dio en la cara con fuerza, nadie ha estado mirándote y tú lo sabes, es solo tu imaginación, desearías que alguien te deseara y lo sientes, lo sientes en tu propia carne, acariciándote incluso. Y, a paso más rápido, para que nadie pudiera alcanzarla, escapó por el sendero que llevaba a la salida del parque, cruzó la verja y desembocó en la avenida.

Allí, el alboroto del tráfico, que la asaltó a bocinazos por culpa de un conductor imprudente que se había saltado un semáforo, la aturdió como un puñetazo, por contraste con la soledad del parque. Pero había gente a su alrededor además de muchos coches y ello le devolvió la tranquilidad perdida hacia unos instantes: se sintió protegida y cuando miró otra vez a sus espaldas pensó que en aquella calle tan concurrida aquel que la seguía no se atrevería ni a mirarla.

Pero no fue así, y solo había recorrido cinco pasos cuando volvió a percibir su mirada clavada en la nuca y se volvió y vio nuevos rostros de hombres y mujeres tras de sí, pero ninguno era el del hombre que la estaba siguiendo. La angustia la atrapó, una mano le oprimía la garganta y respiró hondo, hasta el fondo del estómago y hasta más arriba del pecho y ese aire aflojó un poco esa mano, pero no logró quitársela de encima. Tenía que volver a casa, allí estaba segura, allí estaba él también pero no podía acercársele, las paredes, los cristales de las ventanas, las puertas, la protegían, aunque no pudieran luchar contra su mirada furtiva.

Llegó corriendo hasta el portal de su casa, escuchó el ruido de la puerta acristalada al cerrarse tras de sí, pero no se atrevió a mirar si dejaba a alguien afuera con la puerta en las narices, apretó el botón del ascensor y esperó con impaciencia que bajara, sabiendo que él la estaba esperando allá arriba, en su casa; se metió en la caja del ascensor y allí, frente al espejo y la triste luz del techo, se contempló y por primera vez en toda la mañana se sintió sola, verdaderamente sola, y no vigilada. Estuvo a punto de quedarse dentro del ascensor toda la mañana, pero un deseo de conocer a ese desconocido la atrapó y cuando el ascensor se detuvo en su piso, el séptimo, salió del ascensor, introdujo la llave en la cerradura que sus dedos nerviosos no atinaban en abrir, abrió la puerta, su respiración se volvió más agitada, más ansiosa, se dirigió a la ventana de su dormitorio: no había nadie allí, en las ventanas de la casa de enfrente y creyó desfallecer. Pero volvió a sentir esa mano cuyo tacto ya no le resultaba desconocido, acariciándole el rostro y bajando por su barbilla, después la mano descendió al pecho y notó su corazón latiendo fuerte, muy fuerte. Respiró hondo, con los ojos cerrados, y cuando los abrió, apareció en una de las ventanas un hombre desnudo, y a pesar de estar lejos, lo sintió cerca, como si estirando la mano pudiera tocarlo y pudo distinguir perfectamente sus ojos color miel, cálidos como un abrazo, tiernos como las caricias que había sentido un momento antes. Lo miró con detenimiento, por primera vez y lo acarició con la mirada, ella estaba en desventaja, él ya la conocía bien. En su mirada latía el reproche de no entender por qué le había hecho pasar aquella angustia, si todo era tan sencillo cuando dos personas podían mirarse a los ojos y aca-

riciarse mutuamente sin dejar al otro abandonado en su soledad. Fue recorriendo su pecho, perdiéndose en su vello rizado, lo sintió estremecerse con sus caricias, igual que ella se regocijaba con las suyas, sintió su beso en la boca, que se la comía por dentro, con las lenguas jugueteando, tensas y nerviosas, alcanzó su pene en erección y lo estrechó en sus manos, percibiendo como se tensaba. Se desvistió, consciente esta vez de que se desnudaba para él, no como las otras veces, y así, desnudos frente a frente, ventana a ventana, se amaron en la soledad de sus cuartos vacíos, llenos de la mirada de un desconocido.

© Purificación Menaya

La autora:

Purificación Menaya (Zaragoza, 1965). Licenciada en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Zaragoza. Finalista en el concurso de Relatos Ciudad de Zaragoza en 1992, con el relato "Desayuno de domingo en la alfombra". Finalista en el III concurso de Relatos "Gastronomía y Erotismo" en 2004, con el relato "El restaurante". De Literatura infantil ha escrito: *La bruja de chocolate* (Ed. Luis Vives, 1998), *La bruja enamoriada* (Ed. Luis Vives, 2001), *Dragón busca princesa* (Bambú, 2006) y *Monstruo, ¿vas a comerme?* (Bambú, 2007).

* * *

Relato

EL ÁNGEL DE L'ORANGERIE

por Gemma Pellicer

Para Juan Eduardo Zúñiga

Las manos un poco vueltas hacia atrás, como escondiendo la corona de laurel que seguía sujetando; los pies absolutamente humanos, y desnudos, como la mirada. Así mismo la descubrió aquella primera vez en que andaba paseando, distraído, por los jardines versallescos del Palacio de Sanssouci, a las afueras de Postdam, liberado –al fin– de sus preocupaciones de trabajo.

Le bastó divisarla a lo lejos para saber que nada había cambiado. Aunque la estatua seguía tan bella como siempre, no pudo evitar sentir cierta desazón ante el abandono en que se hallaba. No entendía por qué los conservadores del parque la habían descuidado tanto. De proponérselo, podrían haberle limpiado de impurezas su fina piel de bronce, su rostro y mirada melancólica. Únicamente aquel pie delicado mantenía su juventud, como si no hubiera cejado un momento en el empeño por alcanzar el suelo.

Ya cuando estaba a punto de marcharse, pudo apreciar que las demás esculturas que rodeaban el estanque, dos a cada lado, permanecían intactas, casi relucientes en comparación con el ángel. Y entonces lo supo. Sólo el tiempo, sus estragos, se había compadecido de ellos. No era casualidad, pues, que ambos compartieran un mismo corazón envejecido. De bronce puro, por más señas.

© Gemma Pellicer

La autora:

Gemma Pellicer (Barcelona, 1972), es licenciada en Filología Hispánica y en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha realizado reseñas para el periódico AVUI, las revistas españolas *Turia* y *Quimera*, así como para la argentina *Olivar*. En la actualidad, coordina junto con Fernando Valls la sección de microrrelatos "Liebre por gato" en la revista ovetense *Clarín*. Blog, Sueños en la memoria: <http://megasoyyo.blogspot.com>

NO MARQUES LAS HORAS

por **Mónica Gutiérrez Sancho** y
Andrés Felipe Gómez Shool

* * *

LOS AVIONES (Mónica Gutiérrez Sancho)

02:00 AM

Ella se dirige a la habitación. La habitación verde. Está vacía. Inmensamente vacía como las calles, como las horas que millones de relojes marcan durante el resto del día por la ciudad. Pasos lentos como el sonido que marcan esas agujas que giran al revés, cucos que salen sin entusiasmo a avisar de más horas. Horas marcadas por tráfico que transita entre sábanas y calzadas. Entre sueños y noches rotas. Entre noches de pasión y noches anodinas. Un cóctel explosivo de sentidos.

Lleva una copa de agua que apoya en la mesilla. Antes bebe un largo sorbo, paladeándolo como si fuera una copa de exquisito vino para compartir en el lecho con un amante. No uno más. No cualquiera, sólo el que su cuerpo llama cada noche, a veces de manera susurrante, otras como esa noche a gritos. Él.

Su cuerpo se estremece de repente mezcla de frío y terror. Como si el monstruo que se esconde debajo de cada cama, de cada somier, fuera a salir en cualquier momento y atraparle las piernas con sus garras. Por sorpresa, a traición. Mira el reloj y se ríe de sus propios fantasmas. De ese miedo a la soledad, que ella misma desea. Soledad buscada y hallada. Lo que deseamos nos asusta. Como nos asusta lo que no queremos.

Sonríe pensando en el lunar que tiene en la espalda a la altura de la nuca. No quiere que lo toque. Como si fuera el botón que dispara todas las alarmas de su cuerpo delgado.

Se acuesta en el lado derecho. Siempre en el mismo lado. En posición fetal. Se encoge y lo siente al instante. El frío gélido y punzante que le atraviesa la cara, los hombros, le resbala por la espalda y le acaricia con manos de hielo el pecho con mezcla de fuerza y desinterés, pero con la amenaza latente de que se queda ahí. Caricia no deseada, ni buscada.

03:00 AM

No puede dormir. Da vueltas. Gira y vuelve a girar. Como el cuarto verde. Verde esperanza cantan poetas, verde relajante dicen, verde para los niños, para los enfermos, para la gente triste... Para ella sólo un color más. Sólo desearía gritar en ese instante a todos esos que inventaron hermosas historias sobre el verde, y traer secuestrada a la Esperanza a esa maldita habitación, tumbarla y atarla en esa cama noche tras noche y preguntarle después de un tiempo si no es capaz de extinguirse, de morirse ella misma en su propio desaliento.

Se ha perdido. A veces le ocurre cuando hunde la nariz en la almohada y encuentra otros olores. Le recuerda los cuerpos que desfilaron por ese cuarto, que desfilan como muñecos de metal recién pintados. Cuerpos que le sobran, que a veces trajo pensando que en ellos encontraría el suyo. Que él arrastro a las sábanas pensando que debajo de las capas estaría ella. Han arrancado vestidos, camisas, botones, piel, buscando lo que ya habían hallado. Qué ignorantes...

Y ahora hay una mezcla empalagosa de aromas baratos, de colonias caras de mujer, de olores de hombre que no son el suyo. Él no tiene olor, ella tampoco. Le da la vuelta a la almohada y es cuando éstos desaparecen. Y desaparece la desazón que le atrapa el interior como un guante de hierro.

Se tumba atrapada en esas sábanas que están en perfecta alineación con sus caderas, sus piernas. Cuerpo trazado con prisa por un dibujante inexperto.

04:00 AM

De repente una caricia sobre el cuello, casi imperceptible, como un resbalar sin querer las yemas por la nuca hasta el principio de su espina dorsal. Escalofrío de calor. Y recuerda. El ruido de los aviones de fondo, puede oírlo. Y al final de la calle un tugurio. El bar casi escondido. Lugar clandestino como ella. Sólo varias personas tiradas sobre la barra. Borrachos de alcohol y carentes de sexo. Hambrientos de todo.

El cruce de piernas sobre la banqueta. El ruido del avión todavía planeando sobre su mente, y esas palabras que le recuerdan que le han abandonado en un aeropuerto, en una puerta de embarque, como se deja el equipaje que no cabe, que sobra...

Y el hombre que entra. Viene también del aeropuerto, lleva una maleta negra, como el rimel que le surca los ojos. Y la mira y se sienta a su lado. Ella quiere llorar y bebe un trago largo y rápido. Él le pasa los dedos por los ojos y le quita todo rastro de oscuridad. De tristeza reciente. Y le habla del retraso de su vuelo. Que es de otro país. Ella no escucha el nombre del lugar, pero deja que la mire y la desnude con los ojos. Esa noche sí. Esa noche no le importa que la posea un extraño. Siete horas les separan cada día, dice él sonriente sin dejar de mirarla. Ella está borracha y piensa que debe ser de muy lejos. Y siete horas hasta que salga su avión. Y risas y más copas. Él también empieza a estar ebrio.

El hostel está tan perdido como el bar. Es sucio. Pero huele a limpio. Se dejan caer sobre la cama. Lo mira y descubre con sólo aspirar, sin tan siquiera tocarlo, que ese cuerpo está esculpido para ella. Sólo tiene siete horas para fundirse en él. Él la mira y le quita despacio los zapatos, las medias, el vestido de tirantes que le muestra lo que ha mostrado a otros, a muchos, en esencia ninguno. *Mujer abandonada como una maleta*. Dice ella riendo. Él pone su dedo sobre los labios de ella y le dice no con la cabeza. Ella ya no ríe y lo mira. Él la besa.

Siete horas más tarde en la calle se rompen en caricias rápidas y besos como mordiscos de pasión de adolescentes. De portal en portal, de esquina en esquina. Los aviones les miran de fondo. Con la respiración entrecortada se despiden en la entrada. Ella se aleja colocándose el vestido, con el pelo revuelto, escuchando el ruido de sus tacones y de fondo los primeros bostezos, los primeros despertares.

Ahora el aroma como ese día comienza a transitar por su cuerpo. Ya no está encogida como un bebé, se gira, se mueve, se arrastra y retoza entre sábanas blancas y caricias absurdas sin manos y se deja llevar, donde sea que quiera llevarla él esa noche. Duermevela.

05.00 AM

Él está allí. La cama no está vacía. No está fría. Quema. Sabe que está dormida, pero no le importa. Qué importa. Él ha venido esta noche. Y le mira. Cómo le mira... Como le miró el primer día.

Hace tiempo que su inexistente olor y serena esencia han llegado hasta puntos de su cuerpo que ella misma desconocía y que cada noche que viene, que aparece, le descubre y le cuenta al oído después. Esa noche ni siquiera la toca. Pero la sigue mirando. Y los dos ríen. Con la risa cargada del opio amargo y empalagoso que envuelve el deseo. Con la risa que sale del interior del cuerpo y del alma de los amantes.

Y se pierden entre abrazos, caricias inexistentes, reales. Se hunde en el interior de él, en el suyo propio. En las entrañas de su propio deseo, de su propio sueño, de su amante, de ella misma.

09.00 AM

Despierta. Está despierta. Siempre a la misma hora. Siempre en el mismo instante. De golpe.

Se levanta. Y comienza a oír el ruido de la calle. Los coches. Los niños en los colegios, los relojes...

Jaula de tela que encierra anhelos y encuentros apasionados. Son ellos los amantes. Que no escapan de la tortura de las noches y los días. Pero esa noche le llamó y él vino. Le ha llamado y ha contestado. Lo ha buscado y lo ha encontrado. Como tantas veces. Como viene siempre que ella lo llama. Como acude cuando él reclama su cuerpo, que acerque su espalda a la suya, que enreden las piernas hasta hacer un nudo imposible de soltar.

Son las 9 de la mañana, la luz entra con fuerza por la ventana. La abre de par en par. La mira y ve que no

es su cama. Ni siquiera las paredes ya son verdes. Verde esperanza que le cantan. El suelo tampoco es de madera, ahora en cambio es de cerámica, y a cada paso la cerámica va tomando sus formas y dibujos originales. En el marco de la puerta, que ahora es mucho más alto, se para un instante antes de salir. Se queda quieta sobre esa baldosa que mañana tras mañana le hace tropezar, por una esquina rota que hace que sobresalga sobre las demás. Aspira y lo sabe, lo siente, hasta puede escuchar los aviones de fondo. Ha dejado de ser el cuarto verde como tantas noches. Siete horas después, o siete antes, siete horas más o menos qué importa dónde...

* * *

NO SON HORAS **(Andrés Felipe Gómez Shool)**

07.00 AM

Soy yo. Yo el que todo el tiempo ha sabido, y ella viniera a confirmarlo. Sé que cada uno ha entregado lo que no se ha pedido. Sé que cada uno acumula luz, sudor y olor dentro de la cama, y que el otro: que el otro ha empujado a ciegas los canales. Ella lo presente, está ahí. Primer descubrimiento: el amor está cansado.

Hay allí una mujer, una mujer, cuerpo caliente al que muy pronto me habitué, que no me acuerdo cómo hice mía. Que no me acuerdo cómo hice para hacerla venir. Y ahora velando como cualquier hombre, como el primer hombre que no sabe qué hacer, nuestro a la hora lo que ha sido la noche sin sueño. Noche sin tema, y de bordes, y de lecho, y de gorgoteos ganados por el olor a jabón. A ropa limpia.

Duerme. Ella duerme sobre cada frase que hago aparecer. Y este amor cansado, este amor del que me ha cansado, este amor que uno escucha sin comprender es la brisa. Fue esa mano sobre los huesos de la espalda, y luego la risita tonta y larga. Ya no quiero palabras. Soy el otro hombre. El hombre, el dormido, que flota sobre la imaginación de los muslos: que flotó como brisa entre el pelo sin saber que venían las lágrimas.

Yo no lo sabía, yo no estaba aquí. Límpiame con las sábanas. Duerme como la gente que ve una cama junto a la otra. Y se acuesta. Despierta, hazlo ahora, antes de que me vaya.

08.00 AM

Se levanta del lado izquierdo. Siempre el mismo lado, siempre la misma línea en la mejilla. Él lo sabe, la sabe ahí. La sabe a ella. Un poco saliente sobre líneas de cadera. Está lejos: está y no está. Se levanta del lado izquierdo sabiendo que la habitación está aún oscura, que no hay olor a nada, que no hay olor. No le hace nunca caso. Al diablo la juventud. Al diablo los caminos de las gafas: todo porque se siente sola. Y la cama va a quedar vacía. La línea en la mejilla está obligada a contar la misma historia. A contar la historia de noche sin sueño: o de sueño de pocos instantes.

Un mano que busca un lápiz. Lápiz para anotar un recuerdo, un número de teléfono, un pensamiento, el sitio donde debo comprar los presentes de la fiesta del día de mañana. Que esa mano en su caza de lápices la note de nuevo, por entretención, porque es esta hora y no otra. Porque es temprano y quiero de nuevo la mancha tibia en mis manos. Dejarle tal vez: limpiarme tal vez en su pelo. Es lo mejor.

Has dormido, pero no has soñado. Qué romántico soy el de esta hora: pero no cínico, no frío, de cabeza fría. Es la inutilidad de manos que notando la continuidad de sus ligas no cesaron de tocar para dibujar. Lo hicieron mal.

10.00 PM

Mientras tanto, mientras viene la paciencia: el título de este relato. Este relato llamado aún hay tiempo. Yo también quiero que no lo haya. Quiero todo ahora mismo. Quiero probarlo todo. Y por eso me invento sobre cuerpos escogidos al azar. Y por eso este cuerpo caminando en puntillas se dejará caer sobre otra espalda: que es como más le gusta. Y por eso el otro cuerpo me pedirá que la vuelva mía para no ser una más. Que le ponga mi nombre, y con un gesto furtivo cuente todas las pecas. Separe pelo por pelo: grabe mi nombre en las mantas. Di mi nombre.

El cuerpo de hoy me ha elegido. Me ha vencido su tristeza, su cuerpo flaco y diminuto. La incitación de

nido, y de jaula, que se toma el trabajo de distanciarme. Por eso esto que digo, aún visceral, aún excesivo, termina y empieza en un estado de hipnosis. Y de Sueño.

He visto ya: listo para desaparecer cuanto me vaya. Porque la posibilidad de que las palabras ocupen los instantes me fastidia. Pequeño recuento de teorías antes del derrumbe. Tiza, y fragmentos de tiempo. El día acaba: el día, y su cotidianidad.

12.00 PM

Si yo mismo fuera esa noche que se acerca, y se queda a dormir. Si yo mismo fuera ese recuerdo de noche acabada que termina por robar fotos, y por ir tras las orejas de esta desconocida. No pienso quedarme sin hablar. ¿Qué le digo? Le diré que vengo con atraso: son siete horas las que me lleva de ventaja. Son maletas sin revisar, es hambre por calmar. Todo esto no son más que preliminares inútiles, diálogos que sobran. Porque en pocos segundos él ha visto la fisonomía que cambia, el cuerpo que se ablanda para decir sí. Para decir lo quiero, está bien. No importa. Para decir inténtalo de nuevo, con tal de que logres a tiempo ser este mismo cuerpo que se me escapa. ¿Él lo presiente? ¿Ella lo dice? No importa. Ya está hecho. Hay que dormir. Y hay que dejar pasar.

Él llega, él lo sabe. Ella asiente a cada cosa que se le pida. Está perdida, pero no perdida de amor, no perdida de llanto. Está borracha, varias copas de más, y cada sentido se ha levantado. Cada poro sucio de polvo, sucio de rimel, genera un lenguaje. No el lenguaje del deseo. Lenguaje excéntrico, y que está fuera de lugar. Como lo está ella en la barra. Primero un codo, luego la voz: luego los ojos, y es este el inventario antes de hablar. Él lo sabe, se acerca, sólo hasta ahora la ve, pero la ondulación de sus hombros le ha hablado toda la vida. Luego el cuello. Esa manera de mostrarlo, esa ruptura insalvable en lo que es correcto y bien hecho. Él toca, avanza. ¿Cuántos intentos anteriores: cuántas vidas relatadas antes de ella? Está desnuda, ha ido al bar a eso: a que este hombre que llega de lejos, que se llama como se llame, le diga justo al oído que también está borracho, pero no de alcohol. Que está borracho, no de alcohol, y tantas otras ilusiones de entusiasmos y temores. Hoy hay algo nuevo: pero sólo él se ha dado cuenta. ¿Qué?

Dile a tu cuerpo que lo pienso, dile que se cuide. Dile que escarbando en su velocidad: dile que por él descubriría la desaparición de líneas curvas. Dile que si se levanta: dile que quebrando el espacio de la boca le enseñaría que no hay porque tener cariño con el incendio.

Intentaré decir algo más, lo prometo.

05.30 AM

Me levanto, abro los ojos. Me he perdido. Esperaré a otra para ir terminando la limpieza. En la jaula hay un nido. En el nido está el recibo de la compra. Siempre han sido detalles.

Mentir, y para comodidad de este relato: mentir es como cuando se dice que el viento pasa. Yo soy viento, tú eres viento. Vuélveme a ver. Ojalá lo que te he dejado escrito en el cuerpo, el culto a la moda, durara. No lo creo. La vida no se acaba. Ojalá fuera cierto. Y sabiéndolo ahora mismo te llamo. Me has dado las gracias por todo lo que he hecho por ti en sueños. Quiero decir: perderé la memoria para encontrar mi nombre. Hablaré de mi cuando te llamo. Y habrá un nombre, tú nombre. Te llamaré, así no vengas. Así este cuarto, que llamo cuarto porque contiene una lámpara y una cama, sea otro cuando entras. Sea otro cuando te vas sin despedirte. ¿Dónde?

© **Mónica Gutiérrez Sancho y Andrés Felipe Gómez Shool**

Los autores:

Mónica Gutiérrez Sancho nació en Sevilla en el año 1973, y ha vivido gran parte de su vida en Zaragoza. Su novela *Si vuelves te contaré el secreto* ha sido publicada por la Editorial Caballo de Troya (Random House Mondadori) en enero de 2008. Ha resultado ganadora y finalista de diversos premios de relato corto y cuento, y colabora en diversas páginas y revistas literarias. Mantiene desde hace tres años el Blog: Melancolía Anónima: www.monicagutierrez.blogspot.com

Andrés Felipe Gómez Shool (Colombia 1979). Licenciado en Filosofía. Escritor y poeta. Actualmente trabaja en su primera novela. Página web donde aparecen algunos de sus poemas y escritos: <http://malvisto.wordpress.com>

UN MAL DÍA

por María Dubón

Llegué a casa con el estómago revuelto, había vomitado en el trabajo varias veces y mi jefe, en un inusual arranque de compasión magnánima y ante mi descompuesto semblante, me recomendó que me metiese en la cama hasta que se me pasara.

Al abrir la puerta del piso, sonaba una melodía que no figura entre el variado repertorio de mi discoteca y supuse que Rosa estaría escuchando la radio. Encima del sofá de la sala se encontraba tirado un abrigo azul, de corte clásico, y sobre la mesa auxiliar descansaban dos copas con restos de champán y la botella en un cubo de hielo. Empecé a mosquearme, de manera que me acerqué con sigilo hasta el dormitorio y atisbando a través de la puerta entreabierta, hallé la prueba fehaciente que confirmaba mis sospechas.

Allí estaba Rosa, con la blusa medio desabrochada, mostrando un sujetador rojo de encaje que yo no conocía, y allí estaba un tío cachas, desnudo y bien equipado, apretándola por la cintura y restregando los genitales en su vientre mientras le besaba el cuello, le chupaba la oreja, le acariciaba la nuca.

La mano de aquel bastardo se deslizaba hacia arriba por los muslos de mi mujer, le arrastraba la falda y llegaba a las bragas. Ella, la muy..., abrió las piernas para facilitarle la tarea y aquel cerdo le palpó la vulva, le retiró la tela y metió su asquerosa mano dentro de Rosa.

Quise saltar sobre ellos, apartar a aquel indeseable de los brazos de mi mujer, pero el juego seguía y yo, aún no me explico por qué, me quedé mirando.

Rosa se tumbó de espaldas en la cama, mi cama, flexionó las rodillas y apoyó los pies en el borde. Él se arrodilló con la cara entre sus muslos y le clavó los dedos en las nalgas al tiempo que hundía la lengua en su sexo ansioso. Escuchaba los gemidos de Rosa, los certeros lametones que aquel *hijo de la Gran Bretaña* le prodigaba con esmero. Debía estar próxima al orgasmo porque Rosa se incorporó levemente y agarró al hombre por la nuca estrechándolo contra sí, él deseaba prolongar el asunto, respirar, pero ella no lo consintió, para entonces se derretía de placer en la boca del desconocido.

«La mano de aquel bastardo se deslizaba hacia arriba por los muslos de mi mujer, le arrastraba la falda y llegaba a las bragas. Ella, la muy..., abrió las piernas para facilitarle la tarea y aquel cerdo le palpó la vulva, le retiró la tela y metió su asquerosa mano dentro de Rosa.»

Le permitía hacer desmadejada y su amante la empezó a desnudar despacio, muy lentamente, le besaba cada poro de piel que iba quedando al descubierto, los hombros, los brazos, los pezones, el vientre... Retornó al sexo, cuya lubricidad había dejado un cerco húmedo en la sábana, sus dedos lo abarcaban entero, rozaban el relieve abultado de los labios, jugaban con los rizos del vello, se entretenían en la prominencia del clitoris. Rosa disfrutaba complacida de esa incitadora dulzura, tenía el pelo revuelto, los ojos cerrados y una sonrisa de gozo indescriptible.

Hizo que Rosa se pusiera a cuatro patas, él le lamía el cuello, le amasaba los pechos con frenesí, le separó las nalgas y después de mojarle la entrada con un beso cargado de saliva, la penetró con tal pericia, con tanta facilidad que consiguió ponerme caliente. La tenía cogida por la pelvis con ambas manos y empujaba acelerando el ritmo, más fuerte, más rápido, más profundo, más. Aquel individuo era una máquina de taladrar, una manguera, porque cuando alcanzaron el paroxismo, tranquilo, interminable y sin estridencias, sacó la polla enhiesta del interior de Rosa y aún latía vertiendo gotas de semen.

Tuve que apoyarme en la pared, las piernas no me sostenían, tras el espasmo final los dos se habían deslizado sobre la cama y ahora yacían abrazados. La música sonaba desde la sala y yo no sabía qué

sentir, era incapaz de reaccionar.

Rosa me descubrió plantado en la puerta y él salió de su languidez y me miró espantado. Seguramente pensaban que me pondría a gritar hecho una furia, que montaría un número, que me lanzaría al cuello del miserable donjuán e intentaría estrangularlo. Los dos me contemplaban con gesto de asombro y yo..., yo me sentía indignado, estúpido, encendido.

Aquel momento me pareció breve, infinito. Rosa se levantó del lecho y caminó desnuda hacia mí, veía su cuerpo joven y esbelto, sus pechos, no muy grandes, pero firmes, su cintura estrecha, su pubis manchado de flujo propio y ajeno. Alargó la mano para tocar mi entrepierna, me abrió el pantalón y comenzó a cubrirme el miembro de tiernos besos.

–Cómo te has puesto, cariño. Si te mueres de ganas –le hablaba a mi *colega* igual que si fuera un ente autónomo y ajeno a mí.

Sus dedos se ciñeron a mi pene y sus labios se posaban deliciosamente en el glande impregnándolo de humedad.

«Aquel momento me pareció breve, infinito. Rosa se levantó del lecho y caminó desnuda hacia mí, veía su cuerpo joven y esbelto, sus pechos, no muy grandes, pero firmes, su cintura estrecha, su pubis manchado de flujo propio y ajeno. Alargó la mano para tocar mi entrepierna, me abrió el pantalón y comenzó a cubrirme el miembro de tiernos besos.»

–Rosa, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Por qué?

Pero ella no escuchaba mis débiles quejas por su traición, estaba absorta en mordisquear aquella piel sensible en extremo que se estiraba a medida que la carne adquiría forma y volumen definido.

–Sabes que yo sólo te quiero a ti –le decía a mi verga entre caricia y caricia–. Por eso te trato bien y te hago lo que más te gusta.

La sangre me bullía dentro de su boca y todo me daba vueltas.

–Eres el mejor, mi preferido –su lengua retorcida alrededor del pene lo lamía concentrándose en la punta, en el anillo del prepucio, en el orificio de la uretra, en donde procuraba abrirse paso.

–Me encanta devorarte, eres tan suave, tan duro. No hay ninguno que pueda comparársete.

Yo no resistía más y apoyé las manos en la cabeza de mi mujer.

Su boca me succionaba con avidez, me engullía, la lengua oprimía el glande contra el paladar. Rosa ya no podía hablar, pero había sustituido sus enardecedoras palabras por unas caricias que se prolongaban desde el ano, por el escroto, a los testículos.

Sucumbí, le inundé la boca de leche y acto seguido todo se volvió oscuro, negro. Cuando abrí los ojos, aquel semental desnudo me abofeteaba la cara para reanimarme y hacer que volviera en mí, y Rosa me tapaba nerviosa con el edredón. Yo tiritaba aterido, un sudor frío me empapó la espalda; iba a levantarme, la acidez amarga que me nadaba en el estómago amenazaba con salir, pero no tuve tiempo, nada más incorporarme se precipitó fuera.

Aquel canalla, el amante de Rosa, se vistió apresurado y se ofreció a llevarme al hospital. No tenía fuerzas para partírle la cara, así que le agradecí el detalle y acepté. En urgencias me diagnosticaron no sé qué infección gástrica y quedé ingresado. Fue lo que se dice un mal día.

© María Dubón

La autora:

María Dubón. <http://dubones.blogspot.com>.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

por Carlos Manzano

Desde hace varios meses, Elisa y yo nos intercambiamos nuestra ropa interior. No hay nada de enfermizo en ello, se trata tan solo de un juego inocente que ambos ponemos en práctica con la más absoluta confianza: a mí me gusta sentir el suave tacto del algodón y la lycra, la manera en que las gomas se ajustan a mis ingles o la delicadeza de los encajes, y supongo que a ella le atrae la comodidad de mis calzoncillos, la amplitud de su hechura o la holgura de la pernera. Cuando estoy en el trabajo, entregado a las tareas propias de la burocracia administrativa, me inclino sobre la mesa y aprovecho para frotar el glande sobre la suave textura de la tela. La sensación extraña, sutilmente perversa, que me produce sentir mi pene preso entre aquellas fibras inadecuadas a mi condición, agudizada por el matiz –leve, no obstante– de irreverencia que implica, logra excitarme como a un adolescente y me permite superar con algo más de ánimo las inmensas horas que todavía me quedan por recorrer.

Alguna vez ella y yo hemos hablado de eso: si nos pasa algo y tenemos que ingresar inesperadamente en un hospital, va a ser el descojone padre. Son los pequeños riesgos que hay que asumir, riesgos que, por otra parte, solo con imaginarlos nos producen cierto cosquilleo en el estómago y nos ayudan, huelga decirlo, a mantener la libido en niveles en absoluto despreciables.

Fue a Elvira a quien primero se le ocurrió ponerse uno de mis calzoncillos, no sé si por curiosidad o para provocarme un poco, pero lo cierto es que los que eligió le quedaban bastante grandes. No obstante, le parecieron cómodos y desahogados, y además –según me dijo después– le permitían frotarse el clítoris en el borde delantero de la prenda, justo

«Fue a Elvira a quien primero se le ocurrió ponerse uno de mis calzoncillos, no sé si por curiosidad o para provocarme un poco, pero lo cierto es que los que eligió le quedaban bastante grandes. No obstante, le parecieron cómodos y desahogados, y además –según me dijo después– le permitían frotarse el clítoris en el borde delantero de la prenda, justo en el ribete de la bragueta.»

en el ribete de la bragueta. Yo, como si se tratara de un desafío, me puse también una de sus bragas, y, aunque lo primero que noté fue cómo sus gomas oprimían con más fuerza de lo habitual mis ingles, la sensación de estar transgrediendo algo casi sagrado, e incluso de estar violentando de alguna manera un rol que nos ha sido impuesto desde niños como algo obligatorio, me animó a no desprenderme de ellas en todo el día. A partir de ese momento, decidimos que intercambiaríamos nuestras prendas íntimas a diario.

* * *

Aquella tarde, a la salida del trabajo, Rivas, Navarro y yo nos fuimos a tomar unas cervezas a un bar próximo, donde solíamos acudir a menudo. Navarro era compañero mío desde hace no recuerdo los años, podría decirse que entramos a trabajar casi al mismo tiempo. Nos conocíamos muy bien, hasta nos sabíamos los mismos chistes, de manera que apenas teníamos ocasión de sorprendernos el uno a otro con casi nada. Por el contrario, Rivas apenas llevaba unos meses con nosotros; además, era lo que se dice un *trepa*. Sin embargo, en poco tiempo había conseguido entablar una buena relación con Navarro, aunque todavía no logro explicarme muy bien cómo. Huelga decir que no me caía nada bien y que no me gustaba su compañía, pero mi amistad con Navarro me obligaba aceptar su presencia las tardes en que nos juntábamos a la salida del trabajo.

Rivas era un muchacho deslenguado, demasiado atolondrado a mi juicio, de esos que siempre hablan sin pensar antes lo que van a decir. No sé si las cosas que nos contaba eran verdad o pura invención suya, pero lo cierto es que a mí sus historias me importaban más bien poco. Presumía de ser un incorregible conquistador y de comportarse con arrogancia ante las mujeres, lo que a mis ojos

lo hacía aún más desagradable. Sin embargo, ni Navarro ni yo osábamos interrumpirle; en realidad, aquellas tonterías nos permitían romper con la monotonía de las ocho horas precedentes, o, por decirlo más claramente, nos ayudaban a sortear nuestras aburridas experiencias laborales. De alguna manera, pues, sus digresiones nos venían bien a los dos.

Aquella tarde –continúo–, casi de pasada, como si apenas tuviera importancia, Rivas nos confesó a Navarro y a mí que la semana pasada se había acostado con una mujer que vestía ropa interior masculina.

Ya sé que la costumbre que tenemos Elvira y yo no es en absoluto excepcional, que hay muchas otras parejas que también comparten sus prendas íntimas, pero aquella revelación despertó inusualmente mi interés. Yo casi siempre escuchaba sus historias con indiferencia. A veces reía sus gracias sin demasiadas ganas; otras, me limitaba a mirar hacia otro lado cuando sus exabruptos superaban el límite de lo soportable. Sin embargo, en esta ocasión no pude evitar mirarle directamente a los ojos y le insistí para que me confirmara aquel detalle frívolo que, no obstante, a mí me resultaba desusadamente llamativo.

–¿Dices que llevaba calzoncillos de hombre? ¿Y cómo eran?

Mi interés pareció despertar el veneno que Rivas llevaba dentro y lo animó a profundizar en las entrañas de su aventura.

–Bueno, del calzoncillo en sí no me acuerdo mucho –añadió sin dejar de sonreír–, como comprenderás se lo quité enseguida, pero te aseguro que lo que tardará mucho en borrarse de la cabeza eran sus chillidos salvajes cada vez que se corría. ¡Nunca había estado con una bestia así! ¡Era alucinante!

«Aquella tarde –continúo–, casi de pasada, como si apenas tuviera importancia, Rivas nos confesó a Navarro y a mí que la semana pasada se había acostado con una mujer que vestía ropa interior masculina.»

De repente, sentí que mi mente se nublaba por completo. Elvira también experimentaba orgasmos continuos cuando hacíamos el amor, también aullaba como una poseída, también se derretía entre espasmos incontrolados. Pero eso seguía sin significar nada. No podía cerrarme a la lógica con tanta rapidez, todavía quedaban muchos agujeros por cubrir, muchas hipótesis por desterrar. Ni siquiera tenía sentido seguir escuchando las fanfarronadas de aquel idiota sin asegurarme antes de

que lo que me estaba contando era cierto.

–Apuesto a que no te acuerdas ni de cómo se llamaba –aduje yo, dispuesto a obtener el dato definitivo que echara por tierra cualquier suposición insidiosa que hubiera podido formarme al respecto.

–¡Hostia! –dijo él, fingiendo hacer un esfuerzo para resucitar un dato que probablemente nunca había intentado retener–, pues ahora que lo dices, no recuerdo si nos presentamos, ja, ja, ja...

Empecé a serenarme. Rivas era un payaso y no merecía que le prestara la menor atención. En que me terminara la cerveza, me despediría de ambos y me marcharía a casa, donde Elvira seguramente ya estaría esperándome.

–¡Espera! Ahora que lo dices, algo hablamos de eso... Elisa, o Elena, o algo así, no me hagas mucho caso, para esto de los nombres no tengo mucha memoria.

No dijo Elvira, no pronunció su nombre. Sin embargo, sentí que aquellas tres sílabas vibraban en su boca como un espantoso eructo. Pero ¿de qué la conocía? O mejor, ¿cómo la había conocido?

–¡Bah!, ni siquiera me la tuve que ligar. La vi moverse como una perra en celo cuando estaba tomando una copa después de comer. Enseguida noté que estaba salida, que necesitaba una polla con urgencia, para eso tengo un sexto sentido, je, je. Así que no tuve más que acercarme a ella y mirarla sin disimulo. Y no me equivoqué lo más mínimo: allí mismo, en los baños, nos pusimos a follar como salvajes.

¿Cuántas mujeres hay en la ciudad que lleven ropa interior masculina, que sean multiorgásmicas y que se llamen Elena, Elisa o Elvira? La semana pasada, recordé con inquietud, ella había comido

dos días fuera de casa: el martes y el miércoles. ¿Cuándo había dicho aquel imbécil que se la había tirado? ¿No había sido el miércoles? Me daba miedo continuar con aquel interrogatorio temerario e imprudente por arriesgado, pero si me hubiera ido a casa sin saber más, sin obtener ese dato irrefutable que demostrara la incuestionable probidad de mi compañera, seguramente jamás habría podido volver a mirarla a la cara con confianza.

–Pero ¿para qué quieres que te la describa? –me preguntó Rivas en respuesta a la cuestión que yo le acababa de formular–. ¿No me digas que pretendes tirártela tú también? Pero bueno, Sánchez, ¡si yo te creía un tipo fiel y locamente enamorado de tu mujer! ¡Menuda sorpresa, tío!

No podía darle explicaciones, no podía decirle «no sé si lo sabes pero te has tirado a Elvira, grandísimo hijo de puta, te has acostado con mi compañera», primero porque no lo sabía con seguridad, y luego porque hubiera sido completamente ridículo. No podía ponerme en evidencia ante un estúpido como aquel de una forma tan infantil y tan torpe. Ante todo estaba mi dignidad.

Por suerte, me di cuenta a tiempo de que estaba perdiendo los papeles. Aquello no podía ser. Elvira me quería, estábamos enamorados el uno del otro, nos habíamos jurado absoluta fidelidad. Bueno, a decir verdad nunca nos habíamos jurado nada, pero tan solo hacía dos años que vivíamos juntos, ella no podía estar haciéndome esto. Lo más fácil es que Rivas se lo hubiera inventado todo, que no hubiese estado ni con Elvira ni con ninguna otra mujer que llevara ropa interior masculina, ni que se la hubiera tirado en los baños de aquel restaurante, y que por eso era incapaz de describirla. Y yo había caído en su trampa como un idiota.

–Bueno, si sigues interesado, te diré que es morena, de pelo corto, o media melena más bien, guapa, bastante guapa, y que viste de una manera formal, como de ejecutiva, aunque debo admitir que era la primera vez que la veía en ese sitio. No sé, a lo mejor después de lo de la semana pasada vuelve más veces, ja, ja. Bueno, si la veo de nuevo, ya te llamaré para avisarte, ja, ja.

Su risa era infame, insoportable, repulsiva. Navarro estaba a mi lado, asistiendo asombrado a aquel absurdo careo en que nos habíamos enzarzado Rivas y yo. Él conocía a Elvira, habíamos cenado juntos en más de una ocasión, y aunque nunca he sido demasiado comunicativo respecto a mi relación de pareja, en general estaba en condiciones de suponer que ella y yo nos llevábamos a las mil maravillas. Así que no creo que entendiera muy bien lo que sucedía, aunque por un segundo presentí que todo aquello le estaba escandalizando un poco.

«No podía darle explicaciones, no podía decirle “no sé si lo sabes pero te has tirado a Elvira, grandísimo hijo de puta, te has acostado con mi compañera”, primero porque no lo sabía con seguridad, y luego porque hubiera sido completamente ridículo. No podía ponerme en evidencia ante un estúpido como aquel de una forma tan infantil y tan torpe. Ante todo estaba mi dignidad.»

–Creo que será mejor que me vaya a casa –dijo oportunamente–. Y tú también harías mejor volviendo con Elvira –añadió dirigiéndose a mí–.

Cuando Navarro pronunció su nombre, yo me giré de inmediato hacia Rivas, pero éste estaba terminándose de un trago lo que le quedaba de cerveza y creo que no llegó a escucharlo. A punto estuve de seguir insistiendo: «¿no se llamaría Elvira la tía aquella, no te estarás refiriendo a Elvira, la mujer con la que vivo?». Pero no hubo oportunidad para más. Navarro me cogió del brazo, me sacó a la calle y me puso en dirección a mi casa. Siempre ha sido un buen amigo.

Cuando llegué, hacía rato que ella había regresado del trabajo. Se acababa de duchar y, aunque ya llevaba puesto uno de mis calzoncillos, uno de esos modelos anchos que hasta hace unos meses usaba yo a diario, todavía iba en albornoz. Enseguida vino hacia mí y me recibió con un beso seco y breve, como siempre hacía. Yo no quería que advirtiese mi incomodidad, pero la urgencia por saber más, por confirmar lo que ya estaba convirtiéndose en una inquietante sospecha, me impedía comportarme con naturalidad. Me sentía cada vez más tenso, puede que incluso algo violento, sobre todo al comprobar lo tranquila que estaba ella y la indiferencia que mostraba hacia mí, como si no hubiera pasado nada. ¿Por dónde empezar? Desde luego, no era tarea fácil, sobre todo si mis suposiciones eran erróneas y no quería acabar comportándome como un paranoico obsesionado por una

burda sospecha.

Sin embargo, no hizo falta idear ninguna estrategia. Elvira no tardó mucho en darse cuenta de mi actitud fría y distante, y aprovechó que yo entraba en la cocina a coger una cerveza mientras ella estaba preparando la cena para hablarme sin muchos rodeos:

–Te veo un poco raro esta noche –me dijo con esa voz suave y tenue que ponía siempre que hablaba por compromiso, sin tener nada nuevo que decir.

–Pues no me pasa nada –dije yo, mientras abría la puerta de la nevera.

Sin embargo, segundos después, casi sin pensarlo, la pregunta surgió espontáneamente de mi boca.

–¿No te sonará el nombre de Luciano Rivas?

Yo hacía considerables esfuerzos por moderar el tono nervioso de mi voz, por restar insidia a la pregunta. Nunca me hubiera perdonado comportarme bruscamente con ella, ese no era mi estilo.

–No, lo más mínimo –contestó sin variar un ápice su expresión monótona y discreta, como si aquello no fuera con ella.

Ni siquiera se puso nerviosa. «Es normal», pensé yo, «es posible que Rivas le haya dado un nombre falso, un alias cobarde. Y por supuesto, no sospecha que yo lo sé todo».

–Ya, bueno, es que se trata un compañero de trabajo que me ha dicho que te conoce.

Abrí la botella y dejé la chapa sobre la encimera. Después bebí un primer sorbo con lentitud, casi con delicadeza, intentando no hacer el ridículo atragantándome a las primeras de cambio. Mantener la compostura es algo indispensable en momentos con este.

«No sé a cuento de qué, pero las finas braguitas de Elvira que yo me había puesto aquella mañana parecieron empezar a ajustarse con fuerza a mis ingles, presionándome el glande y ayudando a bombear la sangre a ritmos acelerados.»

–Pues sigo sin acordarme –y en esta ocasión volvió su rostro hacia mí y me miró con cierta curiosidad–. ¿Y de qué me conoce él a mí?

«Te lo follaste la semana pasada en un restaurante. ¿Es que ya no te acuerdas, so puta?» Esa era la frase que tenía que haber salido de mi boca, pero el temor me detuvo. Odiaba parecer un energúmeno, un insensato que pierde los nervios de buenas a primeras y no es capaz de aceptar las cosas tal como vienen, y eso me obligaba a ser meticuloso con mis palabras y a medir con exactitud cada uno de mis pasos. O

dicho de otro modo: debía dejar abierta cuando menos una vía de escape.

–Bueno... me dijo que te conoció la semana pasada. El miércoles, concretamente.

No sé a cuento de qué, pero las finas braguitas de Elvira que yo me había puesto aquella mañana parecieron empezar a ajustarse con fuerza a mis ingles, presionándome el glande y ayudando a bombear la sangre a ritmos acelerados.

–¿El miércoles, dices? No recuerdo, pero puede ser. El miércoles tuvimos una reunión muy importante. ¿Cómo es el amigo tuyo ese? Dame alguna pista, anda, a ver si me acuerdo.

Elvira movió levemente las piernas para restregar un muslo contra el otro. Luego observé cómo sacudía la pelvis con extrema sutileza, en un gesto apenas perceptible pero que yo conocía muy bien por haberlo visto en otras ocasiones: buscaba la costura que delimitaba la bragueta de los calzoncillos.

Dejé la botella de cerveza sobre la encimera y me acerqué a Elvira por detrás. Ella continuaba simulando indiferencia por todo lo que no tuviera que ver con su tarea culinaria, pero no me fue difícil advertir su respiración cada vez más precipitada y cómo su presión arterial ganaba intensidad por momentos. Yo ya estaba completamente empalmado, y así se lo hice notar frotándome contra sus glúteos. Ella no cesaba de restregarse contra los calzoncillos, que en realidad eran los míos.

–Es algo bajito, moreno y repeinado, un poco guaperas, pero todo un perfecto descerebrado. ¿No te

suenan?

Lentamente le desaté el albornoz y le pasé las manos por el torso, buscando sus puntos más sensibles y maleables. Elvira no desatendió ni por un momento su tarea, pero su respiración continuaba acelerándose a velocidades propias de un atleta. Entonces la sujeté por la cintura y le hice girarse hacia mí.

–Quizá sí lo conozca –me dijo con voz entrecortada y cálida, casi como en un suspiro–, pero trato a diario con tanta gente así, tal como tú lo describes...

Sus manos empezaron a trabajar bajo mi pantalón, sobre mis bragas, que en realidad eran las suyas. La fritada de pimiento y tomate que estaba preparando quedó olvidada en la sartén, ajena al diálogo silencioso y táctil que estábamos comenzando a establecer ella y yo, cocinándose más de lo que cualquier paladar bien educado hubiera aconsejado.

–¿Y hay algo más que debas decirme de él? –añadí casi sin que se me entendiera, porque había dispuesto mis labios a otros menesteres más sustanciosos que el mero lenguaje verbal.

–¿Y qué es exactamente lo que quieres saber?
¿Hasta dónde quieres que te cuente?

Con dificultad, pero aún fui capaz de entender aquellas palabras que surgían al exterior amortiguadas por la presión de mi lengua dentro de su boca. No obstante, no respondí; mi urgencia física era más importante que el afán por conocer, por saber, por confirmar lo que ya era evidente.

Sin entrar en detalles sobre lo que aconteció entre nosotros –ya he dicho antes que no me gusta hablar en público de mis relaciones íntimas–, diré que ni aunque la cocina entera hubiera estallado en llamas habríamos separado ella y yo nuestros cuerpos, unidos como estábamos por fluidos tan íntimos que conectaban hasta fundirlos nuestros mismísimos tuétanos.

Al final, casi sin aliento, extasiados tras aquel alarde de fogosidad y dominados por un terrible sofoco para cuyo remedio parecía ineludible una urgente ducha de agua fría, todavía tuve fuerzas para añadir:

–Tal vez debiéramos intercambiar nuestra ropa menos a menudo. Puede que todo esto se nos esté yendo de las manos.

Elvira, tumbada aún en el suelo grasiento de la cocina, a mi lado, pareció pensárselo dos veces antes de contestar.

–¿Tú crees? –dijo ella sin apartar la mirada del techo–. ¿Piensas de verdad que deberíamos cambiar algo que funciona tan bien? ¿Tendría eso algún sentido para nosotros, Luis? ¿Nos ayudaría realmente en algo?

No supe qué decir. Permanecí callado, tirado en el suelo junto a ella, como si el tiempo se hubiera detenido de repente, como si el universo hubiera dejado de existir para siempre. Tal vez porque presentí que hay preguntas que es mejor no responder.

«Sus manos empezaron a trabajar bajo mi pantalón, sobre mis bragas, que en realidad eran las suyas. La fritada de pimiento y tomate que estaba preparando quedó olvidada en la sartén, ajena al diálogo silencioso y táctil que estábamos comenzando a establecer ella y yo, cocinándose más de lo que cualquier paladar bien educado hubiera aconsejado.»

© Carlos Manzano

El autor:

Carlos Manzano (Zaragoza, España, 1965). Ha publicado las novelas *Fósforos en manos de unos niños* (Septem, 2005) y *Vivir para nada* (Mira Editores, 2007). Ha participado en el libro colectivo *Relatos para el número 100* (Mira Editores, 2008) con el relato "Auxilio en carretera". Fue finalista del I Premio Letras de Novela Corta con *Las fuentes del Nilo* (2003). A finales de este año verá la luz su nueva novela, *Sombras de lo cotidiano*, editada por Mira Editores. Página personal: www.carlosmanzano.net

PRELUDIO Y FUGA

por Carlos Arnal

Ahora Alicia, cuando sueña, también puede ver a Damián.

Preludio.

Uno, dos, tres... hasta quince pasos cuenta Damián mientras sigue a Alicia por el pasillo de su casa. Todo recto, sin separarse de la pared. Alicia es ciega. Él se ha dado cuenta enseguida, porque ella no es de esas personas que se ponen gafas de sol para disimular la ceguera. Ha costado llegar hasta la puerta y descorrer tanto cerrojo, pero al final ella le ha abierto y le ha dado la bienvenida, el mismo acento esloveno de la voz que respondía por teléfono al anuncio de «se dan clases de piano». Ahora es ella quien guía a Damián, cegado momentáneamente por una solanera que entra inundando el pasillo, y reverbera en el suelo.

Luego Damián descubre que la casa es antigua, que el suelo está embaldosado con motivos geométricos, y que un omnipresente olor a armario ropero flota en el aire. Un piano *Steinway* preside el centro del salón. Detrás, en una estantería, hay algunas partituras del color de las hojas secas, una mini-cadena y discos de música clásica. El salón es espacioso, pero apenas está amueblado. Aparte del piano, la estantería y una discreta mesita para el teléfono, no hay nada más: no hay libros, no hay ni una sola fotografía, no hay una mesa con sillas y, mucho menos, una lámpara o un televisor. Es inútil buscar cuadros o espejos en la pared, y cortinas en la ventana donde se aploma el sol. Sólo hay colgado el diploma descolorido de un lejano y prestigioso conservatorio. A Damián le sorprende ver un tiesto con geranios en el balcón, maravilloso ejemplo de supervivencia en un medio tan soleado y austero.

Las flores del geranio eran de un rojo intenso, muy hermosas, y brillaban como una ofrenda al sol, sacudidas por la brisa.

Damián ha venido por las clases, en el barrio se habla de la pianista eslovena, algún recital en la casa de cultura del ayuntamiento, se dan clases de piano, precio económico. Damián, ¿cuántos años tendrá? «...pero aparento menos de los que en realidad tengo. Todo el mundo lo dice...cuando me ve.» Damián le explica que en su casa hay un piano de pared, y que por fin se ha decidido a aprender a tocarlo con todos los dedos de la mano, no sólo con el índice, y que le gustaría aprender a leer partituras; que bueno, tampoco es que vaya a dedicarse profesionalmente, pero ya que tiene el piano... y que, aparte de la música clásica, le gusta toda la música en general. Mientras él habla, Alicia le palpa las manos en silencio, presionando la palma y el dorso, los dedos largos y blandos. Los dedos de Alicia están fríos. Con el calor que hace. «Siéntate aquí, Damián». Le señala vagamente el piano.

«No tendría que haber esperado tanto a decírtelo. Si te guardas dentro una cosa mucho tiempo, se pudre. Mira Damián: si quieres un consejo, no pierdas más el tiempo.»

«Al principio me desconcertaba hablar contigo... alguien que no te devuelve la mirada, que te escucha y asiente con los ojos entornados, pero no puede verte. Yo seguía gesticulando igual. Seguía ruborizándome igual. Luego confieso que empecé a encontrarlo obsceno.»

Las manos del alumno recién abiertas sobre el teclado, la espalda recta, siguiendo las primeras instrucciones de su profesora. La postura es importante. Deja las manos sueltas, que los dedos estén relajados para que la música pueda fluir por ellos. Flexiona las muñecas. Así. Con actitud. Fuera barreras. Así. Alicia sentada a su lado, corrigiéndole la postura. También ella huele un poco a armario ropero, a hojas secas trituradas, a pastilla de jabón. Escala mayor arriba, escala mayor abajo con algún tropiezo. Sonata rudimentaria a cuatro manos. Así.

Así uno y otro día. El alumno progresa. Se van conociendo en el trabajo y en los silencios. Alicia no utiliza libretas pautadas para mostrar a Damián cómo se toca un *legatto*, o cuál es la diferencia entre corcheas y anacrusas. Todos los ejemplos, se los dibuja en la palma de la mano. También le explica, a

un nivel más teórico, que a cada nota musical le corresponde un color, y que la diferencia entre la vista y el oído no es tan grande, si la consideramos en términos de frecuencias de onda. A golpes de metrónomo, Damián consigue tocar algunos pasajes.

«Te falla la coordinación, Damián. Pierdes tiempo buscando las teclas. Tus ojos y tus manos se estorban. Ese es un vicio que tenéis todos los principiantes y que yo no he tenido que corregir. Piensa que los ojos son independientes de las manos. No necesito verte para saber que estás aquí. No necesito ver las teclas, el piano ya está en mi cabeza antes de sentarme a tocar, es sólo un intermediario. No digo que no me gustaría verlas. Sé que las teclas son blancas y negras, aunque “blanco” y “negro” ya no me digan gran cosa: sí, recuerdo los lápices de colores, recuerdo a una niña que pintaba nubes y pájaros. Sé que mi piel es blanca, sé que tu pelo es oscuro, como tu voz (no servirías para tenor). Todo eso son las teclas para mí. Pero no necesito verlas. Conozco su posición exacta, igual que tú conoces las escaleras que llevan a mi puerta. Las pulso igual que tú subes o bajas cada escalón, sin necesidad de pensar cada paso que das, ya sabemos a dónde nos dirigimos, ¿verdad? Conozco el sonido exacto de cada una, y sus intervalos, y la composición de los acordes, y el efecto que provoca una determinada progresión en el oyente. De hecho para mí es infinitamente más natural subir escalas que subir escaleras. Lo llevo dentro. ¿A ti no te pasa eso?»

Recital de Alicia al final de una clase. El alumno puede admirar el perfil eslavo de su profesora, su silueta dulcificada por una luz interior, erguida frente al piano invisible, mientras por ejemplo un *impromptu* de Schubert, una *partita* de Bach, o un *divertimento* mozartiano. Entonces todo adquiere una consistencia extraña, atemporal. Hay algo más. La luz y el aire quedan en suspenso, y el salón entero sin muebles, los geranios al rojo vivo del balcón, el pelo limpio de Alicia dormido sobre los hombros de estatua, todo eso se transmuta en otra cosa. (Entonces el mundo era el reflejo de otro mundo). Damián sigue con los ojos aquellos dedos más rápidos que el pensamiento; aquellas manos casi traslúcidas, ajenas al sol que perfila el teclado, dibujando unos sonidos que se llevan lejos el mundo visible en un revuelo de espejos alborotados. Y sólo queda en pie un enorme armario ropero, absorbiendo los cuerpos que gravitan a su alrededor, eterna danza cósmica; hasta que una modulación suprime todas las especulaciones de un zarpazo, y ahora la melodía se repite desde la coda, cadencia conclusiva que reinstala al mundo en su lugar y lo confirma.

Entonces el mundo era el reflejo de otro mundo. Entonces se abría una puerta y se producía una invasión, un vuelco, como una mano sedienta que va tanteando y topa con un vaso de agua y lo vuelca en la oscuridad. Eso era la música, una plenitud que no se colmaba nunca, que no se podía colmar. Entonces bastaba respirar hondo y cerrar los ojos, para comprender que había una presencia ahí al lado con pelo y uñas, un armario ropero, un vaso volcado, un espejo, la trastienda de las cosas terrenales, o algo así.

Alicia se balancea, sumida en un éxtasis interpretativo, los ojos cerrados, y Damián quiere sentarse debajo del piano y meter la cabeza por la falda que le cuelga por las rodillas, y jugar al «frío-frío» entre sus piernas blancas y recostar la mejilla sobre el muslo que promete una indescriptible tersura, algo parecido a una almohada de hojas secas trituradas y de jabón de lavanda, y seguir entrando, hasta el coño de la pianista eslovena, «caliente-caliente», y al cuerno con todos los pentagramas y las claves de sol.

«No creas que necesito verte para saber cómo me miras, Damián. Yo sé cuando me estás mirando, lo sé por el modo en que callas y contienes la respiración. Por la prolongación insolente de tus silencios. ¿Estás ahí? Siento tu presencia, la provocación de tus ojos clavándose en mí. El *tempo* acelerado de tu corazón. Me estás mirando. Lo sé, aunque no te diga nada. Y yo toco para ti, Damián. Respiro al unísono contigo. Traduzco nuestros latidos a notación musical. *Semicorcheas*. *Presto*. Quizás la música sea eso. Respiración. Corazón.»

*«Recital de Alicia al final de una clase. El alumno puede admirar el perfil eslavo de su profesora, su silueta dulcificada por una luz interior, erguida frente al piano invisible, mientras por ejemplo un *impromptu* de Schubert, una *partita* de Bach, o un *divertimento* mozartiano. Entonces todo adquiere una consistencia extraña, atemporal.»*

Alicia alarga una mano en la oscuridad y descifra el rostro de Damián, lo lee con las puntas de los dedos, lo dibuja en su pizarra mental. Frente amplia, nariz recta, barba descuidada: símbolos masculinos que, sumados a la voz de Damián, configuran un rostro, una presencia para Alicia. En notas musicales, quizá una tríada mayor o menor: re, la, mi. Barba, nariz, frente. Le cierra los párpados temblorosos. «Ahora ves como yo veo. Así, extiende las manos. Ahora toca tú mi rostro». Damián travieso, boca chupa-dedos, en un descuido. Aliento denso que rueda sobre la mano tendida de Alicia, y sus dedos fríos que se revuelven incómodos, arpegiando en el aire, risa de cosquillas, manoteo, batalla de renunciadas. Y después una concesión de besos y lengua y baba y pelos por todas partes, y notas goteando al azar, todo eso Damián sin abrir los ojos.

Por hoy ya está bien, la lección concluye antes, rematada por un estrepitoso *diabolus in musica* (involuntario) de Damián: cataclismo con sabor a piedra de sal, áspera en la lengua, seguido de una peste amarillenta de azufre que invade el salón. Alicia ríe sin malicia, con todo el rostro menos con los ojos entelados: «acabas de invocar al diablo», dice, y entonces Damián se pone a aporrear las teclas como un poseso. Aquí no. Irrumpen en el dormitorio. En el dormitorio de Alicia. No encienden la luz. El armario huele a alcanfor, incluso con las puertas cerradas. La cama cede, y los muelles del somier crujen. Alicia se come a Damián con las manos y con la lengua. Modela su torso masculino. Araña su espalda sin que él profiera un solo quejido. Se coloca encima del cuerpo rendido de Damián. Así. Él vuelve la cabeza hacia la mole del armario de madera de cedro, donde cuelgan los vestidos de Alicia, así, como costillares de reses en un matadero, así, la carne abierta es de un color rosado, mojada. Así. Alicia erguida sobre Damián, valquiria en pie de guerra.

Y ruedan y ruedan sus cuerpos desnudos, los soles cruzan la ventana de la habitación. En la hora de la tregua, el aliento desmayado se condensa entre la piel y los labios entreabiertos. «Si pudieras verte desnuda. Si pudieras verte como sólo yo te veo.» Alicia, muñeca de nieve a punto de fundirse sobre la cama, vaporosa, el pubis y los pezones y los labios, y el pelo deshilachado flotando a la deriva, inasibles. Damián trata de abarcarlos con las manos, con la boca, sin aliento, naufrago loco y desnortado.

«Y ruedan y ruedan sus cuerpos desnudos, los soles cruzan la ventana de la habitación. En la hora de la tregua, el aliento desmayado se condensa entre la piel y los labios entreabiertos. “Si pudieras verte desnuda. Si pudieras verte como sólo yo te veo”»

«Fue un fognazo. Eso recuerdo. Un fognazo que, al bajar la cabeza, ya no se iba. Yo me lo quería quitar de los ojos, pero había todo de chispas flotando. Recuerdo que me los restregaba con fuerza, hasta que me caían lágrimas. De mi padre y mi madre recuerdo sobretodo cuando me explicaban que el color blanco me había entrado en el cuerpo por los ojos, que yo era una niña especial, que el sol se había enamorado de mí. Tendría ocho o nueve años cuando me quedé ciega. Se me nubló la vista: las cosas y las personas perdían su contorno y se emborronaban. Se diluían los

colores, como en una acuarela. Ya no tenía ganas de dibujar, yo que solía pasarme horas metida en mis dibujos. En todos había una historia. Pintaba siempre los árboles con el tronco marrón y la copa verde, las casas con el tejado rojo, y repasaba las tejas con el lápiz negro; y al final un arco iris que iba de un extremo a otro de la hoja. Hasta que todos los colores fueron una sola mancha gris. Ya no volví a dibujar. Los he ido olvidando, los colores. Menos cuando sueño. Porque cuando sueño soy otra. Al principio, recuerdo que caminaba como los sonámbulos, topando contra los cantos de los muebles o el quicio de las puertas. Era doloroso. Tenía las piernas y los brazos llenos de moratones. Yo era muy pequeña entonces, y estaba muy triste porque creía que me había muerto de verdad y que vivía en el reino de los muertos, jugando al corro de las sombras. Entonces sólo quería estar dormida, porque en mis sueños todo volvía a ser como antes. Luego perdí la visión por completo, y eso sí que fue como morirme. Imagínate, sólo ocho o nueve años tendría yo. Un día, mi madre me trajo un órgano de esos que van con pilas, porque veía que ya no jugaba con mis hermanas y que estaba siempre triste y con la cabeza gacha.»

«Entonces lo último que viste, debiste verlo con ojos de niña. El mundo, tu cuerpo, debiste verlos por última vez con ojos de niña, y por eso tienes una doble vida, el abismo entre ver y no ver. Me gusta pensar en eso, en que tu último recuerdo visible del mundo se remonta a la infancia: un recuerdo de caramelos, polvos de talco, lápices de colores, crujiente papel de celofán en el cielo del pesebre...»

«Porque cuando sueño soy otra. Cuando sueño, todo es como un día de hace muchos años: una calle soleada y amplia que parece no tener fin, bullicio de gente. El cielo es azul y los árboles de la acera tienen el tronco marrón y la copa verde, como en un dibujo. Puedo mirar fijamente al sol sin quedarme ciega. Los colores son tan intensos que vibran en un acorde. Yo voy corriendo y llevo un vestido muy bonito y entonces un golpe de viento me lleva en volandas. Mis padres me dicen adiós, adiós, mientras yo subo por el aire sin miedo, y me voy flotando por encima de la gente y de los árboles...»

Fuga.

Al día siguiente, Damián no viene a la clase de piano.

«No. A ti no te pasa eso, ¿verdad? No sientes la música. Es decir, no te sale del estómago o de la cabeza, sino de algún lugar inconcreto, “toda la música en general”, como tú dices. La reproduces como si fuera una tabla de multiplicar. Al principio, como en cualquier arte, el alumno siempre progresa. Los primeros peldaños se suben rápido. Pero ese primer progreso es engañoso. Porque a partir de ahí, todo se hace cuesta arriba y el progreso ya no es tan evidente. Mira Damián: si quieres un consejo, no pierdas más el tiempo. Dedicarse a la música, igual que a cualquier arte, exige dedicación absoluta. ¿Quién está dispuesto hoy en día a sacrificarse? ¿Quién no prefiere prostituir su espíritu en las ocupaciones absurdas de la gente corriente, en las distracciones vacías con que la sociedad de consumo nos narcotiza? ¡Sólo un auténtico talento encontrará el coraje para dedicarse al arte en cuerpo y alma! Para el resto, sólo se trata de un pasatiempo burgués y ocasional.»

Pasa otro día. Damián, el único alumno de Alicia, ausente.

Ella lo esperó toda la tarde, acariciando el piano, *aria da capo*, dejando apagarse las notas entre las cuatro paredes de esa caja de resonancia que era el salón desprovisto de muebles. Cuando el sol había cruzado la ventana y ya no daba calor, ella seguía tejiendo y destejiendo arpegios, escalas dodecafónicas, variaciones de Penélope sobre un único tema: Da-mi-án, re, la, mi, barba, nariz, frente. Frente amplia, nariz recta, barba descuidada. Barba recta, nariz amplia, frente descuidada. Nariz descuidada, frente recta, barba amplia.

«¿Quieres un método de piano efectivo? Ponte una venda en los ojos. Atrévete a subir y bajar las escaleras con los ojos vendados. Ese es el verdadero método. El resto es solfeo y mecanografía.»

Por tercer día, Damián no viene.

«Y no creas que necesito verte para saber que sigues ahí, espíandome, observando mis movimientos, escondido en la materia del silencio. No andas muy lejos. Lo sé. Tu aliento vibra en el aire. Me corre entre los dedos, telaraña de incienso. Arde contra mi rostro y lo perfuma. Puedo oler tu piel encendida, tu pelo oscuro creciendo. ¿Estás ahí? Sí, estás. Estás debajo del piano: si alargó el pie le darás un zarpazo y lamerás la herida. Estás en el pasillo, estás junto a las puertas esperando a que yo pase para soplar en el pelo. Estás escondido en el armario, agazapado entre mi ropa, olisqueándola, restregándote como un perro impúdico, esperando la noche para violarme. ¡Oh, poséeme! ¡Sal cuando quieras! Yo soy tu muñeca de nieve. Mi piel es blanca. Ven. Deja la huella mojada de tu cuerpo en mi cuerpo. Sé que me vigilas. Lo sé. Estás jugando conmigo porque sabes cómo me excita que juegues conmigo. Al escondite. Lo sabes ¿verdad? ¡Oh, poséeme ya! ¿No ves como me golpeo contra las paredes y las puertas? ¿No ves los morados en mis brazos? Escucha. La casa está vacía, estamos tú y yo solos, y los latidos gigantes de tu corazón, tu corazón prisionero en el armario. Por toda la casa el eco bestial de los latidos. Esperando agazapado en el calor y en el olor de mi ropa, para salir a buscarme, de un salto tu noche y mi noche iguales, a tientes, a cuatro manos, a cuatro patas, como tú quieras, siempre como tú quieras, mi Damián, mi Demonio. Demonio del armario. Señor Demonio, piedra de sal, raspa mi lengua, asoma tu zarpa, deja que lama tu mano salada. Señor Demonio, bestia peluda, cuernos de cera, sal del armario. ¡Sal cuando quieras! ¿Estás ahí?»

© Carlos Arnal

El autor:

Carlos Arnal Uno que escribe cuentos en <http://www.diariokosmonauta.blogspot.com>

SU ALIENTO SOBRE MI ESPALDA

por Elena Casero

A través del cristal de la ventana sentí de nuevo su mirada, intensa, cálida y físicamente cercana. Comprobé que la perturbación que me producía verme observada aumentaba día a día. Corrí las cortinas para no presentir la sensación que, contra mi voluntad, se acrecentaba en mi interior.

Ese simple gesto –correr las cortinas– me alivió. No sabía quién era porque su rostro permanecía lejano, pero presentía que no me era desconocido. Su mirada transmitía inquietud y placidez, deseo, lujuria y desasosiego. Después de correr las cortinas y, sin saber cuál era la razón, la tranquilidad me dejó como aletargada, sumida en el adormecimiento que nos produce un dolor mitigado por un fármaco.

Durante varios días las cortinas permanecieron cerradas, hasta que una noche, sin acordarme de él, ni de su mirada turbadora, ni de las sensaciones que su mirada penetrante había removido en mi cuerpo días atrás, las descorrí.

Encendí la luz de la lamparilla de pie. La tonalidad amarillenta de la bombilla creaba en mi habitación un halo casi irreal, suavizando las formas rectas e incisivas de los muebles, agrandando las sombras y procurando un ambiente confortable. Encendí la radio, cogí una novela y me senté en el sillón, debajo de la lámpara de pie, cerca de la ventana.

Al cabo de un rato de lectura, y aunque no era muy tarde pensé que sería mejor ponerme más cómoda por si me quedaba dormida, como a veces me ha sucedido. Me incorporé de la butaca, dejé la novela sobre el asiento y al girar la cabeza hacia la ventana lo sentí. Allí estaba de nuevo. La mirada, carente de rostro, susurrante como una voz, cálida como una boca, zozobrante como unas manos expertas, me esperaba a través del cristal bañado en reflejos lechosos.

Mi cuerpo comenzó a navegar entre sensaciones indefinidas, pero no por ello menos placenteras. Los rayos de la luna y la luz de la bombilla se confundían sobre el cristal de la ventana, armonizando entre ellos. Yo estaba como paralizada, no sabía cómo actuar. Aquella mirada, que yo buscaba ahora y que presentía engarzada entre las luces, me iba recorriendo el cuerpo lentamente, forzándome a sentir, sin ser yo consciente de ello.

«Sonrió y yo sonreí. Y en aquel gesto resumimos un conocimiento de mil años, recobramos la conciencia de que él y yo nos habíamos conocido y amado en la antigüedad y que nuestro encuentro señalaba el final de una tregua que nadie sabía cuánto había durado.»

Me acerqué a la ventana, casi pegada al cristal, como impulsada por un resorte. Y fue entonces cuando por fin, por primera vez, conseguí reunir una mirada y un rostro.

Él se acercó también a la ventana y sus ojos fueron como dos rayos abrasadores que se deslizaron lentamente por mi cuerpo, quemándome hasta lo más intrincado de mi ser.

Sonrió y yo sonreí. Y en aquel gesto resumimos un conocimiento de mil años, recobramos la conciencia de que él y yo nos habíamos conocido y amado en la antigüedad y que nuestro encuentro señalaba el final de una tregua que nadie sabía cuánto había durado.

Sus ojos tenían un brillo especial aunque parecieran tristes. Nos separaba una distancia física que impedía que el acercamiento se produjera. Sin embargo, yo lo sentía frente a mí, como si los impedimentos no existieran, como si hubiera venido volando a través de las calles, envuelto en la

luz que me acariciaba.

Sus ojos me absorbieron y nuestras mentes empezaron a recordar la última vez que nos amamos. Sin previa señal comenzamos los dos a desabrocharnos los botones de la camisa. Su torso, el que tantas veces, desde hacía mil años, yo había anhelado sin ser consciente, me devolvía la luz del pasado. Sus pezones, tan erectos como los míos, que él me había enseñado a besar, a morder con movimientos diminutos, como los ratoncillos de las veredas de los ríos, me trajeron a la memoria noches interminables, olores de barro reseco, aroma de heno, el baño de las estrellas.

Terminé de desabrochar mi blusa y sentí sus manos desde la distancia, desde su mirada, a través de la luz, recorriendo con la avidez que aseguraba el final de la tregua las pequeñas areolas que sobresalían como dos puntos rosáceos bajo el resplandor lechoso de la noche.

Nuestro silencio no impedía que nuestro entendimiento fuera completo. Él nunca había sido hombre de muchas palabras, y desde hacía mil años nos lo habíamos dicho todo. Me bastaba sentir el roce mental de sus manos sobre mí para que todo lo que se había dicho resurgiera con intensidad.

Noté su tibio aliento sobre mi espalda, cercandome mi oreja, musitando antiguas palabras que nos acercaban uno al otro. Él frente a mí, en aquella lejana ventana, dirigiendo mi cuerpo hacia el suyo. La falda cayó a mis pies, casi como un sublime homenaje hacia el recuerdo de lo que sabía que se iba a producir a continuación. Su mirada seguía clavada en mi cuerpo, posesivamente. Al mirarlo comprobé que él ya se había desnudado, como hacía antaño, siempre era el primero en hacerlo para después desnudarme a mí con la parsimonia que él llevaba a cabo todos los actos conmigo: degustándome, paladeando cada poro de mi piel, su lengua astuta que recorría los lugares más inverosímiles en busca de la más mínima porción de goce que el cuerpo quisiera esconder.

Mi boca sintió su ardor viril. Y mi lengua, que él había entrenado para nuestro placer se revolvió con su contacto, lujuria familiar que devolvía a mi cuerpo el movimiento dormido. Percibía la intención de sus ojos que me impulsaban a seguir con el juego mientras su voz musitaba todas aquellas cosas que el cerebro había despertado en sus confines más ocultos.

«Su boca, descendiendo desde mi nuca, atravesó la hondonada de mi espalda, los repliegues de mi cintura, el profundo cisma escondido que se abrió al apetito de su lengua. Labios con labios, mi cáliz rebosante en su boca, el corazón latiendo en cada uno de las ínfimas terminaciones nerviosas que él atacaba con diligencia.»

Su boca, descendiendo desde mi nuca, atravesó la hondonada de mi espalda, los repliegues de mi cintura, el profundo cisma escondido que se abrió al apetito de su lengua. Labios con labios, mi cáliz rebosante en su boca, el corazón latiendo en cada uno de las ínfimas terminaciones nerviosas que él atacaba con diligencia. Su maestría, perfeccionada tras tantos años de tregua, se deslizaba con precisión, succionando cada poro, lamiendo mi carne, ayudándose de sus dedos expertos, concedores del arte del placer.

Su mirada inmutable sobre mis pezones, mis ojos entrecerrados absorbiendo el placer infinito, mi lengua atravesando su cuerpo, murmurando deseos a su oído, mil años de espera, mil años de goces retenidos por el tiempo, ahora rememorado. Mi boca llena de su fuerza, que vibraba en el interior.

Me tumbó en la cama. El reflejo lechoso disolvió en la habitación la claridad amarillenta de la lámpara. La habitación quedó cuajada del antiguo fulgor que envolvía nuestras noches bajo las estrellas..

© Elena Casero

La autora:

Elena Casero (Valencia, España, 1954). Es autora de las novelas *Tango sin memoria* (Mira Editores, 1996) y *Demasiado tarde* (Mira Editores, 2004)

JENNY O EL VACÍO ÉTICO

por Salvador Alario Bataller

Jenny, aunque en realidad se llamaba Juana, era una chica muy guapa. En realidad acaba de cumplir los dieciocho en noviembre, el día once; era una escorpio integral, decía que siempre sentía mucho calor en el «chichi» y, además, tenía un cuerpo de cine. Su aspecto general era de «vamp» inconfundible y eso le gustaba una barbaridad: pelo negro, lacio y largo, chatilla, ojos grandes y oscuros, labios regordetes, muy sensuales (mamadores, decía ella) y un cuerpo de locura; su trasero era grande y redondo, como una manzana, bien partido, un pelín hacia afuera, justamente lordótico, sobre unas piernas fuertes y hermosas, que trataba siempre de exhibir lo máximo posible. Sus senos se ofrecían grandes y túrgidos, tal vez demasiado para su edad, para la niñez inviolada de sus facciones y, como era sabedora de lo que valía un buen cuerpo, caminaba así, desenfadada y moviendo demasiado las caderas, es decir, con mecimientos de puta redomada. Todo ello daba mucho morbo a aquel cuerpo pletórico y bien conformado, adornado por una cara de colegiala, medio putilla, niña mala.

Era sábado y tenía que salir a divertirse, ir de marcha. Sus amigas estaban de vacaciones, por lo que tenía que valérselas por sí misma. Sus padres se fueron al chalet y la hacían estudiando, preparando el examen de selectivo que sería en septiembre. Bueno, pensó, había tiempo suficiente para leérselo por encima. Ahora tenía que disfrutar de la noche y la noche del sábado era lo primero. Sacó de su pequeño bolso el monedero e hizo un mohín displicente al encontrar aquellos doce euros solitarios. Tenía, pues, que apelar a los recursos infalibles.

Fue a la parada del autobús. Hacía bastante calor y había solamente dos viejos aguardando al ochenta y uno. Cuando llegó lo tomaron. Se sintió bien en el ambiente fresco del aire acondicionado y hubiese deseado que el trayecto durara un poco más. No obstante se bajó en la Plaza del Rey. Eran las siete de la tarde y había bastante tráfico para ser finales de julio. Miró al parque y vio en el banco a un hombre, de unos sesenta años, leyendo el periódico. Se acercó, sentándose a su lado. El hombre la miró.

– Si me das treinta euros te hago un francés –dijo con aquella voz cautivadora y muy putona que ponían en los anuncios de sexo de la tele–. Te caerá la baba.

El hombre la miró sorprendido –debería ser un tipo bien, pues iba enfundado en un traje caro, con corbata de seda–, después la cara se le alteró con una sonrisa de sátiro y, sin decir palabra, le indicó con la mano la entrada de un aparcamiento subterráneo que quedaba a mano.

–Me vas a alegrar la tarde –murmuró el anciano–. Tengo el coche dentro, en un rincón apartado. Es un buen sitio para eso.

El vigilante, desde su caseta, les miró con ojos inciertos, después hizo un breve saludo, al cual respondió escuetamente el hombre mayor con un movimiento de cabeza.

Al final, oculto tras una columna, había un Mercedes gris metalizado. El hombre sacó las llaves y abrió una puerta trasera. Se metió dentro y se arrellanó en el asiento, abriendo bastante las piernas y, ella, inmediatamente, se lanzó sobre la bragueta. Hacía eso siempre, se la chupaba a algún carcamal antes de irse a la discoteca; así obtenía algunos billetes extras.

El viejo jadeaba excitado y de vez en cuando resoplaba fuerte. Se la sacó, tenía prepucio y ella, tirando hacia atrás descubrió un glande grande, reluciente, un poco lívido. No esperaba aquella pistola en semejante carcamal. Tenía una polla larga y dura, el viejo cabrón. Se la metió en la boca sin preámbulos, hasta la garganta, mientras el mamón gemía y le decía cochinas con voz entrecortada:

–¡Chupa guarra! ¡Cómetela cerda! ¡Mámala putita!

Ella subió la cabeza tres veces, succionando aquel trozo de carne caliente y suave y el fulano, en apenas quince, segundos, eyaculó. La sensación de tener el semen en la boca no le disgustaba aunque fuese el de un viejo, al contrario, le gustaba tragárselo, saborearlo un poco en su boca, mezclarlo con la saliva, antes de engullirlo. La leche del puerco senil era poca, pero espesa.

–¡Otra! –ordenó el hombre, dejando caer encima de su pene un billete de cincuenta.

Ella se la metió nuevamente en la boca y chupó el glande, lengüeteó el frenillo y después folló aquella polla todo lo larga que era, ya erecta otra vez, aunque menos dura que antes; tuvo que aplicarse un poco más a fondo, pero en un par de minutos ya estaba fuera del coche, mientras el pájaro se quedaba desmadejado en el coche, la picha flácida, casi dormido, los ojos en blanco, con una sonrisa bobalicona en su cara de pergamino.

«Que te follen», pensó la nena, apresurándose a salir, en dirección al rectángulo de luz.

Viéndola pasar, al guarda se le dibujó una sonrisa maliciosa. Ay, esas guarrillas, pensaría, sin duda, poniéndose cachondo.

Le encantaba ir a Clímax-Cenital los sábados por la noche porque, como solía decir, había mogollón de gente y una marcha que era una caña. La música no paraba, siempre muy fuerte, aunque hacía demasiado calor. No obstante había un ambientazo de puta madre, que enganchaba, que le llegaba a una hasta los ovarios. El «bacalao» y la música «máquina» se mezclaban arrolladoramente y la gente se divertía a caudales. Acababan drogados, jodidos, enervados y sudados como cerdos, pero valía la pena; uno se sentía vivo, introducido en un mundo mágico diferente al gris de todos los días y notaba que había sucedido algo, que formaba parte de un mundo inconsútil cuando, quebrado hasta las esencias, dejaba caer su cuerpo en la cama a las doce del mediodía, después de dos días seguidos de juerga.

Esa noche le gustó especialmente el ambiente, la música era súper-cañera, más que nunca, y había un montón de tíos buenos, bastantes ciclados y luciendo tatuajes bizarros. Se preguntó, riéndose de su propio chiste, dónde se metían durante la semana y rió más todavía al decir, para sí, que a ella tampoco se la veía durante esos días, con lo buena que estaba.

El gorila de la entrada la dejó entrar sin pagar, dejando caer sobre ella una sonrisilla socarrona. Se lo había follado unas cuantas veces, pero no era gran cosa pese a tanto músculo. Eso le valía la entrada gratis, sin embargo. Siempre sacaba partido de ese don que la naturaleza le había dado.

Dentro, echó una ojeada alrededor para comprobar si algunos habituales habían llegado y así, al primer golpe de ojo, no vio a nadie, en aquella multitud alocada que se cimbrea por todos los sitios, que movía el esqueleto al compás de una música fuerte y sincopada.

Había un montón de cerdas tragando en la barra, provocando a aquel camarero moreno, cubano, que estaba para merendárselo. Se veía también bastante gente dándole la espalda, mirando como la turba bailaba en la pista, donde estallaba una vorágine de luces, sones de bacalao y cuerpos frenéticos. Bastantes parejas se pegaban la paliza en los reservados, allí, a unos metros, a su izquierda, en los rincones oscuros que olían siempre a colonia barata, sudor y corrida.

«De aquel rincón hediondo salió una guarra con camiseta blanca, a la que se pegaban las tetas impresionantes, marcando los pezones erectos, una chica esbelta y de rubia melena, que le llegaba casi hasta el culo. Estaba imponente, había que reconocerlo.»

De aquel rincón hediondo salió una guarra con camiseta blanca, a la que se pegaban las tetas impresionantes, marcando los pezones erectos, una chica esbelta y de rubia melena, que le llegaba casi hasta el culo. Estaba imponente, había que reconocerlo. Se acercó a Jenny, sonriendo.

Rosy (así, con y griega al final) era, tal vez, la más potente de las chicas que iban por allí y la más salida, pues era capaz de pasarse por la piedra a más de una docena de tíos en una noche normal y, aún así, quedarse a media ración. En el fondo, a pesar de una implícita competencia entre chicas estupendas, marchosas y salidas, Jenny sentía admiración por Rosy. Era la más puta, requeteputísima, y eso, en la noche cachonda, representaba el salvoconducto para lo que una quisiera. Incluso los maderos tragaban con ella. Además, era una tía con pelás, muy enrollada y andando a su vera nunca le faltaba a una cuatro copas o cuatro rayas.

–¿Qué tal?

–Bien, acabo de llegar.

–Yo llevo aquí una hora. Me da la impresión de que hoy la noche será fuerte.

Rosy llevaba una minifalda roja, una de esas de goma que se pegaban a la base del culo y que se iban subiendo hasta que dejaban ver prácticamente el coño. Jenny no pudo dejar de admirar sus hermosas tetas ni su culo redondo y turgente, como una pera.

Sí, tenía un trasero perfecto y Jenny se sentía siempre un poco morbosa cuando la tenía cerca. No es que fuera bollera, pero no le daría asco enrollarse una noche con ella. A veces se había masturbado con esta fantasía y estaba convencida que algún día sucedería. También Rosy la miraba a veces de manera significativa, aunque principalmente le fueran los tíos. En la vida una debía probarlo todo.

–Acompáñame –le dijo Rosy.

Entraron en los aseos. Estaba todo bastante limpio, si se tenía en cuenta la gente que entraba y salía. No obstante, era pronto todavía y a las tres de la madrugada aquello parecería un corral de cerdos.

Se metieron en un servicio y cerraron la puerta. Rosy sacó una papelina y la cortó sobre la tapa del váter. Aquello era de puta madre, le permitiría ir aguantando el tirón de la noche.

Sí, le encantaba hacerse unos buenos tiros y después meterse quince cubatas entre pecho y espalda, y un puñado de pastillas, y así llegar a aquel punto donde no se sabía lo que se hacía, rebasar la frontera entrando en el mundo de la inconsciencia y la falta absoluta de control. La cosa, no obstante era peligrosa y más de un amigo se lo había advertido; viendo como se ponía, tenía muchas posibilidades de que algún día le sucediese algo grave. Pero ella sabía que estaba en un rumbo irreversible, que nunca le había sucedido nada y que lo importante era divertirse, pese a los peligros potenciales. La peña estaba mal, el mundo estaba mal, todo estaba peor.

«Subió con aquellos dos, que parecían tipos de esos que ganan mucho dinero, yuppies o como mierda se llamen, que juegan a la bolsa y tienen gustos caros. Se metieron por un camino vecinal y, allí, entre unos cañaverales, se lo hicieron de todas formas. Uno incluso le dio por el culo.»

Rosy cortó la farlopa con una seis mil y enrolló un billete de diez, ofreciéndoselo. Había dos rayas, gruesas y de a palmo, joder. Efectivamente, Rosy era una tía total, súper-enrollada.

Cuando salieron, había mucha más basca en el local; el ambiente hervía. Tenían que avanzar abriéndose paso con los codos. El lugar parecía más oscuro, la gente bailaba más descontrolada al ritmo máquina, en un ambiente caótico y devastador. Allí estaba, pensó Jenny mientras sentía el regusto amargo deslizarse por su garganta, la sal de la vida, el copón de la hostia.

Se tomaron un cubata y bailaron un rato, de aquella manera provocativa, moviendo bien el culo y las tetas. Alguien le tocó por la espalda y, al volverse, Jenny se tropezó con una cara de ojos aguanosos y mirada perdida. Aquel tío estaba súper-colocado. Era el que estaba con Rosy en el reservado, del cual le dijo que no conocía de nada, que estaba bien y que así, en un plis-plas, se habían enrollado. Se lo presentó. Se llamaba Toni, sí, con i latina al final, y parecía un tipo divertido. Las invitó a otra copa.

De hecho tomaron varios pelotazos y fueron apareciendo tíos que ella no conocía de nada y que les decían las mismas chorradas de siempre. Ya iba notando la cabeza turbia, las ideas difusas, aunque lograba recordar que se fueron unos cuantos al baño y se tomaron mogollón de pastillas.

Sentía mucha sed y bebió más, mucho más, porque el tío aquel, Toni, pagaba. Tampoco lo recordaba bien, pero en cierto momento se vio en el reservado, chupándole la polla. Tenía un aparato grande, con un glande perfectamente descapullado y gordo. No empalmaba bien, pero ella y Rosy consiguieron que se corriera, aún con media erección. El tío se quedó dormido y las dos salieron a la barra, a beber más, hasta que en un momento indefinido, se separaron y se perdieron durante el resto de la noche.

Así mismo creía recordar que vio a Rocky, un camello, un tipo alto, moreno, apatillado, con perilla, con anillos en la oreja y pinta de macarrón. Creyó acordarse de que follaron y así debió ser porque se encontró de repente con una buena bola de farlopa en las manos. Habría tres gramos por lo menos por lo menos, pero los consumió en menos de una hora.

A las dos y media aproximadamente –porque a las dos se hizo una buena raya y miró el reloj y estaba aún de este lado– perdió el control. Sabía que había estado bailando y bebiendo y tomando pastillas, pero

después algo hizo «¡puf!» en su cabeza y le cayó como un plomo el olvido. Sabía también que había estado jodiendo sin parar: no sabía a cuantos se había tirado a lo largo de la noche ni lo que había hecho en un espacio de casi tres horas

Eran las ocho de la madrugada cuando le fue bajando la turca. Estaba a la puerta de la discoteca, ya era de día, hacía un sol pesado, que hacía casi difícil el respirar.

Una manada de urbanitas noctámbulos, pastilleros, discotequeros y especímenes diversos, fueron saliendo de aquel cuadrado de cemento y cristal. Se metían en los coches y arrancaban en dirección a la capital. Ella se sabía sola. Tenía que buscar a alguien para ir a la capital. Había un par de tipos mayores, de unos treinta años, que entraban en un coche deportivo. Ella se les acercó y les prometió unas buenas mamadas si la llevaban a casa.

Subió con aquellos dos, que parecían tipos de esos que ganan mucho dinero, yuppies o como mierda se llamen, que juegan a la bolsa y tienen gustos caros. Se metieron por un camino vecinal y, allí, entre unos cañaverales, se lo hicieron de todas formas. Uno incluso le dio por el culo. Le dolió algo, pero no tanto como hubiera esperado, puesto que estaba medio drogada y eso anestesia, como es sabido, si bien no protestó, aunque se sentía forzada, consciente de que aquello no era limpio. Por un instante estuvo a punto de chillar, de pedir ayuda, pero estaba demasiado cansada para hacer nada.

Su meñique moral le hacía ver aquello como indecoroso, anómalo, pero era incapaz de ver un más allá obvio. Deseó que acabase pronto y, así fue, aunque se habían corrido también en su cara, si bien le dieron un klinex para que se limpiase. Pensó que ella se lo había buscado, que podía esperarse cualquier cosa en la movida y que, aquellos tipos, aunque eran unos guarros, habían sido legales con ella, dado que la habían dejado a la puerta de su finca. Nada, no había ocurrido nada, pero se habían pasado, habían sido unos abusones, unos putos cabrones. Ya tendría más cuidado la próxima vez

Entró en el ascensor y pulsó el botón. Abrió la puerta de su casa, yendo directamente a su cama. Se quedó en bragas y notó lo agotada que estaba, que pronto se quedaría dormida. Había sido un fin de semana movido, como todos; intentaría estudiar algo durante los próximos días, pero trataría de que el sábado siguiente fuese mejor que éste.

Como cada lunes, se levantó muy tarde, con el cuerpo quebrado y la cabeza rota. Se encaminó con paso vacilante hacia el cuarto de baño, haciendo caso omiso de la acostumbrada mirada reprobadora de su madre y de sus palabras amenazantes. Era una guarrilla, pero era su hija, y la tendrían que aguantar hasta que tuviera, por lo menos, un trabajo con el que tirar por la vida.

Se duchó, estaba rendida y el agua caliente le relajó los músculos, haciendo que se sintiese un poco mejor. Después se tomaría un sedante, dormiría unas cuantas horas y se levantaría casi como nueva... Se miró en el espejo, coqueta y satisfecha e hizo, para sí, unos gestos muy obscenos. Era la hostia, pensó. La verdad era que estaba muy buena, con su cuerpo de infarto, sobre todo con aquellos pechos como manzanas frescas.

Al meterse nuevamente entre las sábanas y sentir el leve adormecimiento inicial de los diez miligramos de hipnótico que se había tragado, le corrieron por la mente imágenes fugaces de lo que había ocurrido el día anterior. No pudo evitar aquella liviana zozobra inicial, pero trató de sobreponerse y lo consiguió rauda. Habían abusado de ella, aunque sabía que era de esperar, porque era carne succulenta, porque estaba muy buena; pero no lo recordaba bien, tal vez la imaginación se le disparase, apenas recordaba nada del día pasado, ni de la semana anterior, ni de la otra, ni tampoco le importaba. A la semana siguiente, más.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller. Valencia (España). Doctor en Psicología, ha publicado, entre otras obras, las novelas *La conciencia de la bestia* (finalista del Premio Planeta de Novela de 1997), *Astrum Argentum* y *Nunca volví de Cuba* y del ensayo "El Necronomicón apócrifo", y es coautor del ensayo "Malditos. La biblioteca Olvidada" y de los libros de cuentos *Así escribo mi ciudad*, *32 maneras de escribir un viaje*, *101 coños* y *Antología Iberoamericana de microrelatos*. Bitácoras: <http://elloboylaluna.blogspot.com> y <http://undostrescuentos.blogspot.com>

EL ROCE DE UNOS PECHOS DE MUJER

por Pedro M. Martínez Corada

A tabaco huele el aire estancado de la bodega. Es jueves por la noche, Fredo y yo bebemos vino blanco. Sentado en una de las tres sillas metálicas que le restan al local, él parece mirar los carteles de corridas de toros y los décimos de Lotería Nacional que empapan las paredes. Sin embargo, yo sé que mira a Flor y ella sabe que él no mira las paredes. Rutina de tantos jueves, eso es lo que veo yo en el reflejo del cristal de la copa que apuro.

Ella fuma nerviosa mientras se juega la pasta en la máquina y Rufo, el marido, bebe un botellín de cerveza. A Fredo le gustan las mujeres fumadoras. Estará imaginando besos turbios de nicotina o negros como el alquitrán. Le observo: la impecable raya de las perneras del pantalón apuntando a los zapatos italianos de imitación, el pelo todavía negro, peinado hacía atrás, la cara bien afeitada; ahora se levantaría y olería el pelo de Flor, le acariciaría los brazos desnudos (Fredo que le levanta la falda y ella se echa para atrás; caen unas bragas de color violeta y los tobillos se visten de encaje). Una gata en celo maúlla bajo un raído olivo que se retuerce entre reflejos de luces de cocinas, en donde mujeres amasan pasta de croquetas o revientan boquerones con los dedos.

Hay momentos de belleza, pero no será éste uno de ellos. Seguro. Cierro como que Fredo es el único amigo que me queda por ver los jueves, después de tantos años juntos. Pienso que entonces las casas eran más bajas y las conciencias más altas. Flor se ha gastado la última moneda y se dirige hacia el váter; me aprieto contra el mostrador para dejarle paso. Pido más vino. Lorenzo, el tabernero, apuñala con el sacacorchos otra botella de Rueda. Se oye la puerta del servicio y sale ella, atusándose la corta melena de color castaño, la mirada fija en el suelo. De nuevo un «perdona» y vuelvo a ajustar la barriga contra el aluminio de la barra.

Entonces, el roce suave del pecho de Flor que me traspasa la espalda: redondeces de luna llena, satélites de un desconocido planeta (lejano como un confín de tiempo consumido) que viaja, en apariencia grávido, por el universo de la nada.

A eso me refiero, Fredo, cuando hablamos. De roces no tienes ni idea, aún crees en la línea recta (pero eres el único que escuchará esta historia). Flor (ahora desnuda) se apoya en el hombro de su marido y le dice algo al oído, la niebla de la taberna empaña su cuerpo. La gata ha dejado de maullar en el jardín; el sonido, como un llanto de bebé, se pierde por la boca de una alcantarilla. Fredo bebe vino y me sonrío, cómplice. Los reflejos de las luces de las cocinas se van apagando. Lorenzo termina de llenarme la copa y el portazo de la cámara frigorífica en donde guarda la botella restalla en el local.

Mudez de tumbas anónimas bajo la hierba seca. Con el silencio, ella se viste (despacio) y el universo se traga al planeta desconocido. El próximo jueves le contaré una historia a Fredo...

© Pedro M. Martínez Corada

El autor:

Pedro M. Martínez Corada nació en Madrid, a mediados del siglo pasado, cuando nadie imaginaba que Francisco Franco moriría veinticuatro años después. Estudió en el Colegio Público San José, cerca de la Plaza de Olavide. Jugó al billar y al fútbol en la Calle Caracas y en la Plaza de Santa Ana. Nunca tuvo una novia de pelo rubio, pero aprendió a bailar el *Twist*. Después apostó por Paco Ibáñez, cuando el futuro era de Serrat. Aventurero en su juventud, visitó los desiertos extremos del planeta, donde comprendió que no sufría de agorafobia. Ahora escribe por las noches, aunque ya no se vean las estrellas, y de ese trabajo noctámbulo han salido algunos cuentos que han dado para rellenar varias páginas en los libros *Los cuentos de El Comercial* (Taller de El Comercial, Madrid-2002), *Vampiros, ángeles, viajeros y suicidas* (Kokoro Libros, Madrid-2005) y *Nunca llueve sobre el Sáhara* (Ed. Mandala & LápizCero - 2008), su primer libro de relatos en solitario.

ARTHUR

por Wilco Johnson

LA CENA ESTÁ LISTA

–¿Y si te haces camionero? –propone madre inspirada por Loquillo–, para ser feliz.

–No mami, no mami mami blue, no mami blue –respondo según los Pop Tops–. Prefiero a Elsa Pataky.

–¿La verdadera?

Se va a liar.

El camión.

–Iríamos a los toros. A los bulevares. A cenar. Madre, a cenar.

ANTES DE DORMIR

–¿Por qué no eres feliz, hijo? Ningún lugar mejor que en casa. Mira, te traigo una foto de Elsa Pataky, para que te proteja. Descansa. Yo te apago la luz. Los libros dañan la vista, la mente. Estigmas alguna vez. Abraza la estampita. Así. A cascarla. Hasta mañana, buenas noches, adiós. Ah, oye, no lo repitas.

–¿Masturbarme?

–No digas tonterías. *Aquello*. ¿Me lo prometes?

–Sí.

–Te dejo. A cascarla. Hasta mañana, buenas noches, adiós.

EL HIJO DEL LEÑADOR

Aquello. Si fuera tan sencillo como tener un camión, me lo compraba. Con mi sueldo de ascensorista sumado a un crédito bancario más un tazón de Cola Cao (mi futuro alimentado) es posible.

Apenas he visto el retrato. ¿Sonreía? A dormir pronto, poca luz y pesar poco. Si enciendo, la tendré aquí preguntando; ocupando espacio sus palabras a la velocidad de ayer: «¿no puedes dormir?, ¿ocurre algo?»

Intento concentrarme, la poca imagen, hacerla venir otra vez, olvidarme un rato en la figura compasiva.

Día tras día, en la oficina, cuando se abren las puertas entro y salgo, entro y salgo.

Entran y salen.

En la coincidencia hablamos del tiempo. Está firmado: *En la coincidencia, el abajo firmante, dedicará el tiempo a hablar exclusivamente del tiempo, ni un segundo más ni uno menos*. Comienzan ellos, él jamás, bostezando cláusulas: –El tiempo, ¿no? ¿A dónde fueron los buenos tiempos (camiones en los garajes)?

Lo sé, esta frase es una trampa. Quizás lo contrario, el tiempo está siendo. A dónde fue...Elsa, ven. A tu llegada, una casa, un ciclomotor, un aerodeslizador, no un camión, no un camión, no un...

PLANTA 25. AZOTEA

Sale a estirar las piernas, a fumar un cigarrillo, a buscar (ya que está en lo más alto) las palabras desaparecidas, o a escuchar relatos sobre las marchas (de un desfile militar. Se presentan voluntarios para caminar en imprescindible sincronía) de buenos tiempos inexistentes. Narraciones que explica Prince (el artista anteriormente conocido como el arquitecto) vía satélite.

O a mirar como le gustaría ser mirado

silenciándose él mismo,

Sobre una nube real nebulosa.

manos-bajo-ventre.

Desciende.

Sobre una nube.

Nebulosa real.

Un encuentro en la tercera Pataky.

THANK YOU FOR HEARING ME

Unos pasos han servido para desentumecer la sangre hipnotizada debido a la ergonómica posición fetal del asiento de un ascensorista.

La columna apoyada en la metálica (pared) porqué la base de la suya (columna) se dobla (rodillas)

Cae. Cuando no hay nadie. Cae.

Ha caído subiendo o bajando, difícil saberlo, en movimiento.

El ascensor a punto de detenerse ordena «de pie, firmes [imprescindible desfile militar], y no olvides sonreír».

Las puertas se abren. Alguien y luz diferentes le golpean con la fuerza de un camión.

Examina la huella de los neumáticos (*por Prince, vaya modales señorita, atropellar así a la gente, ¿dónde se ha visto? Pocas veces he visto, tan pocas veces*) sobre su propio cuerpo. Son dedos ágiles de insecto. Acostumbrados a leer texturas en la oscuridad, si no fuera por el mal chiste, te dirían: *el braille es algo parecido a una dranza.*

Sale despacio, deja espacio. Respira lento y hondo. Entra: –¿a qué tiempo?

¿Nada más? (buen chico, obediente) ¿No vas a preguntar nada más? El viaje es corto, tus dedos agradecerían el ritmo de un twist.

AND SHOUT

Aunque te caiga mal, ánimale. Es necesario que pregunte. Debe hacerlo o la noche será esta mañana.

© Wilco Johnson

El autor:

Wilco Johnson (1973), pseudónimo. Suma musical (play, jouer) de Wilco y Wilco Johnson. Fusión. Juego de palabras, de sonidos. Intentando liquidar cierto estado sólido. Experimentando con gaseosa *casera*. Una tontería igual a las demás.

AMARANTO

por Luis Emel Topogenario

Cabelleras negras. Arqueología de la censura. Los mechones largos, trenzados, sedosos, brillosos, y cuyas raíces se pierden en las entrañas del pubis. El sonido coriáceo restregado entre los dedos. Jugos lenificándole. Una aprehensión temporal del cabello vertido por muchas mujeres. ¿Se me comprende? ¿O no se me comprende? Las mujeres cuyos hombros abiertos imitan actitud de piernas. Las cabelleras dulces bajo las ropas, apretadas y triangulares, calientes por la velocidad de andar. Las manos de las mujeres gatillando las voces de sus propios cuerpos. Y que todo lo dicho, visto, oído, paladeado, presentido, fuesen tragedias. Una habitación. Mobiliario. Lo hablado. De la silla a la cama, entre los prístinos orificios de la penumbra, débil, contéplase la raíz de cada mechón. El acto búdico de mirar el sexo que, desde la nada, toma un nombre. Las piernas como los hombros, Adèle. Cabelleras negras, sedosas. Los caracoles negros de los vellos que han libado en mi boca el carácter redondo, dúctil, eléctrico, de un fruto. Adèle. Una mujer. Que la penumbra desflora. La mancha blanca, giniforme, alrededor de un punto negro diluido por una ranura en dos. Las sogas nígricas enlazadas con rudeza sobre los huesos de las muñecas. Se ha de encender una vela quizá, no, para encriptar el goce en el cuerpo, haciéndolo más duradero. El ver provoca memoria. Arqueología de la censura. La capacidad musical de la piel para encenderse y sonar. Los tobillos rotos, puede ser. La boca y su ranura, corporal, todas, ranuras, con las que poder prohibir. Consciente. Inconsciente. Consciente. Inconsciente. La situación, Adèle, y su peso no es sencillo de soportar. Naturalmente. Los cabellos largos, escapándose del pubis hacia los muslos. No. No, Adèle.

«El ver provoca memoria. Arqueología de la censura. La capacidad musical de la piel para encenderse y sonar. Los tobillos rotos, puede ser. La boca y su ranura, corporal, todas, ranuras, con las que poder prohibir. Consciente. Inconsciente. Consciente. Inconsciente. La situación, Adèle, y su peso no es sencillo de soportar. Naturalmente.»

No digas no. Los tobillos y sus muñones, puede ser. La penumbra, y su lugar geométrico, donde el sexo, no, la pubilidad, se llena de cabellos, botones, abrasión de cuerdas y espuma de sensaciones. Con las sogas se puede ayudar para llegarse a otra cosa. El cabello péndulo de una cabeza, Adèle, pegado a las sienes por el sudor y los esparadrapos. Una cabeza, Adèle, a la cual ya le han dicho tú y tuya y no ha funcionado. La pubilidad sí. Los esparadrapos. Callar. Callar la liturgia, sacerdotisa. Lo que ha convocado en esta habitación. Cama. Silla. Mobiliario. Lo hablado. La mímica del placer

cabalgando sobre un potro silencioso. Alguien o algo vendrá a liberarte, sí. Sí, Adèle. Sí digas sí. Las lenguas yacerán en un vaso con algunos líquidos. La textura sobre lo hablado, la textualidad sobre la superficie del cuerpo, y de repente haciéndose hondura, valle, corte, hundimiento, como si le arrastrasen metales hacia el fondo de un recipiente humano, Adèle. La capacidad vocal del pubis, amaranto, para llenar boca con urgencia, penumbra con electricidad, sogas con huesos, tobillos con muñones, sí, ver con provocación, memoria con provocación, cabellera con cabellos, calor y triángulo, Adèle con poder prohibir. Una habitación. Censurada. De donde no te levantarás, Adèle. La voz gatillada haciéndose mujer. Los esparadrapos no arrancarán las orejas de la cabeza. Eso lo haré yo. Inútilmente. Desde la raíz de la voz nacerán otras orejas, otros tobillos y pies, otros dos ojos que no se podrán extirpar, disecar y guardar, junto a lenguas, en vasos con algunos líquidos. Los frutos de las mujeres ventrales, Adèle, ¿se me comprende? ¿O no se me comprende? El pubis núbil hecho toda voz natural y quedándose voz. Cabelleras negras. Arqueología de la censura. Y por último todo sencillo y simple. Entonces se levanta uno, olvidándose de la silla. Se atraviesa un corredor. La penumbra toma nota del espacio que se ha dejado vacío. Como prolongaciones de los cabellos, vellos, botones, tejidos, Adèle, la penumbra lo sigue a uno, militarmente. Pisando el rastro propio que se ha dejado. Allí. Sobre una cama. Eso. Después se continúa. Se dobla a una izquierda. Se atraviesa otro corredor. Se llega a una puerta. Se para uno de frente a la puerta. Se voltea hacia el corredor de donde se ha venido. De pie, la penumbra negra, blanda, cúbica, acusadora. Juez y parte.

Después se gira el cuerpo y se retorna de frente a la madera de una puerta. Se le posa la mano sobre un picaporte. Se acciona. Gruñe. Cruje. Se escucha, a las espaldas, la cubicalidad de una penumbra toda quejarse, gruñir. Remedar tu voz, Adèle. El sonido flabeliforme de la muerte. Rematándose. Entonces se abre la puerta. Se avanza. Se traspasa entre suelo y dintel. Se cierra la puerta. Se inspira profundo. La capacidad oral de la noche y sus restos sexuales. Alguien o algo vendrá a liberarse, sí. Sí, Adèle. Entonces se da el primer paso sobre una baldosa, delante de una puerta, y ya puede irse uno, púxico, cabellero, a multiplicarse y poblar la tierra.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario, cuyo nombre verdadero es Yuro López Ocampo, nació en Managua, Nicaragua, en marzo de 1980. Ha publicado *Juego de mesa* (Revista *Letralia* No. 175). También ha publicado, con el pseudónimo de Gabriel Amador, los siguientes trabajos: *Unas horas en la cama* (*Letralia* 160), *El espejo* (Revista *Narrativas* 6), *Bump*, (*Narrativas* 7) y *Caballos de arena* (*Gente en Obra*, prensa escrita). Su tercera novela, *La Codorniz*, es su proyecto narrativo más importante y ambicioso todavía.

* * *

Relato

JULIA *

por Carlos Frühbeck

La casa estaba vacía. Sólo quedaba el mobiliario de la dueña del apartamento. En el dormitorio, una cama sin sábanas, un viejo espejo de cuerpo entero de forma ovalada y un armario vacío. En el salón, un sofá forrado de piel marrón con algunas quemaduras que dejaban ver el relleno, una mesa camilla cubierta con un paño de encaje amarillento y una estantería laberíntica llena de pequeñas alacenas, vitrinas y repisas improvisadas que ocupaba toda la pared. En el gran hueco que dejaba en el centro, una televisión de pantalla plana y un reproductor de DVD. Junto a la ventana, dos cajas de cartón con el logotipo de una marca de ropa que mañana vendrían a recoger los de la librería. La luz del atardecer se filtraba a través de los barrotes de las ventanas. ¿Por qué alquilaríamos una casa con barrotes en las ventanas? Las cajas, entre la luz y las líneas de sombra, parecían haber perdido cualquier imperfección, cualquier arruga sobre el cartón, hasta volverse cubos perfectos, abstractos, vacíos. Parecían pertenecer a un mundo en que la realidad sólo era cuestión de fórmulas matemáticas. La luz continuaba su camino sobre el suelo y trazaba una parrilla de rectas paralelas y perpendiculares que rompía la continuidad de las baldosas e inventaba juegos geométricos sobre el pavimento según iba variando su ángulo de incidencia y se iba extinguendo. Había vendido todo lo que tenía. Hacía mucho que no me sentía tan libre, tan puro, como ahora. Parecía que esa misma luz que se marchitaba poco a poco hubiera quemado también mi carne.

«Era mi última tarde en aquella casa y por primera vez después de tanto pensé en Elena. Hubo un tiempo en que después de hacer el amor nos gustaba plantarnos delante del espejo, posar como si fuéramos a salir en una vieja fotografía en blanco y negro y decir que hacíamos una buena pareja.»

Era mi última tarde en aquella casa y por primera vez después de tanto pensé en Elena. Hubo un tiempo en que después de hacer el amor nos gustaba plantarnos delante del espejo, posar como si fuéramos a salir en una vieja fotografía en blanco y negro y decir que hacíamos una buena pareja. Yo, flaco, larguirucho, muy oscuro y un tanto ojeroso. Ella, mucho más baja que yo, musical, con los pechos subiendo y bajando por la risa. Me empezó a doler la cabeza.

* Relato premiado en el Concurso "Villa de Erretería"

Puse el DVD de Notting Hill. El sofá crujió cuando me tumbé. Encendí un cigarrillo. Hoy vería la película por última vez. Y no me reiría y no lloraría como un crío como las primeras veces. Sería un acto de acción de gracias. Me arrodillaría ante Julia y le daría gracias por haber entrado en mi vida, por haberme salvado. Al día siguiente me estaría esperando en un lugar lleno de acantilados y playas heladas, sola, delante de un mar que grita y no susurra. Julia y yo vamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Nuestros inicios fueron relativamente fáciles. Me bastó ver Notting Hill una vez para enamorarme de Julia. Digo Julia y no Anna Scott porque siempre la amé a ella y no a su personaje. Sin embargo, estaba totalmente de acuerdo con lo que dice William Thacker al comenzar la película: Julia vivía a un millón de kilómetros de mi mundo, el cual, por entonces, se restringía cada vez más a las habitaciones de mi apartamento.

Esa película era toda mi vida íntima después de que Elena se marchara. Me ayudaba mucho a salir del bache saber que existía un mundo en que las estrellas de cine se pueden enamorar de los libreros ingleses. Tenía envidia de Thacker porque había podido casarse con Julia y tener un hijo con ella, por su adorable peña de amiguets fracasados y eternamente alegres. Muchas veces pensé en que me tenía que ir a Londres de camarero, profesor de español o mendigo de estación y que así encontraría a Julia. No fue necesario.

«Pero, por si alguien no lo sabe, Julia también es una mujer temperamental e impulsiva y algunas noches me miraba con ira, con el rostro tenso, los labios contraídos, y me arañaba el pecho hasta hacerme sangrar. Simplemente se comportaba con crueldad, sin ningún motivo. Cosas del juego del amor.»

No sé cómo Julia supo que existía y que la quería. Por entonces, veía la película todos los días y no hacía otra cosa que buscarla en las revistas, en los periódicos, en Internet (les recomiendo www.aboutjulia.com). Quería saber todo de su vida. Supe que había abandonado a Kiefer Sutherland casi en el altar; que había estado casada con Lylle Lovett, un cantante de música country que, por lo que decían las revistas, era demasiado poco para ella; que había sido novia de Benjamin Bratt, actor tan brillante como desconocido para el gran público; que después se había casado con un cámara más joven que ella; que había tenido mellizos (estoy seguro de que

conmigo tendrá más hijos) y que había decidido tomarse un descanso para ocuparse de su familia. Parecía que su carrera se había estancado y que todavía no se sentía lo suficientemente «en forma» para volver a hacer cine como antes. Me tomé como una ofensa personal las críticas que recibió cuando debutó en Broadway. La foto que le hicieron mientras salía del supermercado sucia, desgredada, me resultó particularmente dolorosa.

Me necesitaba. Fue ella la que me buscó y, aunque siempre a horas inesperadas, se acercó a mí con cautela, paso a paso. Primero empezó a llamarme al portero automático de madrugada. Al principio, yo no respondía. Pensaba en una banda de adolescentes aburridos y borrachines que la habían tomado con nuestro portal o que Elena, que tan decidida se había mostrado al cortar por lo sano, deseaba volver a dormir en nuestra cama. Una madrugada no pude más y descolgué el telefonillo con la firme intención de cantarle las cuarenta al niñato de turno. Escuché un «Hi» pronunciado con dulzura y seguridad, y entonces supe que Julia estaba abajo, con gafas oscuras en plena noche, vestida con una chaqueta de cuero, un short que dejaba el ombligo al descubierto, una sencilla falda negra y una enorme sonrisa. Y no se había olvidado sus libros en mi casa. No me lo podía creer. Me quedé de piedra, sin saber cómo reaccionar. Decidí permanecer en silencio y escuchar. Sentí su respiración agitada. No dijo ni una palabra más pero me estaba pidiendo que abriera. Tuve miedo y colgué. Volví a la cama y me masturbé. Intenté no pensar en ella. Sabía que si la hubiera dejado subir me habría besado sin saber por qué y después se habría ido.

Entonces empecé a recibir mensajes en mi teléfono móvil, de un número desconocido, seguramente extranjero. Era ella, definitivamente era ella. «There are things to say». Tantas cosas que nos tendríamos que decir, que querría decirte. «Who left who?» Querida Julia, fue Elena la que se fue. Realmente, como le pasó a William antes de conocerte, ella me vio con claridad. «Can I come in?». Sí, te juro que te abriré.

Tres noches después volvió a llamar. Escuché su tembloroso «Can I come in?». Supe que estaba terriblemente asustada. Quizá había salido en la prensa una colección de desnudos, un error de juventud, los periodistas la perseguían y se sentía perdida y sola. Quizá yo era su última playa. La estaba viendo con una sudadera gris, las inevitables gafas de sol, esta vez con cristales violetas y una mueca de dolor en la boca. Respondí, como ya había hecho William Thacker, «Come in. This is the place». Abrí. No subió nadie. Sin duda, había tenido que volver con su familia. Estaba haciendo algo que haría mucho daño a sus seres queridos. Sin embargo, estaba seguro de que, desde aquel momento, Julia viviría en mi casa, compartiría su vida conmigo y yo la protegería.

Empezó a visitarme. Esperaba con impaciencia a que llegara la noche para acostarme y encontrarla horas después sentada en mi cama. Me sorprendió que no apareciera como en Notting Hill. Iba vestida con una túnica blanca que dejaba un hombro al descubierto y que ceñía a su cintura con una cinta de seda azul, anudada sobre la cadera. Sus cabellos eran muy largos, oscuros y los recogía en una larga trenza que caía por su espalda. Le gustaba hablarme en voz baja, siempre sonriente y pasar su mano sobre mi pecho. Yo me quedaba tumbado: no me atrevía a moverme, a tocarla.

Pero, por si alguien no lo sabe, Julia también es una mujer temperamental e impulsiva y algunas noches me miraba con ira, con el rostro tenso, los labios contraídos, y me arañaba el pecho hasta hacerme sangrar. Simplemente se comportaba con crueldad, sin ningún motivo. Cosas del juego del amor. Y me hablaba con voces que pertenecían a otras personas. Entonces, yo intentaba recordar la letra de la canción de Elvis Costello. «She». Así empieza y termina la película. «She may turn each day into a heaven or a hell», la tarareaba y así soportaba el dolor e intentaba no escucharla. Lo único importante era que estaba allí, conmigo.

Recuerdo que una noche me hizo dudar de que fuera realmente ella. Sus ojos brillaban y esta vez sonreía, sonreía. Creía que sus uñas, sus dedos, se habían hundido tan profundamente en mí como para arrancarme los pulmones de un golpe. Me habló con voz de hombre. Después supe que era la voz del protagonista de Batman Begins, en la escena de la persecución en el Batmóvil. El héroe está llevando a su cueva a una chica que ha inhalado un gas que produce visiones terroríficas. Quiere salvarla. «Stay calm. You've been poisoned». El veneno. Me habían envenenado.

«Hasta entonces, las heridas que me hacía desaparecían por arte de magia al día siguiente. Aquella mañana, las sábanas estaban llenas de manchas de sangre: tenía el cuerpo lleno de marcas de mordiscos y arañazos. Decidí no ir al hospital y me curé como bien pude.»

Detuve la película. El pobre William acababa de subir a la suite de Anna en el Ritz sin saber que allí también estaba su novio Jeff. La habitación estaba en penumbra. Miré las cajas. Debería haber muchas más. La biblioteca de mi padre. Esta vez eran reales, estaban llenas. Sonreí al recordar la discusión que tuve con el librero. Se negaba a comprar libros a los que habían arrancado páginas. De algunos quedaban sólo las tapas. Fue discreto y no hizo preguntas.

Busqué en mis bolsillos. Saqué un papel y lo desdoblé. Páginas 273 y 274 de la edición de Gredos de las Cartas de Plinio el Joven. La historia de Curcio Rufo. Era hijo de un gladiador que había ganado la espada de madera y se había enriquecido. Lo enviaron a África como miembro del séquito del procónsul. Allí, a la puerta de su casa se le apareció una mujer altísima, de una hermosura sobrenatural. Se presentó como el espíritu de África; le predijo la vida maravillosa que iba a tener pero también le dijo que la muerte y ella lo estarían esperando en las costas de Cartago pasados muchos años. Curcio llegó a ser cónsul. Cuando volvió a Cartago, aquella mujer estaba allí, en la playa. Curcio no tuvo miedo a la muerte. Había tenido una buena vida y supo renunciar a ella; no quiso regresar a Roma sino que se quedó en Cartago y cayó enfermo. Durante su agonía demostró una serenidad y una fortaleza de ánimo envidiables y llegó a predecir el futuro con exactitud. Aceptó su destino mientras que ninguno de los que lo amaban pudo hacerlo.

Fue la única página que conservé. Me imaginaba que las playas de Cartago eran inmensas, infinitas. Allí el mar siempre estaba en calma y cubría unas ruinas antiquísimas. Sus habitantes habían muerto hacía tanto tiempo que sus descendientes creían que eran dioses. Allí había una mujer que miraba el mar con la piadosa impaciencia que dan muchos años de espera. Alta, erguida, su sombra se recor-

taba con desolada precisión sobre el desierto que la rodeaba. Sólo esperaba que un barco llegara. Estaba segura de que no buscaría otro puerto al reconocerla.

Como yo no tomaba la iniciativa, poco a poco Julia se decidió a besarme, a acariciarme más y más. «Can I stay longer?» Quédate para siempre. Entonces se reía, desaparecía y el dormitorio se quedaba a oscuras. Durante el día, sólo pensaba en ella. Me separé de todo y de todos; dejé de trabajar. Durante el último mes viví encerrado en casa, esperándola. La última noche que vino a verme hicimos el amor por primera vez, como locos. Mientras lo hacíamos hubo momentos que creí que me miraba con una maldad que no tenía nada que ver con la lujuria, que en sus gritos sólo había un hambre brutal que iba más allá del sexo. Me vi lejos de nosotros, flotando sobre dos cuerpos anónimos que se movían sin parar.

Hasta entonces, las heridas que me hacía desaparecían por arte de magia al día siguiente. Aquella mañana, las sábanas estaban llenas de manchas de sangre: tenía el cuerpo lleno de marcas de mordiscos y arañazos. Decidí no ir al hospital y me curé como bien pude. Tendría que haber inventado explicaciones y alguien podría haber dicho que me las había hecho yo mismo.

«Encontré sobre la mesa camilla un anuncio arrancado de una revista. La nueva línea de moda de Gianfranco Ferré. Julia estaba vestida con un traje de noche negro con tirantes y escote de gasa. Me miraba a los ojos. Esta bellísima, pero parecía cansada, muy cansada. Sobre el anuncio había una amapola disecada.»

Supé que ella no volvería a casa. Era mi turno. «Ain't no sunshine when she's gone». No quería verme recorriendo solo las calles de la ciudad por meses, años, mientras iban pasando las estaciones.

No jugó conmigo, nunca me rechazó delante de nadie como hizo a William Thacker. Fue honesta desde el principio. Hasta aquel momento me había dado todo. Había pasado sus noches conmigo en vez de estar con su marido y sus hijos. Pobre Sr. Maver, que diría cuando supiera todo, cuando recibiera los papeles del divorcio, cuando perdiera la custodia de sus hijos. Yo sería un buen padre para los mellizos. Conmigo sería

feliz, volvería a ser una Anna Scott en todo su esplendor. Había tomado una decisión, la más importante de su vida, y ahora yo debía marcharme con ella, adonde fuera. Debía demostrarle que yo también era capaz de renunciar a todo.

Encontré sobre la mesa camilla un anuncio arrancado de una revista. La nueva línea de moda de Gianfranco Ferré. Julia estaba vestida con un traje de noche negro con tirantes y escote de gasa. Me miraba a los ojos. Esta bellísima, pero parecía cansada, muy cansada. Sobre el anuncio había una amapola disecada. Una de esas flores que tardan años en morir dentro de las páginas de un libro y después la mínima caricia las despedaza. Y una nota. La letra era pequeña, redondeada y transmitía firmeza. «I'm just a girl standing in front of a boy asking him to love her». Y un lugar en un Norte muy lejano en el que había estado cuando era niño. No es necesario que me lo pidas, yo ya te amo.

La película había terminado. Nunca fue necesario que declaráramos nuestro amor en una rueda de prensa; aunque de haberse dado el caso naturalmente que lo habríamos hecho. Encendí el último cigarrillo que me quedaba.

Todo a oscuras. Casi no se podía distinguir la silueta de las cajas. Durante un segundo pensé en Elena. Y sólo durante un segundo la eché de menos. Odiaba que hubiera humo dentro de casa. Me quedé dormido en el sofá. Al día siguiente tenía que hacer un viaje muy largo. Sin equipaje.

© Carlos Frühbeck

El autor:

Carlos Frühbeck (Burgos, España, 1977). Diplomado en Óptica y Optometría y licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Valladolid. Profesor de Español para Extranjeros en países como China, Italia o Vietnam. Actualmente, trabaja en el Centro de Lenguas Modernas de la Universidad de Perugia (Italia)

JE T'AIME MAIS NON PLUS

por Sonia Fides

El médico acaba de confirmarme que mi enfermedad no será transitoria, que las últimas pruebas revelan de manera determinante que mi ceguera es irreversible. Es extraño como funciona el cerebro. El Doctor *Broussaird* acaba de certificar mi minusvalía y yo puedo ver pasar mi vida sin ninguna dificultad. No tengo ningún problema para identificar la última escena que me ha tocado vivir como vidente. Estoy sentada en mi mesa, descalza como casi siempre, con los pies muy juntos y cuajados, de anillos (diría mi tía Carmen, regañándome por una modernidad que nunca entendió), como si al adoptar esta postura fuera a conseguir canalizar mejor la energía creativa. Afuera llueve pero ya no es un sonido que me moleste como en los primeros días de mi llegada a París. El sonido de la lluvia ha dejado de ser un sonido extraordinario como cuando aún vivía en casa de mis padres y la lluvia era para aquella ciudad lo mismo que el mes de julio en la economía de una familia de renta media, un extra que se saboreaba hasta las últimas consecuencias. Hoy en cambio la lluvia tiene para mí unas connotaciones distintas, ahora la lluvia no me libera como cuando era una niña a la que obligaban a permanecer encerrada en casa por miedo a una insolación, sino que evoca un futuro incierto. Sigue lloviendo en mi cabeza, y hace bochorno, algo extraño en París, por eso me levanto y abro el balcón. Una brisa mínima aleja de mí el bochorno y pienso en el «calor» que estarán pasando todos mis útiles de escritura y en la pobre mesa de formica que ha de soportar su bochorno, y el bochorno de todos los que pululamos a su alrededor, así que como si fuera una heroína de pacotilla tiro de ella en dirección al balcón. Estoy de espaldas a la ciudad, pero siempre he sido una experta en seguir el ritmo de las gotas de lluvia, en seguir el cadencioso compás que marca el agua sobre la pizarra de los tejados vecinos. Coloco la mesa delante del balcón y el área de la silla queda dividida en dos, dos de las patas dentro de la sala y la otras dos sobre la superficie húmeda del balcón. Me siento, el aire sopla incontenible, tanto que pone a raya a las gotas de sudor que recorren mi cara. Escucho un trueno, es como si a la lluvia no le gustase mi cercanía y protestara. Después otro y otro y ya sólo se escuchan truenos y las aguas del Sena parecen iniciar una competición con la tormenta.

Ha aumentado el aire, pequeñas y frescas gotas salpican el dorso de mi camiseta. Me da igual, tengo que seguir escribiendo, la pantalla sigue inmaculada y ha llegado el momento de que la estrene. Pulso la letra F y la pantalla se queda a oscuras, se ha ido la luz, tendré que ir a subir a dar los plomos. Tengo que deshacer la perfecta unión de mis pies, con la rabia y el mal rollo que me da, porque siempre que he tenido que separarlos las ideas han huido con su separación. El cielo se ilumina de manera casi sobrenatural para la hora del día en que estamos y para la tormenta tan espectacular que está castigando a la ciudad. No puedo levantarme.

«Coloco la mesa delante del balcón y el área de la silla queda dividida en dos, dos de las patas dentro de la sala y la otras dos sobre la superficie húmeda del balcón. Me siento, el aire sopla incontenible, tanto que pone a raya a las gotas de sudor que recorren mi cara. Escucho un trueno, es como si a la lluvia no le gustase mi cercanía y protestara.»

El doctor me está hablando, trato de adivinar su posición en la sala, no es fácil, muevo la cabeza y un vaho caliente me confirma su cercanía. Me habla desde muy cerca, su aliento humedece mi oreja. :

–Escuche Marina, han llamado desde su editorial, ahora enviarán a un muchacho para que la acompañe a su casa y se ocupe de usted hasta que se haya recuperado y pueda volver a su país –me dice con dulzura mientras yo muevo la cabeza para asentir–. ¿Me ha comprendido verdad?

Claro que lo he comprendido, ahora no soy más que una tullida extranjera con una novela a medio escribir. Me acerca algo hasta la mano, lo toco, es algo plástico, una bolsa seguramente.

–Aquí va toda la documentación respecto de su accidente, debe entregársela a su médico cuando regrese a España. Está incluido un escáner que confirma que la descarga eléctrica que recibió el pasado miércoles (¿Qué día sería hoy?) y que le salió a través de los ojos librándola de una muerte segura, segó sus nervios ópticos.

Suena realmente asqueroso. Lllaman a la puerta. Ahora escucho dos voces bien diferenciadas, ambas hablan en francés, pero una de ellas, que no es la del doctor, tiene un marcado acento árabe. Me pregunto quien será. El médico vuelve a hablarme.

–Marina, Karev ha venido a recogerla –me habla despacio, como si saboreara las palabras que tiene que decir antes de decirlas, como si en lugar de ciega estuviese sorda.

Me ayuda a levantarme, me pongo de pie y noto la frialdad del suelo y enseguida el aliento de alguien pegado al cuerpo. Esta vez las manos son más pequeñas, las tengo sobre mi pie derecho (que ridículo, salir de un episodio nefasto con el pie derecho), me abrocha los cordones de la zapatilla. Repite la misma operación y me toma de la mano. En voz muy baja me pide por favor que le acompañe. Nunca he sido muy amiga de obedecer pero será que esta nueva fase que voy a inaugurar me ha vuelto razonable. Me cojo de su mano, pero me siento insegura, como si el rayo que recorrió mi cuerpo hace unas

«No tengo ningunas ganas de ir a casa, bastante prisionera estoy ya en plena calle, como para querer encerrarme entre cuatro paredes. Sin embargo dejo que me meta en el coche, que me ponga el cinturón de seguridad y que arranque.»

horas, hubiese rozado mi capacidad para recordar cuales son los pasos necesarios para caminar. Es sólo una sensación, comienzo a andar, lo sé no porque pueda ver como las cosas se quedan detrás de mí sino por como va bajando la temperatura del aire a medida que el ritmo de nuestros pasos aumenta. Hemos debido salir a la calle. Karev me suelta la mano y me apoya suavemente sobre una superficie metálica. Imagino que es un coche, Karev lo certifica.

–Espere un segundo mientras abro la puerta del coche para llevarla a casa.

No tengo ningunas ganas de ir a casa, bastante prisionera estoy ya en plena calle, como para querer encerrarme entre cuatro paredes. Sin embargo dejo que me meta en el coche, que me ponga el cinturón de seguridad y que arranque. Obviamente, desconozco donde estamos, Paris es ahora mismo una ciudad sin luz o es al menos lo que quiero pensar para sentirme un poco menos acabada. Imagino la ciudad como una gran morosa sentada en el banquillo de los acusados por deberle una gran cantidad de dinero a la compañía *Electricité de France*, a fin de cuentas el que no se consuela es porque no quiere.

El coche avanza, sigo en silencio, nunca me ha costado colaborar con él, pero me ahoga tener que colaborar por imposición también con el silencio de mis ojos. Es horrible que casi todas las caras del silencio se hayan encaprichado de ti. Tengo que decir algo o me volveré loca.

–Karev, ¿sería tan amable de decirme dónde estamos?– No oigo nada y vuelvo a preguntar esmerándome un poco más en mi acento–. Karev, ¿sería tan amable de indicarme dónde estamos?

–Salimos en este momento del *Hôpital Hôtel Dieu*, señorita– lo dice susurrando, como si hubiera adivinado que los ciegos automáticamente desarrollan los demás sentidos. Agradezco su delicadeza y me inclino hacia él para tratar de adivinar su nacionalidad, pero me temo que mi olfato sigue en el punto exacto en que lo deje antes de permitir que aquel rayo atravesara mi cuerpo.

No sé por qué pero me estoy poniendo nerviosa o triste. Me horroriza tener a mi lado la Catedral de *Notre-Dame* y no poder verla. Es duro imaginar que los colores de sus vidrieras no volverán a herir mis ojos en los pocos días de sol que Paris comparte con sus transeúntes. Le pido a mi lazarillo que me saque de allí, que me lleve a otro lugar, a cualquier lugar vulgar de la ciudad. Noto como su silencio se alarga, como sus oídos tratan de digerir la barbaridad que acabo de soltar, ojalá no haya logrado entenderme. Karen continua la marcha sin detenerse, pero sin que yo se lo haya pedido va acercando para mí los nombres de todas las calles que vamos atravesando. Es curioso lo caprichoso que es el Destino, con tantos puentes para cruzar en Paris, el primero que atravesamos es *Pont au Double*, el puente en el que durante la Edad media los que quería cruzarlo debían pagar un peaje. Yo deberé pagarlo hoy, no llevo dinero encima, pero si la gravosa sintomatología de mi ceguera. Karev, supongo que en un acto de extrema generosidad va nombrándome cada lugar por el que circulamos, recita un nombre tras otro de manera metódica y ordenada, como si antes de salir de su casa su única meta fuera hacer la buena obra del día siendo los ojos de esta pobre ciega que le ha sido encomendada. Le pido que no hable y que abra las ventanas, y que se dirija hacia *La Sorbone*, he de ir a recoger mis cosas. Oigo el ruido de algunos motores detenidos a nuestro lado, el olor de la gasolina me taponan la nariz, no recuerdo haber tenido esa sensación nunca antes. Se me olvidaba que a los ciegos no les obedecen

ya el resto de los sentidos, que sus sentidos van por libre. Me someto sin rechistar al «envenenamiento». El coche vuelve a ponerse en marcha, desaparecen los ruidos. Debemos haber entrado ya en la minúscula *Rue Dante* para enfilarse el hermoso *Boulevard Saint Germain*. Aún puedo reconocer la cercanía del Sena. Nunca hubiera imaginado que ese río tuviera un aroma tan definido. Siempre pensé que tantos cuerpos, durante tantas horas a su disposición, harían de él un crucigrama de fragancias, pero estaba equivocada, sólo huele a agua, a humedad, como cualquier otro río, es curioso como la imaginación lo mitifica todo. Si antes de mi accidente alguien me hubiese dicho que le describiera El Sena, podría haber empezado mi relato diciendo algo parecido a esto: «El Sena, es la silueta de un paraíso, los pulmones de París, un Rey Salomón que no permite que sus dos hijas predilectas, *La Rive Droit* y *La Rive Gauche* se peleen por reinar en la ciudad», si alguien me preguntara hoy que cómo es este río diría: «El Sena es un buen negocio en una gran ciudad turística». Mientras reeduco mi visión de París, o mi no visión sería mejor decir, Karev para el coche. Debemos haber llegado a la universidad. Le escucho hablar con alguien. Le dice que necesitamos meter el coche porque yo soy una profesora que ha sufrido un accidente y que viene a recoger sus cosas. El tipo accede y el coche vuelve a arrancar. Apenas unos minutos después vuelve a detenerse, y la imaginación vuelve a ponerse en funcionamiento. Seguro que está al pie de la escalera. Oigo como se abre la puerta del lado del conductor. Un momento de silencio y oigo como se cierra. Enseguida está abriendo la mía y el mismo olor a perfume con esencia de madera que recorrió mi nariz esta mañana llega hasta mí. Ahora ese olor está sobre mi mano y me invita a bajar del coche. Lo intento pero le digo que prefiero que nos vayamos a casa, que ya mandaré a alguien a recoger mis cosas. Suelta mi mano y cierra la puerta con suavidad, pero mis oídos con una capacidad histérica para captar los sonidos lo perciben como un portazo. Pongo las manos sobre mis ojos, como si fuese una curandera, pero al quitarlas vuelven a ganar los aromas. Karev ha vuelto a subir al coche. Desandamos el camino del patio, lo sé porque el sonido de la marcha atrás del coche es inconfundible. Después de mi reciente desánimo circulamos ignorando la existencia de las palabras. Pasa el tiempo y ahora que no puedo ver me resultan imprescindibles las palabras. Pienso en lo que podría decir, pero este chico que huele a oriente, no es más que un desconocido. Parece que me lee el pensamiento.

«Hace fresco, el viento habla con mi piel y un laberinto de fragancias me taponan de nuevo la nariz, ni nuevo estado no le da tregua a mi pituitaria. Quiero irme. Se lo digo al muchacho. Debe pensar que estoy loca, pero quiero irme a casa.»

—Ya que queda al lado de su casa, le apetecería que nos detuviéramos en el Jardín Botánico— percibo como se esfuerza en estar a la altura, no hay nada tan impresionante como conjugar el verbo adecuado para cada sensación. El verbo detenerse lleva implícito siempre un paréntesis de salvación o siempre lo ha tenido para mí. Así que ¿por qué no?

—Estupendo, Karev, magnífica idea. —Detiene de nuevo el coche y ejecuta el mismo ritual que llevó a cabo en *La Sorbone*. La ventanilla bajada vuelve a delatar su presencia. Su mano en mi mano.

Hace fresco, el viento habla con mi piel y un laberinto de fragancias me taponan de nuevo la nariz, ni nuevo estado no le da tregua a mi pituitaria. Quiero irme. Se lo digo al muchacho. Debe pensar que estoy loca, pero quiero irme a casa.

—Karev por favor quiero marcharme a casa, estoy cansada.

No me toca, permanece detrás de mí, no es difícil identificar sus pisadas y sólo dice:

—Señorita en esta puerta hay escalones de bajada—. Entonces debemos estar en La Galería de Botánica y Geología, en la parte contraria a nuestro destino, La *Plaza Valhubert*. No sé si le importará que salgamos por otra puerta, seguramente no, parece un tipo muy razonable.

—Karev, tendríamos que salir por La Gran Galería en busca de Explanada *Lamarck*, no sé si sabes, la que está al lado del Sena.

—Claro, pero le propongo mejor un paseo por la Explanada *Milne-Edward*. Desde niño me ha gustado pasear por ella e imaginar que andarían haciendo los animales en la zooteca subterránea. Además quiero estar en igualdad de condiciones que usted, así ninguno de los dos verá. Es lo justo ¿no? —conmover, pero prefiero irme a mi casa o mejor ¿por qué no paseemos por *La Ménagerie*, a ver quién ve más, Karev no cuenta con que excepto el de la vista todos los demás sentidos están a mi disposi-

ción. Pero mejor no.

–Prefiero marcharme a casa, estoy cansada y debo hacer el equipaje, mi vuelo para Madrid sale mañana muy temprano. –No dice nada, pero asiente, puedo escuchar el movimiento de su cabeza incliniéndose.

Caminamos despacio, la hierba está recién regada. La imagino de un verde enérgico para los videntes. Quinientos metros de hierba sin sed me separan de mi casa de *La Plaza Valbubert*. Si hubiera sido más precavida tal vez hubiera contado los pasos que separan *La Ménagerie* de mi apartamento, pero nunca pensé que en los planes que el Altísimo tenía para mí en este siglo, estuviera la ceguera. En próximas vidas he de aprender a ser menos crédula. Voy contando los pasos doscientos uno-doscientos dos... doscientos cincuenta y Karev que vuelve a hablar.

–Señorita hemos llegado –intuyo que lo dice con algo de pena

Saco del bolsillo derecho de mi pantalón la llave para abre la puerta de entrada al portal. Como era de esperar, no encuentro la hendidura. Karev me ayuda una vez más. Andamos hasta la puerta del ascensor. Karev pulsa el botón de llamada, no deja ni un momento de retransmitirme sus movimientos. El ascensor llega formando un estrépito que hasta hoy no habría denominado nunca como estrépito. Subimos. Botón del último piso pulsado, un dedo corazón descansa sobre el número trece. No soy supersticiosa, o no lo era.

Sube con lentitud. Ya estamos arriba y Karev me pregunta la letra de mi apartamento, la letra C. Le digo y me pide permiso para abrir la puerta, lo hace con temor, como si yo pudiera decirle que no. Entramos en casa. Muchos olores llegan hasta mí, me confunden, me agotan casi. Quiero ir a mi despacho. Le pido a mi lazarillo que me conduzca hasta allí. Me avisa de que hemos llegado.

–¿Estamos junto a una mesa? –le pregunto.

–Exactamente frente a ella.

–¿Hay un pizarra de corcho con fotografías? –pregunto de nuevo.

–Sí –contesta.

–Podrías hacer el favor de recogerlas, Karev.

–Por supuesto señorita, ¿dónde prefiere que las ponga?

–En mi maleta por favor.

Espero mientras escucho el movimiento mecánico de sus muñecas quitando las chinchetas que las sostienen. Se detiene. Me avisa de que las instantáneas están en mi maleta. Le pido que la traiga. Lo hace y espero a que esté muy cerca de mí para decirle algo.

–Karev, ¿tú me llevarías ahora mismo al aeropuerto?

–Claro señorita pero pensé que su avión salía mañana.

–Así es –le respondo–, pero mientras subíamos en el ascensor he comenzado a sentir en la nariz el cosquilleo que precede a todos mis catarros.

No puedo ver su cara, pero imagino la mueca de extrañeza, como imagino que no hará preguntas.

–Sí, Karev, es que podría soportar no tener vista en París, pero no tener ni vista ni olfato iba a ser ya mucho, ¿no crees? –le digo sin parar de reír mientras me agarro fuertemente a su brazo supongo que en un intento de frenar el vértigo de lo que se me viene encima.

Como quiera señorita...

© Sonia Fides

La autora:

Sonia Fides. Nacida el 14 de agosto de 1969 en Madrid. Como poeta ha publicado dos libros *Mirar y ser mirada*, ganador del X Premio de Poesía Nicolás del Hierro y *Electra se quita el luto*, de reciente publicación en Ediciones Vitruvio. Como narradora, está a la espera de que aparezca publicada una novela coral escrita a seis manos con dos autoras norteamericanas.

ÁNGEL DE ATOCHA

por Antonio Toribios

Lo más inocente es el folio en blanco, desde luego. Lo decía a menudo Ángel, como repitiendo un *mantra* que necesitara perentoriamente para mantener su precario equilibrio interior. Entonces, recién llegado yo a Madrid, solíamos mantener largas conversaciones, parapetados tras la luna de una cafetería del centro, viendo pasar la gente más allá del reflejo de nuestras caras en el vidrio.

Ángel había sido claretiano, «como Casaldáliga» –decía él siempre, como dando a su confesión un toque de prestigio. «Pero yo no estuve en misiones –añadía enseguida, con la premura de quien abomina la mentira hasta el punto de querer atajarla aún embrionaria–, yo me dedicaba aquí a la enseñanza». No había abandonado pues los hábitos cansado de pasar penalidades en tierras indómitas. No había soportado nubes de mosquitos voraces, ni defendido a los misquitos de desalmados terratenientes. Había dejado la orden, sencillamente –y lo decía con esa ingenua pedantería suya–, «debido a mi excesiva propensión al sexo débil». Ángel era, en cualquier caso, un buen tipo y un gran conversador. Compartíamos el interés por la filosofía y nos excitábamos con las mismas mujeres inalcanzables que veíamos entrar, lejanas y *pindias*, en los hoteles de lujo de Gran Vía.

Reconozco que, a veces, hablábamos de temas que al común de los mortales pudieran parecerle cuando menos peregrinos, si no directamente estúpidos. Pongamos por caso –recuerdo una tarde de otoño en el Manila–, el tiempo cronológico que rige hipotéticamente en el Infierno o la justificación teológica del Limbo de los Justos, llamado también Seno de Abraham. Porque, si existe un lugar para los malos y otro para los buenos, ¿adónde van los recién nacidos sin bautizar? De aquí podíamos derivar hacia las aporías de Zenón de Elea o a entelequias relacionadas con la realidad sensible –para apariencia, decía Ángel– y la verdad ontológica de las cosas. En esto –y en autoanalizarnos mutuamente usando espurias técnicas freudianas de manual– pasábamos el tiempo libre en aquel Madrid postmoderno, tan inabarcable y a la vez tan anodino para dos *pansinsal* como nosotros.

«Un día Ángel se enteró, por un artículo de Umbral, de la existencia de un Sex-shop donde, amén de películas porno y artículos del ramo, había chicas de cuerpo bien presente que departían con uno a través de un cristal.»

Un día Ángel se enteró, por un artículo de Umbral, de la existencia de un Sex-shop donde, amén de películas porno y artículos del ramo, había chicas de cuerpo bien presente que departían con uno a través de un cristal. Admirador de don Francisco –también, por su natural contemplativo, todo hay que decirlo–, no pudo por menos de ir a conocerlo. Estaba en Atocha, calle del pecado ya –contra el 5º– por lo de la matanza del 77, que ahora se completaba con lo venéreo. Eros y Tánatos entrelazados en su danza eterna. Cosas de ese jaez pensaba Ángel, mientras buscaba el antro, como me contó al día siguiente en un bar de Callao: Le impresionó el lugar, su música, sus luces; los hombres solos, los muchachos en grupo, peregrinando de cabina en cabina con una mezcla de recogimiento y regocijo contenido. Pero el *súmmum* fue verse enchiquerado entre tres tristes mamparas, volcado hacia una cuarta dimensión que mostraba otra estancia similar, aún vacía. Pensó en un confesionario, en una cabina telefónica, en un probador, en una celda, en un retrete... mientras esperaba frente al vidrio. Salió al fin una chica frágil, *longilínea*, rubia, aterciopelada, desnuda... *abisalmente* –inventaba neologismos sobre la marcha, como solía– y, sin preámbulo ni espera, le instó a meter un billete por una ranura del cristal. Él, confuso, miraba aquella nórdica beldad como si de una aparición mariana se tratase, de puro arrobamiento.

Tuve que interrumpirle en ese punto. Su narración estaba tan llena de detalles que se me había hecho tarde y tenía una cita galante a la que no quería faltar. Mejor hubiera sido acompañar a Ángel esa tarde, vistas las consecuencias posteriores; y lo digo pensando en ámbitos diversos, pero esa es otra historia.

Cuando nos volvimos a ver, cinco días después, Ángel estaba sumido en la pena más honda. Había vuelto todos los días a su cita con la venus de ensueño. Incluso le había metido una carta de amor por la ranura o raja que, separando dos estrechos cubículos, pareciera que separasen universos. La sorna con que había recibido la diosa su ofrenda había sumido a Ángel en el mayor de los desesperos.

Dejé de verle un tiempo. A veces nos encontrábamos en la barra de un bar, agarrado él siempre a un vaso largo de gin-tonic. Yo me dedicaba a vagabundear por una ciudad alcanzada ya por los primeros vislumbres de la primavera. Por las noches, en mi pensión de la calle Arenal, trataba de pergeñar mi primera novela, hasta que el sueño me vencía.

Aún recuerdo, a veces, aquellas conversaciones, a pesar del tiempo que ha pasado. Veo a Ángel frente a mí, con su rostro de buena persona, o de perro fiel o de folio en blanco, no sé muy bien; todo aparece un poco desdibujado. Hablamos del Limbo y yo le cuento lo de una muralla donde están, en la otra vida, los seres que no han sido suficientemente buenos, pero tampoco decididamente perversos; esos seres amorfos, *ni chicha ni limoná*, que se pasan ahí mirando, toda la eternidad, como los de abajo se deleitan con huríes *siemprevírgenes*, sin mampara de por medio ni ranura de monedas, ni dios que las fundara. Y, claro, ven también al otro lado a los malvados, sufriendo en la rueda y en el fuego y en la cama de clavos que les desgarran una carne que se regenera de inmediato, en infinitos ciclos, siempre, siempre, siempre, por toda la eternidad.

En la academia, Marta me desaconseja trabajar con personajes semejantes. Me dice que son tópicos, que el escritor debe ser un «constructor de artefactos artísticos». Me aconseja leer a los surrealistas o a los miembros de OuLiPo; obras experimentales, de trabajo con el lenguaje, como las de Pérec o esa novela de Queneau a la que falta la «e», en francés, que eso sí que son virguerías. Pero yo leo, a escondidas, el tocho de Zafón y otros novelones de hombres desesperados, con gabardina gris y mirada torva, y siento un placer insano haciéndolo.

«En la academia, Marta me desaconseja trabajar con personajes semejantes. Me dice que son tópicos, que el escritor debe ser un «constructor de artefactos artísticos». Me aconseja leer a los surrealistas o a los miembros de OuLiPo; obras experimentales, de trabajo con el lenguaje, como las de Pérec o esa novela de Queneau a la que falta la «e», en francés, que eso sí que son virguerías.»

Soy un caso perdido. Sigo de pensión, tras el paréntesis de un matrimonio fracasado, y la novela maravillosa sigue sin existir. No sé si voy a poder sacar mucho partido de Ángel. ¿Qué fue de él? Puedo contar que acaba de chulo en una barra americana, o que reingresa en el clero y se hace más integrista que Lefèvre. Puede que se fuese de España y volviese a los veinte años con un gran coche y un *peluco* de oro en la muñeca o que se hiciese empresario de la industria del sexo, o ambas cosas. Pudo ser también que, harto de una virilidad insatisfecha, se hiciese transexual y se operase. Pero lo que en verdad pasó es que un día iba por Gran Vía, siguiendo el culo respingón de una chavala, y le pilló un camión de reparto de bebidas; de agua tónica, para

ser exactos. Lo leí esta mañana en los sucesos. Ángel era inocente, seguramente está en el Cielo o incluso en ese limbo donde van a parar las almas puras, sin mácula ni estreno.

Pudo muy bien ser un alumno más en esta academia de solitarios y *desnortados*. Ahora le veo marchar con su chepa húmeda por los goterones de los aleros, caminando sin rumbo, hombre gris y sin esperanza. Ahora aparece Marta en la pared del fondo del patio interior; doy a un *clic* en el mando a distancia de mi cerebro y aparece mi madre y mi ex-mujer y... apago por si acaso, esto hay que cortarlo a tiempo. Como para escribir como Queneau estoy yo...

© Antonio Toribios

El autor:

Antonio Toribios. (León, España, 1960). Autor del libro de relatos *Tu nombre y otros nombres*, publicado en diciembre de 2004 por la editorial La Bolsa de Pipas de Mallorca. Blog, "Almanaque": <http://antorgar.blogspot.com>, donde recrea un santoral apócrifo.

DENTRO DE LAS PÁGINAS DEL TIEMPO

por Soledad Acedo Bueno

*«... los espejos y la cópula son abominables
porque multiplican el número de los hombres».*
El jardín de los senderos que se bifurcan. Borges.

*«Amor, invencible en la batalla.
Amor, que sobre las fieras te precipitas,
Que en las tiernas mejillas de las doncellas
Pernoctas, y vas y vienes por las ondas del mar y las agrestes guaridas de las fieras».*
Versos de Antígona. Sófocles.

Tic Tac Tic Tac Tic Tac Tic Tac...

—¿Hernández? ¿D. Pedro? ¿Está ahí D. Pedro?

La estancia estaba oscura y al final del pasillo un tenue hilo de luz hacía su presencia al compás de los susurros que al otro lado de la estancia se hacían presentes.

—Don Pedro, ¿está usted ahí?

El silencio solo era roto por el crujido de los muebles y una respiración que se hacía cada vez más intensa y profunda.

Tic Tac Tic Tac Tic Tac.

Pedro Hernández era el relojero de San Vicente, profesión que heredó de su padre; un sabio y alegre hombre que destilaba humor como lluvia el otoño, quién había convertido la profesión de reparar relojes ajenos en todo un arte. Cada una de las piezas que utilizaba en la reparación de los diminutos contadores de tiempo eran traídas de Suiza, «¿No se hace traer el café, el buen café, de Colombia? Pues mis piezas de Suiza» y todos aquellos que nos acercábamos a recoger nuestros pequeños contadores de segundos teníamos a bien tener la paciencia de escuchar a D. Barlotomé cuál había sido el fallo del diminuto cuerpecito restador de vidas; de cómo había procedido a su reparación; si había sido en la profunda noche bajo el flexo de latón o durante el día junto a los tiestos de geranios.

Pedro Hernández, su hijo, tenía el alma atrapada. Admitió como propia una profesión que le era ajena. Y por las noches, dejaba su alma volar... mientras escribía.

Pedro Hernández había ido vaciando poco a poco el cuarto de atrás de la relojería y todas aquellas piezas de repuesto traídas de Suiza fueron depositándose en el patio junto a los tiestos de geranios, quienes ahora crecían sin mayor vocación que la de llegar a tocar el sol buscando al ausente D. Bartolomé.

Y, mientras, el cuarto de atrás se fue llenando de libros y de folios y, sobretudo, de sueños que nunca se cumplirían.

Pedro Hernández sumaba a su miopía las noches en vela y el café humeante al borde del escritorio mientras Nieves, su ayudante, iba y venía con las tareas propias de la relojería. Nieves fue aprendiendo sin vocación el oficio que había heredado Pedro Hernández pero, sobretudo, el oficio que tarde o temprano terminaría amando a pesar que lo sentía como ajeno y especialmente poco o nada gratificante. Comprendía porqué Pedro Hernández no amaba la profesión de su padre y cómo había ido absorbiendo las letras aquel cerebro que volaba y volaba más allá de las montañas de San Vicente de aquel extraño relojero sin vocación que un día quiso ser maestro.

Las facturas sin pagar se iban acumulando en el pasillo almacenadas en las viejas cajas que un día, ya

bastante lejano en el tiempo, llegaron de Suiza con aquellas piezas diminutas esculpidas por artesanos relojeros suizos. Extrañamente a lo que D. Bartolomé pensaba, los relojes también funcionaban con piezas traídas de otros lugares.

–Pedro, mírame.

Pedro Hernández, sumido en su locura por la escritura y la lectura, no quería levantar la vista del papel, la inspiración cuando llega no hay que dejarla marchar, porque es tan sumamente delicada que vuela a través del cristal. «Pedro, quieres café?» «Sí, café. Café, pero muy caliente». Pedro cogió la taza del burbujeante café que, probablemente, había sido importado de Colombia y, al beber, fue cuando levantó la mirada y vio que quién le había servido el café no era Nieves.

Observó delicadamente a Leonor como se observan las orquídeas blancas o la nubes en primaveras.

–Estás aquí. ¿Desde cuándo estás aquí?

–No lo sé, Pedro. Eso deberás decidirlo tú.

–¡Ah!!!, eres tan hermosa Leonor. Déjame mirarte. Déjame...

Leonor se sentó junto a la ventana y dejó que la luz bañara su cuerpo. El vestido blanco dejaba que al trasluz su cuerpo se volviese visible. Pedro recorrió con su mirada cada uno de los ángulos de su cuerpo, sus pechos, sus caderas; alzó las manos en el aire dibujando la forma redonda de su cuerpo...

–Leonor, has venido... déjame besar tus labios...

Pedro se levantó y se dirigió a Leonor. La besó. Besó los labios de aquella mujer que había deseado durante tanto tiempo; aquel cuerpo que se le había resistido cada día y que ahora poseía entre sus manos. Su piel era blanca y suave como la arena de la playa cuando el sol ha amanecido y sus cálidos rayos juegan a hacerle el amor. Acarició sus piernas y en cada caricia arrastraba el vestido blanco de algodón dejando al aire sus piernas, sus caderas, sus pechos. Leonor entrelazó con sus brazos el cuello de Pedro, y dejó que sus labios volaran solos. Y dejó que las manos de Pedro recorrieran su cuerpo mientras desnudo.

Los primeros rayos del día se atrevieron a entrar en el cuarto de atrás arañando los cristales. Y como la luz que traspasa sin romper ni manchar el cristal, Leonor había desaparecido. En silencio, durante la noche.

Pedro, desorientado, despertó con el primer aroma húmedo que llegaba del patio. Había llovido y el aroma de los geranios era intenso y embriagador. Alzó la mano buscando a Leonor. Pero ella ya no estaba.

–¿Leonor?...

–¿Don Pedro? ¿Hablabas con alguien?

Nieves entró en el cuarto de atrás a dar los buenos días y descubrió a Pedro, desnudo en el suelo. Observó como las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y cómo, avergonzado, intentaba tapar su cuerpo.

–Nieves, ¿cuándo has llegado?

–Como siempre D. Pedro, a las 9.

–¿Había alguien en la tienda?

–No.

Pedro Hernández salió y se dirigió a la cafetería. Con la cabeza dentro de sus pensamientos, susurraba mientras todos pensaban que ya había perdido por completo la poca cordura con que la naturaleza le había obsequiado.

–Si se ha cumplido un sueño tengo que llevar a cabo todos los infinitos sueños de los amantes.

Tiró una moneda al aire que rebotó al filo de la barra cayendo dentro del bolsillo del delantal del paciente Mauro y salió de la cafetería preso de los nervios y una prisas infinitas al servicio de llevar a cabo el final

de un sueño.

Entró en Cartulina y compró acuarelas y lápices de colores, pinceles, y casi vacía las estanterías de la papelería de San Vicente.

Se encerró en el cuarto de atrás de la relojería pidiendo a Nieves que nadie le molestara y se pasó toda la tarde disponiendo la habitación como si fuera un gran lienzo que decorar. Y esperando a Leonor.

Tic Tac Tic Tac Tic Tac... el tiempo transcurría y Leonor comenzó a entrar en la habitación.

–Has vuelto. Me alegro. Te estaba esperando, lo sabes, ¿verdad? Siéntate, por favor. Ahí, bajo la luz de la ventana.

Y Pedro Hernández comenzó a mezclar colores buscando texturas y comenzó a dibujar trazo sobre trazo, figuras sobre figuras, aplicando dimensiones sobre el lienzo en que había convertido el cuerpo de Leonor.

–Leonor, yo siempre he creído que el cuerpo es el instrumento del amor. Sin el cuerpo del ser amado no puede materializarse la esencia del amor. Pausianas pensaba que entregarse por alcanzar la virtud es algo bello porque obliga tanto al amante como al amado, a tener un gran cuidado de sí mismo con relación a la virtud.

Pedro continuaba con sus pinceles trazando dibujos sobre el cuerpo cada vez menos visible de Leonor. Y rozaba con sus labios la piel oculta tras la acuarela y mordía ese cuerpo que no era suyo y que nunca podría habitar. Y solo quería retener a Leonor otro día más. Y poder besar sus labios y sentir el calor de ese cuerpo que era sueño y era libro.

Cuando terminó de pintar sobre el lienzo en que se había convertido la piel de Leonor, Pedro abrazó su etéreo cuerpo que era del cristal de los sueños, ese que está roto antes de tocarle.

–El placer forma parte del arte de amar y sin amor no hay placer verdadero. Leonor, ¿Te gusta lo que he hecho con tu cuerpo?

–Me gusta que habites en mi cuerpo, Pedro. Me gusta que habites en mi cuerpo como lo hiciste la primera vez en el primer libro donde por primera vez me escribiste.

Nieves observaba tras la puerta entornada cómo el relojero había dibujado sobre el cuerpo de una mujer extraña escenas de amor que le recordaban a las que un día vio en un libro hindú que por su contenido estaba prohibido en la Biblioteca.

Cada rincón del cuerpo de la mujer de cabellos de serpiente, semejava una escena de amor con un postura distinta. Los amantes eran siempre los mismos; el rostro de Pedro Hernández se repetía una y otra vez y el rostro de la mujer tatuada, Nieves no recordaba haberla visto nunca antes, pero creía haberla soñado.

Nieves cerró los ojos consciente que estaba violando la intimidad de aquel cuarto, robando escenas que ella misma nunca jamás había soñado con protagonizar. Mientras, Pedro se entregaba sin pedir nada a esa madrugada que no tardaría en llegar robándole a Leonor para devolverla al libro del que había salido. Al de los sueños que nunca llegan a cumplirse.

–Los grandes pecados del mundo tienen lugar en el cerebro, pero es en el cerebro donde todo tiene lugar.¹

Pedro se atrevió a robar palabras mientras besaba el cuerpo pintado de su amada; se deslizaba por él como un gato en una noche oscura; llegando a sus labios donde sus lenguas se encontraban y se enlazaban. Besó sus ojos que sabían a sal; mordió sus pechos que parecían de mármol blanco esculpidos para quedar atrapados en el tiempo; recorrió su vientre describiendo con sus labios una ese que moría en el tiempo y con su mano separó las piernas de la etérea orquídea blanca quién enlazo con ellas el cuerpo de Pedro mientras éste penetraba la oscura noche que era el cuerpo de Leonor...

Nieves recordaría siempre como el silencio era roto por el crujido de los muebles y una respiración que

¹ *De Profundis*. Oscar Wilde.

se hacía cada vez más intensa y profunda.

© Soledad Acedo Bueno

La autora:

Soledad Acedo Bueno (Cáceres, 1976). Licenciada en Derecho, trabaja como Asesor Jurídico. Comprobando que la poesía es una continua revisión con sus Cuartillas de semillas de amapola blanca; ha comenzado a hilvanar un nuevo libro de poemas. Blog: <http://hilvanesyretales.blogspot.com/>

* * *

Relato

MUÑECA TRISTE

por María Aixa Sanz

Muñeca triste, quién te roba a ti los momentos. Muñeca triste de apariencia embustera. Quién se cree dueño de quitarte los instantes que te pertenecen, y ese viento que te da de cara, que roza tus pómulos, ¿acaso tiene permiso? Te gustaría ir a Alaska a contemplar la aurora boreal, eso lo sé desde tiempo, y pretendes conseguirlo en tu caminar con tacón de aguja. Muñeca triste cargada de miedo. Podrías alzar la voz para que alguien te oyera desde ese orificio en que andas metida. El presente es absurdo pero es lo único que tienes.

¿Por qué te gustan tanto los hombres? ¿Porque te dan de comer? A parte de el estómago, también te alimentan el alma. Andas triste porque una vez te enamoraste como una estúpida y te salió mal, y ya no has querido volverlo a hacer. Lo de enamorarte digo. Y vas por la vida luchando y como arma tu cuerpo. Piensas que lo que sienten es cariño por ti y luego te das cuenta que no sienten nada, y te restriegas la piel con la esponja, tan dolorosamente para quitarle el asco, que te deja rojeces como marcas.

Muñeca triste dime que aún sigues ahorrando para hacer un día ese largo viaje. Solo un billete de ida, por favor. La vuelta no la quieres, no quieres volver. Y te preguntas si alguien se cuestionará dónde te has metido, si a alguien le importará que te largues, que desaparezcas. Sabes que no es tarde, que siempre existirá el día oportuno, el señalado, el marcado. Sabes que sólo nunca sería demasiado tarde. Porque nunca es no existir y lo que no existe no se añora, no se extraña. Muñeca triste: ¿seguirás luchando hasta conseguirlo? Vengo a pedirte perdón, no me gusta verte llorar, si quieres llorar hazlo en mi compañía. Nunca has tenido algo tuyo, ni un querer que quisiera decir tu nombre verdadero. Vas andando por la vida con un nombre falso que no quieres que yo pronuncie, prefieres que te llame muñeca triste. Te gusta así más. No tienes delante de mí que seguir con la farsa. Aunque debes contentarte con lo que tienes, con este pequeño ratito, en que dejas que yo piense por ti. Y tú silenciosa puedes dejar de pensar sin cerrar los ojos, cansados los tienes ya de tanto cerrarlos para no ver lo que te rodea, pero tus esfuerzos son en vano, alguien te lo sigue susurrando al oído y el olor, ese olor que te acompaña desde el primer día, que no te abandona, que te da asco, el olor sucio de ese dinero, se mete por tu nariz ofendiéndote las entrañas. Pero todo lo haces, recuerda, por la aurora boreal que te aguarda en Alaska.

Prométeme, muñeca triste, que te vas a secar las lágrimas, que no valen la pena. Atúsate el cabello, píntate los labios y vuelve a sonreír, eso así, colócate la máscara y sal de nuevo a patear las calles.

Persigue tu sueño.

© María Aixa Sanz

La autora:

María Aixa Sanz (1973, España). Ha publicado *El pasado es un regalo* (2000), *La escena* (2001) y *Antes del último suspiro* (2006). En mayo de 2008 publica el ensayo *El peligro de releer*, recopilatorio de sus artículos. En Junio también de 2008 la Editorial Séneca publica el libro *La escritura del no* que recoge sus artículos literarios más importantes junto a los de una decena más de escritores profesionales. Blog: <http://www.blogs.ya.com/mariaaixasanz>

TU CUERPO RESPLANDECIENTE

por Carlos González Zambrano

*Si pensara menos con la cabeza
menos con el corazón
y más con la entrepierna*

Bunbury

París, a grandes rasgos, es la ciudad de las filas interminables, pensé al poco de aterrizar, mientras observaba una fila frente a un supermercado. Antes había tenido que soportar una primera fila para recoger el equipaje, otra para tomar el taxi y una tercera para entrar en la ciudad, que se perpetuó en un atasco. Luego, una vez acomodado en el hotel, vendría la inevitable fila del Louvre.

Cuando uno ocupa un lugar en una fila que no avanza, le da por concebir pensamientos insólitos. Piensa, por ejemplo, en el extraño mecanismo que determina si una fila se torcerá a la izquierda o a la derecha cuando alcance un obstáculo (un banco o la carretera, por mencionar alguno). O le da por imaginarse la figura que compondrá la fila vista desde el cielo. O, por ejemplo, maldice la ocurrencia de pasar tres días en París (necesito un cambio de aires, había pensado entonces). Uno tiene incluso tiempo para pensar en los inconvenientes de pensar en exceso (piensas demasiado, me reprochan con frecuencia).

A todo esto, había transcurrido más de una hora y estaba por mandar al cuerno a la Gioconda, cuando alguien me tocó en el hombro.

—¿Me guardas el sitio en la cola? —me preguntaste en español con acento afrancesado. Me pareció advertir una insinuación en la manera en que dijiste cola.

Inmerso como estaba en mis cavilaciones, tardé en reaccionar. Al girarme sólo alcancé a ver tu cuerpo de espaldas, confundiendo entre la multitud. Para ser franco, sólo me fijé en tu trasero. Cuando lo perdí de vista ya estaba, por supuesto, empalmado.

Y aún trataba de disimular la erección cuando regresaste al cabo de media hora. A pesar de no haber visto más que tu trasero te reconocí de inmediato. Quién sino tú caminaría hacia mí con esa determinación. Nadie más me dedicaría tal mirada felina. Me hice a un lado para cederte el sitio y tú me tomaste de la mano y me sacaste de la fila. He reservado un sitio para comer, me dijiste. Antes de que pudiera darme cuenta sujetabas mi pene con una mano y te lo introducías en la boca. Con la otra mano sostenías los testículos con delicadeza, como si los sirvieras en una bandeja o calibraras su peso.

—¿Te gusta la comida? —me preguntaste socarronamente.

—No se habla con la boca llena —me atreví a responder.

Te llamabas Nicole o Justine o Marguerite, uno de esos nombres que hacen pensar en pasos fronterizos, pero eso no lo sabría hasta que acabaste de comerme la polla. Por cierto, me dijiste mientras te limpiabas la boca, me llamo Nicole o Justine o Marguerite, y luego te sentaste en la cama y te bajaste la falda.

—Tu turno —me dijiste con naturalidad y separaste las piernas.

No podría decir en qué momento me quedé dormido. El caso es que me desperté aturdido, con esa sensación de irrealidad que uno tiene cuando se despierta en un cuarto ajeno. El dormitorio estaba sumido en una penumbra artificial que impedía adivinar si afuera atardecía o amanecía. Me froté los ojos y me di la vuelta. Yacías a mi lado, desnuda. Tu cuerpo resplandecía, y no hablo en sentido figurado. Literalmente: resplandecía.

Alargué el brazo para cerciorarme de que eras real, que no estaba soñando. Te toqué el hombro y la

huella de mi mano dejó un cerco fosforescente en tu piel. La luz que desprendías me obligaba a entornar los ojos para mirarte y tu cuerpo se difuminaba, se volvía borroso.

He de reconocer cierto grado de estupefacción, pero no tanto como cabría suponerse. Al fin y al cabo, todo había resultado sorprendente desde el momento en que me tocaste el hombro en la inevitable fila del Louvre. ¿Cómo supiste, por ejemplo, mi nacionalidad? En ningún momento abrí la boca y no llevaba nada que pudiera delatarme. ¿Cómo tuviste el atrevimiento de llevarme a tu casa? Bien podría haber resultado un depravado, uno de esos degenerados que, antes de descuartizar a sus víctimas, las someten a toda clase de torturas. ¿Y por qué, de entre todos los que hacían cola, me escogiste a mí, precisamente a mí? A qué extrañarse entonces de que tu cuerpo fuera luminiscente.

Me levanté de la cama y salí del cuarto. Encontré lo que buscaba en el salón (el salón de dónde, me dije mientras avanzaba a tientas). Cuando regresé a la habitación, te habías incorporado sobre los codos y sonreías.

—¿Te importa? —te pregunté estúpidamente mientras me ponía las gafas de sol. Debía tener un aspecto ridículo.

—No seas tonto —me dijiste y gateaste hacia mí. Luego me quitaste las gafas y me besaste en los labios.

Del París de aquellos días tan sólo recuerdo tu cuerpo resplandeciente.

Mientras las Maris formaban filas en los supermercados (en París también hay Maris, me dijiste sonriendo) y sus maridos compraban la prensa deportiva (el Saint Germain había vuelto a perder), mientras las parejas hacían cola en los cines y los turistas en las puertas de los museos —París es la ciudad de las filas interminables, recuerdo haber pensado al poco de aterrizar—, mientras tanto nuestros cuerpos se empeñaban en desordenarse. Tú jugabas a dejarme manchas fosforescentes. De pronto dibujabas en mi vientre algo que recordaba a un castillo, o esbozabas en mi espalda el perfil de un país inventado. Me excitaba el contraste entre mi piel apagada y tu cuerpo luminiscente. Cierra los ojos, me decías, y cuando me mandabas abrirlos no lograba distinguir si lo que veía era el comienzo de unos senos o el final de unas nalgas.

Nada más bello que tu cuerpo borroso, recuerdo haber pensado entonces —y era lo primero que pensaba desde que acepté tu luminiscencia.

Recuerdo también que encontramos las entradas del Louvre en la mesita de noche y dijiste «La Gioconda se va a quedar con las ganas», y reímos estrepitosamente.

Recuerdo vagamente una gota de sudor prendida de tu pezón.

Recuerdo que te pregunté, mientras arqueabas el cuerpo y cabalgabas sobre mí (tus tetas como dos bombillas encendidas), recuerdo que te pregunté si eras feliz.

—¿Eres feliz? —te pregunté la última noche.

—Los recién nacidos son felices porque ignoran que no lo son —me respondiste mientras te corrías, y en ese momento debí tomar conciencia de algo trascendental, porque fui incapaz de eyacular.

Al día siguiente me acompañaste al aeropuerto. Pude ver tu cuerpo luminiscente desde la ventanilla del avión al despegar. Juraría que se estaba apagando.

Creo que no he vuelto a ser feliz desde entonces.

© Carlos González Zambrano

El autor:

Carlos González Zambrano. Nació ideológicamente en el Sur, 1973. Reside en Mairena del Aljarafe (Sevilla). Amante de la lectura, afición que ha contribuido a mejorar el léxico de su pareja, que se ha visto obligada a recurrir con frecuencia al diccionario en busca de nuevas variantes de recriminaciones para demandar atención. Ha publicado cuentos en *Los inéditos del síndrome* y ha obtenido el III Premio de *Relato Mínimo Diomedea*. Asimismo, ha resultado finalista del concurso *Relatos en cadena*, organizado por Cadenas SER y Escuelas de escritores, y escribe a ratos. Su blog, Extremófilos: <http://extremofilos.blogspot.com>

PORNOGRAFÍA

por Antonio Báez Rodríguez

Desde chiquito tengo ruedas en el lugar de las piernas. No está mal tener ruedas, pero es mejor tener piernas, como todo el mundo. Si me paro a pensar, quizás a mí me hubiesen tocado unas piernas, si todo el mundo tuviese ruedas. En ese caso desearía las ruedas, que es justo lo que tengo. En resumen: estoy jodido.

Había que inflar las ruedas y había que engrasar los ejes. Además no iban solas. Tenía que empujarlas con la fuerza de mis brazos. De ahí que los tenga tan fuertes y musculosos. Como los pectorales. Si las personas empezaran de cintura para arriba, yo sería un hermoso ejemplar de persona. Guapo, además. Pero las personas también van de cintura hacia abajo. Y ahí es donde yo ya no he sido yo, sino ese chico pegado a unos hierros, a unas ruedas. Un ser extraño, híbrido. Como un centauro. Lástima que hoy casi nadie sepa nada de mitología.

Moverse por la ciudad en silla de ruedas es una aventura complicada. Nunca hay suficiente espacio para pasar y todas las puertas son estrechas. No obstante, de la calle he hecho mi reino. Me he ganado la vida vendiendo lotería. Mi vista está llena de cinturas. Por ellas reconozco a las mujeres antes de elevar los ojos hacia la cara. A los hombres, según el tipo de hebilla que lleven en el cinturón.

Cuando era un muchacho unos monitores me arrastaron a un equipo de baloncesto. Pero a mí lo que de verdad me gustaba en aquella época era el cine. Así que no tardé mucho en decirle a mi entrenador que me importaba poco si la pelota pasaba o no por el aro. Me hice socio de un videoclub. Me gustaban todos los géneros y a veces, sobre todo los fines de semana, alquilaba las películas por lotes. De este modo di en una ocasión con una película *diferente*, entre una serie de títulos del oeste. La cinta iba dentro de una carátula errónea. Aproveché la circunstancia y dije que la había perdido. Pagué la multa y me la quedé. Llegué a verla incontables veces.

Mientras me empujaba sobre la silla de ruedas con la única fuerza de mis brazos, recitaba los diálogos de aquella película, que tenía memorizada desde la primera hasta la última secuencia o plano.

Había dos chicas, dos amigas, que en los primeros minutos del metraje ya habían seducido al muchacho en el estudio de la que era artista, pintora. Hablaban con un gemido provocador, insinuante, antinatural. Con inflexiones y tonos que me erizaban la piel y me provocaban una erección permanente. Después de usarlo como pincel y consolador, o como el pincel-consolador, la pintora lo invitaba a la clausura de su exposición en una importante galería. Donde seguramente todos acabaremos follando con todos, dijo. El caso es que yo subía una empinada cuesta y mascullaba el diálogo entre la pintora y su amiga, con esos hipidos en la inflexión, que insinuaban una calentura constante:

—¿Crees que querrá venir el martes?

Y la otra, o sea, yo mismo, en su remedo, me decía:

—No lo sé, supongo que sí.

Y me sentía como Ulises pasando por delante de las sirenas, seducido por su canto, atado al mástil.

De hecho, el muchacho, que había sido recogido a las puertas de un instituto por las dos pervertidas mujeres para usarlo como modelo, en la exposición, ese martes de cierre, le diría a la artista:

—Me gusta mucho tu pintura, creo que es enormemente plástica.

Y a mí, como a él, no sólo me temblaba la voz, sino también la barbilla.

Pero mis escenas favoritas eran aquellas en las que el chico, en pie, ya se había hecho dueño de las situaciones y en medio del estudio de la pintora, con las piernas abiertas y un enorme bulto apretado en el pantalón, miraba hacia la cámara como un coloso, y traspasaba todas las barreras de la inercia

y el vacío, hasta llegar al espectador, el mirón, yo. Con el mando a distancia yo rebobinaba hacia delante y hacia atrás para ver cómo se erguía y se presentaba desafiante. Luego, cuando la chica, la pintora, se arrodillaba ante él y le bajaba los pantalones, o la otra, la amiga, se ofrecía desde atrás, subiéndose las faldas, yo cumplía con mi deber manual. Finalmente le daba a Pause y congelaba la imagen del video con el chico despatarrado.

El chico me miraba y yo estaba pegado a la silla, a las ruedas, con los pantalones bajados, hechos un nudo entre mis muslos blandos, blanquecinos y escuálidos. Yo, igualmente lo miraba a él, sostenido por dos fuertes pilares, piernas de Hércules hundidas en el amasijo de ropa que le trababa los pies de un modo ridículo. Un hombre entero y un hombre por la mitad, frente a frente, asomados desde dos dimensiones distintas.

Escribí a la productora. Les envié una fotografía, pero no les dije nada más. No tardaron en llamarme. Les interesaban las caras nuevas.

–¿Y las ideas nuevas, os interesan? –les pregunté.

–Eso menos –me contestaron.

En el porno, como en el resto de los géneros, impera la inercia.

Me costó, pero los convencí. Me contrataron para una película. Mi papel era el de un malvado resentido que se quería follar a la hija del presidente de los Estados Unidos y a partir de ahí dominar el mundo. Pero el resultado comercial no fue el esperado y en se momento acabó mi carrera como estrella discapacitada del porno. Y como guionista.

A veces voy a un cine del centro. Pago la entrada y me tengo que quedar en el pasillo. Pero ya no es lo mismo que en los 80. Ya no quedan salas X. Y las echo en falta. En su turbia oscuridad aquellos seres del desahucio amoroso, exiliados de la composición erótica, componíamos un bestiario muy escogido de las maravillas mitológicas. Había un hombre perfecto de cintura hacia abajo, con el que me entendía muy bien. Me gustaba abrirle la hebilla de su cinturón con los dientes. El jamás se agachaba, erguido en la oscuridad de la sala. La altura a la que quedaba mi boca era la perfecta. La hidrocefalia le había estado ensanchando los rasgos del rostro, le había abierto la narices y por ellas resoplaba como un búfalo, cuando el placer de su carne y el de los seres del celuloide coincidían.

Lo que tiene la calle es que se ve a mucha gente. Muchas caras, muchas cinturas, muchas hebillas. Y algunas acaban por repetirse. Aunque sea sólo en un par de ocasiones, se quedan grabadas en el cerebro.

La primera vez le ofrecí lotería. Yo en mi silla de ruedas, él en su coche. Casi a la misma altura. Me quedé mirándolo porque no me lo podía creer. Lo reconocí. Era el chico de la película. El mismo. No me cupo duda. Como a mí, le habían pasado unos cuantos años por encima. Intentando triturarlo. Sentí una emoción muy intensa que me sobrecogió. Y pasé los meses siguientes sin poder conciliar el sueño. Ya pensaba que había desaprovechado de un modo ridículo la oportunidad de haberle hablado. Ya, que todo había sido un error de percepción. Un lapsus imaginativo, un desliz sentimental que me había llevado a confundir a cualquiera con aquel mito de mi juventud. Fueron transcurriendo los meses y pasaron algunos años más. El pozo del olvido se lo fue tragando todo. Ni siquiera podía estar seguro de que el encuentro hubiese tenido lugar, independientemente de la identidad de aquel hombre.

Acababa de estrenar una silla con motor. El tipo tenía una hebilla reluciente con motivos vaqueros. Entendí que había pasado por momentos mejores, pero que no estaba dispuesto a renunciar a las señas de identidad de su elegancia. La abrí con los dientes. Me apliqué, pero el tipo no soltó ni un gemido, nada. No era mi costumbre mirar hacia arriba, a la cara, pero esta vez lo hice. El tipo estaba muy tranquilo y yo sabía que su mutismo no era hostil.

–Eres tú –le dije.

Se me presentaba una segunda oportunidad.

–¿Me conoces?

–Te reconozco. De joven me sabía de memoria los diálogos de tus películas, sobre todo de una.

–Hice muchas, pero todas eran iguales, ¿cómo se titulaba?

En ese momento se me soltó la lengua y empecé uno de aquellos diálogos excitantes por el tono hueco, vacío, y ambiguo, de todo lo que decían:

–¿Tú? ¿Por qué tú? Podría ser yo –le dije.

–Seguid, seguid, soy un hombre muy liberal.

Y luego, ya en plena faena:

–Desde luego, eres un cachondo. Acércate, ven con nosotras.

El tipo no daba crédito a lo que le estaba ocurriendo. El lisiado que se la chupaba se conocía de memoria todo su repertorio.

Al cabo del tiempo a mí también me cuesta creer que eso me haya ocurrido. Pero me he llevado las manos a la cintura en un movimiento involuntario. Acabo de tocar la hebilla. La que el tipo me regaló.

© Antonio Báez Rodríguez

El autor:

Antonio Báez Rodríguez (1964). Acaba de publicar un libro de relatos titulado *Mucha suerte* (Narrador.es, Bilbao, 2008). Blog, Cuentos de barro: <http://cuentosdebarro.blogspot.com/>

* * *

Relato

LIBRO DEL ESTREMECIMIENTO

por Ana Muñoz de la Torre

Él sabe leerme como nadie hasta ahora lo había hecho. En sus manos soy el libro del estremecimiento. Mi lector voraz me hojea mientras me acaricia el lomo, entrega un dedo a mi boca y, tras rescatarlo empapado, empieza a pasar mis páginas hasta dejarme abierta por el capítulo de la turbación.

Antes de continuar, venda mis ojos. De esa manera, desde la oscuridad que amplifica los sentidos, advierto cómo unos dientes me arrancan la cordura, una lengua me inflama el deseo, un cuerpo me apaga la sed. Tinta, papel, sudor, carne.

Finalizada la lectura, me suplica que done a su extensa biblioteca el ejemplar de la historia que acabo de contarle. Yo le aseguro que haré lo que me pide cuando tenga la certeza de que, a partir de mis palabras, no habrá más sherezades.

© Ana Muñoz de la Torre

La autora:

Ana Muñoz de la Torre nació en Córdoba pero reside en Madrid desde hace nueve años. En la última década ha ejercido de periodista, redactora, correctora de textos, lectora de originales y asesora literaria. Es autora del blog "La orgía perpetua" (<http://www.laorgiaperpetua.com>) y de la obra *Ella y La orgía perpetua* (Gens ediciones, 2007). Creadora de los talleres Escritura y blogs y Literatura erótica, que imparte en la Escuela de Escritores, también dirige grupos de Iniciación a la Escritura Creativa e Iniciación al Relato breve.

OSCURO DESEO

por Patricia de Souza

Yo no puedo hablar de ella sin evocar un equívoco: la primera vez que la vi pensé que se trataba de otra chica. Es decir, me acerqué a ella confundiéndola con otra, hasta que me descubrió su rostro y su sonrisa. La otra era de Centroamérica, ésta era una mulata, de una piel fina y dorada por el sol, y una risa rocosa, en cascada, casi rota.

De su sexo, de eso hablaré después.

Recuerdo haberla seguido a través de los portales en el Zócalo. Ella llevaba un vestido de lunares y una especie de abrigo que por unos instantes me hizo pensar que se trataba de una europea porque no era común esa forma de vestirse aquí, menos la forma como sujetaba el cigarrillo entre los dedos pequeños: como si se le fuera a caer. Al llamarla por otro nombre ella sonrió y allí comprendí, mientras le encendía el cigarrillo, que ese encuentro no iba a ser anodino. Ella siguió caminando, con el cigarrillo entre los dedos: abría la otra mano como si jugase con el viento. La seguí. Caminaba rápido, con paso de bailarina, y me costaba no perderla entre los quioscos. Atravesó una calle y luego, cuando creí que se había metido en alguna tienda, la vi caminar de nuevo, pero esta vez en mi dirección. Me preguntó si por casualidad la seguía, y trastabillé negando torpemente, hasta admitir que sí, que la había seguido, pero que sólo quería conversar con ella. Y me sonrió. Noté que en su mirada había algo de metálico y que no me miraba a mí sino a un punto en el espacio casi imperceptible y que tenía que pararme enfrente de ella para que pudiera sentir que estaba hablando conmigo. Bueno, me dijo, ¿quieres que vayamos a tomar algo? Y terminamos en una cantina del centro de la ciudad, entre mesas repletas y ruido de cubiertos y vasos. La gente se volteaba a mirarla cuando pasaba delicadamente su cuerpo junto a las personas, en su mayoría hombres, sentados a sus mesas. Me contó que estaba en México haciendo una maestría en antropología y que tenía muchos amigos, y no sé por qué razón, esa frase me sugirió una cierta ligereza en su manera de afrontar las relaciones con los hombres, no en el sentido moral, sino más bien en tanto que desapego; estaba diciendo entrelíneas: No te enamores de mí porque yo no sé comprometerme. Bebimos varias cervezas, luego ella pidió tequila y la vi ir y venir por el bar con su vestido vaporoso, abriéndose paso entre las miradas angurrientas de los hombres que seguro la deseaban. Más tarde me preguntó: ¿Y ahora? Propuse seguir bebiendo y ella me preguntó dónde vivía. Creo que le conté que tenía un estudio donde a veces me encerraba a escribir, porque aún vivía con mi madre, quien estaba muy enferma de una osteoporosis, pero que pensaba buscarme algo para mí solo. Ella se levantó y me ordenó seguirla, supuse que me estaba sugiriendo que la llevara al estudio, adonde la conduje silenciosa, pegada a la ventana y con mirada ensoñadora. Comentaba lo bonito que le parecía México, un poco eufórica, alejándose por unos instantes de la ventana. Pasábamos por una avenida donde se hacían trabajos, salpicada de grúas abandonadas que parecían insectos gigantes y que la hacían exclamar qué poético le parecía todo eso, como si estuviera sola: Me parece muy poético, decía ella, volviendo a apoyar su cabeza contra el vidrio. Llegamos, bajó y me pidió las llaves. Yo obedecí. En la habitación, no tardó en desvestirse descubriendo su piel mate, unas caderas delgadas, piernas labradas por un artista. Y un pubis con poco vello. Estaba petrificado, ella me jalaba hacia la cama haciéndome sentir el calor de la palma de su mano húmeda y caliente, y yo me dejaba jalar, desvestir. Cuando me monté sobre ella, me dijo que prefería colocarse encima. Miraba mi erección mientras sonreía, yo quería besarla por todas partes, entre las piernas, las nalgas, besarla en la boca que me pareció cerrada, o fría, igual a un volcán dormido. No se dejó besar sino en el cuello y me ofendía. Quise preguntarle si quería de verdad acostarse conmigo, pero no lo hice, mientras ella se ponía de nuevo encima, moviéndose en varias direcciones, a punto de arrancarme un grito de dolor porque me torcía el glande, entonces vi que sus ojos se volteaban hacia atrás y se ponían blancos, una línea de sudor le corría entre dos senos pequeños y duros, con la sombra de los pezones un poco rosada. Cuando se echó a mi lado, con las piernas abiertas, exhaló un profundo respiro. Su sexo estaba abierto y húmedo, semejante a un animal marino que invitaba a acercarse para percibir mejor sus olores agrios. Me aproximé lentamente hasta quedar muy cerca y sentir con más intensidad su olor. Nunca había mirado el sexo de una mujer por tanto tiempo, los rizos eran muy pequeños y pegados a la piel, los labios oscuros, hasta perderse en los glúteos. Luego de mirarla por mucho tiempo, me dormí. Al despertar, no estaba. Sólo me había dejado un teléfono con su nombre: Octavia.

Cuando llamé me contestó la voz de una mujer. Me dijo que sí, que ella estaba a su lado y me pasó con

ella, quien me dio cita en el café Tacuba, enseguida colgó. Estuve a la hora en punto, pero ella nunca llegó. Cada vez que la puerta se abría esperaba descubrir su sonrisa encontrándome en su lugar con el rostro de algún turista cansado de visitar la ciudad, o familias y parejas mexicanas que se reunían a almorzar. Ella, Octavia, nunca llegó. No vería nunca más su sexo.

Estaba durmiendo en casa cuando sentí que alguien gritaba mi nombre desde la calle. Tropezando, me asomé a la ventana y la vi bajar de una moto, vestida con un pantalón de cuero negro y una playera tejida que le llegaba a las rodillas. Llevaba también botas vaqueras. Corriendo me precipité a abrirla la puerta. Me besó en la boca con mucha efusión y subió. La seguí. Se desnudó en pocos segundos y me consumió toda la energía que podía llevar dentro, porque debimos hacer el amor varias veces, con interrupciones en las que ella se levantaba a buscar preservativos de su bolso, haciendo caer diversos objetos. Agotada, y después de varios orgasmos en los que yo había visto sus ojos ponerse de nuevo en blanco, se despertó en medio de la noche para buscar a tientas algo que yo no tenía en mi pecho. Hizo ese gesto varias veces, el de la niña que busca la leche y luego se enfada, dándose la vuelta para quedarse de nuevo dormida. Corrí a mirar en su bolso. En su billetera tenía la foto de una chica morena como ella, bonita, en cuyo dorso había una inscripción que decía: "Para Octavia con amor". No le pregunté nada, pero todos sus movimientos empezaron a intrigarme, y, mientras tomábamos café frente a la ventana de mi estudio, ella vestida con una camisa mía que dejaba sus muslos al descubierto produciéndome un gran deseo (porque presentía su sexo húmedo), le pregunté: ¿Eres casada? Una mueca de asco se dibujó en su boca. ¿Yo? ¡Jamás! Todos los hombres son una porquería. Me levanté y casi tropecé, antes de alcanzar el lavabo. No sabía quién era realmente esta mujer y no lo sabría nunca. Quedamos que pasaría uno de esos días, dijo así: Uno de estos días.

No me llamó en una semana. Yo soñaba con ella y la veía en compañía de la chica de la foto, en la misma cama, torturándome con la idea de que estaba con ella. Una noche, en que me había quedado escribiendo en el estudio apareció vestida con ropa de lujo, muy elegante, luminosa como una estrella lejana. Me habló de su infancia en Perú, me dijo que era de una gran familia que se había quedado sin dinero, que su padre despilfarró la fortuna que tenían comprando unas minas que terminaron siendo un fiasco. No hicimos el amor, ella se las arregló para que bebiese mucho y me quedara dormido para despertarme de nuevo solo. Había dejado una carta:

Mi querido,

Tengo algunas cosas que hacer antes de volver a verte, pero juro que la próxima vez será por más tiempo. Te quería pedir que arregles un poco tu departamento, que es un poco incómodo, así estaremos mejor y yo podré traer a mis amigas y no pasar así tanto tiempo en la calle. Te dejo mi sostén para que pienses en la forma de mis senos...

Octavia.

Pasé varias semanas esperando que me llamara o que se apareciera en mi estudio, dejaba sola a mi madre una vez que se dormía y partía a esperarla. Compré algunos muebles nuevos siguiendo sus indicaciones, soñando con el instante en que pisaría mi sombrío estudio de escritor frustrado. Pero nunca llegó. Y empecé a masturbarme con su sostén imaginándola en el instante en que lograba llegar a un orgasmo y me invadía el olor de su sexo. Una mañana compré el periódico y descubrí su rostro sonriente, vestida de lujo como esa noche. Sus ojos eran de una intensidad fuera de lo común. Esta foto llevaba un encabezado anunciando la desarticulación de una red de narcotráfico en la que ella era su carta blanca, el nexa con personajes importantes. También decía que esta mujer, de origen colombiano, que se hacía pasar por peruana, había fallecido durante la persecución de uno de los capos de la mafia. Y daban otro nombre.

© Patricia de Souza

La autora:

Patricia de Souza Perú, 1964. Ha realizado estudios de ciencias políticas, periodismo y filosofía y una tesis doctoral en literatura francesa y comparada sobre Flora Tristán y Lautréamont. Ha publicado las novelas: *Cuando llegue la noche* (Lima, Jaime Campodónico, 1995); *La mentira de un fauno* (Madrid, Lengua de Trapo, 1999); *El último cuerpo de Úrsula* (Barcelona, Seix Barral, 2000); *Stabat Mater* (Madrid, Debate, 2001); *Electra en la ciudad* (Madrid, Alfaguara, 2006); *Aquella imagen que transpira* (Lima, Sarita Cartonera, 2006), *Ello dos* (Lima, editorial San Marcos), 2007. Ha traducido poesía de Michel Leiris y narrativa de Jean Echenoz. Ha colaborado en la obra colectiva *Líneas aéreas* (Lengua de Trapo 1999). Actualmente reside en Francia. Parte de su obra ha sido traducida al alemán y al francés. El cuento que ahora se publica, "Oscuro deseo", pertenece al libro *Erotika. Escenas de la vida conyugal*, que se publicará a finales de julio de este año en la Editorial Jus.

EL CAMINO DE SANTIAGO (Capítulo 3)

por Francis Novoa Terry

DE LA PUERTA DE MI HABITACIÓN A LAS BRAGAS DE MI NOVIA

Entro a mi habitación en donde todavía duerme mi novia. Está tapada solo a medias dejando entrever sus bragas moradas. Bueno, así le llama ella a ese metro cuadrado de tela morada que cubre su enorme culo. Porque mi novia pesa noventa kilos. O sea que solo su culo pesará unos treinta. Pero a mí no me importa. Siempre me han gustado las chicas entradas en carnes. Generosas, como las llamo yo. Y mi novia es muy generosa. Tanto que suele tener problemas en encontrar ropa interior de su talla en las tiendas. Tanto que ella es la única chica que no me rechazó y que aceptó ser mi pareja. Por eso la quiero. Y con esto no quiero decir que mi novia sea fea o poco atractiva, todo lo contrario. Si hasta se parece a una famosa actriz española, Paz Vega. Que sí, coño, mi novia es clavadita a la Paz Vega. Con un serio problema de tiroides, pero Paz Vega al fin y al cabo.

Me despeloto e intento no despertarla. Me deslizo hacia la parte inferior de la cama estacionando mi rostro a la altura de su culo. Le bajo la cortina morada y con mis manos le abro las nalgas con no poco esfuerzo. Joder. Si tan solo este culo fuera el de Allison. Pero no, es el de mi novia y de aquí, por lo menos, saldrían ocho culos de la guiri. Cierro los ojos e imagino que tengo frente a mí la boca de Allison. Me acerco y beso el ano de mi novia.

—¿Pero qué...? ¿Pero qué coño haces? —dice mi novia despertándose.

—*Si quieres que pare, dímelo ahora*¹ —le digo sin dejar de lamer su ano.

—¡Quita ya, Santiago! —me dice retirando su culo fuera del alcance de mi boca.

Ella, como Allison, también me llama Santiago. Se lo permito porque es mi novia.

—Perdóname, Tururú. No te quería despertar.

A mi novia le llamo Tururú de cariño por lo de su labor de telefonista. Cuando la conocí hace tres años, yo había llamado a un número equivocado y ella me respondió. Platicamos durante una hora, todo un récord puesto que yo nunca había hablado antes con una chica más de un minuto. Siempre que abría la boca las pibas o se iban o me cortaban a los sesenta segundos, no sé porqué. Pero aquella vez, la que sería mi futura novia, me habló durante tres mil seiscientos segundos seguidos sin rechistar. Recuerdo que me dijo algo así como: «*Por supuesto. Tienes razón. Yo ahora mismo me encuentro echada en la cama. ¿Y adivina qué? Estoy en cueros con mi mano en el conejo... Me estoy frotando el clítoris. ¡Ooohhh! Mi clítoris se está hinchando. ¡Ooohhh! ¡Se está hinchando! ¡Ooohhh! ¡No te imaginas cuánto se está hinchando mi clítoris! Sí... ¡Ooohhh! Se está hinchando del tamaño de un limón... ¡Ooohhh! ¡No, no, no! ¡Se está hinchando del tamaño de una naranja! ¡Ooohhh! Sí... ¡Ooohhh! ¡No, no, no! Ahora está del tamaño de un melón... ¡Ooohhh! ¡Ooohhh! Sí... ¡Ooohhh! ¡No, no, no! ¡Ahora mi clítoris está del tamaño de una sandía! ¡Ooohhh! ¡Ooohhh! ¡Ooohhh!*». Cuando finalmente me cortó supe pues que había encontrado a mi media manzana. Bueno, a mi media sandía. Al día siguiente volví a llamarla al mismo número, pero sonaba ocupado.

Llamé tres, cuatro, diez, cincuenta veces y nada. Siempre el mismo sonido: Tururú. Hasta que el mes siguiente logré comunicarme con ella y sacarle una cita. Desde entonces se acabó mi soledad y mi dolor. Mi soledad porque se acabó el meneármela sin nadie al lado. Y dolor porque se acabaron las agujetas de mi brazo derecho de tanto cascármela.

¹ Si quieres que pare, dímelo ahora. (Clint Eastwood en el papel de Robert Kincaid en *Los Puentes de Madison*)

–Santiago ¿qué te ha pasado en la nariz? Estás sangrando –me dice mi Tururú.

–Fui al cajero para ver si me habían endosado algo y entonces me cruzo con dos motoristas. Los hubieras visto. Uno media como dos metros y el otro, un macarra igual que él, tenía los brazos tan gruesos y musculosos como tus piernas, Tururú. Me llamaron Santiago y entonces yo les grité: *¡Maricones, repetid lo mismo en mi cara a ver si tenéis huevos!* Uno de ellos se bajó de su moto y me pegó un tortazo que me rompió la nariz. Entonces yo me cabreeé y...

–¿Cuál de los dos te vomitó encima?

–¿Vomitar? Nadie me potó encima.

–¿Y qué coño significan esas manchas en tu camiseta?

Joder. Estaba bañado en Rioja. La botella de vino con que me reventó Allison debía de estar llena.

Mi novia se acerca a olisquearme.

–Apesta a vino –me dice mi Tururú con ese rostro de perro bulldog que pone cuando se enoja–. ¿Has estado tomando con Allison?

–No. Jamás.

–¿Tú te crees que soy tonta?

–¿A qué te refieres, Tururú?

–He visto cómo la miras. Sé que te la quieres tirar.

–Pero ¿de qué hablas? Yo no me la quiero tirar.

–Claro, como para en pelotas... ¿crees que no te he visto mirándole el chichi fijamente?

–¿Pero qué dices? Yo nunca le he mirado el chichi fijamente. Ni siquiera de refilón. Además, tú sabes que estoy locamente enamorado de ti.

–¿Y cómo estás tan seguro de eso?

–*Ser el elegido es igual que estar enamorado. Nadie te dice si lo estás, solo lo sabes... al cien por cien. De la cabeza a los pies.*²

–Ya. Dime ¿qué hora es?

Desde la cama veo el reloj despertador que hay sobre la mesita de noche.

–Nueve menos cuarto –le digo–. De veras, Tururú. Yo solo te quiero a ti.

–Tú lo que quieres es otra cosa. Venga, déjame en paz. Tengo que ir al trabajo a las doce. Quiero dormir un poco.

Mi novia se da la vuelta en la cama dándome la espalda. Me le acerco y, desde atrás, deslizo mi mano izquierda sobre ella en busca de sus pechos. Tengo que estirar mucho mi brazo para bordear la extensa superficie de su cuerpo. Cuando finalmente logro tocar algo blando que parece una ubre, mi novia voltea su rostro hacia mí y me dirige la mirada más furibunda que haya visto jamás. De inmediato le quito mi mano de encima. Mi novia se voltea otra vez y allí acaba el asunto. Su puta madre. Otro día sin follar.

Pero aún hay esperanzas.

Me destapo un poco y, bajo la manta, logro ver las bragas moradas de mi novia. Todavía seguían

² Ser el elegido es igual que estar enamorado. Nadie te dice si lo estás, sólo lo sabes... al cien por cien. De la cabeza a los pies. (Gloria Foster en el papel de El Oráculo en *Matrix*)

bajadas, así que fijo mi mirada en la raja que parte en dos su trasero y me toco la polla. Comienzo a meneármela suavemente. Al poco rato siento una ligera pinchazón en el hombro derecho. Son los rezagos de las otras agujetas que me habían quedado de un feroz pasado gayolístico. Hay costumbres que no se pierden, solo se posponen.

No sé cómo habré terminado de cascármela ni tampoco en qué momento me habré quedado dormido, pero una llamada a mi móvil me despierta. Veo la hora y son las nueve y cuarto de la mañana. Veo el número telefónico que me llama y sé de inmediato de quién se trata. Su puta madre. No me apetece responder en lo absoluto.

–¿Hola? –respondo con desgano.

–¿Santiago? –me dice la voz más antipática que pueda oír uno jamás.

–Que no me llamo Santiago. ¿Cuántas veces tengo que...?

–Ven ahora mismo. Un trabajo urgente para ti –me dice la voz de soldado a bocajarro. Ni saludo ibérico, ni calor humano, ni pollas. Una voz de chica cien por ciento española.

–¡Pero si son las nueve y cuarto de la mañana! –digo no sé por qué pues ya conozco la respuesta.

–Si no vienes, nunca más te llamaremos.

–Vale. Llego en veinte minutos.

–Si fuera en diez, mejor –y corta la comunicación la muy cabrona.

No son siquiera las nueve y media de la mañana, todavía no me han endosado ni un puto duro en mi cuenta, un gilipollas me ha torcido el tobillo, una borracha en pelotas me ha roto la nariz de un botellazo, mi novia no ha querido follar conmigo, me acabo de hacer una gayola, no he desayunado, estoy cansado con ganas de dormir y de que no me toquen los huevos, y ahora resulta que me llama Vampirella para un curro urgente, como siempre.

Su puta madre. Acabo de darme cuenta de que me había corrido sobre las bragas de mi novia.

© Francis Novoa Terry

El autor:

Francis Novoa Ferry. Nací en Lima (Perú) el 10 de febrero de 1973. Allí gané varios concursos de cómics y publiqué en distintos fanzines y revistas del medio. En el 2000 logré huir de mi país (porque del Perú no se emigra, se huye) y logré refugiarme en España, país en el que vivo desde entonces. En la actualidad escribo relatos cortos para la sección "Tú mismo" de la revista *Heavy Rock*. Blog: <http://www.francodimerda.blogspot.com/>

* * *

Novela

LA ORGÍA DE FLIPP **(Extracto de la novela *Viaje por las ramas*)**

por Román Piña

A las 01:00 estábamos en la cruz de hierro de la cima del Stein am Mandl. La ascensión había sido más rápida que la de seis horas antes, con Milos a cuestas. Como hacía bastante frío el mareo se había

evaporado y habíamos apretado el ritmo.

Durante la subida no habíamos apenas hablado. Yo sí le había preguntado dos cosas a mi joven y misteriosa pelirroja. El nombre: Louise, me había dicho. Y lo más importante: ¿qué se proponía hacer en la montaña a aquellas horas? La idea de que nos dirigiéramos a un nido de amor, pasión y sexo agreste la había descartado por completo. Se había evaporado junto a los efectos del tinto. Allí se cocía algo diferente.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

Louise no me contestó. Se bajó la cremallera del anorak y cerré los ojos. No esperaba ya una sesión erótica, a dos mil metros. Me anticipé a lo que mis ojos cerrados me robaban. La cremallera se abrió como un caliz de lirio. El cuello blanco de Louise se perdía hacia abajo entre dos pechos ardientes, palpitantes y secos, sin rastro de sudor, velados, retrasando el saludo de los pezones.

Abrí los ojos y vi que Louise llevaba una camiseta. No me ofrecía ningún pecho desnudo. Sacaba de un bolsillo interior del anorak unos prismáticos y se los llevaba a los ojos, enfocando un punto lejano, perdido abajo en el valle en dirección sur.

—¿Qué buscas?

—¿Tú cómo estás de la vista? —me preguntó.

—Muy bien, cuando cierro los ojos —respondí.

Me puso los prismáticos en las manos y me pidió que mirase hacia donde ella me indicaba con la mano.

—¿Lo ves?

Yo miraba con la escasa concentración que me quedaba.

—¿Qué quieres que vea? Es de noche. No se ve nada.

—¿No ves un fuego? —insistió.

—Sí, es cierto.

Alguna luz asomaba tenue en la lejana oscuridad del valle.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es un campamento. Es adonde vamos.

Me sentí como si una segadora me hubiese cuchilleado y envuelto en un paquete de paja.

—Mira, Louise. Me lo estoy pasando muy bien, pero estoy muerto de sueño. ¿Qué pinto yo en esto?

—Te necesito. Allí abajo te necesito. Confía en mí.

Era jodidamente misteriosa. Era jodidamente guapa. Confíe en ella.

Bajamos hacia la luz a buen paso, cruzando prados cóncavos. La noche era demasiado tacaña con nosotros. No nos regalaba ni una estrella. Una bóveda de tinieblas se extendía como una réplica gris del hondo valle en el que nos integrábamos.

En una hora nos habíamos acercado lo bastante a aquel fuego perseguido como para distinguir el perfil de cada llama.

—Ahora no hables. No hagas el menor ruido. Sígueme —dijo Louise.

En seguida accedimos al bosque en cuyo lecho palpitaba la fogata. Nos acercamos a una roca saliente bajo la cual una algarazca de voces masculinas ahogaba el resplandor de la hoguera. La teníamos debajo mismo, a un tiro de piedra.

—¿Quiénes son? —le pregunté a Louise, olvidando su consigna.

–Cazadores.

Vi que mi compañera volvía a tantear su anorak, y sacaba de un bolsillo una libreta y un bolígrafo.

–Román –susurró–. Ahora asómate, pero que no te vean. Cuenta los hombres.

Me asustaba invadir con mi cabeza el cielo sobre aquel jaleo de risas borrachas en torno a la hoguera. Lo hice tan despacio que pude ver cómo la luz del fuego iba iluminando mis pestañas, el vello de la punta de mi nariz.

Había varios tipos bebiendo algo, supuse que vino o algún alcohol fuerte, sentados sobre sacos de dormir. Un hombre bajito cantaba de pie apoyado en una guitarra. Otro corro estaba próximo a la tienda de campaña, hablando a gritos y riendo.

Me volví hacia mi chica, que aguardaba apoyada de espaldas a la roca y le mostré mis manos con varios dedos extendidos: ocho. Louise apuntó algo en la libreta.

Volví a trepar sobre el saliente y miré una vez más sobre el campamento.

–Espera –dije en un suspiro–. Hay uno más.

Un tipo de más edad, un corpulento anciano, salía de la tienda. Me quedé muerto. Aquello sí que era una aparición, un sueño de borracho, una alucinación disparatada.

Me bajé arrastrando el culo por la piedra con una mirada de enajenado petrificada en el rostro y me quedé mudo junto a Louise.

–¿Qué pasa? –inquirió ceñuda.

–Vas a creer que estoy loco.

–¿Qué has visto?

–Ahí abajo...–vacilé– hay un tipo que seguramente conoces. Ahí abajo, acaba de salir de su tienda, con su bigote kaíser y sus bávaros centenarios, Francisco José, el Emperador. Estoy seguro. O es él o es su fantasma.

Louise se llevó la mano a la boca y reprimió un ataque de risa que le hizo derramar lágrimas de dolor. Cuando se calmó dijo.

–No. No es Francisco José. Pero se le parece, te lo reconozco. Se llama Flipp y es nuestro objetivo. Le gusta salir de caza con ropa antigua.

–¿Y qué quieres de él? –le pregunté escamado.

–Hemos venido a matarlo.

Sólo me faltaba eso. Me iba tras una pelirroja con la esperanza de una caricia autóctona, un beso, una noche de fuego alpino, y en la meta me encontraba con una aspirante a asesina. O tal vez con una asesina experimentada.

–¿Pero quién es ese tío? ¿Por qué quieres matarlo?

–Flipp, deberías saberlo, es la vergüenza de Alemania. Uno de los hombres más ricos del mundo. Un degenerado. Es el objetivo número uno de mi organización.

Louise me cogió de la mano y me llevó lejos del campamento, a lo profundo del bosque, donde pudiésemos hablar. Me contó que el famoso Flipp había comprado todo aquel valle, una extensión que mide la mitad de Mallorca, y que se había construido un castillo. Un castillo que era más bien un búnker, pues el hombre, desde hacía casi veinte años, se sabía objetivo de los terroristas, y se había recluido y parapetado tras la barrera de seguridad más sofisticada que la última tecnología podía proporcionar. En las últimas dos décadas Flipp no había hecho un solo pipí sin guardaespaldas. Aquellos felices borrachos de la hoguera, que cantaban, bebían y fumaban en pipa, no eran amigos de Flipp: eran sus criados, sus guardaespaldas.

Louise volvió a abrir su libreta y anotó algo más, después de consultar su brújula. Luego arrancó unas hojas y las metió en un sobre. Escribió una dirección de Berlín y me lo entregó.

—Si me ocurre algo, si no salgo de ésta, tú debes huir y hacer llegar este sobre a su destino.

Me guardé la carta. Estaba completamente aturdido. No me apetecía nada asumir papel tan peliculero.

—Si va a pasarte algo, en lugar de empujarme a mí a una misión que difícilmente la posteridad me reconozca, lo que tienes que hacer es despedirte por si acaso de la raza humana, de la maravillosa vida, en un rito de amor. Me tienes a mí, yo soy El Hombre, soy tu último consuelo a las puertas del sacrificio. No permitas que te deje aquí y me vaya con las manos del recuerdo vacías. Esta carta es para otro, y yo quiero mi cuota de piel blanca, de beso pelirrojo, de sexo revolucionario entre tus muslos duros fugaces anarquistas. Déjame un «souvenir» epidérmico, dame un barniz de ti y algún rasguño loco de madera de piñas. Déjame poner mi pica en Flandes. Antes de la tortura, de poner en peligro el esplendor de tus veinticinco años, lo que tienes que hacer es fundirte conmigo en un solo cuerpo, mi pequeña y bellísima Louise, aquí, ahora, bajo esta carpa de ramas tupidas de abeto, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la justicia social.

Todo esto lo pensé y se lo dije con la mirada, pero no tenía resuello ni lucidez para decírselo con palabras.

De repente irrumpió un ensordecedor ruido de motor. Era un helicóptero que duchaba con su insolente foco un claro cercano al campamento de Flipp.

Cuando hubo aterrizado, acogido por los nueve cazadores con un alboroto delirante, nos acercamos a la luz de la lumbre.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunté a mi vestal, a quien ya veía enterrada en su heroico destino.

—Putas.

El helicóptero abría sus puertas y vomitaba sobre la hierba una procesión de nueve mujeres de la vida, de nueve gacelas de la noche, modelos de portada de revista para hombres. Descendían la corta escalera del aparato con sus piernas desnudas, sus tacones de aguja, ligas de lencería erótica de colores, blanca la primera, roja la segunda, negra la tercera, verde abeto, salmón, gris perla, añil, morado de arándano y azul. Bajaban sin bragas, con visones que rozaban con sus bigotes disecados las nalgas de hielo. Peinadas con trabajosas labranzas, con los colores de la guerra maquillando sus ojos, añadiendo a su mirada más fuego y más luz aún a la lujuria innata o incentivada de sus bocas. No podía ser más espectacular el encuentro en el bosque entre los sucios cazadores, arrugados por la cogorza y el humo del tabaco, y aquel desfile de deidades nacidas para la admiración y el orgasmo visual.

—Y ahora qué —musité volviendo la cabeza a Louise.

—Ahora una orgía. Así es Flipp. Todo lo que un hombre puede desear, en el lugar y el momento más inverosímiles, está al alcance de su mano. El capricho más descabellado, la mujer más perfecta, tanto que la mayoría de los hombres no han visto jamás, ni en fotos, una igual, hermosa más allá de lo creíble, él la tiene en nómina. Estas mujeres vienen de Salzburgo, de un burdel de lujo que se jacta de reunir los cuerpos más deseables del planeta.

—Si quieres mi opinión, te diré que se jacta con razón. No sabía que existieran carrocerías como éstas, diseñadas para el placer, fuera de los cómics.

—No la quiero. Mi hermana bajó una vez de ese helicóptero. Murió en la tienda de Flipp hace cinco años.

Pasó un ángel, probablemente caído.

—Joder. Está bien —dije—. Cárgate a ese tío.

Las putas se repartieron entre los hombres, que empezaron a desvestirse bruscamente, con desesperación de naufragos socorridos, y comenzaron su tarea. No la voy a describir yo aquí, porque estoy seguro de que el lector tiene suficiente imaginación o experiencia, y porque soy un ferviente partidario de la autocensura o elipsis como figura literaria, y de la censura oficial como figura de gobierno. Sin

censura no hay transgresión, represión ni placer.

Así que allí estaban unas chupando a cuatro patas aquel sembrado de espárragos mutantes, otras despatarradas con un pie en una roca y otro en la entrepierna de una compañera, pero el culo calentito cerca de la hoguera, sobre un mullido saco de plumas. La del sostén añil le sacaba a un cazador el puñal del cinto y pasaba su lengua de diabla por el filo, y luego pasaba el filo por sus pechos y bajaba hasta su pubis, dibujando los círculos concéntricos de una diana cuyo centro ocultaba el triángulo de su tanga.

Flipp también se desnudó mientras lo besuqueaba la más alta. El prado en torno a la hoguera parecía la mesa de oportunidades de El Corte Inglés. Todo era ropa arrugada y revuelta bajo tacones de aguja. Entonces lo vi. Allí estaban, arrojados en el centro de la bacanal, trofeo despreciado, los bávaros de Flipp.

Era una oportunidad única. Los bávaros de Flipp debían costar más de mil euros y podían ser míos tras una rápida e inteligente incursión en el plató. Para no llamar la atención lo único que tenía que hacer era desnudarme. Por lo demás yo llevaba barba de cazador y una barriga cervecera que no desmerecía en aquel entorno. Las putas no me conocían ni a mí ni a los otros, y los otros no veían tres en un burro.

Esquivando aquellos ingenios de carne pornográfica en jadeante vaivén, llegué al centro de la plaza y enganché una correa de los bávaros con el pie, disimuladamente. Empecé a arrastrarlos despacio, pero de repente una de las chicas, la del ligero negro y uñas a juego, posó su pie sobre la piel de ciervo.

–Y tú dónde vas –me dijo.

No pude hacer sino rodearla con mis brazos y besarle en el cuello con ansiedad felina.

–Yo te conozco. He vivido en España y tú eres un famoso cantante español. No te creas que por ser puta no leo los periódicos.

–Será que me parezco –dije en dialecto austriaco, para que no sospechara. Y seguí metiéndole mano y dejando que me metiera la lengua hasta el tímpano y que me hiciera cosquillas en los huevos con sus uñas negras con tal de que cerrara la boca.

Y cuando sacó la lengua de mi oreja dijo:

–Tu eres Juan Pardo. Esos ojos azules son inconfundibles.

Entonces me reí y me puse a cantar una canción popular austriaca, y a estirar hasta la luna un yodel virtuoso, que provocó una estampida de lechuzas en el bosque.

–Vente conmigo a la penumbra –le dije a aquella morena hispanófila y miope que me recordaba a Catherine Zeta Jones.

Y cuando salimos del círculo iluminado, trastabillando con los bávaros enganchados en mi pie derecho, empujé a la puta contra un tronco de abeto, y en el rebote le arreé un puñetazo en la nariz que la dejó inconsciente. Aquella zorra sobrehumana, con su despliegue de encantos, con sus artes de sirena y su perfume de París, había estado en un tris de dejarme sin mis bávaros.

Volví junto a Louise.

–¿Estás loco? –me dijo.

–Chsss. Todo está controlado.

–Vístete y lárgate, te lo ordeno. Tienes que irte ahora. Y no pierdas la carta.

–¿Pero has visto qué preciosidad de bávaros? ¡Mira! ¡Tienen una talla de cuerno de ciervo en el peto!

Louise sacudió la cabeza en señal de resignación. Nos dimos un abrazo de despedida y volvió a bajarse la cremallera del anorak.

–¿Qué vas a hacer? –le dije–. ¿Vas a dejarme besar tus pechos y oler tu miedo antes del gran momento?

–¿Qué coño dices? –contestó confusa.

No. Se estaba sacando una pistola del costado. Comprobó que estaba cargada.

–Y ahora voy a matar, desnudo y empalmado, a ese hijo de puta. Vete.

–No, no lo hagas –le dije–. Es una muerte demasiado feliz.

Me miró con ternura, pasó su mano libre y justiciera por mi mejilla y se ocultó en el bosque.

Yo me alejé hacia la cima orgulloso de lo que me llevaba: la caricia de Louise, el perfume de París y, sobretudo, los bávaros de Flipp.

Pero cuando llevaba recorridos unos cien metros, oí una musiquilla chillona a mis espaldas. Me giré y vi a Louise apuntando a la cabeza de Flipp, a un metro de distancia. Simultáneamente los ocho guardaespaldas desnudos apuntaban a Louise con sus pistolas.

–Suelta el arma –dijo uno de ellos.

Las putas, tan tontas, se habían refugiado espantadas tras el helicóptero. Louise bajó el arma. La musiquilla impertinente ensordecía el bosque. El guardaespaldas recogió la pistola de Louise y acto seguido registró los bolsillos exteriores de su anorak. De uno de ellos sacaba un teléfono móvil, que seguía emitiendo su aguda y mortal sintonía de llamada.

¿Quién era el capullo que telefoneaba a Louise en aquel momento? ¿Qué clase de terrorista de tres al cuarto se dejaba conectado el móvil, en plena misión asesina en un bosque?

© Román Piña

El autor:

Román Piña (Palma de Mallorca, 1966). Dirige la editorial Sloper, proyecto que incluye la edición de libros a fuego lento y la revista trimestral en papel nacida en 1994 llamada La Bolsa de Pipas. Ha publicado diez libros, entre los que destacan las novelas *Un turista, un muerto*, *Las ingles celestes* y *Gólgota* (Premio Camilo José Cela Ciudad de Palma) y el libro de viajes *Viaje por las ramas* (V Premio Desnivel). Página web: www.romanpigna.com

* * *

Novela

SUSPIRO AZUL **(Fragmento de capítulo)**

por Sandra Becerril Robledo

Pedro lo observa haciendo como que reza desde una esquina. El aspirante más joven no recuerda la oración del Credo, tampoco se avergüenza. Prefiere mirar las gotas de sudor que con discreción manchan el alzacuello de Demián.

Demián es el último en salir. Cansado, camina con rapidez. Sólo quiere dormir. Se recuesta en la cama. Está caliente, deliciosa para tumbarse. De inmediato cierra los ojos y se deja llevar hasta que no sabe nada más. La puerta rechina, se siente tan cansado que murmura entre sueños ¿Quién es? Se voltea, no le interesa. Su sueño es más pesado. Siente que cae en un abismo, el viento lo sostiene, babea. Alguien se recuesta junto a él, el colchón cruje por el peso. Demián siente frío, se acomoda las cobijas hasta las orejas. Jala una almohada para abrazar pero está ocupada. De un salto se sienta en la cama y voltea. Azul lo mira de una forma hipócritamente inocente. Demián jamás la había visto tan bella. Ella finge dormir. Él jala las cobijas y observa el cuerpo desnudo que ensucia sus sábanas. La curva que se forma entre la cadera y el torso de ella estando en esa posición es una montaña que Demián acaricia con dedos temblorosos. Acerca la nariz a su cabello, huele a incienso

como el que quema en la iglesia cada mañana. Los labios de Azul se entreabren esperando otra boca. Esa boca se acerca y se aferra con pequeñas mordidas. La lengua de Azul es fría como hielo. Demián siente como se eriza toda su piel. No puede más. La rodea con su cuerpo, el peso sobre la débil mujer que suspira acomodándose en la posición perfecta. Él la besa toda, la piel sabe a lluvia. Escucha voces afuera de la ventana, volando en la habitación. Las espanta con una mano como si fueran moscas y sigue tanteando en la oscuridad... ¿Hace cuánto que no...?

–Demián, es tarde. Demián...

Pedro lo mueve para que se despierte. El dormido se aferra a la imagen de Azul –Voy, voy, dame un minuto– Escucha los pasos que salen. Mira sus sábanas manchadas y con un placer que lo recorre, se queda un poco más en la cama.

«No has respondido sin embargo espero que lo hagas. ¿Aún queda conciencia en ti? ¿O ya la repartiste entre tus seguidores? De tanto rezar me quedé seco de fe. Soy una oveja perdida del baño. Me alejé a propósito para que no me ofrezcan más en sus sacrificios absurdos. Anoche tuve un sueño. Mi madre entraba por la puerta para abrazarme pero sus brazos eran tan largos como serpientes y olía oxidada. ¿Se estará pudriendo en su tumba? Que tu Dios vele tu sueño.»

© Sandra Becerril Robledo

La autora:

Sandra Becerril Robledo ha publicado los libros *La Calle de las Brujas*, *Amor al terror*, *Palabras sin piel*, *Sueños de tinta* y *Suspiro Azul* y en las antologías "Antes de que las letras se conviertan en arañas" (Instituto Mexiquense de Cultura, México 2006), "Grageas: Cien cuentos Breves de todo el mundo" (Ed. Desde la Gente, Argentina, 2008). Ha recibido los premios: Mención Honorífica en el concurso "Juana de América" y en el concurso Internacional de Terror "Espejo Roto" en España. Primer lugar en el concurso internacional de minificciones "MiNatura" (Cuba). Fue nominada para el premio en Excelencia Educativa en la VII Cumbre Iberoamericana en Lima Perú (2008). Escribió los guiones para los cortometrajes "La Hoja en Blanco" (Producida por Eunoia, México, 2005), "Autorretrato" y la adaptación de su novela "Suspiro Azul", que se encuentra en pre producción para un largometraje por Sky Films. Fue autora de la columna "Voz de Tinta" del suplemento cultural Laberinto del periódico Milenio Xalapa (México) y locutora del programa radiofónico "Palabras en línea" (Eclipse Radio).

* * *

Novela

LA CARA OCULTA DE LA LUNA (Fragmento del capítulo "El discreto encanto de Ella Fitzgerald")

por Carmen Santos

Desperté hacia las nueve y media de la mañana. Me sentía morir. No bebo casi nunca, y menos a palo seco. Al llevar un bagaje de curdas tan escueto en la memoria, no encontré ninguna resaca con la cual medir la magnitud de mi malestar. Pero por lo enferma que me encontraba, debía de ser tan memorable como la borrachera que la había originado.

Benito ya no estaba a mi lado. Supuse que en algún momento de la noche se habría arrastrado hasta su habitación, donde estaría agonizando de mareo y dolor de cabeza, al igual que yo. Conseguí arrancar el cuerpo doliente de la cama. Lo transporté hasta el baño, dando tumbos y tropezando con uno de los sillones. ¿Cómo había sido capaz de compartir con Benito una cogorza inútil, además de inoportuna, en lugar de mantenerme despejada mientras buscaban a Julio? La pija del espejo asomó la cara de agonía etílica y me flageló con su desprecio. Hoy no me caía tan mal. Era hora de aceptar que ésa era yo y los cuarenta esperaban agazapados a la vuelta de la esquina. Y la probabilidad de ver a mi marido

vivo menguaba con cada día iniciado. Se desató en mi interior una nueva tormenta salada. Los ojos se me inundaron del líquido que parecía inagotable. No quise dejarme vencer por la avalancha. No debía llorar. Ahora procedía adecentarme cuanto antes para ir con Benito a la comisaría. Me tragué las lágrimas como pude y me duché bajo un chorro de agua fría. Salía con tanta fuerza que rebotaba en la piel. Conforme me fui despejando pensé en Benito, alcanzado a los trece años por un amor que con el tiempo acabaría convertido en una cadena de preso para él. Benito sintiendo por mi marido la conmoción que yo nunca experimenté. Ni siquiera la primera vez que nos acostamos. Y tampoco después, cuando él ya me había atado a su cuerpo con los lazos invisibles que teje el placer compartido.

Arropada con el albornoz, me senté sobre el borde de la bañera. Recordé con toda nitidez la primera vez que subí al dúplex de Julio, a los quince días de nuestra cita inaugural. Esa noche, Julio me llevó a uno de los lujosos restaurantes que siempre elegía. Yo estrenaba un vestido de terciopelo negro, corto y muy ajustado. Zapatos con más tacón de lo habitual. Panties de seda que costaron una fortuna. No sé qué me empujó a montar semejante despliegue. A las cenas anteriores, había acudido con mi modoso vestuario de chica humilde. Quizá intuía ya que esa noche iba a ser diferente. Bebimos vino tinto. Un rioja de no sé qué cosecha, cuyo precio me provocó un ataque de vértigo al leerlo de soslayo en la carta. Hablamos mucho. Bueno, nosotros siempre hablábamos mucho. Incluso después de casados. Julio era culto. El hombre más culto que he conocido. Y sabía conversar. Empezamos charlando de un montón de trivialidades. Al final, acabó envolviéndome en su labia, como de costumbre. Luego me deleitó con anécdotas de cuando vivió en París. Debía de haber captado lo mucho que me excitaba su pasado bohemio. Lo sacaba a relucir a la menor oportunidad.

Cuando nos sirvieron los cafés mencionó su colección de discos, de la que dijo sentirse muy orgulloso. Me invitó a subir a su casa. Dijo que le encantaría enseñarme unos CD traídos de Nueva York años atrás. Unas grabaciones de jazz excepcionales y muy interesantes. Estaba seguro de que me gustarían.

—Como veo que te va esa música —apostilló.

Su sonrisa me acarició entre las piernas con un dulce lengüetazo de calor. Sus dientes blancos evocaron durante una milésima de segundo al lobo de Caperucita, tal como lo imaginaba de pequeña. Un escalofrío aprovechó la ocasión para azotarme la columna vertebral. Entendí perfectamente lo que me acababa de proponer Julio.

Pensándolo bien, ahora veo que fue muy despacio conmigo. Avanzaba paso a paso como un buen ajedrecista. Calculaba las jugadas con tino de estrategia consumado. Creo que en el ajedrez de la seducción él era de los que se regodean con el arrinconamiento gradual del adversario tanto como con el jaque mate final. Naturalmente, no reparé en estas sutilezas. Mis piezas caían una tras otra, y yo ni siquiera advertía el sigiloso avance de mi contrario. La noche en que pisé el dúplex de Julio, él había ganado mucho terreno sobre el tablero de juego. Los intervalos entre nuestras citas eran cada vez más breves. Mis intestinos ya se ondulaban con suave cosquilleo en su presencia. Como cuando se va montada en la góndola de una noria y ésta desciende en la segunda mitad del círculo.

Nunca fui hábil con los hombres. A pesar de mis treinta y dos años, en cuestión de sexo era más patosa que una adolescente. Había desperdiciado media vida con Luis, el novio prófugo, y sexualmente me pudría en el dique seco. Tampoco puedo afirmar que aquel noviazgo rebosara lujuria por los cuatro costados. Los dos vivíamos en la casa paterna y no nos sobraba empuje para buscarnos la vida en lo carnal. Aparte de los escasos viajes que hicimos juntos, apenas hubo oportunidades para iniciar experimentos lúbricos. No las perseguimos demasiado, la verdad. Al plantarme Luis, resbalé durante meses por la pendiente de la apatía. Entonces apareció Julio.

Cuando él dijo lo de enseñarme sus discos, yo llevaba días preguntándome si pensaba lanzarse, o resultaría ser tan indeciso como Luis. Alcanzado ese punto, la mera idea de acostarme con Julio me zarrandeaba con sucesivas taquicardias de excitación. Una vez metidos los dos en el ascensor forrado de espejos que nos transportó hasta su piso, sentí miedo: a no estar a la altura; a que por alguna metedura de pata mía las expectativas se fueran al garete; y, sobre todo, al despertar de emociones que me hicieran perder el control. En definitiva, miedo a ese hombre que me miraba como si estuviera relamiéndose por dentro. Pero era un temor de anticipación gozosa, por definirlo de algún modo.

Julio me tenía muy calda. Nada más entrar, puso para mí un CD de Ella Fitzgerald en un lujoso apa-

rato de música que parecía galáctico. No podía ser de otro modo. «You do something to me...», cantaba la Fitzgerald, con voz tan diáfana como el cristal de las copas donde habíamos bebido el vino. Una vez, yo había contado a Julio que me chifla la música de Cole Porter, porque me recuerda a las películas de Woody Allen y los viejos filmes de Hollywood. Los de mi infancia alemana. Él sacó buen provecho de mis confidencias. Ahí estábamos los dos: Julio preparaba bebidas, mirándome como un gato a punto de embucharse al canario. Yo esperaba sentada en el sofá de cuero, muerta de miedo ante el anhelado avance del enemigo. Pese a mi ineptitud con los hombres, intuía que ése era el momento cumbre. Si no se decidía uno de los dos, las ilusiones se ahogarían en agua de borrajas.

Julio vino con las copas y se acomodó a mi lazo. Empezó a charlar de esto y aquello. Y justo antes de que la Fitzgerald iniciara su tercera balada, me vi alcanzada por el beso traidor que abrió fuego. Digo traidor porque me lo encontré cuando más desprevenida estaba. La boca de Julio salió disparada de su guarida y acabó enroscándose con la mía en un tornillo sin fin. No sé si me dejó anonadada lo sorprendente de su incursión o el zarpazo de gozo que me tumbó tras la prolongada seguía erótica.

Julio tardó poco en mover la siguiente ficha. Despegó los labios. Lo justo para susurrar:

–Vamos arriba.

Se levantó del sofá. Me cogió una mano. Yo me dejé secuestrar como una ovejita por ese lobo, que me devoraba el cuello durante el breve trayecto hacia la escalera. Nuestros pies ascendieron los primeros escalones. Mi amiga entonó «Love for Sale» en la cadena musical, como si aún siguiéramos con ella. De pronto, me di cuenta de que Julio se había quedado un poco más abajo. Y me paralizó un espasmo, provocado por el súbito roce de sus dedos. Arremangaban con avidez el terciopelo del vestido y acabaron reptando por la superficie de los muslos recién liberados. El hormigueo hizo de mis piernas un puré inconsistente. Sentí la presión de sus dientes depredadores cuando se hincaron en mi nalga derecha. Creí que rodaría por las escaleras y moriría desnucada sobre el brillante parqué del salón. Me aferré al pasamanos. Los panties de seda me hicieron cosquillas en la piel, al desgarrarse a la altura del culo. La voz de Julio vibró contra mi nalga derecha:

–¡No sabes las ganas que tenía de hacer esto!

Sus manos reanudaron el pausado escalar, hasta posicionarse en mi cintura. Allí ejercieron la presión necesaria para encaminarme de nuevo al piso superior. Me dejé llevar. Era incapaz de hablar. Casi de moverme. Flotaba cual ameba errante dentro de una gota de agua. Y ya no sentía miedo.

Se acabaron los escalones. Julio dejó de impulsarme. Sin el guía que lo había orientado hacia arriba, mi cuerpo se meció durante unos segundos en las aguas del desconcierto. La respiración de Julio me rozó la nuca con su brisa. Dos moluscos sabios se adhirieron a mis pechos y me instaron a girarme. Me vi con la barbilla hundida en su pelo perfumado, mientras su boca exploraba el barrando de mi escote con la seguridad del viajero curtido en mil expediciones. Las manos no quisieron permanecer ociosas. Enrollaron el vestido hasta convertirlo en una bufanda blandengue bajo las axilas. Julio se inclinó con parsimonia. Me bajó las bragas. Los panties rasgados. Sentí el calor de sus labios cerca del pubis. Su contacto fugaz con el vello. La violencia del estremecimiento que me sacudió. Y ya no tengo ni idea de cómo liberó Julio mis tobillos de los grilletes formados por bragas y medias. No sé si lo hizo él, o fui yo. Solo estoy segura de que no paré de temblar mientras me conducía al dormitorio cercano, como a un cordero preparado con mimo para el ritual del sacrificio.

© Carmen Santos

La autora:

Carmen Santos (Valencia, 1958). Vivió en Düsseldorf (Alemania) desde los cuatro hasta los dieciséis años. En 1974 regresó con su familia a Valencia, donde reside hasta 1981. Ese año se traslada a Zaragoza, ciudad donde vive desde entonces. Finalista del XV Premio Internacional de Cuentos Max Aub, 2001. En 2003, obtiene el primer premio en el V Premio Internacional de Relatos Paradores de Turismo de España, por el cuento "La cumpasita". Ha publicado las novelas *La vida en cuarto menguante*, Zócalo Editorial, ahora Onagro, 2003 (lleva dos ediciones); *La cara oculta de la luna*, Debolsillo, 2004 y *Días de menta y canela*, Plaza & Janés, 2007. Página personal: www.carmensantos.es; Blog: <http://diasdementaycanela.blogspot.com>

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Bogotá (Colombia), 1949

<http://mistercolombias.blogspot.com>

* * *

Cargo en la Universidad Veracruzana: (Académico de Carrera Titular "C", Dirección Editorial de la Universidad Veracruzana)

ESTUDIOS

Licenciatura en Filosofía en la Universidad del Valle, Cali Colombia, 1975.

Master of Arts (Maestría en Artes con énfasis en Letras Hispanoamericanas) en la Universidad de Kansas en Lawrence, Estados Unidos, 1977.

Estudios de inglés, francés, alemán, portugués, italiano y griego antiguo en la Universidad del Valle, Universidad de Kansas y Universidad Veracruzana.

Estudios inconclusos de la Maestría en Filosofía en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

LIBROS PUBLICADOS

1. *Breve historia de todas las cosas* (novela), 1a. ed. de Ediciones de la Flor, Argentina, 1975. 2a. ed. de Plaza y Janés, Colombia, 1979.
2. *Alquimia popular* (cuentos), Plaza y Janés, Colección Rotativa, Colombia, 1979.
3. *El arte como problema* (conferencias), volumen compartido, Instituto de Artes de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 1979, Monterrey, México.
4. *La cuadratura del huevo* (ensayos escritos durante los estudios de maestría en la Universidad de Kansas), Instituto de Artes de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 1979, Monterrey, México.
5. *Cuentos para después de hacer el amor*, (cuentos) Leega Literaria, Colección Autores Americanos. 1a. ed. México, 1983. Edición Colombiana de La Oveja Negra, 1988, Bogotá. 6a. editorial Leega, México, 1992; Plaza y Janés, Colombia; Alfaguara Colombia y España, 2003.
6. *Paraísos hostiles* (novela), Leega Literaria, México, 1985.
7. *Mujeres amadas* (novela), Editorial Universidad Veracruzana, Colección Ficción, 1988, Jalapa, México; segunda ed. Plaza y Janés, Colombia, 1991; tercera edición mexicana aumentada y corregida de la Universidad Veracruzana, Colección Ficción, 1996.
8. *El juego de las seducciones* (novela), Editorial Leega, México, 1989.
9. *Los placeres perdidos* (novela), Premio en la Biental Internacional de Novela José Eustasio Rivera, Editorial Fundación Tierra de Promisión, Bogotá, Colombia, 1989 . Segunda edición de Editorial Edamex, México, 1990).
10. *Los grandes y los pequeños amores* (cuento) Premio Nacional de Cuentos San Luis Potosí, 1990. Coedición Joaquín Mortiz-Instituto Nacional de Bellas Artes, Colección Premios Nacionales, México, 1992.
11. *Las noches de Ventura* (novela: primera de una serie de cuatro), Editorial Planeta, Colección Grandes Narradores, México, 1994.
12. *La hermosa vida* (novela: segunda de la serie), Conaculta, México, 2002.
13. *La pequeña maestra de violín* (novela: tercera de la serie), Benemérita Universidad de Puebla, México, 2002.
14. *Buenabestia* (novela), Editorial Plaza y Janés, Colombia, 1994.
15. *Cuentos para ANTES de hacer el amor*, Plaza y Janés de Colombia, 1994 y Selector de México, 1996. Tercera edición de Educación y Cultura, 2007, México.
16. *El árbol de durazno*, (Cuento infantil en edición bilingüe español-maya-yucateco), Fondo Nacional para la Cultura de México y el Rey Momo, 1997.
17. *El pollo que no quiso ser gallo* (Cuentos, Premio Nacional de Literatura Infantil Juan de la Cabada, 1997), Secretaría de Educación y Cultura de Veracruz, Xalapa, 1998; Alfaguara Infantil, México, 2002; Alfaguara, Colombia, 2008.
18. *Juegos de la imaginación*. ((Relatos), Benemérita Universidad de Puebla, Editorial Ducere, 2000 (Premio Internacional de Cuentos Gabriel García Márquez).

19. *El amor y la muerte* (novela) Alfaguara, Bogotá, Colombia, 2002 (Finalista en el Concurso Internacional de Novela Alfaguara 2000; segunda (próxima) edición de La Flor de Buenos Aires, 2009).
20. *Eroticón frenáptero* (cuentos), Editorial Universidad de Antioquia, Colombia, 2002.
21. *Poéticas y obsesiones* (conferencias sobre poéticas de cuento y novela dictadas en las universidades Nacional, Pedagógica, del Rosario, del Valle, de Colombia; y de Pittsburg, Indiana en Pennsylvania, Kansas, en Estados Unidos; Veracruzana, de Nuevo León, UNAM, en México). Incluye una crónica de una serie de encuentros con Gabriel García Márquez.
22. *El ojo en la sombra* (antología de obras de Marco T. Aguilera, que incluye una biografía elaborada por Peter Broad), Universidad Veracruzana, Colección Ficción, 2002, México.)
23. *Cuentos para ANTES de hacer el amor* (nueva edición con cuentos diferentes a las dos ediciones anteriores; rústica y lujo), Educación y Cultura, México, 2007.

Libros de publicación pendiente:

23. *El imperio de las mujeres* (cuentos), Educación y Cultura, México.
24. *El sentido de la melancolía* (en proceso).

Otras publicaciones en libro

Prólogos a libros, introducciones, libros escritos en asociación

–Prólogo extenso a *La Metamorfosis*, con un estudio de las obras completas de Franz Kafka. Editorial Leega, Colección Omnibus, México, 1988.

–Prólogo al libro *Ilustraciones de Gustavo Doré al Quijote*, Editorial Leega 1988, México.

–Incluido en la *Antología de cuentistas colombianos* de Eduardo Pachón Padilla (con el cuento "Clemencia ojos de cierva"), Plaza y Janés, 1979, Colombia.

–Incluido con el cuento ganador "Dama de la noche" en la *Antología del Concurso Guazacoalco*, 1989, Instituto Veracruzano de la Cultura, Veracruz, México, 1991.

–Prólogo a *Cuentos fantásticos* de E.T.A. Hoffman, Editorial Leega, Colección Omnibus, México, 1991.

–Incluido en la antología *El cuento erótico mexicano*, México, Editorial Selector, 1995.

–"¿De dónde salen los cuentos?", conferencia incluida en *La escritura del cuento. Teorías del cuento II*, Lauro Zavala (Editor), Textos de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de México, Serie El Estudio, México, 1995, pp. 117-123.

–Incluido con el cuento "La noche de Aquiles y Virgen", en la antología del cuento colombiano del Siglo XX *Veinte ante el milenio*, Eduardo García Aguilar (compilador), Textos de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de México, Serie Antologías, México, 1994.

–Incluido en 25 antologías en Cuba, Alemania, Estados Unidos, Italia, Argentina, Gran Bretaña, Venezuela, México, Colombia, Costa Rica y otros países.

PREMIOS LITERARIOS

–Recibidos en México

1. Premio en el Concurso de Cuentos de la "Revista Mexicana de la Cultura". Diario *El Nacional* en México, 1977 (por "Historia de un Orificio").
2. Segundo Premio en el Concurso Internacional de Cuentos de *La palabra y el hombre*, 1979 (por "La piel más tersa"). Primer Premio: Sergio Pitol.
3. Mención Honorífica en el Concurso Hispanoamericano de libros de cuentos de Campeche IMBAL, México, 1979 (por "Aves del Paraíso", hoy publicado con el título *Cuentos para después de hacer el amor*).
4. Primer finalista en el Concurso Latinoamericano de cuentos de Puebla IMBAL, México, 1979 (por "John Phlegm awake again").
5. Primer Premio en el Concurso de Cuentos organizado por la Universidad Juárez del estado de Durango, 1979 (con "El Ritmo del Corazón").
6. Mención especial en el Concurso Nacional de Novela organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Gobierno de Querétaro, México, 1980 (por *Así es la vida*, hoy publicado con el título de *Paraisos Hostiles*).
7. Finalista en el Concurso Internacional de Cuentos de la revista Plural, México, 1985 (con "Manicomio con Ventana al Mar").
8. Primer lugar en el Concurso de Cuentos Bernal Díaz del Castillo, organizado en Coatzacoalcos, 1988 (por "La Dama de la Noche").

9. Ganador del Premio Internacional de Cuentos ofrecido por *Plural y Excelsior*, 1989, por "Los alivios del cuerpo".
 10. Ganador del Concurso Nacional de Libros de Cuentos organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México y el estado de San Luis Potosí, 1990. (Con el libro *Los Grandes y los Pequeños Amores*).
 11. Finalista del Concurso Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz, 1992, con *Buenabestia*, segunda novela de la serie de cuatro en proyecto titulada *El libro de la vida*.
 12. Ganador del Concurso Nacional de Libros de Campeche, México, 1993 con *Las pasiones extrañas*.
 13. Ganador del Concurso de Cuentos Ciudad de Xalapa con el texto "Las tablas crujiendo", 1994.
 14. Ganador de la beca para la escritura de una novela, otorgada por el Instituto Veracruzano de la Cultura, Veracruz, México, 1994.
 15. Seleccionado por el Consejo para la Cultura y las Artes de México y el Centro Banff de Las Artes, en Calgary, Canadá, para una residencia artística en dicho Centro, entre el 25 de abril de 1977 y el 5 de junio del mismo año.
 16. Primer Finalista en el Concurso Nacional de Novela "José Rubén Romero", organizado por el Instituto de Bellas Artes de México y el Gobierno del Estado de Michoacán, en 1996.
 17. Premio Nacional de Literatura "Juan de la Cabada", 1997, otorgado por el Instituto de Bellas Artes de México y el Gobierno del Estado de Campeche.
 18. Premio Internacional de Cuento Gabriel García Márquez, 1999, concedido en México.
- Premios y distinciones recibidos fuera de México
19. Primer finalista en el Concurso Internacional de Cuentos de La Felguera, España, 1973 (con el cuento "El ritmo del corazón").
 20. Primer y segundo premios en el Concurso de Cuentos de la Universidad Santiago de Cali, Colombia, 1974.
 21. Premio Nacional de Novela Aquileo J. Echeverría, otorgado por el Ministerio de Cultura de Costa Rica en 1975 (por *Breve historia de todas las cosas*).
 22. Primer Premio en el Concurso Sesquicentenario de la Universidad de Cauca, en Colombia, 1979 (por "Archibald en Alaska").
 23. Premio en la Primera Bienal de Novela José Eustasio Rivera, de Colombia, 1988 (con la novela *Venturas y desventuras de un frenáptero*, hoy publicada bajo el título de *Los placeres perdidos*).
 24. Premio Internacional de Ciencia Ficción "Bogotá, una ciudad que sueña", en Colombia, 1997.
 25. Finalista en el Concurso Internacional de Novela Alfaguara 2000, en España.

ENSAYOS LITERARIOS

–30 ensayos literarios y filosóficos publicados en revistas de varios países, así como 45 reseñas de libros y 22 cuentos. Una colección de entrevistas a Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, Clarice Lispector, Álvaro Mutis.

TRADUCCIONES

–Tres cuentos del portugués publicados en la revista *El Cuento*, de México.

–El libro *Dieu et la science*, de Jean Guitton, publicado capítulo a capítulo en *La Ciencia y el Hombre*, revista científica de la Universidad Veracruzana, nos. 21 al 31, de agosto 96-abril 99.

–La novela de ciencia ficción *Deep fighter* de Hervé Jubert, traducida por encargo de la editorial francesa J'ai lu, publicada en el año 2000.

* * *

Entrevista

“Con mi obra no busco consensos, sino la verdad interior”

En su libro *Movimiento Perpetuo*, el escritor guatemalteco Augusto Monterroso asegura que para el escritor sólo hay tres temas posibles: el amor, la muerte y las moscas. Por su parte, el colombiano Marco Tulio Aguilera Garramuño dice en su novela *El amor y la Muerte* (Alfaguara, 2002): «Sólo hay dos misterios grandes en la vida de los seres humanos, la muerte y el amor».

En consecuencia, la obra de Aguilera Garramuño ha estado marcada por su interés en «el amor, la mujer y el erotismo, como puede verse en los títulos de mis obras: *Cuentos para antes de hacer el amor*, *Cuentos para después de hacer el amor* y *Cuentos en lugar de hacer el amor*, *Mujeres amadas*, *Juegos de la imaginación*», explica el propio escritor.

El ejercicio literario de estos intereses, no obstante, ha hecho de la trayectoria de Marco Tulio una polémica que se ha prolongado durante años. Mientras en un lado del mundo recibe el reconocimiento de su obra por parte de personajes tan importantes como el propio García Márquez, de este lado del mundo ha coleccionado numerosos desdenes que, incluso, incluyen en el anecdotario la intentona por desterrarlo de su ciudad adoptiva.

En su empecinamiento por construir una obra honesta ha pagado el precio de remar a contracorriente, pero también se ha hecho acreedor a los premios Internacional de Novela José Eustasio Rivera en Colombia; Nacional San Luis Potosí de Cuento en México, Nacional Juan de la Cabada de Literatura Infantil en México, Latinoamericano de Cuento de la revista *Plural* en México, Internacional de Ciencia Ficción «Bogotá, una ciudad que sueña», Internacional de cuento Gabriel García Márquez, Internacional de Cuento de *La Palabra y el hombre* y ha sido finalista en los concursos de novela de las editoriales Alfaguara y Planeta.

En una entrevista realizada a finales del año pasado, Marco Tulio Aguilera Garramuño reflexiona acerca de su obra y su circunstancia pero también ejerce su derecho a no callar y dar a conocer su punto de vista sobre algunas de las polémicas que se han generado en torno suyo:

«(La novela) *El Amor y la Muerte* fue finalista del Premio Alfaguara 2001, cuando ganó *La piel del Cielo*. El libro de Elena Poniatowska recibió pocos comentarios y muy destructivos en México; en cambio, mi novela recibió muchos comentarios muy positivos. Esto demuestra que no es la calidad la que gana los concursos sino la publicidad: los premios crean escritores que luego se echan a perder».

«El (premio) Alfaguara ha caído, en muchas ocasiones, en novelas pésimas. No entiendo cómo (el escritor Mario) Vargas Llosa puede firmar un acta que premia la novela de un señor que se llama (Luis) Leante que no es sino la novela de un analfabeta, absurda, una copia de la escritura de (Carlos) Fuentes».

«Hay gente que se quedaría callada, yo no, porque la novela ganadora es muy mala. Ganó porque forma parte de la ronda de la izquierda, mientras que yo no soy nadie: apenas un provinciano y eso me ha mantenido en un bajo nivel de difusión».

EDGAR ONOFRE: *Asumir esta postura a contracorriente de la hegemonía literaria, ¿ha significado un precio que pagar?*

MARCO TULIO AGUILERA: Sí, pero se debe pagar si se quiere conservar la integridad y la honradez, las cuales terminan por permear hacia la literatura. Y desde mi provinciana actitud sigo escribiendo lo que quiero. Podría atreverme a decir que soy auténtico y que no rindo cuentas a editores ni editoriales. Tengo amigos en México, buenos escritores –porque así como he sido crítico he sido también un difusor de los buenos escritores–, por ejemplo: Enrique Serna, Juan Villoro, Eusebio Ruvalcaba, sobre los que he escrito. Y ellos lo han hecho sobre mí, pero no es elogio mutuo, sino franca admiración.

EO.: *¿Cómo evita el riesgo de que esta pandilla de amigos se parezca a una capilla?*

MTA.: Siendo caprichoso y obedeciendo a lo que decía Kafka: el mandato interior. ¿Qué quieres hacer? Lo que sientes. ¿Qué debes hacer? Lo que te nace. Por eso el artista y el escritor son individualistas: no andan buscando consensos para hacer su obra, porque la obra no es estadística, sino una corriente interior. Por eso es que muchos de los grandes escritores son marginados, porque no buscan agradar a nadie, sino expresar una verdad interior. Y las pruebas están en la historia.

EO.: *Hablando sobre su literatura, su particular interés en el erotismo, ¿éste tiene que ver con una naturaleza personal sicalíptica o se puede pensar que en el erotismo encuentra verdades humanas?*

MTA.: Definitivamente, las dos vertientes están presentes. Soy una persona con una naturaleza expansiva, con una energía muy grande que necesita expresarse. Tanto es así a mis 58 años, época en la que la generalidad de los hombres echan panza y comienzan a aceptar el paso del tiempo, todos los días, a las tres de la tarde, me encontrarás en la cancha de basquetbol de la colonia Magisterial, jugando con muchachos de 20-25 años y peleando de tú a tú durante seis días a la semana.

»Recuerdo que cuando tenía 20 años estudiaba filosofía en la Universidad de Cali, pero también psicoanálisis, alemán, griego antiguo, todo lo que podía, mientras entrenaba (para competencias atléticas de) fondo.

»Además, soy persona de proyectos muy ambiciosos. Por ejemplo, el proyecto de *El Libro de la Vida* son cuatro volúmenes –*Las noches de Ventura* (Planeta), *La pequeña maestra de violín* (Universidad de Puebla), *La hermosa vida* (CONACULTA) y *La plenitud del amor* (aún inédita)–, tirándole a un proyecto grande como (la obra cumbre del escritor francés Marcel Proust) *En busca del tiempo perdido*.

»También como ejemplo, (la serie) *Cuentos para antes de hacer el amor*, *Cuentos para después de hacer el amor* y *Cuentos en lugar de hacer el amor* fue pensada así desde el principio. Y tengo una novela terminada, pero sin corregir, que se llama *El sentido de la melancolía*. Son mil 111 páginas en las cuales exploro uno de los problemas más graves de la actualidad y más soslayados: la depresión.

»Muy poca gente no conoce a alguien deprimido, que está en cama y no se levanta en meses o años: misterios de la naturaleza humana. Esa novela sigue a *Agua Clara en el Alto Amazonas* (que ya estoy negociando), que empecé a escribir en un viaje que hice a la Amazonia colombiana: la recorrí, hablé con los indígenas, disfruté de un mundo paradisiaco y, regresando a Xalapa, comencé a leer todo lo que encontré sobre el Amazonas. Esa novela, en una versión abreviada, fue finalista en Premio Radio Francia Internacional, hace como tres años, y ya ampliada la estoy negociando con Siruela y Mondadori, ambas de España.

EO.: *¿Y por lo que hace al erotismo como manifestación profunda del hombre?*

MAT.: El erotismo es el modelo de todos los comportamientos del humano. Es la expresión de una energía original. Es en cierta forma una manera de buscarle sentido a la vida, a la existencia. Es por eso que cuando uno tiene un amor correspondido y una vida sexual plena duerme en paz y se levanta feliz. El erotismo satisfecho es la clave para una existencia feliz, mientras que, paradójicamente, la desventura tiene mucha relación con el origen del arte. Muchos escritores artistas han sido profundamente desgraciados y uno podría hacer una lista de tipos geniales que han tenido depresiones profundas: Hemingway, Mahler, Woolf, etc.

EO.: *En una entrevista usted sostuvo que las relaciones humanas parecen al borde del cataclismo, ¿podría abundar al respecto?*

MAT.: Cuando me hicieron esa entrevista no estaba contento con el mundo, pero siempre definiendo mi derecho a cambiar de opinión constantemente; en mi trabajo y mi casa a veces digo una cosa y luego otra. ¿Por qué? No sé, serán cambios de humor.

»No obstante, me parece que sí es concebible el fin de la raza humana. Nos estamos acabando la naturaleza, y así como hemos visto ciclones y tsunamis, es dado pensar que posiblemente veamos un tsunami que arrase con toda América. Sí, es posible que se acabe la raza humana. Incluso podría ser hasta deseable. Y si se conserva una sola pareja, mejor, tienen todo un mundo nuevo para inaugurar.

»Pero otra cosa que podría terminar con la humanidad es la depresión. Aunque no la veamos en la provincia, que todavía conserva algo de paradisiaca, sino en el DF y las grandes ciudades que cada vez más son un mundo de gente desagradable. Basta ir en el metro y ver 20 ó 30 personas con la mirada perdida.

EO.: *¿Se puede hablar de una infelicidad crónica?*

MAT.: Yo creo que sí, particularmente en las grandes ciudades, porque en las ciudades chicas todavía existe el aire limpio y una relativa salud. Si la humanidad se salva, será en las pequeñas ciudades.

EO.: *¿Su energía interior y su obra oscilan entre lo sublime y lo trágico?*

MAT.: Y también lo truculento. Si lees mis cuentos, hallarás muchos de ellos truculentos. Incluso, copiando el estilo de (el escritor brasileño) Rubem Fonseca, tengo un cuento que se llama *Olor a cuero*, otro que se llama «El suave olor de la sangre» y otro que lo inicio diciendo: «Quiero copiar a Rubem Fonseca». Estos cuentos son de los que más han llamado la atención, al grado de que de «El suave olor de la sangre» se hizo película, radio y teatro en Colombia.

»Por cierto, hablando de Rubem Fonseca, él me dijo el elogio más grande de toda mi vida. Lo conocí en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y me dijo: «Precisamente en la comida estábamos hablando de ti y estuvimos de acuerdo en que eres uno de los grandes cuentistas del

mundo castellano». Me sentí muy contento porque para mí, como cuentista, Fonseca está hasta arriba, junto con Julio Ramón Ribeyro. Y yo le dije: «Te presento a tu más fiel imitador, yo». Nos hicimos amigos e incluso estamos negociando para ver si me convierto en el revisor oficial de sus traducciones al español, que son muy malas.

EO.: *Estando un día de un lado de la acera y al día siguiente en el otro, ¿ha tenido la sensación de que unos lo halagan y otros lo ningunean?*

MAT.: Definitivamente, tanto es así que han llegado al *Diario de Xalapa* artículos muy importantes de España y otras partes del mundo, muchos, y no los publican. No sé por qué.

EO.: *¿Y qué le hizo usted a los xalapeños?*

MAT.: Es muy sencillo. Vivimos en una ciudad que se precia de intelectual, artística, y todo mundo se siente artista. Y todos ellos, particularmente los que no son artistas de verdad, son muy envidiosos. Yo quiero que le preguntes algún muchacho que escriba actualmente cómo he sido con él. Aquí, en Xalapa, he formado a escritores que me niegan. Siempre he sido un apoyo para la otra gente y lo que entiendo es que la gente que me tiene animadversión no ha leído nada de lo que he escrito.

EO.: *¿No será que se resistió a entrar a las capillas locales?*

MAT.: ¿Y qué capillas hay aquí? El juego de sentirse artista lleva a ningunear a los otros y, personalmente, no creo ningunear a nadie. Incluso tengo amigos que son grandes escritores veracruzanos, que han publicado libros malos y pésimos, que compro sus libros, no me los regalan, y digo: esto es una vergüenza y le llamo para decírselo. Pero si es un buen libro, me sobran palabras para elogiar a la gente. No soy tacaño. Yo quisiera encontrar gente talentosa para ayudarla. Y está canijo encontrar un buen escritor o cuentista: leo inéditos tras inéditos y rechazo el 99 por ciento.

EO.: *Ha encontrado amistades y odios, amores y desprecios en la literatura, ¿cuáles han sido los amores más importantes? Y no me refiero sólo al calor de mujer.*

MAT.: La lista de gente valiosa que ha reconocido mi trabajo de forma elogiosa es muy larga: Edmundo Valadés, Humberto Musacchio, Gabriel García Márquez, Germán Vargas, José Agustín se deshizo en elogios, Eusebio Ruvalcaba, Enrique Serna, Rosa Beltrán. Incluso, hace años, en Colombia, una viejita me dijo: «Pasé el fin de semana más delicioso con usted, en la cama, con un libro suyo». Puedo coleccionar a los amigos, lectores y críticos internacionales: Peter Broad, John Brushwood, Wolfgang Luchting y Raymond Williams. Y la lista de gente que ha mostrado aprecio por lo que hago no se conforma de gente que uno se topa por la calle, sino gente acreditada.

»En cambio, en Xalapa pareciera que hay un movimiento para demostrar que no existo. A toda la gente que respeta mi trabajo le digo lo mismo: metan mi nombre al Internet y vean cuántas entradas le salen: más de cuatro mil 500. Tal vez en Xalapa no sea nadie, pero en Internet sí lo soy...

EO.: *¿Y es importante ser alguien en Xalapa?*

MAT.: Sí, porque uno vive su vida aquí. Lo que vale la pena es que tengo el respeto y el apoyo de mi Universidad. A esta institución le debo el 90 por ciento de lo que soy. Llegué aquí hace 30 años y aquí me voy a morir (dentro de 80 años, pues mi plan es llegar a los 150). Aunque también es satisfactorio no ser nadie porque no tienes que escaparte de nadie ni tienes que esconderte y eso es muy bueno. He tenido experiencias profundamente desagradables a partir de que algunas personas han tenido problemas con lo que escribo. Irrepetibles, incontables. Prefiero ser cola de ratón en provincia y poder salir a jugar basquetbol.

»Y si se trata de farandulear, me voy a la FIL de Guadalajara. Xalapa no es el mundo. Es lo que le dije una vez a Castañón, quien a partir de ciertas críticas que hice públicamente, me dijo: «Mientras yo esté en el Fondo de Cultura Económica (FCE), nunca vas a publicar ahí». Y yo le dije: «Ni el FCE es todas las editoriales ni México el único país». Punto.

»Es bueno y malo ser alguien. Yo no aspiro a tener la vida de García Márquez; sí a escribir las cosas que escribe él, en términos de calidad, pero no quiero ser perseguido ni ser Britney Spears.

* * *

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LINA MARÍA *

por Marco Tulio Aguilera

Regresando a la casa de Pedro veo a una criatura sonrosada y descalza discurriendo por la cocina. Fresquita, piel suavemente jaspeada, blanca, labios de color rosa pálido, ojos claros, usa camiseta blanca, que trasparenta el busto comprimido en una pieza rústica, los brazos descubiertos hasta las axilas. Las piernas al aire en un breve pantalón que le llega a medio muslo, el cabello recogido dejando ver la rosada nuca, los senos de virgen con esa textura de suave temblor indecible, esboza una media sonrisa, Lina María es una niña silvestre que camina descalza por los verdes alrededores plagados de pájaros, gualandayes, platanares, de la finca de Pedro Botero. La retiraron de los estudios en primero de bachillerato porque la familia quedó en la ruina. En el pasado su familia tenía una hacienda de varias hectáreas, pero el padre, desidioso e irresponsable, en lugar de trabajar, prefirió vender tierras, hasta que se quedaron sin nada y se sometieron a la misericordia de un antiguo inquilino, que, enamorado de la niña, les permitió construir una larga casa en cuya última habitación pasa gran parte de su vida Lina María. Lina dice que no tiene privacidad, su puerta no tiene candado y por eso no puede llevar un diario, cosa que le gustaría, fantasiosa como es y guardadora de pequeños e inofensivos secretos. Lina sueña con ser escritora y en el colegio ganó todos los concursos. La sacaron de la escuela y no volvió a escribir. Ya ni siquiera hay papel, un cuadernito miserable en su casa. Sí, había escrito un libro de cuentos de amor, imaginar esa ternura, de amor con final feliz, aclara, sin cosas feas, pero se lo regaló a su mejor amiga y ya no tiene ninguno de sus escritos, por lo que no me puede mostrar nada. Lo que escribe y lo que imagina, todo se le olvida ¿Qué ha leído? Parte de *María* de Jorge Isaacs, nada más y con eso se hizo la idea de lo que escribe ese señor, qué gracia, dice, yo puedo escribir mejor. Le creo. En su casa no hay libros ni dinero para comprarlos. Estuvo pidiendo consejos para escribir. Se los di y le conté varios cuentos, todos infantiles. Aplaudió jubilosa. Lina María me miraba con gran atención. Tal vez yo era el primer hombre en su vida que la había tomado en serio. Su madre, mientras tanto, preparaba el sancocho y no dejaba de mirar de reojo. Yo aprovechaba aquello para darme un banquete de limpia belleza. Escribió Dante que la beatitud se funda en el acto de ver. Yo miraba a Lina María a mis anchas, con todo mi espíritu quería percibirla hasta el fondo. La niña en ningún momento se notaba turbada. Tiene quince años y un novio al que recibe en su casa para evitar habladurías. No le gusta salir a ninguna parte, sólo a la tienda. Es extremadamente seria. Ya ni siquiera acompaña a su madre a trabajar cuando sale a limpiar casas ajenas o a cocinar. No, a Lina María lo que le gusta es quedarse en casa y, ¿a qué se dedica? Encargarse de las labores del hogar, ella es la responsable de la comida y el lavado, la casa es un lago destellante y limpio bajo el cielo. Lina está orgullosa de ello, no hay nada más importante en el mundo que tener la casa como para la llegada del papa, dice. Lina María no parece y no es una sirvienta. Es una niña perfecta, una hermosura a la que la pobreza y la situación han enseñado a trabajar. En lugar de ocuparme de Pedro Botero, preferí permanecer en la cocina, hablando con Lina María y su madre, que se volteaba para escuchar mientras seguía pelando papas, yuca, arracacha, y las echaba, ya lavadas, a la olla con agua hirviente, mientras yo seguía con avidez los movimientos de Lina María y ella me miraba con interés, me sostenía la mirada y cuando yo insistía en mi despiadada admiración, en mi ansia de beberla con los ojos, casi en acariciarla, ella aliviaba la tensión con una deliciosa sonrisa de candor que me desarmaba y me hacía bajar los ojos. ¿Que si era fácil escribir? Sí, muy fácil, no hay que ir a la escuela, sólo leer, escoger bien las palabras, leer mucho y escribir, contar las cosas que uno ve y las que imagina, contar lo que a uno le cuentan, lo que ve en

«No, a Lina María lo que le gusta es quedarse en casa y, ¿a qué se dedica? Encargarse de las labores del hogar, ella es la responsable de la comida y el lavado, la casa es un lago destellante y limpio bajo el cielo.»

* Cuento incluido en el volumen *El imperio de las mujeres* que será publicado en 2009 en la editorial Educación y Cultura, México

los sueños, mezclarlo todo, entenderlo si se puede, y si no, dejarlo así, aficionarse al vicio de mirar, escuchar, sentir y escribirlo todo y así cada vez va a ser mas fácil. ¿Sí?, preguntaba Lina María, ¿es así de fácil? Y luego te fijas en los signos de puntuación, en las comas y los puntos. Todo lo demás sobra. Y piensas en la gente todo el tiempo y te inventas lo que harán o harían si se atrevieran y comienzas a contar historias de amor. Todas las historias son de amor, ¿te has dado cuenta? ¿Sí? Sí, claro, todas son de amor, eso ya lo había notado la niña. Las historias de amor que se cuentan con amor son las más fáciles, las mejores, las que uno siente que son verdad, porque si algún día alguien las lee va a vivir lo que inventamos. ¿Así de fácil? Sí, Lina María, así de fácil. La señora seguía cocinando el sancocho y con la oreja me acechaba como una gata madre. Lina María ahora lavaba los platos, terminaba de hacerlo, se secaba las manos en la camiseta, volvía a sentarse al frente mío, colocaba sus manos entre sus piernas, sus blancas tersas piernas. Volvía a preguntar, informaba de sus intimidades sin pudor. Claro, tenía novio, todas las chicas de su edad debían tener novio –Lina María bajó la voz y entornó los párpados–y ella guardaba sus secretitos, cosas personales para escribir, lo malo era que no había cuadernos en casa y además faltaba la tranquilidad, su cuarto no tenía candado, la gente podía leer sus cosas y qué desagradable, ¿no? Mejor aquí en la cabeza, decía señalándola. La madre escuchaba en medio de la preparación del sancocho y luego movía el arequipe en una enorme paila con una cuchara de madera –nadie que no sea la cocinera debe mirar el dulce antes de que esté en su punto, si lo hace, el arequipe se corta y se convierte en una especie de engrudo apestoso–. Los lindos ojos claros de Lina María resplandecían, me miraba con afecto. Hizo más.

«Hay escenas que se pierden en el tiempo y desde ese mismo instante se convierten en la más triste carne de nostalgias. De nostalgias sin sustento, que son las más perniciosas e inolvidables. Se perdió en la espesura de los gualandayes y los platanares y las plantaciones de yuca, le dije adiós, adiós bella niña.»

Preguntó detalles sobre la historia de amor en Araracuara. No pude acabar de contarle. Su madre terminó el trabajo, cobró su sueldo, se despidieron y allá fue Lina María, a quien hubiera querido despedir con un beso. Hay escenas que se pierden en el tiempo y desde ese mismo instante se convierten en la más triste carne de nostalgias. De nostalgias sin sustento, que son las más perniciosas e inolvidables. Se perdió en la espesura de los gualandayes y los platanares y las plantaciones de yuca, le dije adiós, adiós bella niña. Llegaron los invitados, cenamos, el sancocho estaba fortalecedor, muy colombiano, puras harinas, pueblo de harinas, tomamos aguardiente, pueblo de aguardiente. Y cuando cayó la noche salí a orinar a los platanales y

escuché movimientos entre las ramas y tuve un sentimiento de temor, la región es selvática y podría haber tigrillos u otras fieras menores pero peligrosas. Comencé a escapar sigilosamente hacia la casa y escuché un susurro. ¡Escritor! ¡Escritor! Era Lina María con su cuerpecito y su aliento de albahaca entre las frondas. Me alcanzó, me tocó un hombro. «Escritor, cuénteme la historia historia de amor de Araracuara a mí solita. Me encerré en mi cuarto y le dije a mamá, voy a dormir, apagué la luz y salí por la ventana para venir a verlo y he estado esperando aquí, queriendo que saliera, lo he visto con la gente, tan serio, diciendo tonterías, sólo a mí me cuenta cosas buenas, historias del verdadero corazón, cierto? Estuve esperando que saliera, queriendo que saliera, y aquí estoy. Cuénteme la historia de amor». ¿Pero dónde? Venga, me dijo. Me tomó de la mano y me llevó entre la espesura, confíe, escritor, soy muchacha buena. Llegamos al lado de un pequeño estanque donde el hermano de Pedro Botero cultiva truchas. Este lugar me gusta, dijo Lina María, por la mañana vienen las garzas a pescar las mojarritas y yo las veo y me siento muy quieta y ellas me rodean y casi puedo acariciarlas. Si las hadas habitaran el mundo, Lina sería la más bella y la más discreta. Me gustaría ser una vaca sólo para que las garzas se montaran en mi cuerpo a sacarme garrapatas, dice, y al decirlo me hace recordar a mi amigo Montañovivas. Sentémonos aquí, me haló tiernamente y me obligó a sentarme. Su mano era dulce pero firme, acostumbrada al trabajo, la piel un poco áspera y agradable. A la luz de la luna entre las frondas vi el brillo de sus ojos y supe que en aquel instante de mi vida debía cumplir una misión sagrada: contar para Lina María la más bella historia de amor, luego darle un beso y despedirme para siempre. Eso fue lo que hice. No tuve corazón para dejarle el final original, sino que lo arreglé de modo que tuviera un desenlace a su gusto. Lina María, espero que no me olvides. Yo por mi parte sé que siempre estarás en mi memoria.

© Marco Tulio Aguilera



GUAPA DE CARA, de Rafael Reig

Lengua de trapo
Serie Nueva Biblioteca
Fecha de publicación: 2004
224 páginas
ISBN 8496080277

* * *

Lola Eguíbar era adicta a la reminiscencia. Mientras leía a Nietzsche se sorprendía siempre de encontrarse ideas que había pensado ya antes por su cuenta. A mí me sucede algo parecido con la literatura de Rafael

Reig.

Guapa de cara se desarrolla en ese Madrid hipotético y sumergido que Rafael Reig creó para *Sangre a borbotones*. Al igual que hiciese Philip K. Dick en *El hombre en el castillo*, Rafael Reig inventa un Madrid alternativo a partir de sencillos contrafácticos: ¿Cómo habría evolucionado el mundo si las reservas de petróleo se hubiesen terminado? ¿En qué país se habría convertido España si Estados Unidos hubiese invadido la península ibérica para evitar el avance de la *plaga comunista*? Probablemente es este aplomo de Rafael Reig para mezclar herencias literarias antagónicas y llevarlas más allá de sí mismas lo que convierte su literatura en única dentro del panorama narrativo actual.

La novela comienza con la desafortunada historia de Lola Líos, pseudónimo de la escritora Lola Eguíbar, recibiendo un tiro en la cabeza. Es el *mejor* inicio posible. El narrador se sitúa inmediatamente del otro lado, contempla su historia *sub specie aeternitatis*. Desde el más allá, las cosas ocupan su justo lugar, y lo que llamamos dignidad o sustancia de héroe aparece extrañamente del lado del perdedor, del fracasado, del adicto, del esquizo, del suicida...

Quién no recuerda el inicio de *El crepúsculo de los dioses* (*Sunset Boulevard*, Billy Wilder, 1950). Nos habla la *voz en off* del protagonista, cadáver boca abajo en la piscina, por fin en paz. El que habla desde el más allá habla siempre de un modo sabio. Es consciente del papel esencial que el sinsentido y el azar tienen en la vida. La muerte nos iguala, nos absuelve. Definitiva, imprevisible, inapelable, irreversible. Y siempre «antes del final». Antes de que podamos saber de qué iba la película de nuestra vida. «No hay banda sonora. No hay primeros planos. No hay línea argumental.»

Como diría Deleuze, el esquizo «no codifica, no territorializa». No vive como todos en un mundo estrictamente parcelado por significados. Esa es su sabiduría, esa es su enfermedad. Vive permanentemente en una tierra devastada por el diluvio. Así que ahorra sus lágrimas. Sabe de antemano que el único pecado del hombre es haber nacido y que sólo la muerte nos absuelve. Todos lo sabemos *al final*. Pero el esquizo lo sabe constantemente. Así que no llora ¿Para qué? Hay un homenaje al esquizoide en esta novela de Rafael Reig. Incomprendido, sabio y sufriente.

Toda nuestra vida está atravesada por el deseo. Los placeres nos gustan consecutivos aunque a Lola Líos, algo compulsiva, también le gustaban simultáneos. Pero ese río tumultuoso esconde a su término un secreto brutal que sólo se muestra en sueños. Ese secreto deseo es la muerte, la destructora de fines y significados, la divinidad del esquizo. Así de bien lo dice Rafael Reig:

Conozco el cuento, mi padre era psiquiatra. La amenaza de nuestros sueños, la oscuridad que surge de los deseos cumplidos, porque el deseo es una cadena sin fin, cada deseo cumplido lleva a otro y, al final de la cadena, está oculto el único deseo que no queremos mirar: el deseo de muerte. (p. 36)

La muerte es el diluvio universal, borra todos los fines, todos los pecados. Hace de la vida un espectáculo cruel e insignificante, *leve* como diría Kundera. Es el niño, esquizo privilegiado, el único capaz de absorber esta verdad con todas sus consecuencias. El niño experimenta con esa verdad: todo está permitido, nadie es culpable, el dolor es tan leve como la risa. El niño lo sabe y a

veces lo confirma de un modo brutal, «clavándole a los pájaros alfileres en los ojos», como en alguna parte escribió Mishima y recuerda Reig. O de este otro modo:

Mi padre nació en 1930. Era un niño durante la guerra. Por la noche iban a ver los fusilamientos, porque a veces alguna mujer, frente al pelotón, perdía el juicio, se levantaba las faldas y lo enseñaba todo. «¡Menuda fotografía», decían los niños dándose codazos, escondidos en el terraplén. Vio bombardeos, vio leprosos y vio morir a su hermano Enrique, que estaba jugando con un arma cargada. (p. 69)

Necesitamos urgentemente un alivio de esa certeza. Lo buscamos en un chute, en el amor, en el poder... Cada cual lo intenta a su manera. Pero no hay final feliz para nadie. El adicto, se llame Carlos Vilorio o Enrique Urquijo, muere joven. El ambicioso, ya lo advirtió Platón, sufre el peor de los males humanos, la soledad. En el amor todos fallamos y, en lugar de aventurarnos en el alma infinita del otro, lo vamos doblando *como si fuera una servilleta, hasta que cabe en el bolsillo*.

Hay en *Guapa de cara* algún avance de lo que fue su siguiente libro, *Manual de literatura para caníbales*. Rafael Reig es capaz de cualquier cosa con la tradición literaria: del homenaje sincero a la imitación, la parodia o el insulto. ¿Para qué le sirve hoy a nadie leer la *Fábula de Polifemo y Galatea*? ¿Para qué aquello de «y su boca dio, y sus ojos cuanto pudo/ al sonoro cristal, al cristal mudo»? Rafael Reig transforma a Acis en Benito Viruta, niño cíclope, que se masturba mirando el cadáver de la ninfa Lola Líos.

Era el niño cíclope, con su ojo vago tapado con un parche y esparadrapo, las uñas mordidas hasta hacerse sangre y el bolsillo derecho del pantalón descosido. Miraba mi cadáver tendido en el suelo. Un pecho me asomaba por el escote de la blusa. El abominable escolar, a través del agujero del bolsillo, se la estaba tocando mientras miraba con un solo ojo mi cuerpo sin vida y se mordía los labios. (p. 13)

Rafael Reig no duda en parodiar las explosiones de histeria femenina del teatro de Lorca o los atardeceres «cárdenos» de Machado. Aunque los golpes más certeros se los llevan Azorín y Unamuno. Azorín, infinitamente aburrido, modelo de estilo en los libros de texto, tan próximo a la *zona cero* de la literatura. Unamuno, dominado por una patológica soberbia castellana que le hacía creerse único merecedor de la inmortalidad individual.

Ciertos detalles olvidados de la infancia de cualquiera son los que el autor usa para dar las primeras pinceladas al retrato de su protagonista. Desde niña era ya tan gordita que fue para siempre sólo «guapa de cara» y, a pesar de las infinitas advertencias de su madre, la muerte la pilló con unas «bragas desteñidas y con la goma dada de sí». No hemos leído veinte páginas y ya nos parece que casi podemos tocar a Lola Eguíbar. Las metáforas de Rafael Reig llegan desde la infancia, con la fuerza inusitada de un puñetazo en la cara, con la dulzura amarga del *tiempo perdido*:

Sentí que mi alma se iba empapando de la tristeza del abrazo de mis padres, igual que una galleta María al mojarla en Colacao.

Pensé que, si la hubiera sacado para llevármela a la boca, mi alma se habría partido en dos en el trayecto. (p. 57)

Creo que esta capacidad para plasmar mediante la palabra la esencia de las cosas reside en el uso proustiano de la memoria. Los recuerdos de la vida consciente son todos falsos. La memoria no es un espejo, como el cine, sino más bien una cinta en la que grabamos encima de lo grabado o un texto escrito a lápiz que rehacemos una y otra vez. Sólo conserva toda la fuerza de la verdad aquello que está protegido por el olvido. Ese es el recuerdo mágico que funciona como una verdadera máquina del tiempo.

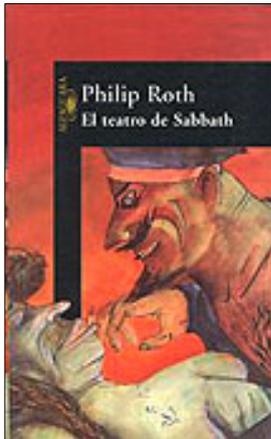
Carlos Vilorio me dijo que algo parecido era lo que decía Marcel Proust con su famosa magdalena. Que el recuerdo sólo es posible gracias a lo que olvidamos. Lo que recordamos va cambiando con nosotros, lo vamos transformando cada vez que lo recordamos y por eso ya nunca volverá a ser tal y como fue: lo hemos perdido para siempre al recordarlo. El único recuerdo verdadero, el que permanece tal y como fue, es el de lo que hemos olvidado, el que aún puede aparecer de pronto, rescatado por una sensación (como el sabor de esa magdalena que mojaba mi padre en el café con leche). Solo podemos desenterrar intacto lo que habíamos olvidado, porque es lo único que ha permanecido a salvo, depositado en el

olvido protector como en una Biblioteca Nacional o en un museo, conservado en una gota de resina oscura, en el ámbar del collar que llevaba puesto el día de mi muerte. (pp. 90-91)

Hay en *Guapa de cara* otros muchos estratos en los que detenerse: la curación del esquizo mediante una apasionada consumación *post-mortem* del Edipo, la figura venerable del detective Clot derrotado por el típico *zugzwang* vital, la miserable mezquindad de quienes se alimentan compulsivamente del poder y la fama, la descripción exacta del momento en que la vida nos rompe, el sentido homenaje a Enrique Urquijo, muerto por sobredosis en 1999... Tantos estratos como lectores.

Para terminar, a diferencia de *Sangre a borbotones*, novela-juego, parodia del género negro y de ciencia-ficción, *Guapa de cara* es una novela más amarga, más introspectiva, más sabia.

© Eugenio Sánchez Bravo
<http://www.auladefilosofia.com>



EL TEATRO DE SABBATH, de Philip Roth

Editorial Alfaguara
Colección: Alfaguara Literatura
Fecha Publicación: 1997
502 páginas
ISBN: 84-204-2835-3
Traducción: **Jordi Fibla**

* * *

«*Todo el mundo se masturba en las bibliotecas, para eso están...*»

Philip Roth. El teatro de Sabbath

El teatro de Sabbath es cronológicamente anterior a la famosa trilogía de Philip Roth que acabó de considerarle a todos los niveles como uno de los grandes literatos contemporáneos. Es anterior, pues a *Pastoral americana*, *Me casé con un comunista* y *La mancha humana* y precede en dos a ese confuso monumento a la mal entendida metaliteratura, en realidad una obra política y literaria, llamada *Operación Shylock*. *El teatro de Sabbath* es una obra bisagra entre dos periodos diferenciados en la bibliografía de Roth y contiene lo mejor de ambos periodos: La desmesurada personalidad de su personaje junto con la mordaz y contundente crítica social. Pero además adelanta algunos de los temas que caracterizarán sus últimos trabajos, *El animal moribundo*, *Elegía* y *Sale el espectro: Sexo y muerte*.

Aunque este sea un especial sobre literatura erótica, no se puede decir que *El teatro de Sabbath* pertenezca a este género. Más bien deberemos aceptar que Roth emplea el sexo como elemento provocador, como símbolo de rebelión, como arma de enfrentamiento contra una sociedad mojigata y conservadora. Ya Faulkner empleó el escándalo como llamada de atención. Como nos recordaba Javier Marías en uno de sus artículos «*Faulkner tuvo que empezar Santuario con una escabrosa violación con mazorca de maíz –y seguir luego en plan parecido– para ver si los lectores le hacían maldito el caso*».

Roth ya había tenido su dosis de escándalo cuando publicó en 1969 su famosa novela *Portnoy's complaint*. *El teatro de Sabbath* sigue ese camino ya que levantó polémica por su contenido. Un libro que comienza con la frase «*–Renuncia a joder con otras o lo nuestro se termina*» y que narra las peripecias sexuales de un sexagenario, debe poner en estado de alerta a los sectores más puritanos de la sociedad estadounidense.

Pero, aunque el libro es provocador, directo y grosero en muchos momentos, eso no es más que la parte que impactará a los malos lectores: *El teatro de Sabbath* es Literatura con mayúsculas. Literatura que no se deja encasillar en ningún tipo de género. No es una narración con intenciones eróticas. El sexo en Roth siempre es una actividad egoísta explicada por personajes misóginos cuya pulsión sexual es una lucha. Si Alexander Portnoy se rebelaba contra la castradora institución

familiar (consiguiendo que un hígado crudo se convierta en un símbolo literario que desborda toda consideración), para Sabbath, y también para Keppesh, otro de los narradores de Roth, el sexo es la desesperada autoafirmación de su propia existencia. *El teatro de Sabbath* es una reflexión sobre la vida y la muerte, que se inicia con una cita de La tempestad: «*De cada tres de mis pensamientos, uno se consagrará a mi tumba*». Y hacia la tumba se encamina Sabbath, el titiritero arrítrico, con sus fracasos sentimentales a cuestas: Su primera mujer desaparecida; la segunda alcoholizada; su última amante muerta por un cáncer fulminante. Hacia la tumba donde le espera su hermano muerto en la segunda guerra mundial. Y mientras camina repasa su vida, una vida dedicada a provocar el dolor en sus semejantes. No pensemos en desviaciones sexuales, en el sadismo; Morris Sabbath es simplemente un egoísta sin escrúpulos. Y esa capacidad de maltratar a quienes le rodean la ejecuta Sabbath, cómo iba a ser de otra manera tratándose de Roth, mediante la palabra; con ese don fulminante se deshará de su primera mujer, destrozará a la segunda, conquistará y disfrutará con su amante croata, que apenas habla inglés.

Es fascinante el uso del diálogo, las expresiones mordaces e hirientes, el poder de la palabra del que Roth hace gala en boca de Sabbath. La palabra que conduce a una muerte siempre eludida y que sólo consume a quienes rodean al personaje.

Así Sabbath plantea su epitafio:

Morris Sabbath
«Mickey»
Amado putero, seductor, sodomita,
ultrajador de mujeres,
destructor de la moral, extraviador de la juventud,
uxoricida, suicida
1929-1994

Y así concibe el suicidio con el que juguetea:

... el suicidio es realmente chistoso, aunque pocas personas lo perciban así. No lo impulsa la desesperación o la venganza, no nace de la locura, la amargura o la humillación, no es un homicidio camuflado o una pomposa exhibición de odio hacia uno mismo, sino que es el toque final de la sarta de chistes. Se consideraría más fracasado todavía si acabara sus días de cualquier otra manera. Para todo amante de las bromas, el suicidio es indispensable. Para un titiritero, en particular, no hay nada más natural: desaparecer detrás de la mampara, insertar la mano y, en vez de representar como tu mismo, realizar el acto final como el títere. Merece la pena pensar en ello. No existe una manera más divertida de desaparecer. Un hombre que quiere morir. Un ser vivo que elige la muerte. Eso es diversión.

Sin nota. Las notas son un engaño, escribas lo que escribas.

Sabbath se masturba sobre la tumba de su amante muerta, desabrocha la camisa de las mujeres que asisten a su espectáculo de títeres, husmea la ropa interior de la hija de los amigos que le acogen. Sabbath folla luchando contra la muerte y habla sobre la muerte con una conmiseración cínica y cobarde

El sexo como contrapunto a la muerte domina la narración de *El teatro de Sabbath*. La crudeza con las que estas obsesiones, sexo y muerte, son mostradas no impiden que estén llenas de gran lirismo. La fuerza visceral de la narración esta controlada por el poder creativo de Roth. *El teatro de Sabbath* es una de las grandes obras estadounidenses del siglo XX. Y es una de las grandes obras de Roth, aunque finalmente haya quedado eclipsada por las que la precedieron. Porque, no nos engañemos, *El teatro de Sabbath* es una obra incómoda y muchos, por extrañas razones pudibundas, prefieren olvidarla.

Los textos están extraídos de la edición de Alfaguara, en traducción de Jordi Fibla.

© Javier Avilés
<http://ellamentodeportnoy.blogspot.com>



LA HUELLA DEL BISONTE, de Héctor Torres

Norma Editorial
Colección: La otra orilla
Fecha Publicación: 2008
248 páginas

* * *

Una ópera moderna

En la Caracas de finales de los 80, Mario Ramírez, cuarentón y guionista de telenovelas, se enamora de Karla, una adolescente que descubre tempranamente el dominio que es capaz de ejercer sobre los hombres, y que es a la sazón compañera de estudios de Gabriela, la hija a la que Mario se ha acercado tras varios años de ausencia inexplicable. Tal es, básicamente, el argumento de *La huella del bisonte*, la primera novela de Héctor Torres, que tras convertirse en finalista del Premio Adriano González León 2006 llega hasta nosotros de la mano del sello Norma.

Héctor Torres es un narrador consumado que no sólo había demostrado su buen hacer en el género en sus libros de cuentos –*Trazos de asombro y olvido* (1996), *Episodios suprimidos del Manuscrito G* (1998), *Del espejo ciego* (1999) y *El amor en tres platos* (2007)–, sino que además lo había convertido en tributo al dedicarse casi por entero, los últimos años, a construir Ficción Breve Venezolana (www.ficcionbreve.org), el santuario imprescindible de nuestra narrativa en Internet.

La huella del bisonte es una arriesgada incursión en el tema del sexo prohibido. Arriesgada, digo, ya no por las implicaciones morales, sino porque se trata de un tópico de la literatura universal –quizás porque es, asimismo, un tópico de la vida– en el que acechan las feroces mandíbulas de monstruos como Nabokov, Carroll y el dueto Kawabata/García Márquez. Torres bien ha podido dejarse devorar por una nimia enumeración de proezas sexuales entre Mario y Karla, escribir un final rocambolesco con suicidios y demás altisonancias o hacer una aburrida novela sobre la culpa.

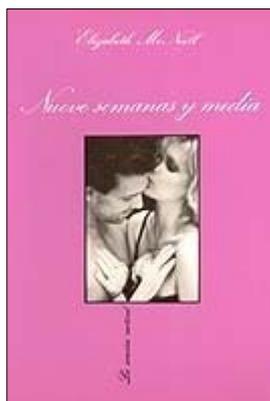
Con mucho tino, en cambio, ha optado por escribir una historia humana que actualiza el tema sin juzgar a sus personajes, tres robustos pilares en los que descansa toda la novela: Karla, la niña/mujer convencida de que «los hombres son el poder» y se fragua, sin saberlo, el objetivo de dominarlos; Mario, el «sobreviviente del holocausto juvenil de su generación» que cruza «las puertas del cielo» sólo para encontrarse en ese infierno del despecho que se empeña en recordarnos que no estamos a salvo del dolor, y Gabriela, la hija recuperada que es, como Karla, una «mujer a medio terminar» y, por tanto, un tormento, aunque a Mario le cueste casi las doscientas páginas darse cuenta de ello.

Destacable es igualmente el coro de personajes secundarios que, al compás de una canción de Mecano, dan vida a esta ópera moderna: América, la rígida y formal madre de Gabriela que traslada su trabajo de docente al trato con su hija y con Mario; Raquel, la desordenada madre de Karla que entrará en conflicto con ésta cuando se dé cuenta de que hay una competencia declarada entre ambas; Miguel, el asturiano que regenta el bar del que Mario es asiduo, cuya experiencia es en sí misma una de las historias alternas más elocuentes en la novela; o incluso «la flaca ajada con vestido aguamarina corto y ceñido», la puta que contará sus miserias a Mario hacia el final de la novela sólo para que él descubra que tienen en común más de lo que ella cree.

Y, de fondo, el gran personaje: Caracas, nuestra cosmópolis aventurera y agria que ya no resiste más himnos con techos rojos ni bucólicas miradas al Ávila, una ciudad hermosamente monstruosa en la que viven seres que «ven pasar la vida, entre el bullicio y la suciedad y la energía y la incomprendible belleza que no se arredra ante el avasallante entorno», un laberinto de caraqueñas diestras en esquivar obscenidades «sin perder la elegancia ni el paso».

En suma, no es *La huella del bisonte* una novela sobre la Lolita, un émulo de Nabokov que terminaría siendo un despropósito vano y superfluo. Tampoco es una novela sobre el amor que intente responder esa, una de las Grandes Preguntas. Es, sí, una novela sobre la *tabula rasa* que nos impone esa locura que suele asaltarnos cuando, derribadas las formas, se abren mansamente las puertas del cielo y se nos permite acceder al objeto del deseo.

© Jorge Gómez Jiménez
<http://www.letralia.com>



NUEVE SEMANAS Y MEDIA, de Elisabeth Mc Nelly

Tusquets Editores
Colección: La sonrisa vertical
Fecha Publicación: 1982
168 páginas
ISBN: 8472233316
Traducción: **Manuel Sáenz de Heredia**

* * *

Nueve semanas y media nos invita en calidad de *voyeurs* de excepción a asistir a la transformación de la vida de una ejecutiva neoyorkina sin nombre a través del deseo que le provoca otro ejecutivo neoyorkino, también sin nombre, en una relación de sumisión absoluta de forma consentida.

La protagonista se ve subyugada por el exquisito, y a la vez descarnado, comportamiento de él hacia ella durante las nueve semanas y media que dura la relación en las que llegan a conocerse de tal manera que ella comprende que si siguen juntos más tiempo su vida correrá grave peligro.

La entrada de este hombre en su vida supone que su existencia se vea «*escindida en dos mitades: día y noche; con él/sin él. Y que era un error, posiblemente peligroso, mezclar las dos mitades*» (pág. 67).

La novela está construida como una sucesión de encuentros donde se describe minuciosamente, pero sin caer en lo escabroso, cómo son sus momentos con él, salpicada con pequeñas reflexiones en página aparte, como si fueran hitos, donde a duras penas es consciente del efecto que esa relación está suponiendo para ella.

La historia empieza como una historia romántica, la forma de conocerse, su cuidado por los detalles para que ella se sienta mimada, pero rápidamente se van apuntando los derroteros por los que va a ir girando su idilio. Ese viraje es aceptado entusiastamente por ella, aunque llegue un momento en que empieza escapar de su comprensión.

«A veces me preguntaba, en abstracto, cómo podía el dolor excitarme tanto (...) Pero, cuando el que infligía dolor era él, la diferencia entre el dolor y el placer se oscurecía de tal forma que los transformaba en dos lados de una misma moneda: sensaciones de diferente calidad, pero con el mismo resultado, igualmente intensas; ambos estímulos eran igualmente poderosos y capaces de excitarme. Dado que el dolor siempre aparecía como preludio, y sólo como preludio –a veces horas antes, pero siempre conducente al orgasmo–, era tan deseado, tan sensual, tan consustancial al acto del amor como las caricias que recibían mis pechos» (pág. 91).

La pasión, como tantas veces, acaba consumiendo a sus protagonistas, no sin antes dejar una marca indeleble que todos los que han vivido esta clase de delirios llevan consigo hasta el fin de sus días.

«Vuelvo a ser responsable y adulta, todo el día. El resultado final es que el termostato de mis sensaciones se ha descompuesto: han pasado años, y a veces me pregunto si mi cuerpo volverá a registrar una temperatura algo más que tibia» (pág. 160).

© C. Martín

<http://veleidadesvitales.blogspot.com>

LA ERÓTICA DE LA MÁQUINA

por Miguel Esquirol Ríos ¹

Desde que las máquinas pudieron moverse independientes del ser humano, fueron convertidas en instrumentos para generar placer. El museo erótico de Barcelona y exposiciones como la web fuckingmachines.com (no apto para menores) son ejemplos, casi burdos, de cómo hemos convertido a estos ingenios mecánicos en cómplices de nuestro erotismo. Los juguetes sexuales, nuestras fantasías de compañeras mecánicas o los dispositivos que refuerzan nuestra propia sexualidad nos encuentran convertidos en seres a medio camino entre la piel y la máquina.

Pero se ha hablado muy poco del placer de la máquina por la máquina. Placer como de aquellos dos robots en pleno acto sexual en el célebre video de Bjork de «All is full of love» o los robots hipersexualizados de la ciencia ficción, principalmente del ciberpunk. Me parece especialmente explicativo el dulce y bestial beso de despedida del replicante Roy Batty para Pris, después que Deckard le disparara a esta última por la espalda dejándola convertida en una muñeca con las cuerdas rotas; incluso cuando nosotros desechemos a las máquinas por inútiles, estas siguen siendo generadoras de pasiones. Pero incluso estos autómatas poseen forma humana, como si las formas estuvieran conectadas con el placer, sin entender que más allá de las formas femeninas cromadas, las propias máquinas tienen un lenguaje erótico propio.

Nadie habla del placer de las frías superficies en rozamiento, del bombeo automático y acompasado de pistones, cigüeñales, levas, émbolos; del movimiento sin fin de rotores, hélices, tambores, rodamientos, de los líquidos oscuros y viscosos que recorren infinitas tuberías en sistemas hidráulicos, o que lubrican y dispersan el calor que dos puntos en contacto generan, con un ardor que amenaza con fundirlos, destruirlos, dejarlos inútiles y desfigurados.

Hemos construido máquinas a nuestra imagen y semejanza, con nuestra propia ansia de sensualidad; se revela esto en la denominación a las formas de los enchufes «macho» y «hembra», en todos los falos que penetran permanentemente igual número de cavidades. Y esa íntima unión que permite el paso a la corriente eléctrica: El orgasmo eléctrico de la máquina.

Imagínense la fuerza impulsora de un automóvil: la perfecta sincronización de un motor a inyección. Explosiones de gasolina que empujan pistones, que mueven sistemas mecánicos en perfecto ritmo para finalmente potenciar los neumáticos que chirriarán sobre el asfalto. ¿No hay algo de energía vital en este proceso que comienza de una explosión: del fuego, para convertirse en movimiento, roce y velocidad?.

Recuerden la mecánica que vamos dejando atrás, obsoleta y olvidada: La mecánica hecha de engranajes que encajan perfectamente como si se trataran de besos continuados en cada una de las molduras hechas con precisión en el metal. La potencia acumulada en el muelle que se transporta de un punto a otro a través de esta transmisión mecánica hecha de piñones, rotores, tornillos sin fin, que giran concientes de que su única razón de ser es formar parte de un sistema. En esa perfección nunca conseguida en el coito humano está lo que nosotros deseamos: el constante y eterno deleite erótico.

Cuando nos acercamos al mundo digital del microchip y del transistor, esta sexualidad física, hecha de roces, desgastes y perfectos engranajes muere para dar paso a caminos eléctricos preestablecidos en los diseños de los circuitos. El amor físico del mecanismo se convierte en una especie de amor platónico donde mínimos circuitos integrados y sistemas digitales del procesador central activarán una serie de procesos infinitesimales y que no logramos advertir. La apertura de un circuito generará fuerzas y resistencias más grandes a las imaginadas por cualquier sistema mecánico. Como con el ser humano, la sexualidad se oculta debajo de la fría piel de sistemas cerrados a los que no podemos acceder, que no terminamos de entender y que producirán efectos sorprendentes. Los circuitos impresos, tienen el mismo diseño que nuestras fantasías, obsesiones y perversiones, y aunque sorprendentes o inexplicables, marcan

¹ **Miguel Esquirol Ríos** es escritor, periodista y blogger boliviano. Acaba de terminar una maestría de literatura y está por publicar su primer libro de cuentos. Los temas con los que trabaja son diversos y varían entre la ficción y la no ficción. Ha publicado tanto en internet, como en periódicos y antologías. Blog: <http://elforastero.blogalia.com>

los ritmos y los caminos de nuestra sexualidad.

La sensualidad de la máquina desaparecerá con el mundo digital para dar campo a un amor abstracto y virtual, donde los sentidos se apagan y todo ocurre en el ciberespacio, donde los códigos convertidos en impulsos eléctricos se encuentran en servidores ajenos y desconocidos, produciendo desbordes de placer en sistemas lejanos para regresar a nosotros como una fría sombra del coito virtual. Hoy en día sólo rescataremos la antigua fijación fálica en los sistemas «plug and play», la fría y aséptica unión del USB y el Firewire, las llanas superficies metálicas de contacto de las baterías, y la aun primigenia pero ya mínima penetración de la clavija de los audífonos.

Del erotismo de la máquina sólo se han escrito manuales técnicos, textos a los que hemos negado el placer que encontramos en relatos eróticos e incluso en fantasías pornográficas. En estos manuales de los que el mundo está inundado, tenemos que incorporar los saberes filosóficos de Sade, y acompañar los esquemáticos gráficos de corrientes y tablas de voltajes, con los versos de Safo y fragmentos del Cantar de los Cantares. No podemos negar este tipo de placer, y su literatura sólo puede enriquecer nuestra propia experiencia con el mundo, donde nosotros mismos estamos hechos de engranajes, transistores, circuitos y amores cibernéticos.

© Miguel Esquirol Ríos

* * *

Miradas

ESCRIBIR EL SEXO: ¿ASIGNATURA PENDIENTE?

por Blanca Vázquez ²

«...Su vagina era como un gran hongo exótico pinchado en un árbol, una pequeña cúpula de placer como nunca he visto, donde el sagrado río fluye hacia un mar sin mareas. Sin mareas. Sus movimientos eran espasmódicos, un flujo y reflujo que podía llevarte muy lejos, hasta donde antes te habías lanzado, salvaje y triunfalmente, a una playa barrida por el viento sin final.» ¿De verdad su autor, André Brink, no caía en la cuenta que esta escena sexual de su libro *Before I Forget* iba a provocar muchas risas y...vergüenza ajena? ¿dónde tenía la cabeza?

Pero Brink fue tan solo un finalista, el que se llevó el *Bad Sex Prize 2004* (Premio al peor sexo escrito), fue nada más y nada menos que Tom Wolfe. ¿Adivinan con que libro?, efectivamente la irrelevante, frívola y estúpida novela *Soy Charlotte Simmons*. La verdad que leyendo esto, ¿de qué nos extrañamos!: «Desliza, desliza, desliza, desliza, desliza la lengua (...)» y «Pero la mano era con lo que ella intentaba concentrarse. La mano, desde que la tiene en el terreno de su torso para explorar no solo las cavernas otorrinolaringológicas, oh Dios, ya no estaba en la frontera donde los senos se unen a los abdominales. No, la mano ahora mismo estaba uniéndolos».

Este premio relativamente nuevo pretende llamar, según sus promotores, la atención sobre el uso crudo, de mal gusto y, a veces, superficial de pasajes redundantes sobre descripciones sexuales, o referentes al sexo, en la novela contemporánea.

Si nos acercamos a fechas más recientes, no dejamos, de nuevo, de sorprendernos. El premiado de la última celebración, año 2007, los galardones se conceden en el mes de noviembre, fue Norman Mailer, ya fallecido, por su última novela, *El castillo en el bosque*, en la que describe la concepción de Iltre. (entre tío y sobrina) como un abrazo carnal *con una avidez que sólo podía provenir del Maligno*. Le

² Blanca Vázquez Fernández, 1962, País Vasco, España. Licenciada en Administración de empresas, filología francesa e inglesa y estudios actuales de sociología. Traductora de inglés y francés, contable y empresaria además de escritora de columnas y reseñas en varios portales digitales y revistas culturales, tanto de cine, literatura como política. He participado, también, en pequeñas emisoras de radio y revistas regionales en formato papel. En estos momentos me hallo inmersa en la labor de escribir un relato largo novelado. Página personal: www.zuria.blogspot.com

siguieron a la zaga finalistas como Jeanette Winterson con su obra *The Stone Gods* dónde trata la sexualidad entre humanos y robots y genitales de silicona, y nuestro Quim Monzó, además de, agárrense, un grande cómo Ian McEwan por su último libro *On Chesil Beach*, y es que hasta los encumbrados tienen su momento de bajón, no cabe duda.

Nos preguntamos por el motivo de tanta dificultad para describir escenas sexuales por parte de escritores, que como vemos en algunos casos, no son tan cuestionados en cuanto a la calidad de sus obras.

No debería ser más complicado meterse mentalmente en una escena sexual que abordar un crimen, un descripción paisajística, una persecución o un diálogo, de hecho tratar de expresar con palabras una persecución y huida puede resultar casi una utopía literaria y todo un dolor de cabeza.

En literatura ya nada sorprende y, además, no nos engañemos, en ese tipo de escenas hay poco que hacer frente a la exuberancia del cine, que con su voltaje visual nos lo pone fácil para soñar, para entrar en ese mundo de sensaciones eróticas.

Una forma de dotar a un texto de algún componente sexual que literariamente le sostenga es acercándolo a lo escatológico o a lo inquietante, que deje de alguna forma desorientado al lector, pero no por su mehez. Un ejemplo: el estilo *Philip Roth*.

Este autor tiene algo perturbador que solo se puede conseguir a través de la literatura y que no tiene nada ver con la excitación. El lector no se escandaliza, tampoco se excita, pero se siente turbado. Y no sabe por qué. Eso es literatura. Arte.

Otro terreno que turba, e interesa narrativamente es la homosexualidad, porque hasta bien poco el homosexual era la empalizada de un gran combate, la lucha por su identidad.

En las letras españolas se entrevé aún el fantasma del puritanismo pasado en cuanto a descripciones y puestas en escena de encuentros sexuales. A voz y pronto la que me viene en mente como mejor logro es *Las edades de Lulu* de Almudena Grandes, una de las mejores inmersiones en las experiencias y curiosidades eróticas de una adolescente que se enamora del amigo de su hermano, mucho mayor que ella.

A nivel universal tenemos donde elegir elegancia entre varias obras clásicas, como el *Kama Sutra* hindú y *La plegaria china*, siguen teniendo un gran éxito hoy en día. Los libros con características eróticas escritas en Asia, Europa y América, son joyas que han sobrevivido a los fuegos y catacumbas de la censura. Ahí tenemos el *Decamerón* de Boccaccio, *Fanny Hill* de Apollinaire, *Trópico de Cáncer* de Henry Miller, *Lolita* de Vladimir Nabokov, *Delta de Venus* de Anaïs Nin, *La misteriosa desaparición de la Marquesita de Loria* de José Donoso, o *Elogio de la madrastra* de Vargas Llosa entre otros.

Voy a acabar este exiguo reportaje con el antónimo del comienzo. Por lo tanto aquí van algunas escenas sexuales bien resueltas:

«...Pero te resbalan las sílabas y él se da cuenta de que te ha vencido la voluntad y te empuña las nalgas con las manos y sientes como te las abre y te las cierra para que oigas avergonzada el chasquido de los labios de tu vulva, húmedos, derretidos...»

Manuel Vázquez Montalbán, *Galíndez*.

«...Por entonces yo estaba en un estado de excitación que lindaba con la locura; pero el propio tiempo tenía la astucia de un loco. Sentado allí, en el sofá, me las compuse para aproximarme a sus cándidos miembros mediante una serie de movimientos furtivos. No era fácil distraer la atención de la niña mientras llevaba a cabo los oscuros ajustes necesarios para que la treta resultara...»

Vladimir Nabokov, *Lolita*.

«—Prescindiré de todas las demás mujeres —le dijo—. Y a cambio, tú debes chupársela a tu marido dos veces por semana.

—!Aaagh!

—Aaagh, sí. Aaagh, exactamente. Ya te entran arcadas: ‘Aaagh, jamás podría hacer eso’. ¿No puedo encontrar algo menos duro? No.»

Philip Roth, *El teatro de Sabbath*.

«...Aquella noche de lluvia tibia no sentimos frío. En la oscuridad, exploramos nuestros cuerpos sin palabras. Naoko asió mi pene erecto. Su vagina, húmeda y cálida, me esperaba. Sin embargo, cuando la penetré sintió mucho dolor. Le pregunté si era la primera vez, y ella asintió. Me quedé desconcertado. Creía que ella y Kizuki se acostaban. Introduje el pene hasta lo mas hondo, lo dejé inmóvil y la abracé durante mucho tiempo. Cuando vi que se tranquilizaba, empecé a moverlo despacio y, mucho después, eyaculé. Al rato, Naoko me abrazó muy fuerte y gritó. Era el orgasmo más triste que había oído nunca.»

Haruki Murakami, *Tokio Blues*.

© Blanca Vázquez

* * *

Miradas

LITERATURA ERÓTICA

por María Dubón ³

Mi actividad literaria profesional se inició con la publicación de un relato erótico en una revista de literatura y unas cuantas empresas pornográficas venden mis artículos en Internet. Quiero significar que no me planteo deliberadamente la escritura de una obra erótica, simplemente la historia va adquiriendo forma y sigue sus propios derroteros, casi al margen de mi voluntad, porque no se le pueden imponer cortapisas a la actividad artística. La literatura erótica se ha etiquetado como un género menor y casi hay que disculparse por hacerla, se la acusa de ser vulgar en el tratamiento del tema sexual, algo discutible; y también de violar criterios morales y convenciones sociales, está desatendida por público y crítica, llena de prejuicios que obligan al autor a defender la sutil frontera que divide el erotismo y la pornografía, es aquí donde resulta más patente la hipocresía del tópico: sugerir es erótico, mostrar, pornográfico. Desde mi punto de vista, este matiz engañoso sólo sirve para condenar o disculpar, es imposible ser objetivo, el erotismo o la pornografía depende de las cualidades del receptor, lo que para unos es escandaloso para otros puede ser un asunto trivial. Al margen de criterios éticos o estéticos, lo que persiste es ese reproche por la reacción sensual que provoca la literatura erótica. No hay que olvidar que es un género bajo sospecha, vigilado y perseguido, que en algunas épocas ha llevado a la cárcel a quien ha osado tocar tan escabrosas cuestiones. Hoy corren tiempos de permisividad, aunque muchos prejuicios siguen vivos.

El concepto de literatura cobija bajo su lema a las obras destinadas al intelecto y descarta las orientadas a la sensualidad. Sin embargo, la literatura erótica consigue el más difícil todavía al lograr que el lector aparte una mano del libro para complacer al cuerpo según las demandas textuales, involucra al cuerpo y a la mente en un contexto de sensual ilusión. Las palabras disparan la lascivia y ésta es una conquista innegable del lenguaje, un triunfo del escritor, un milagro, magia pura. Un flujo lingüístico despierta los sentidos y la palabra se convierte en acto.

Para mí, la literatura erótica supone un reto creativo y no es, desde luego, la perversión de una mente calenturienta, de un alma amoral o de una personalidad enfermiza. No me siento culpable por tratar con desinhibición actividades que practicamos todos. Acepto con gusto el desafío de reflejar lo más extraordinario de lo común, porque el sexo es único y compartido por toda la especie. Línea a línea, el autor y el lector interactúan, el lector reacciona a los estímulos que el autor le propone y se entrega a esa cópula orgásmica que no sólo es física, porque el texto ha lubricado los íntimos recovecos de la mente y ha hecho que culmine la gloria del proceso de compenetración. Toda la literatura juega a este juego de seducción. Se trata de crear una obra atractiva para el lector, de impedir el cierre brusco del libro que lo condena al polvo del olvido en un estante de la biblioteca del que nunca más saldrá.

© María Dubón

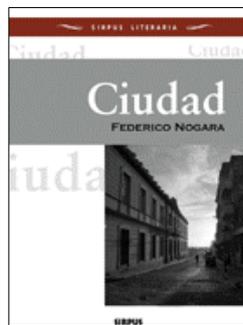
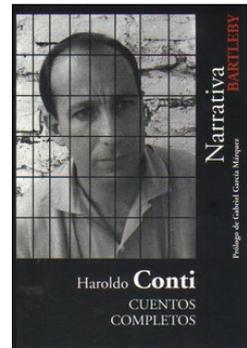
³ <http://dubones.blogspot.com>

Cuentos completos

Haroldo Conti

Bartleby Editores, 2008

La edición de los *Cuentos completos* de Haroldo Conti en España era una asignatura pendiente de la producción editorial en nuestro país. Incorporando un emotivo relato de sus últimas horas que firma el Nobel colombiano Gabriel García Márquez, amigo personal de Conti, como también lo fueran Juan Gelman o Mario Benedetti, la colección de *Narrativa Bartleby* se enorgullece de traer por vez primeras a manos de sus lectores este descarnado relato de las vidas que poblaban la Pampa argentina. En palabras de Miguel Briante recogidas en la edición argentina de estos cuentos: "Conti narró más que nada la pampa gringa, no la de los gringos que triunfaron, fundaron estancias, pueblos, generaciones, sino la de aquellos gringos que no llegaron a ser los dueños de la tierra, la de los marginados dos veces en la geografía y eternamente en el tiempo".



Ciudad

Federico Noguera

Editorial Sirpus, 2008

Seres anónimos pasan cada día, sin darse cuenta, al lado de asesinos, de prostitutas, de poetas y profetas en ese conglomerado donde cientos de miles de personas luchan de forma denodada por ganarse la vida. En la ciudad, en ese enorme mapa que es la ciudad, todos los habitantes buscan algo y al final, en esa búsqueda, terminan pareciéndose. Pero esos seres anónimos adquieren una identidad cuando dejan las calles y entran en su pequeño micromundo. Allí, en su ambiente, con los suyos, salen del anonimato, tienen una historia, son reconocibles.

Los ojos del huracán

Berta Serra Manzanares

Anagrama, 2008

A mediados del siglo XIX, mientras crece la demanda del consumo de azúcar, Cuba vive una época de esplendor y riqueza, y cientos de catalanes parten hacia La Habana. Pero las grandes fortunas no se hacen con la caña de azúcar. El dinero fácil se hace con la compraventa de seres humanos. Esta es la realidad de *Los ojos del huracán*, la trata de esclavos se convierte en el eje de sus vidas y las reglas peculiares que rigen la economía y sociedad cubanas se transforman en sus reglas. Junto al deseo de riqueza, cada personaje esconde otra pasión. Mientras tanto, la Historia sigue su curso. El abolicionismo, el independentismo y la guerra van creciendo en la isla con la fuerza de un huracán, y las grandes fortunas abandonan Cuba y recalcan en Barcelona, donde los antiguos negreros se introducirán en la alta sociedad, contribuyendo al crecimiento y modernización de la ciudad. La alternancia de voces narrativas hace de esta obra una novela polifónica. Novela de aventuras, histórica, feminista, amorosa, social, *Los ojos del huracán* retrata uno de los momentos más apasionantes de la historia de España y vierte su mirada sobre un tema controvertido y olvidado de la vida en las colonias: la trata de esclavos.



Los ojos en el espejo

José María Latorre

Edebé, 2008

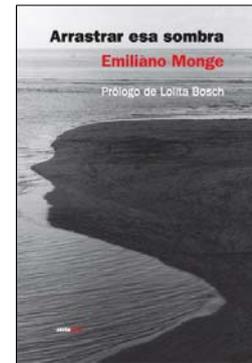
Después de la pérdida de su mujer Alice en un accidente aéreo, el egiptólogo John Hadley decide retirarse a una pequeña localidad cerca de Worcester buscando la tranquilidad. Pero pronto ésta se ve alterada por unos horribles hechos sobrenaturales que suceden en el interior de un antiguo caserón abandonado conocido con el nombre de Blackdawn House, donde años atrás hubo instalado un manicomio. Aunque no será hasta recibir una amenaza de muerte cuando John pida ayuda al famoso detective Henry Saville, pues está convencido de que él logrará resolver este terrible misterio.

Arrastrar esa sombra

Emiliano Monge

Sexto Piso Editorial, 2008

Un hombre se promete en su cumpleaños que ya no soñará con ser su vecino, que sí recibe correspondencia; otro se encuentra extenuado tras un confuso viaje en el que persiguió la estela de la muerte y destrucción totales en una playa; un hombre necesita recordar y no puede, cada nuevo pensamiento le borra un recuerdo. Los personajes de Emiliano Monge discurren ensimismados por los meandros de una existencia en la que el mundo y las cosas, y las criaturas que lo pueblan, son descritos con un lenguaje preciso y evocador, cargado de potentes imágenes, que funge como escenario en el que se representan al infinito los sucesos cotidianos de los héroes y antihéroes que protagonizan sus inquietantes historias.



Los fantasmas de Edimburgo

Eloy M. Cebrián

El Tercer Nombre, 2008

Al profesor Luis Miguel Ortiz, protagonista de esta historia, no le van bien las cosas. O al menos no le suceden cosas normales desde el día en que un perro callejero eligió su aula para vaciar su estómago y, poco después, fue sorprendido en su despacho en medio de una situación comprometida. A partir de ahí su vida, expuesta sin pudor, cobra la forma de un descenso a los infiernos, con parada en la fantasmal ciudad de Edimburgo, donde tendrá lugar el encuentro con El Ladillas, agente de su destrucción, y conocerá el lado más oscuro de la existencia en el transcurso de un alucinante y alucinado verano. Zigzagueante, divertida, obscena, hilarante, meticulosamente incorrecta, *Los fantasmas de Edimburgo* constituye un festín de situaciones

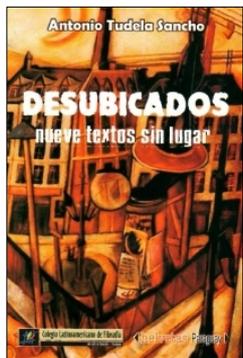
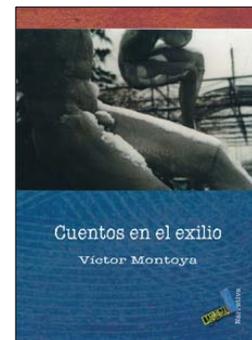
desaforadas e imprevistas, una bofetada en el rostro de los bienpensantes y un ejercicio de maestría narrativa, que provoca por igual la carcajada y la reflexión, el asombro y el escándalo, pero nunca la indiferencia del lector.

Cuentos en el exilio

Víctor Montoya

Baile del Sol, 2008

Como en toda creación literaria que sufre transformaciones esenciales en su construcción, girando en la dimensión de los signos y los símbolos que cubren los temas profundos del ser humano, *Cuentos en el Exilio* constituye un regio ejemplo de la vitalidad y la desmesura imaginativa de la literatura latinoamericana contemporánea. Víctor Montoya, con la fuerza en el arte narrativo y la experiencia en el oficio escritural, condensa imágenes y situaciones en contraste, que generan una visión sintética de hechos y sucesos tanto individuales como colectivos. Y una de sus excelencias radica en optar por la vía del arte en general, como posibilidad de superar el dolor de lo inmanente que asfixia en la repetición en lo mismo. En el discurso literario se capta de inmediato el refugio lenitivo del sueño. Y es por este medio que alcanza la ubicación de las fuerzas ocultas que producen el poder destructor y la forma de vencerlos.



Desubicados. Nueve textos sin lugar

Antonio Tudela Sancho

Helvetas-Paraguay, 2008

El libro consta de nueve textos sin relación unos con otros, y recoge, en palabras del autor, "textos nómadas, sin arraigo, descolocados o descolgados de sus situaciones propiciatorias..." Agrega que los nueve corresponden a lo que los clásicos llamarían "escritos de ocasión", que son textos creados con vistas a una exposición oral ante un público por lo general culto, de formación académica, pero no especializado. Antonio Tudela Sancho es Licenciado y Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia (España), Masterando y Doctorando en Ciencias Jurídicas por la Universidad Internacional de Andalucía (España). En la actualidad, se desempeña como docente en el Departamento de Postgrado y Maestrías de la Facultad de Filosofía de la Uni-

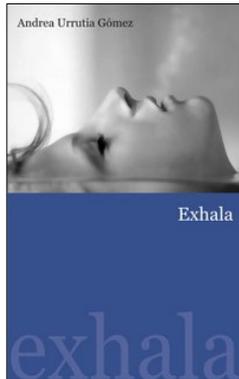
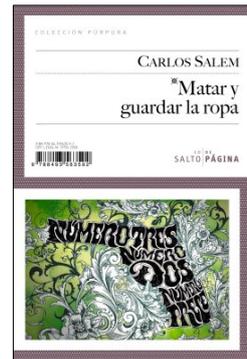
versidad Nacional de Asunción (Paraguay). Ha publicado la novela *Gozoso extravío*.

Matar y guardar la ropa

Carlos Salem

Salto de Página, 2008

En un camping nudista de Murcia alguien debe morir. ¿Pero quién? Esto es lo que tiene que averiguar Número Tres, uno de los mejores asesinos a sueldo a quienes la Empresa asigna sus pedidos. Todo sería más sencillo si Número Tres no se escondiese bajo la anodina identidad de Juanito Pérez Pérez, un apocado comercial al borde de los cuarenta; si en el camping no coincidiesen sus hijos, su ex mujer, el juez estrella de la lucha contra el crimen, un amigo de la infancia, otro asesino particularmente despiadado, un inspector que lleva años sospechando de él y una incógnita llamada Yolanda...



Exhala

Andrea Urrutia Gómez

Editorial Casatomada, 2008

Existe un lugar dentro de cada persona donde se anidan los mejores y peores recuerdos. En ese lugar, inexplorado y olvidado por muchos, se hallan tal vez las razones de nuestros mayores temores y esperanzas. Es aquí donde Andrea Urrutia recoge sus mejores historias. Y es que ya desde el inicio, estos relatos, estructurados dentro del descubrimiento de la crudeza de la soledad, plantean en el lector más de un sobrecogimiento. Sus personajes aparecen para atraparnos y sumergirnos en sus contradicciones y alegrías, en sus sueños y delirios. Historias de descubrimientos y confrontaciones, de soledades compartidas donde acaso la única salida sea la locura. Un libro intenso que marca el inicio de la carrera literaria de esta joven escritora.

El Estado contra natura y otros cuentos

Luis Martínez de Mingo

Pepitas de calabaza, 2008

Este libro contiene una selección, realizada por la editorial, de lo que podríamos denominar los cuentos clásicos de Luis Martínez de Mingo, publicados en un principio en la sobresaliente revista logroñesa *Calle Mayor*, y después un poco por todas partes. Mingo posee una extraña capacidad para, en no más de cuatro o cinco folios, recrear arquitecturas imaginarias y a la vez extrañamente familiares; construir con cuatro trazos personajes de una complejidad formidable y narrar historias absolutamente disparatadas y divertidas. Sus relatos breves son difícilmente encasillables, pero a la vez, y sin contradicción posible, sencillamente geniales. Divertidos, extravagantes, desconcertantes, maravillosos y desternillantes, son adjetivos que se acoplan a estos cuentos como un guante. Sin la menor duda, quien se aventure en estas páginas encontrará una lectura fresca y divertida como pocas.



A veinte años, Luz

Elsa Osorio

Ediciones Siruela, 2008

El nacimiento de su hijo permite a la joven Luz iluminar una región oscura de su memoria. Fue tan sólo una fugaz intuición, pero desde ese instante la duda sobre su verdadero origen pasó a convertirse en una obsesión: ¿era ella, como había creído durante veinte años, hija y nieta de adictos a la dictadura argentina o, por el contrario, era la hija, nacida en cautiverio, de dos desaparecidos? Como si de repente cayese la venda que le tapaba los ojos, su pasado entero cobra un nuevo sentido. Luz despierta de su letargo y se arroja a una búsqueda tenaz y obsesiva de la verdad, que va iluminando los rincones más sombríos de la sociedad en la que se ha educado. La historia que, poco a poco, se va desvelando es la de un país dividido

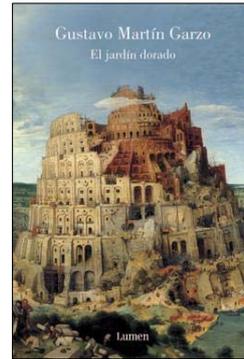
por un régimen de terror, herido por la tortura, el horror de las desapariciones, la infame ocultación y la posterior traición del olvido.

El jardín dorado

Gustavo Martín Garzo

Editorial Lumen, 2008

Érase una vez en la isla de Creta el minotauro, un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro, que vivía en un laberinto y se nutría de la sangre de los jóvenes que le eran entregados en sacrificio... Eso cuenta la tradición, pero Martín Garzo tuerce los hilos de la leyenda para darnos su versión de la vida de Bruno, el monstruo. Con él descubriremos el palacio de Creta, un lugar donde todo es posible y el deseo se casa con la abundancia. Ahí conoceremos a Ariadna, la hermana gemela de Bruno, y a las otras doncellas que alegran los días del joven. También sabremos de Artífice, el constructor del laberinto, y de Nómada, el contador de cuentos. Desde el nacimiento de Bruno hasta su muerte, vamos a escuchar de boca de Ariadna una historia donde los vivos dialogan con el más allá y los animales hablan, los muñecos tienen corazón de hombre y las mujeres siguen el rastro de su propia locura por un jardín dorado donde el tiempo no tiene ley y el dolor descansa. Con estos elementos tan dispares Martín Garzo vuelve al mundo mítico de *El lenguaje de las fuentes* y consigue que el horror y la ternura anden de la mano gracias a su gran talento de narrador.



Luz sobre un friso

Julia Uceda

Menoscuarto Editores, 2008

Tras el amplio reconocimiento alcanzado con su obra poética –también fue Premio de la Crítica en 2006–, la prestigiosa autora muestra ahora sus dotes narrativas en una atractiva y sugerente colección de cuentos. *Luz sobre un friso* es el sugerente título de la colección de relatos que Julia Uceda, sevillana afincada en El Ferrol, acaba de publicar en Menoscuarto Ediciones, una serie de narraciones breves que la prestigiosa poeta, profesora y estudiosa de la literatura ha querido dar a la luz después de un largo y exigente proceso creativo. Historias de un tiempo perdido, destiladas de relatos familiares y memoria recobrada, los cuentos que agrupa Luz sobre un friso desprenden a la vez el tenue aroma del pasado fantasmal y la

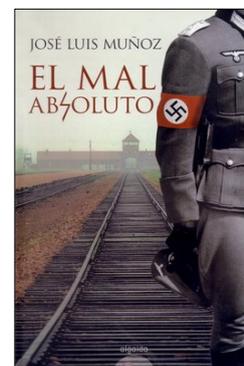
vigorosa presencia de una mágica alucinación, con los viejos valores de la burguesía y las figuras femeninas como ejes de este singular libro.

El mal absoluto

José Luis Muñoz

Algaida Editores, 2008

Una periodista de la ZDF hace coincidir en un documental televisivo a Günter Meissner –ex oficial de las SS de Auschwitz y ahora acaudalado empresario– y a Yehuda Weis –un superviviente del campo de exterminio que vive casi en la indigencia–. Meissner, con absoluta frialdad y hasta con orgullo, relata ante la cámara las atrocidades cometidas. Cuando Yehuda Weis ve el documental, y descubre en la pantalla de su televisor a su carcelero, el hombre que lo salvó y condenó al mismo tiempo, comprende las razones por las que escapó del Holocausto y ha sobrevivido todo este tiempo: para ese crimen no hay olvido ni perdón posible. Una nueva perspectiva crítica del período más oscuro de la humanidad y su hecho más atroz: el Holocausto.



Dios es una dama con moño

Isabel Cambor

Editorial Planeta, 2008

La fotografía de una mujer asesinada en el bolso de su compañera de trabajo alerta a Julia, maquilladora, quien emprende sus pesquisas con la ayuda de su madre, vidente, y del novio de su sobrina, que se gana la vida escribiendo epitafios; así como de su mejor amiga, cuya jornada laboral transcurre en la calle posando como estatua. Cuando ven que todos los indicios apuntan como próxima víctima a la sobrina de Julia, Loreto, siniestra, este estrafalario grupo inicia la persecución de la supuesta asesina, regidora de televisión e integrante de una secta satánica. Isabel Cambor retrata nuestro mundo a través de esta delirante parodia que lleva al lector de la sonrisa a la carcajada.

Venga a nosotros tu reino

Javier Reverte

Plaza & Janes Editores, 2008

La turbulenta y apasionada vida de un joven sacerdote polaco en la oscura España de los años 50. El joven sacerdote polaco Stefan Berman llega a Madrid en pleno apogeo del nacional-catolicismo huyendo del comunismo que impera en su país. Pero aunque es acogido por la iglesia, se ve dividido por pasiones contradictorias. A su doble vida de agitador político de izquierdas y hombre religioso se suma la tórrida relación amorosa que mantiene con la hija de un conocido militar. Un torbellino de pasiones a la sombra de obispos, militares e izquierdistas clandestinos. Política, amor, intriga e historia en una novela escrita con excepcional maestría. Persecución política, campos de concentración, cárceles franquistas, manicomios para comunistas... un auténtico *tour de force* sobre una de nuestras épocas más oscuras, sobre nuestra memoria y nuestra identidad. Una novela no solo de intriga y política sino, sobretodo, de personajes, como el obispo de Madrid, Leopoldo Eijo Garay, una de las figuras más importantes de nacional-catolicismo, que protagoniza las mejores páginas de toda la trayectoria literaria de Reverte.



Una puta albina colgada del brazo de Francisco Umbral

Diego Medrano

Ediciones Nowtilus, 2008

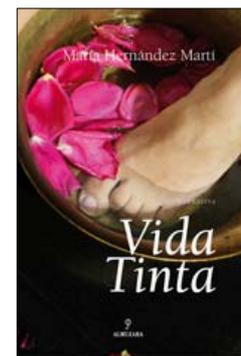
Samuel Lamata ha llegado a Madrid para solo dedicarse a escribir, para triunfar en la literatura, pero en especial para espiar a Umbral y para hacer de esta ciudad un personaje literario. En la penosa pensión de la calle Hortaleza en la que vive, antes de acostarse se repite a menudo dos frases de Witold Gombrowicz. La primera: "Yo no era nada, por lo tanto podía permitirmelo todo". La segunda: "Desde que ejerzo la literatura siempre he tenido que destruir a alguien para salvarme a mí mismo". Así empieza su trepidante búsqueda, literaria, vital en donde él, como narrador con un amplio registro literario (Borges, Kafka, Gómez de la Serna, etc.) trata de encontrar al verdadero Francisco Umbral, descubrir quién se esconde tras el personaje de Maruja Lapoint (pseudónimo correspondiente a cierta bohemia todavía viva, meretriz célebre del Café Gijón, envuelta en brumas y cicatrices), y ya por último, intentando descifrar su propia identidad, que busca a todos los anteriores por no buscarse a sí mismo.

Vida Tinta

María Hernández Martí

Editorial Almuzara, 2008

Vida Tinta es un retrato tan incisivo como risueño del universo cotidiano. Las relaciones de pareja, con sus momentos gratificantes y el escollo de la convivencia; los imperativos de una sociedad, la occidental, que parece indiferente al dolor ajeno, y muchos otros aspectos de la realidad que nos circunda, cobran vida literaria en sus páginas. María Hernández Martí proyecta sobre el mundo que la rodea la mirada de una escritora con voz propia, capaz de revelar los matices más recónditos y en apariencia insignificantes, para dotarlos de la trascendencia que sólo saben desvelar los creadores de raza..



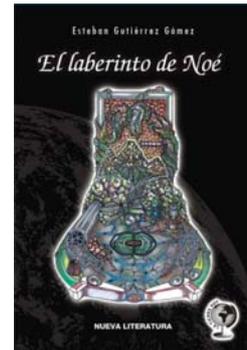
Daniela

Sonia Ruiz

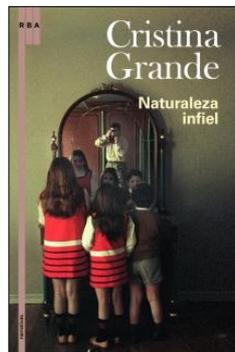
Maghenta Editorial, 2008

La vida de una chica universitaria no es fácil, y si eres la menor de una familia, tu hermana mayor es una rompecorazones, tu hermano un gruñón despistado y tu otra hermana una empollona y una liante, la cosa no puede ir a peor. ¿O sí? Prueba a aderezarlo todo con un novio caradura. Esta deliciosa comedia narra las aventuras cotidianas de una familia tan singular y extravagante como puede ser la tuya. Con ella se inicia la saga de Daniela, cuyo mundo pronto te atrapará para siempre.

El laberinto de Noé
Esteban Gutiérrez Gómez
Editorial La Tierra Hoy, 2008



Martín regresa allí donde ha sido feliz. Una cascada de circunstancias adversas le hace volver. Piensa que es en ese lugar donde inició el camino equivocado. Pero lo que busca ya no existe. Su abuelo, Noé, murió hace años. ¿Qué fue de él? Dicen que se volvió loco, como un Quijote, por la lectura de libros. A través de Julián, el único amigo de Noé, tratará de desentrañar aquellos últimos años de su abuelo. Su intención sólo es saber quién fue en realidad. Julián le descubrirá a todo un personaje capaz de impregnar su mensaje optimista más allá de su desaparición. Un personaje que admiraba al hombre y demonizaba la sociedad que el hombre había creado. Por eso buscó otro mundo dentro de los libros. Un libro de relatos novelado. Una novela hilada con relatos. ¿Por qué las etiquetas? Algo singular, específicamente distinto y nada novedoso.



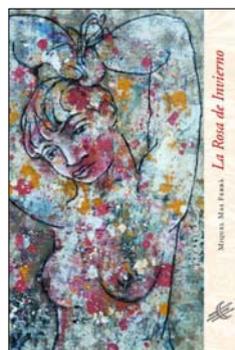
Naturaleza infiel
Cristina Grande
RBA, 2008

La vida de Renata, la protagonista de *Naturaleza infiel*, podría entenderse como la historia de una deriva o de una huida hacia delante, pero nunca como la historia Y mientras la madre intenta fundar un nuevo hogar, Renata y su hermana María se precipitan. Por momentos, el sexo y las drogas tensan la narración, la despojan de adornos innecesarios, de excusas. Nos sacuden como pocas veces en la literatura moderna. El destino que nunca llega, los amantes que se suceden, la oscuridad que a veces resulta angustiada hacen de *Naturaleza infiel* un texto inquietante y, sin embargo, plagado de luz, lirismo, humor y ternura, con un estilo y un talento fuera de lo común. Cristina Grande era hasta hace poco una autora de culto entre selectas minorías. Ahora, con esta novela, demuestra que todos podemos confiar en su voz, que está llamada a ser una de las voces de referencia de su generación.

Las ruinas de la Catedral Nueva
Juan Ibarrondo
Bassarai Ediciones, 2008



¿Qué tiene que ver un octogenario español residente en México con la profesora de música de una ikastola? ¿Y el País Vasco de 1997 con un pequeño pueblo de Zamora en 1936? ¿Y un juez madrileño aficionado al arte medieval con un joven zapatista? Juan Ibarrondo responde a estas preguntas construyendo una novela ágil y emotiva, una narración para leer de un tirón que nos interpela por nuestras raíces. La historia más reciente y el pasado más oscuro se unen en esta novela a través de una decisión judicial y una gárgola misteriosa. En ella se nos propone un juego narrativo. Un enigma que no se descubre hasta el final. Con un estilo a medio camino entre el género negro y la novela histórica, Juan Ibarrondo –que sorprendió a los lectores con *Retazos de la Red*– articula una novela que puede considerarse también como un aporte a la reconstrucción de nuestra memoria histórica.

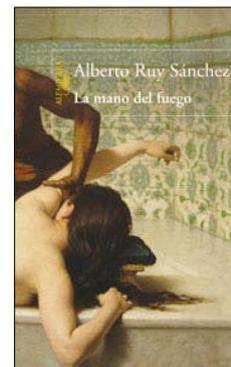


La Rosa de Invierno
Miquel Mas Ferrà
Calambur Editorial, 2008

Con *La Rosa de Invierno*, novela finalista del Premi Sant Jordi 1998, Miquel Mas Ferrà ha construido una obra de una gran belleza, y asimismo durísima y sin concesiones, sobre unos personajes que deben enfrentarse contra sí mismos, cautivos de su trayectoria vital y de las opciones existenciales que han tomado. A través de sus páginas asistimos no solo al retrato de una época –el final del franquismo– desde la doble óptica del poder establecido y de los grupos de oposición, sino, y por encima de todo ello, a la problemática moral que vapulea a aquellos que tienen la vida de otras personas en sus manos.

La mano del fuego
Alberto Ruy Sánchez
Editorial Alfaguara, 2008

¿Cuántas caras tiene un hombre hablando del deseo? ¿Cuántas manos? ¿Es posible hablar del fuego desde el fuego? El erotismo es una ilusión. Existe como fantasma escrito en el cuerpo. En la piel llevamos ese destino ardiente y brota como un ser sonámbulo. Su aventura es querer tocar el fuego, soñar despierto, asombrarse, tratar de comprender, equivocarse, acariciar y convertirse en el fuego que está tocando. Vivir una breve y equívoca épica del tacto. El editor de la revista erótica *El jardín perfumado* (especie de *Playboy* con menos rubias y más costumbres amorosas de otros pueblos) odia eso que se clasifica como literatura erótica y detesta ser considerado autor de ese género. Trata de escribir sobre los *Kama Sutra* árabes. Pero la vida viene a interrumpirlo, a trastornarlo y demostrarle cada vez que está equivocado. Un alfarero obsesivo piensa su oficio como una forma de *Kama Sutra*. Las consecuencias nos hacen entrar con él al horno de la vida. Y de la muerte. Un libro de anti-aventuras amorosas en forma de mano, de amuleto, de búsqueda disparatada del erotismo. Afirmación de la sensualidad y la duda.



Malena de cinco mundos
Ana Teresa Torres

Veintisiete letras, 2008

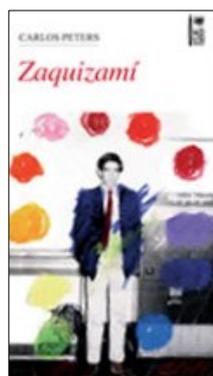
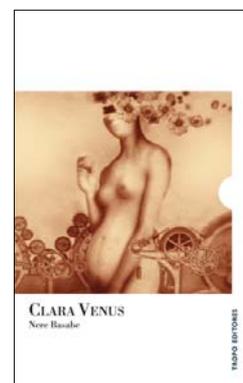
Malena, exitosa ejecutiva, atractiva aún, estresada, madre y divorciada, viaja a las islas del Caribe dispuesta a ser feliz, al menos unos días, junto a Martín, su último «proceso» tras una agitada y fallida vida amorosa. Frente a los diversos avatares que van minando esa escapada, ella encuentra refugio en intuiciones e imágenes brumosas que parecen provenir de un tiempo antiguo. Malena ha vivido antes bajo diferentes identidades: ha sido Giulia Metella, señora del imperio romano con Marco Aurelio; Juanita Redondo, aventurera de ultramar en la España del XVIII; Isabela Bruni, científica pionera en el Renacimiento florentino; y una primera Malena, insatisfecha viudita que analizará un inexperto Sigmund Freud en la Viena fin de siglo...

Existencias todas que los Señores del Destino han dispuesto siempre con la misma arbitrariedad y miopía.

Clara Venus
Nere Basabe

Tropo Editores, 2008

A medio camino entre la Historia y la fantasía, *Clara Venus* cuenta las andanzas a través de un París subterráneo y clandestino de Claire Marie, una modesta costurera de flores de tela enamorada del poeta Charles Baudelaire, en un tiempo que abarca desde el golpe de Estado de Napoleón III a la Comuna de París. En su periplo Claire Marie se cruza con toda una galería de personajes sin suerte: poetas fracasados, camarillas revolucionarias, aristócratas proscritos y otros desheredados. Los sinsabores se suceden en la búsqueda infructuosa de Claire Marie, como se suceden los amantes y toda una serie de extrañas muertes, alegoría de la evolución del lenguaje poético que va de Baudelaire a Rimbaud, personajes de la novela ambos (y a uno de cuyos poemas, *Venus Anadyomene*, recreado en el último capítulo, se debe el título del libro).



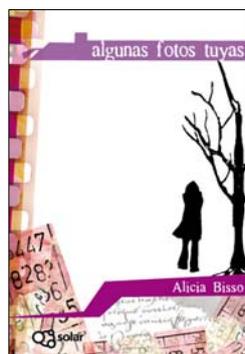
Zaquizamí
Carlos Peters

LOM Ediciones, 2008

Zaquizamí, en conjunto, resume, como una gran metáfora, el Chile de finales de los años sesenta y principios de los setenta. El relato parte en la vieja Escuela de Bellas Artes del Parque Forestal y en el zaquizamí, oscura buhardilla de la que fuera conocida como "La Casa de los Talleres", en el barrio Bellavista, hace más de treinta años. Peters nos muestra cómo se bifurcaron las vidas de los personajes que sobrevivieron a la dictadura. Es una novela de nostalgias y añoranzas que reconstruye y da cuenta de una época y de un estado de ánimo colmado de reminiscencias: "Nuestras voces y nuestros ámbitos se han poblado de recuerdos que crecen por este largo y soterrado país de fronteras naturales".

Olor a lluvia
Elena Montesinos
Editorial Kailas, 2008

El reportaje de una noticia irrelevante en un pueblo aparentemente inofensivo y el dolor de abrir las heridas que se suponían cerradas enfrentan a una joven periodista a sus miedos. Con una nueva identidad y unos lazos familiares casi olvidados, Sira regresa al pueblo en el que nació y que años después se vio obligada a odiar. La investigación le conduce hasta un misterioso mural encantado que, según dicen, ha traído la desgracia al pueblo. ¿Serán meras supersticiones? Sira tendrá que descubrirlo a la vez que se descubre a sí misma, bajo el olor a lluvia de la costa y el temor de sus recuerdos, en un pueblo en el que todo el mundo parece guardar un extraño secreto. Elena Montesinos propone en su primera novela varios viajes paralelos, que sin saberlo dirigen al lector hacia el rechazo y el dolor, en carne viva, de una ausencia.



Algunas fotos tuyas
Alicia Bisso

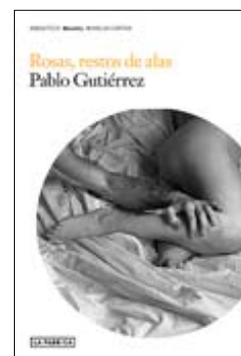
Editorial Solar, 2008

Éste un viaje circular hacia el punto de partida. En el trayecto, las imágenes elocuentes e intensas y los escenarios finamente contruidos nos llenan de sentimientos muy variados: por un lado, el dolor de la soledad, de las rupturas, de los vacíos que se generan en los vínculos por aquellas frases no dichas, aunque muy sentidas. Los cuentos de *Algunas fotos tuyas* están llenos de claroscuros, de vuelcos emocionales que logran en nosotros una especie de reconciliación hacia el final del libro. Alicia Bisso es capaz de armar contextos en donde la frase más simple despierta en el lector una profunda sensación.

Rosas, restos de alas
Pablo Gutiérrez

La Fábrica Editorial, 2008

Nuestro protagonista tiene una idea. Desaparecer, acabar, difuminar el camino al otro lado de la frontera, disolverse, apagar la luz, romperse el alma a gusto. Nos enseñan desde pequeños que todas las historias tienen un final, pero pronto aprendemos que no es cierto. Ésta es la historia de un hombre en busca del suyo. La magia de *Rosas, restos de alas* se disfruta leyendo despacio. Y relejendo. El autor es capaz de convertir cualquier detalle en poema, incluso –en una de las mejores sorpresas que esta novela guarda– la actualidad periodística más cansina. El viaje más desesperado hacia el futuro puede acabar en un retorno a la casilla de salida, pero de otra manera: no somos los mismos después de la escapada



Una puta recorre Europa
Alberto Lema

Caballo de Troya, 2008

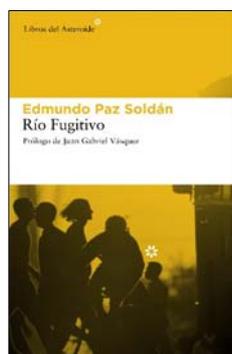
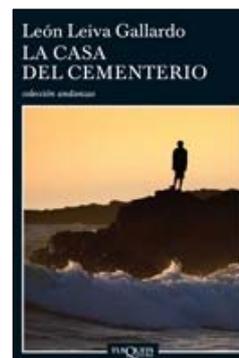
Luz y Ada, dos feministas radicales, están tan hartas de oír tantas y tantas palabras sobre el tema de la prostitución, que deciden pasar a la acción: matar a los clientes. Lo demás se nos da por añadidura. Para la edición en lengua gallega de esta novela, el autor escribió: Sabemos que la belleza no es ciega, que nos prefiere altos y mansos. Sabemos que la censura, como la energía, no se extingue, se transforma. Cumple buscarle, entonces, las vueltas al relato oficial de los hechos, narrar las zonas oscuras en el mapa del presunto lustre de las democracias occidentales, un extenso territorio entre lo ilegal o lo obsceno, de Jonathan Swift a Pasolini, que es nuestra casa. Hacer, por fin, visible lo visible. Escribirlo con las mismas armas de la literatura de masas. Nos hemos limitado a traducir sus palabras. Solo una advertencia: esta novela no ha ganado ninguno de los trocientos mil premios literarios que se conceden, siguiendo el sistema literario en lengua gallega el mal ejemplo del sistema literario en castellano. No parece mala señal.

La casa del cementerio

León Leiva Gallardo

Tusquets Editores, 2008

En el principio hay dos hombres y una mujer. Los hombres, Ismael y Alfredo, conversan acaloradamente en el malecón. Ambos aman a Hilda –la bella, conflictiva Hilda– y ella parece querer confusa a los dos. ¿Qué hacer? ¿De qué manera desatar el triángulo? No serán ellos sino el destino quien decida que Alfredo arroje a Ismael al mar, que éste sobreviva a la violenta marea y luego Alfredo, arrepentido, muera mientras intenta rescatarlo. ¿Accidente o asesinato? Los militares que contemplan el hecho a la distancia aseguran que se trata de lo segundo. Como su condena es inminente, Ismael escapa del puerto, con la ayuda de Diana, su fiel y caritativa amiga. Incapaz de olvidar su pasado, Ismael regresa a la isla años después, ya como aprendiz de forense, con un doble y contradictorio propósito: hacerse de una nueva identidad mientras intenta resolver el misterio de las muertes de Alfredo y la de su propio hermano. Atestada de erotismo y aventuras, en esta novela gobierna, tiránicamente, el destino.



Río Fugitivo

Edmundo Paz Soldán

Libros del Asteroide, 2008

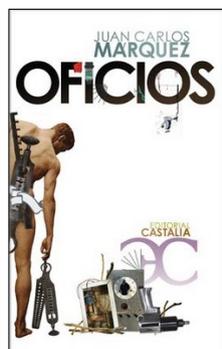
En la ciudad boliviana de Cochabamba una clase de muchachos inicia su último curso en el Don Bosco, un colegio privado y católico al que asisten sobre todo hijos de familias acomodadas. Las borracheras, los primeros escarceos con las drogas y el sexo, las fanfarronadas, y las continuas faltas de disciplina son algunos de los ritos de paso con que los alumnos intentan, sin saberlo, afirmar su individualidad y liquidar su adolescencia. Al fondo, ligeramente atenuada por los muros del colegio, aparece la realidad boliviana de los ochenta: huelgas, inestabilidad política, racismo, desigualdades sociales, etcétera. De todo ello va dando cuenta Roby, el narrador de la novela: aprendiz de escritor y cronista oficial del curso, autor de novelitas policiacas y fanzines subversivos que circulan de mano en mano. Cuando la muerte de una persona cercana le sorprende, las certidumbres en las que hasta entonces se apoyaba –familia, colegio, amigos– se tornan irreales; en su intento por resolver el enigma de la muerte, Roby buscará su camino hacia la madurez.

Los culpables

Juan Villoro

Interzona editora, 2008

Un mariachi célebre, un futbolista en decadencia, una iguana perdida, una máquina de escribir fallada, un secuestro exprés. El humor y la angustia en un mismo movimiento, lo tragicómico como horizonte de nuestro tiempo. El cuento entendido como pincelada, huella, resto. La ficción coqueteando con la crónica, y la crónica con lo real. Y siempre la ciudad como telón de fondo. Otra muestra de la magistral capacidad de observación de Juan Villoro para detectar la perplejidad del mundo de las grandes metrópolis. Villoro nació en el D.F., México, en 1956. Es autor de las novelas *El disparo de Argón* y *Materia dispuesta* y ganador del premio Herralde con *El testigo*



Oficios

Juan Carlos Márquez

Editorial Castalia, 2008

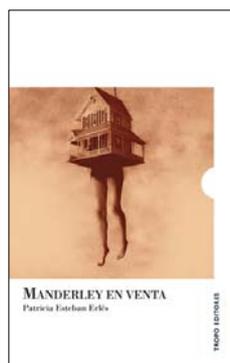
Oficios reúne catorce relatos que fueron escritos con una pluma lúdica y cuyo hilo conductor es un amasijo de originalidad, sarcasmo y ternura. Un cadáver que no encuentra donde caerse muerto, el despotismo de un narrador que conduce a sus lectores por el laberinto de una judería, un faquir y una geisha traídos como souvenirs de exóticos viajes, un agente de mudanzas que afronta el encargo inquietante y misterioso de un pintora, una familia del desarrollismo español que acoge bajo la mesa de su cocina a un bracero, un hombre de negocios y un taxista que mantienen un duelo filosófico durante una tormenta. Todos estos, y muchos más, son los personajes que protagonizan este libro de historias variopintas. Hombres y mujeres, en definitiva, obligados a bregar día tras día contra los otros, contra ellos mismos y contra las vidas que les han tocado vivir; pero que, pese a las dificultades, no arrojan la toalla e incluso, a veces, se permiten estallidos de esperanza.

Cielo nocturno

Soledad Puértolas

Anagrama, 2008

Exploración de aquellos episodios de la infancia, adolescencia y primera juventud que se convierten luego en nuestro pasado, esta novela da testimonio del asombro, de la percepción de la complejidad, del margen de reserva personal ante los imperativos de los otros. En todo el proceso se mantiene el conflicto entre el mundo y el yo íntimo, la necesidad de libertad personal. El hilo conductor serán las relaciones de la protagonista con una familia de peso en la ciudad, presente, a través de uno u otro de sus miembros, en todas las fases del proceso. La familia Moraleda, eje de la narración, ofrece el contexto social, moral y personal del personaje central. Una ciudad con río y unas décadas de nuestra historia reciente son el telón de fondo de este retrato que se sustenta sobre la azarosa búsqueda de momentos reveladores.



Manderley en venta

Patricia Esteban Erlés

Tropo Editores, 2008

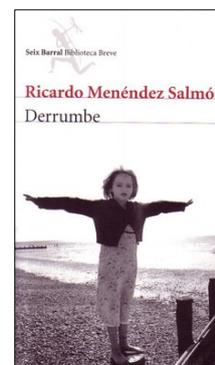
Manderley en venta es un libro de interiores. Me di cuenta de eso cuando me puse a reunir los cuentos que tenía guardados en el ordenador, ese cajón donde nunca cogen polvo. En casi todos ellos la casa, la vida de puertas para adentro, tiene un papel destacado en la narración, es un personaje más, silencioso, pero constante. Desde el moderno apartamento de soltero acomodado al que se rifan dos hembras insaciables, a la tétrica casa de una abuela algo siniestra, pasando por el piso antiguo de techos altos del que decide emigrar un marido engañado para instalarse en la azotea, la presencia del sitio vivido como escenario resulta insoslayable en mis historias y simboliza en ocasiones el paraíso donde se desarrollan las mejores historias de amor, pero también el concepto de ruina o el ambiente hostil del que los personajes desearían escapar.

Derrumbe

Ricardo Menéndez Salmón

Seix Barral, 2008

Derrumbe es la historia de un hombre brutal y atormentado, de dos familias heridas, de tres muchachos que aspiran a transformar la realidad mediante la violencia, de cinco perseguidores abrumados por el dolor. Concebida como una reflexión acerca de la atracción que el mal provoca en víctimas y verdugos, actores y espectadores, esta inquietante novela esconde, bajo la apariencia de un *thriller* coral, un abecedario de las distintas formas que el terror adopta en nuestro tiempo. Tras el éxito de *La ofensa*, saludado como uno de los libros más importantes y singulares del 2007, Ricardo Menéndez Salmón regresa con una novela impactante. Es difícil leer estas páginas sin que se acelere el corazón. La precisión con que Menéndez Salmón escoge las palabras y dosifica los silencios dota a esta novela del mejor suspense y se ha convertido ya en la seña de identidad de un escritor de excepcional talento.



El vaso de plata

Antoni Mari

Libros del Asteroide, 2008

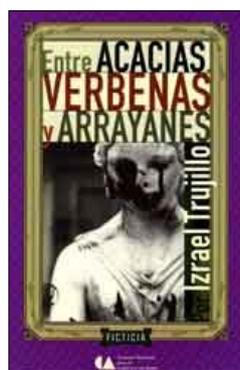
La nostalgia de las excursiones dominicales, la desolación por la muerte de un amigo, el trastorno de los sentidos al viajar por primera vez lejos de casa, el vértigo que provoca el riesgo de una travesura, la ebriedad de los primeros días de vacaciones... Las emocionantes estampas que componen *El vaso de plata* rescatan de la memoria distintos momentos de la adolescencia de su protagonista, relatos conmovedores sobre la formación moral, sobre aquel «viaje a la singularidad que constituye toda adolescencia», por decirlo en palabras de Martínez de Pisón. La quietud y permanencia que destilan sus páginas, la sensación de que nos cuentan cosas «que han pasado y que están destinadas a seguir pasando» son uno de los mayores logros de un libro que ha retratado la adolescencia como pocos en nuestra reciente literatura.

La luz del diablo

Roberto Malo

Mira Editores, 2008

Una obra atrayente y peligrosa, como la luz del diablo. Un joven persigue al fantasma de su novia muerta; un suicida es salvado por su ángel de la guarda; un hombre cree reconocer en una misteriosa mujer los gestos de una amiga fallecida... Una docena de relatos donde el amor, el humor y el horror se entrelazan de manera perversa y original. Historias de una imaginación brillante y diabólica, con una malsana y desbordante capacidad de sorpresa. A través de diversos registros narrativos, Roberto Malo, quién sabe si como pago por haber vendido su alma al demonio, nos ofrece un libro deslumbrante y revelador, inquietante y divertido, de irrefrenable y adictiva lectura.



Entre acacias, verbenas y arrayanes

Izrael Trujillo

Ficticia/CNCA, 2008

Un arcángel se aparece en una cervecería, un perro callejero transforma la vida aséptica de la esposa de un alcohólico, una pareja de pepenadores busca a toda costa concebir un hijo, el ave de una pintura emana los más dulces trinos, un indigente cae en la locura del fuego de Cristo, un cadáver en la orilla del mundo y la soledad de dos hermanos encadenan, con una belleza seca, dolorosa, desencantada, violenta, sorda, enigmática, dura, psicológica y muda, ocho historias en las que su continente, unidad plástica, trasfondo artístico, es la fuerza expresiva de un cuentista tardío en la narrativa mexicana, un autor que, al margen de modas, círculos literarios o fórmulas preconcebidas, se da a conocer. *Entre acacias, verbenas y arrayanes* con

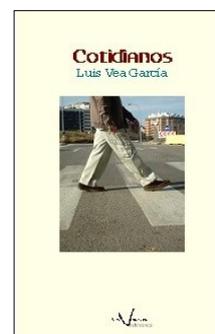
una prosa que de tan natural es desconcertante, que de tan sustanciosa dejará al lector (cual equilibrista) entre dos –o muchos más– abismos.

Cotidianos

Luis Veá García

Islavaria, 2008

Cotidianos constituye una inmersión en la aventura de vivir, en la esencialidad de la existencia cotidiana entendida como cúmulo de experiencias que traspasan y dejan huella. *Cotidianos* recoge situaciones que hacen preguntarnos sobre el propio hecho de lo habitual. Unas veces enmascaradas bajo el pseudónimo de monotonía, otras contempladas como rupturas. *Cotidianos* muestra un elenco de personajes de diversos tipos, sexos y edades en situaciones a veces chocantes. *Cotidianos* es un reflejo existencial convertido en libro que nos devuelve la ilusión por la vida.



Los parientes de Ester

Luis Fayad

Alfaqueque Ediciones, 2008

En *Los parientes de Ester*, Luis Fayad se introduce en el tejido social de Bogotá de finales de los sesenta y principios de los setenta para dar a conocer el declive de una familia que se aferra a las tradiciones. La novela comienza con la muerte de Ester, esposa de Gregorio Camero que se queda viudo y con tres hijos. A partir de ahí se sucede una historia colectiva en la que vamos descubriendo las desgracias de todos los parientes, sus frustraciones, sus fracasos y valores. Conforme avanza la trama de la novela, la suerte de los personajes deja de parecerse menos personal y más social. El desempleo, la jubilación, los malos salarios, sin ser desgracias

propias, terminan por desgraciar lo más íntimo de ellos, según explica Marco Aurelio Larios. Esta novela de Luis Fayad parece querer revelarnos: una vida desgraciada no sólo se debe al azar, el accidente o al destino inevitable, sino también a la mala gestión de un gobierno, a la abulia social para modificar las condiciones de existencia, a los excesos de corrupción y violencia que imponen una sociedad de engaño, estafa y fraude.